

Nunca digas

de este

Vodka

¡no beberé!

L.White

Serie
Estaciones

Otoño



Nunca digas
de este
Vodka
¡no beberé!
L. White

Nunca digas de este Vodka ¡no beberé!

© 2018, L. White

© Corrección: Lucía Brisbane

© Cubierta e interior: Leticia Blanco

© Imagen cubierta: Fotolia

ISBN: 978-84-090603-8-2

Déposio legal: GC 1072-2018

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright, La infracción deduchos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Martini cocktail](#)

[Otras obras](#)

Con amor, a mi queridísimo padre. Por ser la persona más
sabia y maravillosa que he tenido el placer de conocer.
Por eso y mucho más, te quiero.

Prólogo

ADOLESCENCIA

«Joder, joder, joder... Vamos, piensa Mía». «Te lo sabes. Has visto este jodido artículo un millón de veces».

Alcé la vista tratando de evadirme de aquella hoja de papel de la que dependía mi futuro y que me tenía tan aterrada, casi sin poder respirar. Derecho era una mierda. Bueno, corrijo, no era una mierda; lo que sí que parecía un asco era el bloqueo que me daba siempre en todos los malditos exámenes. Por mucho que me esforzara y por mucho que me supiera la lección, siempre me ocurría.

El ambiente de aquella aula me estaba matando, apenas se escuchaba nada que no fuera la respiración de los alumnos que estaban allí, examinándose. El profesor García, sentado en su mesa, ojeaba un periódico nacional mientras, de vez en cuando, nos echaba un vistazo por encima de este a los presentes.

Los estudiantes estaban centrados en sus pruebas, nadie parecía estar sufriendo tanto como lo estaba haciendo yo. Agradecía estar en la última fila, apartada de los ojos de todos los demás, así nadie podía ver la cara de estúpida que tenía en ese momento, o el pánico que reflejaban mis ojos. No lo entendía, ¿por qué narices me ponía tan nerviosa? ¡Sabía la jodida respuesta! ¡Llevaba estudiando semanas!

«No puede estar pasándome esto de nuevo, hoy no».

A veces, me preguntaba a mí misma, por qué me había metido en Derecho. Desde pequeña había padecido un miedo atroz a exponerme al público, a quedarme en blanco, y precisamente por ese miedo era que me ocurría eso. Era un círculo vicioso del que no existía escapatoria alguna o, si existía, yo no la había encontrado. Me bloqueaba, era como si mi cerebro desconectase y se transportase a otro universo en el que no tenía ningún control de lo que pasaba.

Maldita sea, estaba hiperventilando otra vez.

—Están obligados a declarar... —me dijo susurrando una voz a mi derecha.

Era Kevin, apenas habíamos mantenido una conversación de más de dos frases en todo el curso. A excepción de aquellas ocasiones en las que

participamos en debates o salvo en juicios simulados, o incluso en aquella excursión a los Juzgados... ¡Vaya! Al parecer sí que habíamos hablado bastante, para ser honestos.

¿Cómo no me había dado cuenta de eso?

—Los parientes del procesado en línea directa ascendente y descendente —continuó, enfatizando con los ojos, como si diera por hecho que con eso debía bastar para saber la respuesta.

¡Gracias a Dios! Algo en mi cabecita había hecho “clic” y la respuesta acudió a ella de repente. Bueno, algo no, ese clic tenía nombre y apellidos: Kevin Morales.

—Gracias —le susurré, realmente agradecida por su amabilidad.

Escribí como si la vida se me fuera en ello. Todas las respuestas estaban en mi cabeza y yo lo sabía, solo necesitaba un poco de ayuda para recordar y, gracias al cielo, la había obtenido. Lo bueno de mis bloqueos mentales era que, una vez me decidía a arrancar, ya no había marcha atrás, nadie podría pararme. Era como cuando pichas un globo que, una vez empieza a salir el aire, es irremediablemente inevitable que se vacíe.

Sentí cómo se me quitaba un peso de encima al poder continuar con la prueba. De haber fracasado, habría perdido un año de carrera. Habría sido el primero que hubiese perdido en toda mi vida.

«Oh, Dios». Debía de invitar a Kevin a una cerveza después de aquello. Se había jugado el tipo por mí, podían haberlo expulsado de la carrera si lo pillaban y yo no me lo habría podido perdonar en la vida. Estaría eternamente agradecida por lo que había hecho, pues no tenía necesidad ninguna de exponerse por mí.

Terminé el examen a tiempo —con bastante tiempo, a decir verdad— para ir a comer a la cafetería de la facultad. Me moría de hambre. Otro problema que tenía con los nervios previos a un examen, exposición, charla, o cualquier cosa que fuera en público, era que se me cerraba el estómago hasta el punto de no poder comer absolutamente nada, ni siquiera un mísero fideo. Algo que cualquier mujer obsesionada con su físico, quizá pudiera agradecer. No era mi caso, no porque no me interesase mi aspecto, sino porque, por fortuna, tenía la posibilidad de comer todo lo que se me antojase sin que repercutiera en mi figura.

—¿Cómo ha ido? —me sorprendió Kevin por detrás. Al parecer, había finalizado su examen justo al mismo tiempo que yo. «Menuda casualidad».

Ahora sí que no podía hacerme la loca, tenía que invitarlo a algo, me gustase o no la idea. Sabía que debía agradecerse, pero me habría gustado poder desconectar, aunque fuera por unos minutos.

—¡Genial! —respondí con una sonrisa que no supe si debía catalogarla como forzosa—. Oye, muchísimas gracias por el soplo. Estaba...

—Bloqueada. Sí, lo sé.

—¿Lo sabías? —pregunté incrédula—. ¿Tanto se me notaba?

—¡¿Estás de coña?! —se mofaba—, parecías Gollum cuando perdió el anillo único jugando a las adivinanzas.

—Oh, por favor. Eres un friki —dije jocosa—. ¿Quién lo iba a decir?

—¿Y qué tiene de malo? —Parecía realmente confuso ante mi broma y, a decir verdad, también algo molesto, aunque no entendía muy bien el porqué. A mis ojos, su apariencia indicaba precisamente eso: que era un friki.

—Ven, anda —dije mientras me reía y, con ayuda de una mano, le invitaba a acompañarme—, vamos a la cafetería, te invito a un café.

Kevin era de ese tipo de chicos que te hacían reír, de los que te puede resultar fácil enamorarte si le das la oportunidad de dejarse conocer. Me resultaba todo un misterio; estaba segura de que lograría conquistar a una gran chica algún día, si es que no tenía pareja en ese momento.

Me di cuenta de lo poco que nos conocíamos el uno al otro, pues ni siquiera era consciente de si tenía pareja, si estaba soltero, si había nacido en Madrid o era de otra parte. No sabía absolutamente nada sobre él, nada salvo que estudiaba Derecho y que le debía un favor enorme.

Era bastante guapo bajo esas gafas de pasta negra que siempre llevaba, con el pelo despeinado y un pequeño mechón cayéndole sobre la frente. Cualquiera que viese su aspecto podría pensar que se había equivocado de edificio y que lo que realmente buscaba era la Facultad de Informática.

Las pocas veces —perdón, las muchas veces— que habíamos hablado, me había parecido un chico muy dulce, tierno y extremadamente inteligente, de esos con los que te resulta fácil hablar. Tenía una memoria envidiable para cualquiera, era capaz de recitarte el Código Penal casi al completo. Adoraba a las personas que usaban la cabeza para algo más que llevar sombreros, me resultaba muy sexi.

En la facultad, todas las chicas hablaban siempre de lo mismo, que si «aquella fiesta fue lo más», que «si a x le gusta y », que si estaban gordas o no, si debieran salir con ese chico o con ese otro, qué iban a hacer después de

acabar la carrera... Algunas de ellas no deberían haberse decantado por estudiar Derecho. Menos mal que las fiestas sí que eran lo más —como decían ellas—, ¡me encantaban! Jamás me perdía una.

—¿Irás a la fiesta Erasmus este jueves? —me distrajo Kevin, como si hubiese estado escuchando lo que pasaba por mi cabeza.

—Diría que sí —respondí casi sin pensar—. Creo que no tengo ningún examen más y me gustaría despejarme.

—Genial.

Kevin y yo nos sentamos en la mesa del fondo de la cafetería. Era “la más tranquila” que había, si es que había alguna. Creí que sería buen lugar para charlar un poco y, así, conocernos algo al fin. A pesar de que aún se encontraba examinándose tres cuartas partes de la clase, la cafetería tenía una gran afluencia de personas, muchas de ellas ni siquiera eran de la facultad.

Un grupo —el más alejado de nuestra posición— jugaba a las cartas con efusividad, dos mesas más hacia la izquierda, había una chica solitaria leyendo distraídamente una novela de Jane Austen y frente a nosotros una pareja que claramente quería estar a solas y no lo estaba, claro que para eso deberían irse a otra parte y no a la cafetería de la facultad.

—¿Qué máster quieres hacer? —me preguntó después de haber ido a buscar nuestras bebidas—. ¿Has pensado qué clase de abogada quieres ser? —añadió guiñándome el ojo con camaradería.

—Quiero especializarme en Penal —respondí mientras soplabla distraídamente la superficie de mi café.

—Anda, yo también. —Me sonrió, aunque su sonrisa duró poco—. Qué casualidad, aunque, no te ofendas, pero... ¿Te ves capaz de defender a un asesino? ¿A un violador de niños? ¿De bebés? ¿A un sádico?

—No me ofendo —mentí, pues que dudaran de mis capacidades siempre me molestaba—. Pero siempre podemos elegir qué casos aceptar y cuáles no. —Kevin se acercó más hacia mí, notablemente divertido con mi respuesta.

—Solo si trabajas en un bufete —puntualizó—, y, además, en uno donde no peligren los ingresos. Si no, tendrás que aceptar lo que te venga. No me malinterpretes, pero no pareces de las que se enredaría con ese tipo de clientes. Yo diría que eres... —Trató de buscar las palabras acertadas—. Más tierna que todo eso.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que te podría la presión y no sabrías mantenerte al margen

emocionalmente. Y llevarse un caso al ámbito personal no es bueno —finalizó.

—Mira, Kevin —dije con la intención de zanzar aquella conversación lo antes posible, pues ya había escuchado suficiente y no quería ser grosera—, muchas gracias por lo que hiciste por mí en el examen, pero no tienes ningún derecho a...

No pude continuar, sus labios se habían pegado a los míos. Kevin había llevado la mano hasta la base de mi nuca, me sujetaba con firmeza y me atraía hacia él con ímpetu. Me devoraba con premura, con un ansia y una pasión arrolladora. Me dejé llevar por su dominio y cerré los ojos para deleitarme con el sabor de sus labios, enajenada por el momento y la sorpresa.

Su lengua, amarga por el sabor del café que había tomado tan solo un instante atrás, se deslizaba con maestría a través de mi boca. Sentía su respiración junto a la mía, que se había vuelto agitada y ahogada. Su aliento cálido sobre mis labios me embriagaba. Pasado unos minutos que se me antojaron como segundos, Kevin separó sus labios de los míos, dejándome una sensación de anhelo desconocida para mí.

Dios..., me había excitado sobremanera con aquel beso.

Jamás me había imaginado que alguien como Kevin fuera tan increíblemente sexy y decidido como lo había sido. Me sentía arder por dentro, como si tuviera un auténtico infierno en llamas en mi interior, que me quemaba hasta lo más profundo de mi ser. Me había dejado descolocada por completo y desmesuradamente excitada, nunca pude imaginarme que se pudiera estar así con tan solo un beso.

—Perdona, ¿me decías algo? —preguntó socarrón—. Creo que te he interrumpido.

Tenía los ojos entrecerrados, con una mirada seductora puesta bajo aquellas gafas que le quedaban tan bien. Sentía los labios hinchados por el beso que me había dado. Y su sonrisa me... Era tan... Me tenía tan atontada.

¡¿Dios, qué me pasaba?! «Tienes que decir algo, estúpida».

—¿Qué diablos te crees que estás haciendo? —pregunté al volver en mí misma, una vez roto el embrujo que nos envolvía.

—Besarte.

—No lo vuelvas a hacer —dije aun sabiendo que me moría por volver a sentir su lengua húmeda sobre la mía.

—Querrás que vuelva a hacerlo —respondió sin un ápice de humildad.

—Eso ya lo veremos —espeté furiosa al mismo tiempo que me levantaba

de la silla. Estaba enfurecida, más conmigo misma de lo que lo estaba con él —. Eres un capullo, Kevin.

—Tal vez —respondió encogiéndose de hombros—. Pero tarde o temprano serás mía.



Capítulo 1

ACTUALIDAD

—Esta es la señorita Mía Foissard —me presentó el señor Medina—. Quedará encantada con sus servicios.

El señor Medina, uno de los socios del bufete en el que trabajaba —uno de los gordos—, se marchó dejándome a solas con la nueva clienta. Era importante que aquella mujer quedara satisfecha, pues el bufete no atravesaba por su mejor momento, y más que nunca necesitábamos tener algo de ingresos.

—Disculpe el atrevimiento —comenzó a hablar algo reticente—, ¿pero no es usted demasiado joven para ser abogada?

—Tranquila —la calmé, depositándole una mano sobre el hombro, tratando de ganar complicidad y así, su confianza—, precisamente por ser joven, soy ambiciosa. —La mujer me miró sin entender muy bien a lo que se referían mis palabras—. Podremos asegurarnos de que sus ganancias estén bien repartidos.

Sofía, la nueva clienta, asintió aún sin estar del todo segura de mi eficiencia. No me importaba, estaba acostumbrada que por mi aspecto juvenil se me juzgara a nivel profesional, pero estaba tan habituada a aquel tipo de demandas que ya podía hacerlas incluso con los ojos cerrados.

Tener un aspecto joven me había resultado todo un problema a la hora de conseguir entrar en un buen bufete. Por fortuna, Ricardo Medina se había visto entre la espada y la pared y no le quedó más remedio que entrevistarme, ya que se exponía a la demanda de una antigua socia por incumplimiento de la igualdad de género en el bufete y acoso laboral, así que necesitaba por todos los medios demostrar que realmente había igualdad y que jamás se produjo tal acoso. Eso, sumado a la llamada de mi querido tío, me favoreció bastante. Aunque, tal vez, aquella demanda tendría que haberme puesto sobre aviso de dónde me estaba metiendo.

Ricardo me tenía todo el santo día con demandas de divorcios. Era un asco, yo no me había especializado en Derecho de Familia, ¡lo había hecho en Penal! Y me tenía ahí, aguantando a mujeres desesperadas —muchas de ellas lloronas y escandalosas a más no poder— y pesimistas a las que daban ganas

de abofetear en más de una ocasión. No obstante, puse buena cara, mostré mi mejor sonrisa y me llevé a Sofía a lo que se suponía que era mi despacho para comenzar a preparar la demanda de divorcio. Ya se vería más adelante si sería de mutuo acuerdo o contencioso, cuando se la entregaran al pobre desgraciado al que íbamos a crujir.

El día en la oficina se me hizo especialmente largo. Creí que me había acostumbrado a todo aquello, a que Ricardo acudiera a mi despacho y me llenara de papeles sin importancia que quería que revisara, a que vinieran cuarentonas dispuestas a sacarles todo el dinero a los hombres que un día juraron amar y a que todos mis compañeros tuvieran mejores casos que yo porque no hacían otra cosa que lamerles el culo a los socios principales.

Yo era una socia más, aunque todos me vieran como a una simple becaria a la que había que mandar a hacer las fotocopias, a la que mantener ocupada para que no molestara a nadie, como si estuviera en aquel bufete solo por ser la sobrina de Gustavo y no valiera para nada. Me habría gustado poder mandarlos a todos a la mierda, pero necesitaba aquel trabajo si quería ahorrar para montar mi propio despacho.

A veces, soñaba con ese día, el día en el que había logrado ahorrar lo suficiente como para irme. Me imaginaba a mí misma yendo al despacho de Ricardo y diciéndole que era un gilipollas al que no quería volver a ver y que podía meterse su súper bufete por dónde le cupiese. Pero aún quedaba mucho tiempo para que pudiera dejar de soñarlo y convertirlo en una realidad.

Prácticamente se habían marchado todos a casa, solo quedábamos Rebeca, Marcos y yo en la oficina, aunque estaba segura de que las intenciones de aquellos dos no eran precisamente parecidas a las mías, que me había quedado para dejar cerrada la demanda de Sofía. Quería que estuviese lista para salir al día siguiente, cuanto antes empezáramos, antes cobraríamos. Cogí mi bolso para marcharme, pero antes me masajee ligeramente los talones, aquellos malditos tacones iban a acabar conmigo y con mis pies. Salí del recinto sin mirar atrás, quería alejarme corriendo de allí.

Llegué a casa en menos de media hora. El metro siempre era muy efectivo y yo adoraba que lo fuera, nada me gustaba más que llegar y mandar al infierno a los horribles zapatos de tacón que el señor Medina me obligaba a llevar. «El aspecto es muy importante, señorita Foissard, hay que dar buena imagen». «Capullo», pensé para mí. Me gustaría verlo a él enfundado en una falda de tubo que no te permite moverte ni respirar, y verlo subido a unos zapatos que,

aparte de ser incómodos, te hacer perder el equilibrio.

«Maldito imbécil».

Ricardo era un gilipollas integral, pero un gilipollas con muchos contactos. Debía llevarme bien con él si tenía el más mínimo interés en progresar en mi vida profesional, porque, aunque no trabajasen para él en un futuro cercano —o lejano— conocía a media ciudad. Eso era importante, a pesar de que sabía que no me valoraba, debía de hacer un buen trabajo para evitarme conflictos mayores con él. Era mejor ser amiga del enemigo.

Miré a mi alrededor y todo estaba hecho un absoluto desastre, «tengo que limpiar esta pocilga algún día». Me quité el traje y lo colgué con cuidado en una de las perchas del armario, quité un montón de ropa sucia que tenía sobre la cama —dejándolo en la mesilla de noche— y me dispuse a poner una lavadora. Eso sería todo lo que haría por ordenar mi casa, y mucho había sido, pero ya el montón de ropa que había acumulado era demasiado grande.

Estaba tan agotada mentalmente que solo me apetecía tirarme sobre el sofá y dejar que la telebasura inundara mi visión para así no tener que pensar en nada más. No es que fuese una persona que viera demasiado la televisión, pero, en días como el que había tenido, era la mejor forma que conocía para desconectar. Una vez me enfundé el pijama, me dejé caer sobre la cama y encendí la televisión de la habitación en lo que mandaba a pedir una pizza. ¡Ni de coña pensaba cocinar! De hecho, no tenía pensamiento de moverme de la cama, al menos, durante veinticuatro horas.

—¿Sí? —dije tras descolgar el teléfono que de pronto se había puesto a sonar.

—...

—Como quieras. Yo he pedido una pizza, podemos compartirla.

—...

—Claro, Lissy —respondí—. Por supuesto que puedes venir, tú siempre serás bienvenida a mi casa.

Lancé sin delicadeza el Smartphone sobre el colchón, haciendo que este rebotase un par de veces y estuviese a punto de caer al suelo y romperse. Era el segundo teléfono que tenía ese año precisamente por hacer eso, «debo cambiar la costumbre de lanzarlo, no es una pelota».

De mala gana, me levanté de la cama y me dirigí hacia la cocina para comprobar cuáles eran las reservas que tenía de comida, pues no estaba segura de que fueran demasiado grandes. Hacía al menos una semana que no pisaba el

supermercado. Tenía muchas ganas de estar con Lissandra, me vendría bien después de un día de mierda como el que había tenido, pero no estaba segura de que pudiera darle de cenar algo decente, o al menos, algo en general.

Tras las puertas de la despensa no encontré nada más que un sobre de sopa, una lata de atún y un poco de salsa de tomate. «¿Puedo preparar algo con esto? No, que va, ¿en qué estás pensando?».

Miré en la nevera y andaba más o menos de la misma manera, estaba que pedía auxilio a gritos. Por suerte, cuando busqué en el congelador —ya sin esperanzas de poder alimentar a mi amiga— encontré una lasaña precocinada de esas que casi no tienen ni sabor, pero valdría, o al menos, tenía que valer. La puse dentro del fregadero para que se descongelara en lo que llegaba Lissandra y volví a mi cómoda y reconfortante cama, aquella con la que llevaba soñando toda la semana.

Mi piso no era demasiado grande, pero estaba cerca del centro y me gustaba, era un apartamento de dos habitaciones, no muy grandes, pero era mi casa. Había logrado decorarla a mi gusto y, conseguir hacer de ese pequeño espacio mi hogar. Llevaba viviendo en él cerca de unos tres años, cuando Lissy y yo decidimos que ya era hora de vivir separadas.

Me esperaba una semana muy dura, Ricardo me había pedido que revisara los documentos del archivo para que hiciese limpieza, creo que la última vez que alguien limpió aquellos documentos fue durante La Transición Española, o puede que incluso antes, porque no era normal la cantidad de papeles que se habían acumulado allí. Odiaba que me trataran como si fuera una becaria que no estaba cualificada para el trabajo.

Sabía que valía para mucho más que eso, siempre fui una buena estudiante que había sacado buenas notas y de la que todos los profesores se sentían orgullosos, pero, aún así, solo me permitían llevar las demandas de divorcio.

No podía rebelarme, pues había sido recomendada por mi tío Gustavo y no quería crearle problemas con sus conocidos, por mucho que él me hubiese pedido que, si Ricardo se comportaba como un capullo, lo llamara inmediatamente. No iba a ser de esas mujeres que en cuanto tienen un problema corren a protegerse a las faldas de mamá. Siempre había luchado por los derechos de la mujer, como para echarlo a perder por un abogado arrogante y narcisista que no merecía mi respeto.

Me levanté a desgana de la cama cuando el telefonillo comenzó a sonar repetidas veces. Alguien debería inventar un botón que estuviera conectado al

telefonillo de la casa desde la cama, así haría muy feliz a muchísima gente. Tendría que haber sido inventora en lugar de abogada, tal vez así habría ganado más dinero del que estaba ganando entonces.

Tras dejar la puerta de la entrada abierta de par en par, sin importarme quién pudiera entrar por ella, volví a meterme bajo las sábanas, que se habían quedado frías en mi ausencia. Ya empezaba a refrescar por las noches y era mejor evitar un resfriado tonto, así que me enrosqué con ellas y me cubrí hasta la barbilla.

—Mía, cielo —escuché la voz de Lissandra desde la entrada—. He traído un par de ensaladas, las dejo en la cocina, ¿vale?

Me dirigí hacia ella extrañada, no recordaba que me hubiese dicho que iba a traer comida, aunque la sorpresa era más que agradable, ya que dudaba mucho que nuestros estómagos se hubiesen quedado satisfechos tras mi insípida lasaña y la pequeña pizza.

Mi amiga soltó las bolsas sobre la mesita de la cocina y me abrazó con ganas. Lissandra siempre había sido muy cariñosa conmigo, con todas sus amigas. Le devolví el abrazo sin poder evitar sonreír, siempre conseguía cambiar mi estado de ánimo sin apenas hacer nada, era algo que le salía de forma natural.

—Qué cara me traes —me soltó—. ¿Qué ha hecho esta vez el capullo del Richi? —me preguntó poniendo los brazos en jarras.

—En realidad, nada —respondí.

—¿Nada? —Parecía confusa—. ¿Entonces a qué viene esa cara tan larga?

Empecé a sacar platos y cubiertos de los muebles de la cocina, evitando responder a las preguntas de Lissandra. Me moví entre vajillas por la cocina con la esperanza de que no insistiera en obtener una respuesta. No me encontraba con ánimos para enfrentarme a la realidad, una realidad que se me hacía latente y dolorosa; odiaba profundamente mi trabajo.

—¿Y bien? —insistió para mi pesar—. Puedo estar así toda la noche, cariño.

—Sabes perfectamente qué es lo que me pasa.

—No, no lo sé.

—Odio mi maldito trabajo —dije al fin, poniendo frente a Lissy un plato y un refresco light que tenía únicamente para ella en sus visitas.

—En realidad, no odias tu trabajo —me dijo. Yo la miré con sarcasmo en los ojos, pues llevaba meses escuchándome decir que mi trabajo apeataba—.

Simplemente ese cabrón que tienes como socio no te ha dado la oportunidad de brillar, Mía. Pero eres brillante, créeme.

—Eso lo dices porque eres mi amiga desde el instituto —dije sonriendo, pues me resultaba gracioso el juicio parcial de mi amiga.

—Lo digo porque te he visto.

—Nunca me has visto en un juicio —negué con rotundidad.

—En un juicio no, pero te he visto debatir sobre Derecho una infinidad de veces, he visto la pasión con la que hablas de casos que has visto, oído o representado —rebatí—. ¿No te acuerdas de tus primeros casos?

—Claro que me acuerdo, recuerdo cuando estaba en el turno de oficio. —Sonreí para mis adentros. Lissandra continuaba en silencio—. La mayoría eran por conducir borrachos y por consumo de estupefacientes, pero era divertido —reconocí.

—Pues eso, cariño, tienes que encontrar de nuevo tu chispa. Sé que te llegará el momento tarde o temprano.

—Ojalá tengas razón —agregué esperanzada.

La pizza tardó cinco minutos más en llegar. Lissandra comentó que había hecho bien en traer las ensaladas, pues no le gustaba para nada el pepperoni y dio la casualidad de que había pedido precisamente esa pizza.

Se estaba haciendo bastante tarde, aunque eso no iba a ser un problema para ninguna de nosotras, al fin era viernes, por lo que no tendríamos que ir ninguna de las dos a trabajar al día siguiente. Reunirnos los viernes tras una larga semana se había convertido prácticamente en una tradición para nosotras.

—¿Es tu teléfono el que está vibrando? —me preguntó Lissandra al mismo tiempo que se llevaba una hoja de lechuga hasta la boca.

Corrí a ponerme de pie para ir hasta el móvil, que estaba parpadeando sobre el mueble de la tele. No me había dado cuenta de que lo tenía puesto en silencio hasta que Lissandra me lo dijo. Cuando llegué, la persona que me estaba llamando había dejado de hacerlo.

—¡Mierda! —grité al ver que tenía tres llamadas perdidas de Ricardo—. Mierda, mierda, mierda. ¡Joder, mierda!

—Tranquilízate, Mía ¿Qué ocurre?

Sin responder a la pregunta, pulsé el botón de rellamada, nerviosa y expectante, pues me resultaba extremadamente extraño que me llamara un viernes a aquellas horas de la noche. Tenía que ser algo importante si se había

tomado esa molestia.

—Ricardo, lo siento, yo... —dije en cuando contestó.

—...

—Sí, yo... Lo sien...

—...

—¿Yo? —me extrañó—. ¿Ahora?

—....

—Sí, claro, por supuesto. ¿En qué comisaría estás?

Llegué a la comisaría del Centro tan rápido como me lo permitió el taxi. Gracias a Dios, el tráfico a esas horas era bastante fluido, al menos al principio, pues a medida que me iba acercando al eje de la ciudad, se dificultaba mucho más el acceso debido a los bares de copas y el gentío de los alrededores. Todos los malditos viernes estaba la calle a rebosar de personas.

Iba en el taxi con una sensación extraña, pues Ricardo me había pedido a mí que acudiera a la comisaría a formar parte de la declaración de la hija de uno de nuestros clientes más prestigiosos. No tenía ni idea de qué había sucedido o de qué se trataba, Ricardo no me dio más información que esa, dejándome con la incertidumbre. Y no ayudaba el hecho de que me resultaba sumamente inusual que me lo hubiese pedido a mí en lugar de a Ana, que era su segunda de a bordo y la que lo acompañaba allá a donde fuera.

Entré por la puerta de la Comisaría de Policía Nacional de la calle Leganitos, era una noche bastante ajetreada para los agentes, que se movían a toda prisa por su interior. Varias unidades salían del recinto a patrullar las calles o, tal vez, gracias a algún aviso que los hacía salir de allí a toda pastilla. Me dirigí hacia el mostrador donde me encontré con una agente de policía que tendría alrededor de unos cuarenta años y una mirada que me incitaba a pensar que se trataba de una persona de pocos amigos y escuetas palabras.

—Soy la abogada del bufete Gómez y Medina asociados —dije en cuanto levantó la vista de los papeles que tenía delante para mirarme—. Me está esperando mi cliente.

—¿Nombre? —fue todo lo que dijo tras alzar una de sus cejas.

—Mía Foissard. Colegiada mil quinientos cuarenta y siete.

—El suyo no, ¿cómo se llama su cliente? —me preguntó. «Sabía que no era

amistosa».

—Se trata de una menor. Nos ha llamado su padre—especifiqué—. Eduardo Armas.

—¿Viene usted con Ricardo? —preguntó como si le costara trabajo aceptar ese hecho y con una familiaridad que me desconcertó.

Asentí y aquella robusta mujer me miró de arriba abajo, como si algo en mí estuviera fuera de lugar. No me importaba, ya estaba acostumbrada a ese tipo de cosas. La policía me hizo un gesto indicándome que la siguiera. Me llevó hasta la puerta del despacho donde se realizaban las denuncias: la oficina de UDAC. Sin más dilación, y sintiéndome tan nerviosa como el día que me gradué, llamé a la puerta y entré.

En el pequeño despacho se encontraba el que supuse que sería el inspector Torres —dato que me facilitó la agente de la recepción—, ya que era la única persona que iba uniformada en la estancia. A la izquierda, de pie, estaba Ricardo, mi socio, hablando por teléfono y gesticulando mucho con la mano. Sentada en una silla frente al inspector, se encontraba una joven de cabello oscuro y, junto a ella, Eduardo, posando la mano sobre el hombro de ella; nuestro cliente, el padre de la muchacha.

La joven ocultaba el rostro tras su larga melena, pero por el aspecto que presentaban sus ropas, estaba más que claro a lo que me enfrentaba. Estaba cubierta por una manta vieja, pero, a pesar de ello, podía apreciar como sus prendas estaban sucias y hechas girones. Sus piernas —descubiertas al llevar minifalda— presentaban numerosos hematomas y cortes por todos lados. La roña cubría gran parte de ellas y había llegado a mezclarse con la sangre. Viendo el aspecto de su cuerpo, o al menos lo que se veía de él, podía intuir cómo estaría su rostro.

De pronto, la joven se giró para mirar en mi dirección. Tenía los ojos azules y de ellos emanaba un reguero de lágrimas que se mezclaba con el rímel de sus pestañas y haciendo que este se corriera por toda su cara, dejando un camino oscuro desde sus ojos hasta su mentón. Mostraba varias magulladuras por la mejilla, como si la hubiesen obligado a restregarla contra algo duro. La expresión de dolor y angustia que mostraban aquellos ojos tristes me sobrecogió, su mirada estaba carente de vida, apagada por completo.

Tenía la vista puesta en la nada, perdida, y el brillo que se apreciaba en sus pupilas me indicaba que estaba reviviendo una y otra vez el incidente que hubiera padecido, aquel por el que estaba en una comisaría a altas horas de la

madrugada. Me partió el alma ver lo maltratada que estaba. Mostraba el labio superior inflamado y se apreciaba en él un corte que parecía ligeramente infectado.

«Dios... No es más que una niña», me dije a mí misma en cuanto descubrí, horrorizada, sus facciones juveniles.

Se notaba a kilómetros que aquella muchacha estaba asustada, trataba de cubrir gran parte de su desnudez con la pequeña manta que le habían proporcionado, casi sin conseguirlo, pues, a pesar de que la chica era menuda, la manta era pequeña para ella. Sin poder llegar a verle las manos, podía sentir las tensas, como si estuviera agarrando aquel trozo de tela con todas sus fuerzas y fuese lo único que la mantenía erguida.

«¿Qué le ha sucedido? ¿Quién puede haberle hecho eso?».

Me situé al lado de Ricardo en silencio, tratando de pasar todo lo desapercibida que te permitía el momento. Escuché que mi socio estaba hablando con alguien de los juzgados, intentando averiguar qué juez estaba de guardia, por lo que pude percibir.

«Siempre con sus artimañas».

Sabía de sobra cómo actuaba Ricardo Medina. Trataba de averiguar quién era el juez que estaba de guardia esa noche para saber si le resultaría demasiado complicado hacer un juicio rápido y así evitar llegar a uno contencioso, o si, por el contrario, interesaba más acudir a la corte con una buena acusación. Siempre era mucho más fácil ir sobre seguro. Eran tretas más que conocidas y aceptadas en mi profesión.

—Cuéntale lo que ha pasado, Michelle —la alentó su padre.

La joven hizo una mueca con la boca, como si quisiera hablar, pero las palabras no quisieran brotar de sus labios. En su lugar, lo que salió a través de ellos fue un agudo quejido seguido de un llanto desgarrador que era imposible no sentir en tu interior.

—Está muy nerviosa —la justificó el señor Armas.

—Tómate tu tiempo —le dijo el inspector en un intento por ser amable.

La muchacha volvió a depositar su mirada en mí, no estaba segura de si lo hizo tratando de buscar la fuerza y el apoyo que le faltaban para hablar o si le incomodaba mi sola presencia en la estancia. No podría culparla, de pronto se veía rodeada de personas extrañas, en una situación que nadie querría padecer. Tratando de ser alentadora y no parecer una amenaza para ella, le indiqué con un gesto de la cabeza que podía hablar, que todo iría bien, o al menos

esperaba que así lo hubiese interpretado.

Todos los presentes en aquella sala estábamos expectantes, deseosos de que la muchacha pudiera hablar, mientras que ella nos recorría una y otra vez con la mirada. Sus ojos viajaban desde el inspector Torres, situado frente a ella hasta a mí que me encontraba en la posición más alejada del resto. Sin poder evitarlo, la chica rompió a llorar con todas sus fuerzas, sin reprimirse lo más mínimo al hacerlo.

Las lágrimas le caían descontroladas por el rostro, los sollozos lastimeros que salían de sus labios te helaban la sangre y te rompían el corazón. Jamás en toda mi vida había escuchado a nadie llorar con semejante dolor en la voz, era como ser testigo del desgarramiento de su garganta.

Sentí la angustia y el desasosiego que padecía casi como mío propio, no quería ni imaginarme cómo podía estar ella realmente por dentro. Nadie debería pasar por aquello, nunca, jamás.

Sin dudarlo, me acerqué hasta ella y me posicioné de cuclillas a su lado, tratando de lograr que me mirara directamente a los ojos para intentar tranquilizarla.

—Ya pasó, tranquila, pequeña —le dije dulcemente—. No va a pasar nada. No tienes por qué hablar ahora si no quieres, ¿te apetece un poco de agua, cielo?

La muchacha, algo más serena, asintió. Saqué de mi bolso una pequeña botella de agua que siempre llevaba conmigo. Rápidamente, el inspector había puesto a mi disposición un vaso de plástico que tomé con premura, sin dejar de tener contacto visual con ella. Michelle bebió despacio de él, intentando humedecerse la garganta, pues los llantos se la habían dejado reseca.

—¿Estás mejor, cielo? —le pregunté.

Traté de acariciarle suavemente el brazo, intentando tranquilizarla, pero al ver cómo ella se apartaba bruscamente de mí, desistí y retiré la mano.

No pude evitar sentirme mal por ella, debía de ser una sensación horrible estar tan asustada y desvalida como lo estaba, rodeada de desconocidos que esperan algo de ti. La presión puede ser un mal amigo en momentos así. Pasaron unos minutos en silencio en los que nadie decía absolutamente nada. La espera era terrible y para algunos —como Ricardo— desesperante.

—Me... me... —balbuceó la joven.

—¿Sí, cielo? —la animé.

—Yo no quería... —seguía diciendo—. Yo le dije que no...

Aunque sus palabras eran escasas, supe a la perfección lo que le había pasado. Había sido violada por algún maldito desgraciado al que habría que arrancarle el miembro.

—Tranquila, cielo. —Me levanté hasta quedar situada al lado del padre de la chica—. ¿Le ha contado a usted lo sucedido? —le pregunté esta vez al él.

—Escuetamente, cada vez que intenta hablar termina por echarse a llorar.

El Inspector Torres agarró el teléfono que tenía situado a su lado, y marcó algunos números en él. Sabía perfectamente cuáles eran los pasos que seguir en aquella situación: había que llamar a un médico forense y habría que llevar a la chica a un hospital para que pudieran examinarla.

Al echarle un vistazo, volví a sentir que se me partía el alma, parecía tan joven e inocente... Me juré a mí misma en ese momento que metería entre rejas al hijo de puta que le había hecho aquello, así tuviera que buscarlo hasta el resto de mis días y hasta el mismísimo infierno. Nadie debería forzar jamás a una mujer a hacer algo que ella no quiere y no está dispuesta a hacer y, por supuesto, muchísimo menos a una niña.

La rabia me recorrió por entero, no lograba ponerle cara al agresor, pero, sin duda, ya lo odiaba con todas mis fuerzas. Deseaba poder darle una paliza, hacerlo sufrir como le había hecho sufrir a aquella pobre chica. Era consciente de que no debía implicarme tanto, y sobre todo no debía de tomármelo como algo personal. Tenía que ser profesional, pero no podía.

No con aquella niña que temblaba delante de mí.

Sabía por experiencia propia lo que era verse en vuelta en una situación desagradable sobre la que apenas tienes control. Por fortuna para mí, no había llegado a padecer en mis propias carnes lo mismo que la pobre Michelle, pero era consciente, al menos de manera efímera, de lo que debía de estar sufriendo.

—Ya he avisado al médico. Está de camino al Clínico. Tenemos que ir hacia allí —ordenó el inspector.



Capítulo 2

E stábamos dando vueltas al Hospital Clínico San Carlos en el coche, un Mercedes clase A. Le gustaba mucho a Ricardo ese tipo de vehículo, lo veía como una clara diferenciación de clases sociales y, por supuesto, él quería demostrar la suya.

Reinaba el absoluto silencio dentro del coche. Nunca habíamos sido grandes conversadores entre nosotros y, como era de suponer, jamás habíamos mantenido una charla fuera de la oficina. Para ser honestos, incluso en la oficina hablábamos poco, solíamos limitarnos a conversaciones sobre lo que era estrictamente necesario. Al parecer aquel no iba a ser el día en que eso cambiara. Además, me había acostumbrado a los silencios de Ricardo tanto que ya no me molestaban ni me hacían sentir incómoda cuando los teníamos.

Cada vez que había que acudir a un juicio, él iba con Ana, su segunda de abordo —su perrito faldero, la bruja mala de la oficina a la que todos queríamos estrangular mientras dormía—, y yo lo hacía con Roberto. Claro que jamás había tenido un juicio fuera del área matrimonialista, estaba encasillada en ese departamento que detestaba con toda mi alma. Aquel en el que sentía que no hacía nada de provecho, sino que simplemente me aprovechaba de la gente.

Encontrar aparcamiento estaba resultándole una tarea complicada, a pesar de ser bastante tarde. Al ser fin de semana, cualquier parte estaría llena y

encontrar una plaza de aparcamiento era prácticamente una misión imposible. Ningún sitio —de los pocos que había libres— le parecía lo suficientemente bueno como para dejar su preciado coche, y era tan sumamente tacaño que no estaba dispuesto a dejarlo en un *parking* de pago, aunque solo le costase unos pocos euros. Lograba sacar de quicio a cualquier persona que estuviera a un kilómetro a la redonda.

Después de veinte minutos y con una sonrisa triunfal en los labios, Ricardo y yo conseguimos dejar el coche aparcado lo más cerca del Clínico, por fortuna, a poco más de dos calles de distancia. Como de costumbre, Ricardo encabezó la marcha, dejándome a mí atrás, y marcó su propio ritmo. No me quedaba más remedio que seguirlo y adaptarme a él, me gustase o no.

El señor Armas, la joven Michelle y el inspector Torres ya debían de estar en el interior del hospital esperándonos. Habían salido con el coche patrulla, lo que debía resultar de bastante utilidad a la hora estacionarlo. Caminaba decidida, dispuesta a entrar cuanto antes en aquel lugar, a pesar del odio que sentía por cualquier área sanitaria, cuando Ricardo me agarró del brazo y me detuvo a las puertas del hospital.

—Parece que la chica confía en ti —me dijo—, ¿qué estrategia vas a usar? ¿En qué has pensado, Foissard?

—¿Cómo dices? —No tenía ni idea de lo que me estaba preguntando—. No he pensado en nada...

—Debes empezar a prepararte para el juicio, Mía. —Su voz sonaba casi enfadada—. Es importante que tengas una buena defensa y que no dejes cabos sin atar.

Por un momento había pensado que se trataba de una broma, que se estaba quedando conmigo y lo único que quería era reírse de mí en mi propia cara porque hacerlo a mis espaldas ya no era suficiente, pero el rostro de Ricardo no mostraba ningún indicio de ello. Su semblante estaba tan serio como el de un sepulturero, o puede que incluso más, y aquella expresión en su cara disipó por completo cualquier duda que pudiera tener al respecto.

¿Realmente me iba a dejar actuar en un caso de Penal?

Me resultaba inverosímil pensar en qué así fuera, y más incluso tratándose de una violación y no de un delito menor. Era como decir que el Sol había dejado de brillar y que La Tierra estaba sumida en la más absoluta oscuridad o, que el mundo se había detenido y pronto colisionaría contra cualquier meteorito que acabaría por completo con la humanidad.

—No tengo ni idea de quién será el fiscal con el que tendrás que trabajar, pero espero que no sea un maldito novato y sepa lo que tiene que hacer —dijo antes de soltarme y encaminarse hacia el interior del hospital—. Con una sola en la sala será suficiente —le escuché decir mientras se alejaba.

Me quedé parada frente a la puerta como una completa estúpida, pues a mi cerebro le estaba costando un gran trabajo asimilar las palabras de Ricardo. Me resultaba tan difícil entender su forma de pensar que incluso en aquel momento, esperaba que se girase y se riera de mí, mientras me señalaba con el dedo, riendo a carcajada limpia mientras me llamaba estúpida por pensar que iba a confiar en mí.

De pronto, comenzaron a caer tímidamente unas gotitas de agua que me sacaron de mi letargo.

«Perfecto, va a llover y tengo ropa tendida. Y para colmo, no he traído paraguas».

Entré rápidamente, tratando de seguir el paso acelerado que llevaba Ricardo, pues al haberme quedado paralizada había avanzado bastante, dejándome abandonada a las puertas del hospital como a un perro al que has dado de lado.

Mi móvil, caprichoso y ajeno a mis deseos, comenzó a sonar con la melodía de *Heathens* de Twenty One Pilots a todo volumen, haciendo que la chica del mostrador me dedicase una mirada más que hostil y me mandara a guardar silencio con el dedo. Con una prisa desmesurada tomé el teléfono entre las manos, deseando que la tierra me tragase por completo.

—¿Sí? —respondí entre susurros al aparato, con la mano que me sobraba cubriéndome los labios para amortiguar el sonido.

—...

—Estoy en el Clínico. Creo que tardaré un poco en volver.

—...

—No, no, tranquila, es por un cliente, yo estoy bien.

—...

—Si quieres quédate, aunque llegue tarde. Sabes que siempre me gusta tenerte en casa. Me vendría bien alguien con quien hablar después.

—...

—Vale, no te preocupes —dije con una sonrisa—. Te prometo que te llevaré un donut. Un beso, Lissy. Gracias.

Para cuando hube acabado de hablar, me di cuenta de que Ricardo me

esperaba en la antesala con los brazos cruzados sobre el pecho. Su cara mostraba claramente su exasperación y su mirada era más que reprobatoria. La paciencia no era precisamente una de sus virtudes y que lo hicieran esperar era algo que lo sacaba de quicio. Más de lo habitual, quería decir. Algo me decía que no íbamos a tener una buena relación en lo que quedaba de noche, más bien que la que ya teníamos iba a ir todavía a peor. Resoplé y me dirigí hacia él resignada, sabiendo que ese hombre y yo jamás nos entenderíamos en toda nuestra existencia, por más que lo intentásemos.

El señor Armas, el padre de la chica, se paseaba nervioso por la estancia frotándose las manos con bastante fuerza y con la mirada perdida. Era incapaz de permanecer quieto en un sitio por mucho que se esforzara en intentarlo. A juzgar por su apariencia, se diría que había salido de la cama en cuanto supo lo que le había ocurrido a su hija, pues llevaba el pelo desaliñado, tenía los ojos rojos y bajo su camisa de botones, se podía apreciar la camiseta de lo que suponía que sería su pijama.

No sabía cómo habría reaccionado yo en su situación y el solo hecho de pensarlo lograba ponerme los pelos de punta.

Traté de ponerme en su lugar, a pesar de que me resultaba bastante complicado pues, por el momento, no había tenido hijos, pero me imaginé lo angustiante que tendría que ser recibir semejante noticia en la madrugada, cuando aún estabas dormido, levantándote de la cama con el corazón enloquecido, a punto de explotar y con el único pensamiento de «Dios mío que esté bien, que solo esté bien».

Una sensación amarga me invadió y sentí como los ojos se me humedecían conteniendo las lágrimas. Aquella, era una situación que no le deseaba ni a mi peor enemigo.

—Tranquilo, Eduardo —le dijo Ricardo mientras le apoyaba la mano sobre el hombro y lo miraba con tristeza—. Haremos que esto no quede impune, verás que Michelle pronto estará bien.

—Es mi niña, Ricardo —respondió con los ojos cuajados, al reprimir las lágrimas—. Es Michelle, mi pequeña. Ella no se merece esto, siempre ha sido una buena chica. No entiendo cómo ha podido pasar algo así. No debimos dejar que fuera aquel concierto —añadió preso de la culpabilidad—. Todo esto es por mi culpa, debí...

—Nadie se merece que le ocurra algo así. Nada de esto es culpa tuya —siguió consolándolo Ricardo—. No podías saber qué ocurriría. Hay mucho

cabrón suelto.

—Quiero que el hijo de puta que le ha hecho esto a mi hija lo pague muy caro. —Habló cada vez más enfurecido y en un tono por encima del normal, además de autoritario—. Quiero que se pudra en la puñetera cárcel, que no vuelva a ver la luz del sol en su maldita vida, ¡quiero que se muera!

—Tranquilo —trató de calmarlo—. Eso haremos, Eduardo, no te preocupes, irá a la cárcel, que no te quepa la menor duda de que haremos justicia.

—Dios... —Se llevó la mano hacia la nuca antes de continuar—: No sé cómo se lo voy a contar a Valeria. No le he dicho nada aún, esto va a destrozarla... —Eduardo dirigió la mano hasta su frente, como si el hecho de pensar en lo que tenía que hacer le produjera un terrible dolor de cabeza.

—Puedo hacerlo yo, si quieres —se ofreció mi socio—. No me importa.

—No —respondió enjugándose la lágrima que se le había escapado, rebelde, del ojo—. Tengo que decírselo yo. No sé si podrá soportarlo y estoy seguro de que jamás me perdonará por no habérselo dicho nada más enterarme. Será mejor que sea yo quién se lo cuente, no creo que lo resista, ni siquiera sé si yo podré resistirlo. Todo esto no parece sino una maldita pesadilla.

Ricardo y Eduardo hacía muchos años que se conocían, prácticamente había sido uno de sus primeros clientes cuando montó el bufete, confió en él cuando todavía no era nadie en el mundo de los juzgados y le había otorgado grandes ingresos al negocio. Desde entonces, para Ricardo él no era un simple representado, se había convertido en su amigo y había visto crecer a esa niña desde su primer día en el mundo. El paso del tiempo logró que estrecharan lazos hasta el punto de considerarse familia, y Ricardo luchaba con fuerza por su familia.

Ver a Ricardo allí, tan afligido cómo su amigo, me hizo verlo como una persona un poco más humana y no como el desalmado abogado que solía ser, aquel al que no le importaban lo más mínimo los sentimientos de los demás. Al que solo le importaba estar bien consigo mismo, el dinero y nada más.

El señor Armas tenía los hombros caídos mientras Ricardo le daba suaves golpes, tratando de animar a su amigo al que le faltaba poco para derrumbarse. Cabizbajo y con la angustia pegada al pecho, se disculpó con nosotros para realizar la tan terrible llamada a su esposa.

—Tiene que ser horroroso pasar por algo así —comenté cuando se había

marchado el señor Armas. Lamentaba realmente su situación.

—No puedes cagarla, Foissard —me advirtió Ricardo, volviendo a ser el hombre al que yo conocía—. Tienes que encerrar al responsable. Demuéstrame que no me equivoqué al meterte en el bufete. —Su voz sonaba amenazante tras aquellas palabras.

—¿Tengo? —Dudé por un instante si realmente estaba diciendo lo que creía que estaba diciendo—. ¿No estarás conmigo?

—No podré, debo ser amigo y no abogado esta vez —puntualizó—. Por eso vas a ser tú quien lleve el caso. Espero que no hagas que me arrepienta.

Un intenso pinchazo me acució en la espina dorsal, y de haber tenido algo en el estómago, habría vomitado, pues unas terribles nauseas me acontecieron. Las palabras de Ricardo habían logrado ponerme más tensa de lo que ya me encontraba, haciendo que un sudor frío me recorriera el cuerpo por entero.

¿Me iba a dejar sola en el caso? ¿No iba a estar conmigo?

Siempre quise poder dedicarme a los casos de Penal, pero hacía tanto tiempo que no tenía uno que sentí miedo cuando me lo asignó a la fuerza. Y ahora que me decía que iba a estar sola, estaba aterrada. La relación entre Ricardo y el señor Armas hacía que fuera incluso más difícil de sobrellevar, puesto que mi socio estaba implicado emocionalmente, y eso a veces, nos impedía ser objetivos.

Estaba completamente segura de que estaría supervisando el caso, a pesar de que no ejerciera como abogado para este, imposibilitándome el poder hacer mi trabajo debidamente y como estimara oportuno. Aunque hubiera dicho que simplemente sería su acompañante, sería incapaz de mantenerse al margen, y aquello iba a complicarme la vida hasta el punto de llegar a odiar por completo la abogacía.

Estaba segura de ello.

Rebusqué en el interior de mi bolso sin saber muy bien qué andaba buscando, solo necesitaba tener una excusa para desviar los ojos de la mirada tan intensa con la que me observaba Ricardo antes de marcharse tras su amigo.

Sentía la necesidad de salir corriendo de allí como un animalillo asustado, y si mi sustento no dependiera de ello, lo habría hecho sin pensarlo.

No supe cuánto tiempo pasó hasta que llegaron Eduardo y Ricardo de dondequiera que estuvieran, podrían haber sido segundos, minutos o, tal vez horas, no me importaba. Estaba tan nerviosa que era incapaz de ser consciente del paso del tiempo, ni de lo que sucedía a mi alrededor. Solo quería largarme

de allí.

De pronto, vimos salir por una de las puertas de las consultas al médico, quitándose lentamente los guantes de látex de color azul de las manos y tirándolos en una papelera que había justo a su lado. Su rostro no mostraba ningún tipo de expresión que pudiera indicarnos lo que pensaba.

—Buenas noches, soy el doctor Ignacio Martel —se presentó tendiéndole la mano a Eduardo—. Supongo que usted es el padre de Michelle. —Eduardo asintió y quedó a la espera del diagnóstico del médico, con los ojos abiertos de par en par, preso de la desesperación—. Es una joven muy fuerte.

—¿Qué ha averiguado? —le interrumpió Ricardo—. ¿Está bien? —El doctor le dedicó una mirada hostil y volvió a dirigirse a Eduardo, ignorando por completo a Ricardo. De haber estado en otra situación, me habría echado a reír.

—He examinado con calma sus genitales en busca de algún tipo de desgarró —comenzó a decir—. Desgraciadamente, hay signos de forcejeo. Además de los múltiples hematomas de su cuerpo, presenta una pequeña fisura en la apertura de la vagina, síntoma de que, efectivamente, ha sido violada.

Ricardo agarró por los hombros a su amigo, pues había perdido la fuerza para mantenerse en pie por sí solo cuando escuchó las palabras del experto. Con ayuda del médico y de Ricardo, llevaron a Eduardo hasta una silla de la sala de espera para que tratara de recomponerse.

En los ojos del especialista pude apreciar la empatía. Estaba segura de que ser el portador de aquellas noticias, no debía de ser plato de buen gusto para nadie. Aquel trabajo era, a mi parecer, uno de los más duros.

—Tiene que ser fuerte por su hija, señor Armas —le aconsejó el médico. Cuando Eduardo estuvo lo suficientemente recompuesto y su cuerpo se estabilizó, el doctor Martel continuó—: He tomado muestras de semen y están siendo analizadas en el laboratorio para determinar el grupo sanguíneo y el ADN del asaltante, así como también he mandado a analizar los fluidos de la joven en busca de algún... tipo de enfermedad venérea. Por el momento han quedado descartadas la gran mayoría, pero habrá que repetir la prueba en unas semanas —dijo antes de que Eduardo pudiera volver a tener un ataque de pánico, sabiendo que, al menos, aquellas palabras lo mantendrían tranquilo—, tal vez, un par de veces.

»Le recomendaría que tomara antibióticos profilácticos durante al menos una semana para prevenir algunos gérmenes que se transmiten a través del

semen. Ahora le inyectarán doscientos cincuenta miligramos de Ceftrian. Le daré unas pastillas de Metronidazol para que se las tome al llegar a casa y le voy a hacer la receta de dicloxacilina para que la tome cada doce horas durante una semana. —Tras aquellas palabras, el médico desapareció a través del pasillo del hospital, disculpándose con nosotros pues tenía que atender a más pacientes.

Reinaba el silencio en la sala. Podía darme cuenta de que, para Eduardo, todo aquello no era más que una horrible pesadilla de la que quería despertar, incluso a mí me lo parecía. Había estudiado casos como ese en la universidad, pero jamás había vivido uno de cerca. Me horrorizaba darme cuenta de lo injusta que era la vida con ciertas personas, de cómo en cuestión de minutos te podía cambiar la vida por culpa de alguien que se cree con el derecho de joderte.

La joven Michelle asomó el rostro a través de la puerta por la que, anteriormente, había aparecido el médico. Su mirada era tímida y en sus ojos se veía la vergüenza que sentía. El miedo y la culpa eran algunas de las sensaciones que percibí de su expresión.

Tenía la cara limpia, sin restos de máscara de pestañas, ni carmín, aunque lucía maltratada y cansada. Sentí mucha pena al ver aquel rostro tan juvenil de la forma en la que estaba.

—Michelle, cariño —dijo Eduardo, corriendo a envolverla entre sus brazos—. ¿Cómo estás cielo? ¿Estás bien?

Ella no habló, se limitó a asentir al mismo tiempo que se abrazaba a su padre con fuerza. Era curioso cómo el ser humano, se escuda en sus seres queridos cuando sufre una tragedia, sea de la índole que sea. Estaba completamente segura de que aquella niña no se dejaría tocar por nadie que no fuera un miembro de su familia, de hecho, estaba convencida de que ni siquiera permitiría que nadie se le acercara a menos de un metro de distancia.

Eduardo la apretaba contra sí con el rostro cubierto de lágrimas involuntarias que le caían por las mejillas. Acariciaba despacio la cabellera de la niña, con delicadeza y ternura, y la asustada Michelle lloraba a lágrima viva entre sus brazos, dejando escapar los lastimeros sollozos que llevaba rato conteniendo.

El inspector Torres nos invitó a acompañarlo hasta la comisaría, pues había que presentar una denuncia formal y, debía tomarle declaración a la joven. Se disculpó con Eduardo por las prisas con las que lo agobiaba, pero necesitaban

una descripción física del atacante y todos los detalles posibles para iniciar la investigación.

Después de eso, cuando tuvieran algunos sospechosos, podrían realizar una rueda de reconocimiento para dar con el agresor y así, por fin, celebrar el juicio que lo llevaría directo a la cárcel. Aquel juicio del que dependía mi futuro y el que tan asustada me tenía en aquellos momentos.

Miré a mi alrededor con la esperanza de que todo aquello no fuera más que un sueño y pudiera despertarme en cualquier momento, pues pensar en que aquel caso pudiera salirme mal hacía que me invadieran las arcadas. Me sentía la persona más incompetente del planeta.

Recogimos todas las cosas para poner rumbo a la comisaría, aunque Ricardo se ofreció para ir en busca de algunos víveres para la pobre Michelle, pues no había comido ni bebido nada desde antes el incidente. Tras todo aquello, salimos del hospital.

Iba a ser una noche muy larga.



Capítulo 3

Había llegado a casa a las cuatro de la madrugada, muerta de hambre, empapada gracias a la lluvia y con más sueño y frío del que podía imaginarme. Hacía mucho tiempo que no tenía una noche tan larga y tan dura como la que había tenido. Michelle, cada vez que le preguntaban por la persona que la había agredido, revivía el momento, rompiendo así a llorar cada vez que intentaba abrir la boca para decir algo.

Era desgarrador y frustrante al mismo tiempo ver cómo se hundía una y otra vez, cómo el miedo la paralizaba y cómo el dolor le salía por las entrañas y no nos permitía avanzar en la investigación. Me sentía completamente impotente, no sabía cómo ayudarla y no estaba acostumbrada a sentirme tan inútil e inservible. Me odiaba por no poder hacer nada por ella.

Lissandra estaba durmiendo justo a mi lado, se había quedado esperándome despierta toda la noche. Para cuando llegué, ambas caímos redondas en la cama casi de inmediato. Ni siquiera hablamos de lo que había sucedido, ni del por qué había llegado tan tarde. Miré el reloj de la mesilla de noche, eran las ocho y media de la mañana.

Maldita rutina.

«Joder, quiero dormir».

Volví a cubrirme hasta la cabeza con las sábanas y cerré fuertemente los ojos, obligándome a intentar dormir sin éxito, pues estaba tan despierta como un búho. Por más tiempo que me quedara tumbada sobre la cama, no iba a conseguir volver a quedarme dormida a menos que me tomara algún tipo de tranquilizante. ¿Sería eso apropiado o acabaría dependiendo de esas pastillas para poder dormir?

Resignada a que estaba completamente despierta y a que no iba a poder hacer nada contra ello, me levanté de la cama para empezar el día, aunque sin ganas de hacerlo.

Cerré despacio la puerta de la habitación para no despertar a Lissandra, bastante había hecho la pobre con esperarme despierta toda la noche como para, encima, mantenerla en vela durante la mañana cuando aún podía descansar un poco más.

Me serví un café solo, bien cargado, y dejé que su aroma me impregnara las fosas nasales. Nada me gustaba más que una buena taza de café por las mañanas, que me calentara las manos y el estómago al mismo tiempo. Era lo único con lo que podía empezar bien el día. Si, por alguna casualidad, había una mañana que no lo tomara —fuera por lo que fuera— tenía que enfrentarme a una mierda de jornada y, por consiguiente, el mundo sería testigo de mi mal humor.

Me senté en la mesa de la cocina con la taza de café sujeta en una mano para poder leer la prensa electrónica con la otra. Quería saber si aparecería por algún lado la noticia de la violación de la pobre Michelle, pero no vi nada relacionado ni que me indicara que había llegado a los medios de comunicación.

Tras revisar mis correos electrónicos, me di cuenta de que tenía un mensaje sin leer de la pasada noche. Con el ajetreo de la comisaría y el hospital, no había podido revisarlos desde el mediodía. Había estado tan cansada al llegar a casa que ni me paré para revisarlos, como de costumbre hacía.

OJAZOS

«Buenas noches, preciosa. Hace un par de días que no sé nada de ti, si no fuera porque sé cómo eres de despistada y lo irresistible que soy yo, me habría enfadado contigo e incluso habría cogido un vuelo hasta Madrid solo para darte unos buenos azotes, ¡a pesar de perder el sol que hay aún en

Canarias! Te echo de menos, mi abogada sexy».

Luis siempre conseguía sacarme una sonrisa, era un zalamero muy descarado que me encantaba. Me prometí a mí misma que después de desayunar sacaría algo de tiempo para poder llamarlo. Me apetecía escuchar su voz, aunque fuera solo por un rato, ya que después tendría que empezar a repasar el testimonio de Michelle. Tenía que ponerme al día y comenzar a encauzarlo si no quería que hubiera inconsistencias en él. De hecho, iba a ponerme con ello en ese mismo momento, podría echarle el primer vistazo mientras me tomaba con calma otro café.

Pasada cerca de media hora, vi cómo la puerta de la habitación se abría — realmente lo escuché, no lo vi— y aparecía una somnolienta y despeinada Lissandra arrastrando los pies al andar.

—¿Qué haces despierta? Vuelve a la cama —le dije sorprendida de que se hubiese levantado.

—¿Y tú? —me respondió—. Deberías descansar un poco antes de seguir trabajando.

—No estoy trabajando —le mentí. Ella alzó una ceja inquisidora.

—Te conozco, Mía. —Se acercó hasta la despensa y la abrió. Al darse cuenta de que no había nada sólido que desayunar, se sirvió una taza de café antes de sentarse junto a mí—. Entonces, si no estás trabajando ¿qué es eso? ¿Lectura ligera? —dijo señalando a la *tablet* que tenía sobre la mesa, con la web de noticias jurídicas abierta.

—Es que tengo que ponerme al día —me justifiqué—. Tengo que prepararme.

—Si me parece bien —me dijo mientras me quitaba de las manos la *tablet* —, pero tienes que despejarte un poco también.

—Lissy, en serio —la reprendí—. Mi trabajo depende de este caso.

—Eres buena, Mía. Relájate un poco.

Hice un pequeño mohín cuando Lissy me sacó la lengua descaradamente, restándole importancia a mis palabras. Se había negado por completo a devolverme la *tablet*, y se aseguró de que no buscara de nuevo en la web la legislación vigente quitándome el teléfono móvil también. Haber sido amigas durante tantos años era una desventaja en aquellas situaciones. Te conocían tan bien, que ya sabían prácticamente cuál sería tu próximo movimiento.

Estaba jugando con la cucharilla de café sobre el líquido del interior de la

taza cuando sonaron unos golpes en la puerta de la entrada. Tanto Lissandra como yo giramos la cabeza en su dirección, con los ojos abiertos de par en par. ¿Quién podía ser a esas horas? Era demasiado temprano para que alguien apareciera siendo fin de semana.

Me levanté despacio de la mesa y me dirigí hacia la puerta, indecisa. No sabía si debía abrirla o, tal vez, hacerme la loca el tiempo suficiente para que la persona que estuviera tras ella se marchara. Estaba convencida de que solo se podía tratar de un comercial o alguien que quería que me pasara a su religión. Y no tenía ganas de aguantar una insistente charla, tratando de venderme algo que no me interesaba lo más mínimo. Volvieron a tocar, haciendo que me parara en seco frente a la entrada.

«Joder, ¿por qué cojones no tendré una maldita mirilla?».

—Abre, puede que sea tu jefe.

—No es mi jefe, es mi socio —corregí.

—Abre de una vez —me instó Lissandra, haciendo que, sin pensarlo dos veces, abriera la puerta como un rayo. La sola posibilidad de que fuera Ricardo me nubló el juicio.

Después de haberlo hecho, caí en la cuenta de que Ricardo no conocía la dirección de mi casa, jamás se la había dado, y de haberlo hecho, se habría olvidado de ella en cuestión de cinco minutos. Cuando la puerta estaba abierta de par en par vi a Luis apoyado sobre el marco, con la cabeza ligeramente inclinada hacia el hombro y mirándome con una sonrisa traviesa en los labios.

—¿Me echabas de menos, preciosa? —preguntó seductoramente.

—¡Luis! —grité emocionada a la par que sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a pasar unos días. —Me sorprendió tanto su aparición que arrugué sin darme cuenta la nariz—. No he venido solo por ti —continuó—. Tengo que hacer un curso de coctelería en el centro. Óscar se empeñó. Y verte es un aliciente más que convincente para hacerlo —finalizó entrando al interior del piso.

Lissandra lo saludó amigablemente, con cierto entusiasmo. Habíamos conocido a Luis en nuestras pasadas vacaciones en Gran Canaria, había sido el camarero que nos atendió durante las noches en las que salíamos a pasarlo bien y con el que mantuve relaciones. Luis se acercó hasta a mí y, sin vacilar, depositó un sonoro beso en mis labios, dejándonos a ambas con la boca abierta.

—Bueno, creo que tengo que irme —dijo Lissandra poniéndose en pie.

—No... —protesté aún, agarrando con fuerza el pomo de la puerta, que seguía abierta de par en par a pesar de que Luis ya estaba dentro de la casa—. Aún es temprano.

Luis nos miraba extrañado, como si no se enterase de lo que nos decíamos sin decirnos. Me alegraba de verlo, pero había aparecido en el momento más inoportuno, pues debía ponerme con el caso cuanto antes y su presencia en mi casa no iba a permitírmelo.

Ignorándome por completo, Lissy se despidió de Luis, me dio un beso en la mejilla y desapareció escaleras abajo. Cerré la puerta resignada, ¿entendería Luis que necesitaba trabajar? Me giré para disculparme con él y prometerle que, al menos, comeríamos juntos, pero, cuando quise abrir la boca, mis ojos vagaron por el cuerpo masculino de Luis. ¿Había estado haciendo pesas?

Tenía los brazos cruzados por encima del pecho, haciendo que la hendidura de este se marcara aún más de lo que ya lo hacía por sí sola. Pude apreciar que estaba más fuerte, su espalda se había ensanchado y sus bíceps se veían más hinchados. Los ojos azules de Luis estaban puestos sobre mí, más concretamente sobre mis labios. No pude evitar mordérmelos al imaginarme qué más habría cambiado de su cuerpo desde la última vez que nos vimos.

Luis se acercó despacio hacia a mí y me agarró por la cintura, atrayéndome suavemente hacia él. Llevó lentamente una de sus manos hasta mi mentón y con el nudillo me obligó a alzarlo, quedando ambos labios en completa sintonía. Me besó con la misma calma con la que había realizado los movimientos. Despacio, aunque lo que realmente queríamos fuera devorarnos el uno al otro. Sentí cómo las piernas me flaqueaban y cómo el aliento cálido de Luis me envolvía, convirtiendo aquel momento en el más erótico de los que habíamos tenido.

—Tenía muchas ganas de besarte —me dijo con voz ronca. De mis labios se escapó un gemido a modo de respuesta—. Quiero sentirte, Mía... —me susurró al oído.

Con una premeditada lentitud me recorrió el brazo con la yema de los dedos, erizándome la piel por donde estos pasaban. Dejé caer la cabeza hacia atrás, pues me pesaba ante aquel maravilloso contacto. Luis aprovechó el espacio que quedó abierto para llevar los labios hasta mi cuello, besándolo en la curvatura. Mordisqueó con cuidado la carne, consiguiendo entonces que la cabeza me diera vueltas y ya no fuera capaz de pensar en nada más que en sus atenciones.

Me recorrió con las manos la espalda para llevarlas hasta mi trasero y alzarme en volandas por encima de su cintura. Me sujeté a su cuello mientras lo envolvía con las piernas, quedando suspendida en el aire y completamente a su merced.

—¿Dónde está tu habitación? —preguntó con ansia en la voz.

—Segunda puerta —respondí besándole con un hambre atroz—, a la derecha.

Con paso firme, Luis me llevaba hasta el dormitorio, sin dejar de besarnos en ningún momento, pues ambos sentíamos la necesidad de fundirnos el uno con el otro, De rozar nuestros cuerpos hasta que produjeran chispas.

Luis me apoyó la espalda sobre la puerta cerrada de la habitación y me mantuvo sujeta con tan solo uno de sus brazos, utilizando el otro para hacer girar el picaporte que nos separaba de la cama que tanto ansiábamos. Una vez dentro, nos dejamos caer sobre el colchón, aún sin dejar de besarnos. De pronto, Luis separó sus labios de los míos y mantuvo la cabeza a pocos centímetros de mí. Me observaba de arriba abajo como quien descubre algo por primera vez.

—¿Qué ocurre? —dije jadeante.

—Solo te miro. —Volvió a deslizar su mirada por todo mi cuerpo, despacio, sin perderse ni el más mínimo detalle mientras que, a su vez, acompañaba su mirada con la mano, haciéndome caricias con la yema de los dedos—. Eres preciosa.

Con una sonrisa tonta dibujada en los labios, llevé mi mano temblorosa hasta su rostro, atrayéndolo con delicadeza hacia a mí para poder deleitarme con el sabor de sus labios. Nos dejábamos llevar por los sentimientos de anhelo que ambos habíamos padecido durante las últimas semanas. No pudiendo contener más las ganas que tenía de poder acariciarle la piel sin una tela de por medio, tiré de su camiseta hacia arriba para quitársela, Luis se despojó de ella con rapidez para luego hacer lo mismo con la mía.

El calor que emanaba de nuestros cuerpos había conseguido calentar el ambiente, haciendo que la habitación se volviera viciada y caliente. Me sentía tan húmeda que estaba segura de que llegaría al orgasmo en cuanto sus dedos acariciaran la tela de mis braguitas.

El azul de sus ojos centelleaba, vidrioso por la pasión que reflejaban. Recorrió mi muslo por entero hacia arriba, metiendo la mano por el interior de mi pantalón de pijama y agarrándose fuertemente a mi culo. Un gruñido se

escapó de sus labios al palpar aquella zona, apretándola con fervor. Aunque, reticente, sacó la mano del interior del pantalón para poder tirar de la pretina del este hacia abajo, dejando al descubierto mis braguitas de encaje negro.

—Dios..., sí que te he echado de menos —dijo mirándolas con lascivia.

Hizo a un lado la tela y, con tan solo aquel roce, sentí que me estremecía. Se llevó hasta la boca uno de los dedos y se lo chupó, para luego acariciar con descaro mi clítoris sin apartar la mirada de mis ojos. Me revolví ansiosa sobre el colchón y elevé ligeramente la pelvis para ponérselo, inconscientemente, más fácil.

Luis acercó el rostro hacia mi vulva y la succionó, tomándome por sorpresa, haciendo que una descarga eléctrica me recorriera desde la punta de los pies hasta la cabeza. Lamió aquella zona sensible hasta hacerme enloquecer. Me agarraba con fuerza a las sábanas de la cama, pues sentía que en cualquier momento explotaría. Mayor fue mi desenfreno cuando me introdujo uno de los dedos en mi cavidad, hundiéndose despacio en mi interior. Movía con maestría sus dedos dentro de mí cuando me invadió por entero el clímax. La cabeza me daba vueltas, la notaba mucho más ligera, como si toda la sangre que hubiera bombeado mi cuerpo hubiese escapado junto al orgasmo. Sin poder evitarlo, unas leves risillas escaparon de mis labios.

—Yo también te he echado de menos.

Luis se acomodó encima de mí, apoyado en los codos mientras me besaba, primero una mejilla, después la segunda, y por último los labios.

—Prepárate, princesa —advirtió—. No he hecho más que empezar.



Capítulo 4

—¡Mierda! —grité al darme cuenta de la hora que era—. ¡Joder, qué tarde se ha hecho!

Me levanté como un resorte de la cama e intenté atropelladamente volver a ponerme los pantalones. Tenía que revisar el testimonio de Michelle y hablar con Ricardo del caso y se me había hecho terriblemente tarde.

—Es sábado, vuelve a la cama —me dijo Luis tirando de mí, tratando de llevarme de vuelta entre las sábanas.

Su agarre hizo que cayera de forma aparatosa sobre el colchón, con el pantalón a medio poner. Nada me habría gustado más que quedarme arropada junto a él, pues con el pelo despeinado, el pecho descubierto y parte de las sábanas cubriendo su desnudez, era la mejor estampa que había tenido en mi cama jamás. La piel bronceada de Luis resaltaba entre mis sábanas blancas, haciendo su compañía mucho más que apetecible.

Me incorporé de nuevo —con esfuerzo, por su culpa— y, tras lograr finalmente ponerme el pantalón, me detuve un instante para contemplarlo. Me mordí el labio inferior al hacerlo, pues cada vez que lo miraba me entraban ganas de abalanzarme sobre él y fundirme con su cuerpo. Deseaba poder quedarme a su lado y deleitarme con la dureza de sus pectorales, pero, tenía que volver al trabajo o, cuando llegara el juicio, no tendría forma de ganarlo.

Me incliné ligeramente para depositar un beso en sus labios a modo de despedida.

—Tengo que trabajar. —Trató de volver a acercarme, con una sonrisa traviesa en los labios, pero esa vez estaba preparada, por lo que opuse resistencia—. Hablo en serio, Luis —advertí.

—Esperaba poder pasar más tiempo contigo —comentó entristecido y aflojando su amarre.

—Puedes quedarte aquí..., sí quieres.

—¿A esperarte? No, no importa.

—Me refiero a que puedes quedarte mientras estés en Madrid. —Un atisbo de esperanza asomó a su rostro—. Yo tengo que trabajar, pero, al menos, podremos pasar algo de tiempo juntos.

—Me parece buena idea —dijo sonriente.

Fui hasta la cocina en busca de la llave de repuesto que guardaba en casa y volví a la habitación con la idea de entregárselas. Cuando entré de nuevo por la puerta me encontré con la imagen del trasero desnudo de Luis, pues se había puesto de pie y estaba poniéndose la camiseta. Volví a morderme el labio inferior al contemplar aquellas nalgas prietas que sabía a ciencia cierta que estaban bien duras. Cuando Luis se dio la vuelta, me pilló mirándole descaradamente y con la cabeza ligeramente inclinada para tener un mejor ángulo de visión.

—¿Te gusta? —preguntó divertido.

—Bastante —admití—. Es una bonita imagen.

—¡Qué descarada, señorita Foissard! —dijo haciéndose el ofendido.

—Ni que no lo supieras —respondí echándome a reír.

Luis se acercó hasta mí, aún desnudo de cintura para abajo y me sujetó por las caderas antes de besarme. Sus labios me dejaban ver claramente que seguía tan hambriento de mí como lo estaba yo de él.

Sin decir absolutamente nada más, puso rumbo a la ducha y, mientras lo hacía, se subió ligeramente la camiseta que se había puesto para ofrecerme una mejor vista de su trasero mientras se marchaba. Me reí por lo bajo, deseando que el día no se hiciera demasiado largo, pues ya tenía ganas de morder aquellos cachetes y enseñarle lo descarada que podía llegar a ser si me lo proponía.

Salí de casa y dejé a Luis en la ducha, se me hacía bastante raro tener a un hombre a solas en mi apartamento, hacía tanto tiempo que no confiaba en

nadie, que tenía una extraña sensación en el cuerpo. No estaba del todo segura si aquella sensación se debía a su sola presencia o, al hecho de parecer que nuestra relación daba un paso más.

El trayecto hasta el bufete no se me hizo demasiado largo, aún era lo suficientemente temprano como para que la afluencia de personas no fuera demasiada.

Llegué a la oficina y me encontré a Ricardo rebuscando entre un montón de papeles. Por desgracia para mí, su despacho estaba tan cerca del mío que fue inevitable que me viera cuando me acercaba.

—Mía —dijo sorprendido de verme cuando levantó la cabeza de entre los documentos—. ¿Qué haces aquí?

—Quería revisar la declaración de Michelle —le informé.

Ricardo torció el gesto, estaba claro que mi presencia allí le había sorprendido considerablemente, aunque, a decir verdad, estaba más sorprendida yo de verlo allí que él de verme a mí. Había acudido a la oficina numerosas veces durante los sábados desde que comencé a trabajar en el bufete, y jamás me lo había encontrado ninguno de esos días. Los fines de semana eran sagrados para él.

«Me lo he ganado con los años de trabajo», decía.

—Yo también he venido a revisar la declaración —admitió—. Esa niña es prácticamente de mi familia. No puedo hacer la vista a un lado. No si puedo evitarlo. —En su voz se distinguía cierto atisbo de impotencia.

Ver a Ricardo de aquella guisa me entristeció y, a su vez, me hizo verlo de forma diferente: más humano y no tan capullo como de costumbre. En sus ojos se notaba la desesperación, casi tanto como la que había vivido la pasada noche con el padre de la muchacha. Ricardo podría ser muchas cosas: un imbécil, un arrogante y un gilipollas, pero, ante todo, era una persona de carne y hueso, con sus dolencias y sus sentimientos, y estaba sufriendo por aquella niña.

—¿Estás bien, Ricardo? —me atreví a preguntar. Se había puesto a rebuscar como un loco entre los papeles, como si estuviera desesperado y no supiera qué hacer y aquello fuera lo mejor para distraerse—. ¿Quieres que te traiga algo? ¿Agua? ¿Café? Lo que sea.

—Estoy bien, Mía. —Tomó asiento en la silla junto a su escritorio—. Michelle... es como de mi familia. Bueno, ¿qué estoy diciendo? Es de mi familia. Es mi ahijada. —Aquella revelación me pilló de imprevisto. Sabía

que existía un condicionante sentimental, pero no a niveles tan personales.

Cada vez me ponía más y más tensa con aquel caso. Ricardo estaba completamente involucrado emocionalmente a esa causa y eso hacía que la presión por no poder fallar aumentara hasta niveles poco saludables.

Las palmas de las manos comenzaban a sudarme debido a los nervios. Me las froté disimuladamente en el pantalón, a pesar de no haber llevado jamás un caso de penal no quería que tanto el familiar de la muchacha, como mi jefe pudieran ver que estaba aterrada.

—¿Se sabe algo del agresor? —pregunté tratando de centrarnos en lo profesional y no llevarlo al plano emocional más de lo debido. O más de lo que ya lo habíamos hecho.

—Todavía nada. Están interrogando a los testigos que la vieron en aquel maldito concierto al que no debió ir.

—Es cuestión de tiempo que lo encuentren. No creo que tarden en hacerlo —le animé y, en cierto modo, me animé a mí misma también.

Ricardo asintió despacio y, con toda la templanza que logró simular, abrió la tapa de su portátil y comenzó a trabajar. Al ver que me quedaba quieta en el mismo sitio, como si un vegetal fuese, me indicó con la mano —y sin mirarme—, que podía salir del despacho. Salí de allí más aliviada de lo que me habría gustado aparentar.

Me senté frente al ordenador de mi mesa y comencé a revisar con calma el informe de la denuncia, la versión dada por Michelle. Trataba de buscar cualquier cosa que pudiera servirme de cara al juicio, pues tendría que prepararla llegado el momento.

Testificar delante de un jurado nunca es fácil, te pones nervioso y ansioso porque te crean al dar tu versión. A veces, el jurado puede ser algo difícil de contentar y no siempre son capaces de ver lo evidente.

Datos del agresor: estatura media, en torno al metro setenta y cinco. Joven, oscila entre los dieciocho y veinticinco años. Complexión delgada. Ojos azules. Cabello claro, rubio...

Un dato en la descripción del sospechoso me resultó curioso: era extranjero o, al menos, Michelle lo había descrito como tal. Me imaginaba que habría estado tan nerviosa que le costaría trabajo poder hablar. Hice bien en revisar los documentos, pues cuando llegué a la comisaría ya habían tomado algunas notas. Aquel dato era uno de los que me había perdido.

Me preguntaba si simplemente era un turista que estaba de paso y había

dado con Michelle desafortunadamente o, sin embargo, era un estudiante de intercambio. O tal vez, fuera un residente con simple aspecto extranjero, debido a algún familiar que sí que lo era.

Tendría que revisar, solo por si acaso, la ley de extranjería, por si no se tratara de un extranjero europeo. Debía estar preparada para cualquier cosa, solo por prevenir. Poco más podía hacer, tocaba tener paciencia y esperar a que la policía encontrase al culpable.

Tamborileaba con los dedos sobre la mesa tratando de pensar de qué manera llevaría el caso. Tendría que hablar con Michelle de nuevo, quería preguntarle con qué amigos había acudido a aquel concierto. Tal vez encontrara a alguien que hubiese grabado con el móvil al chico que le había hecho aquello a la pobre Michelle. Aunque sonase morboso, si lo hubiesen grabado en pleno acto, sería maravilloso, tendríamos la prueba incriminatoria principal.

Sabía que conseguir aquel video sería algo sumamente difícil —sí es que existía—, pues, según leía en el informe, Michelle relató que todo había ocurrido en medio de un callejón atestado de coches aparcados unos junto a otros. Estaba oscuro, lejos de la discoteca —«salieron a pasear para conocerse mejor»— y completamente solitario. Era prácticamente imposible que nadie los hubiera visto.

Cerré el bloc de notas que tenía abierto sobre la mesa del escritorio, ya que cuando quise darme cuenta estaba haciendo garabatos sin sentido sobre él, sin escribir nada importante o de relevancia.

¿Qué diablos me pasaba?

Mi trabajo pendía de un hilo muy fino y yo lo único en lo que podía pensar era en el trasero de Luis junto a mi cama esa misma mañana.

Sonreí al darme cuenta de que me esperaría en casa, aquel dato era algo que me fascinaba y me ponía nerviosa al mismo tiempo. Hacía demasiado que no depositaba mi confianza en alguien como para dejar que se quedara en mi apartamento a solas. Luis tenía algo que hacía que estar con él fuera fácil, divertido. Desde el día que lo vi por primera vez en Gran Canaria supe que era alguien especial. Alguien en quien se podía confiar.

De pronto, pensé en Michelle. Esa pobre chica había depositado su confianza en aquel hombre y todo terminó de la peor forma posible. Me costaba mucho entender en qué piensan los hombres para cometer semejante delito. Aprovecharse de una niña, tan joven y tan tierna, era desmesuradamente

cruel y, a juzgar por el aspecto que traía Michelle en la comisaría, había utilizado la fuerza bruta con ella.

¿Se habría resistido?

Me imaginé a mí misma padeciendo una situación similar. ¿Qué habría hecho? ¿Habría sido capaz de defenderme o, sin embargo, me habría quedado paralizada? ¿Qué sensación sería la que me recorrería el cuerpo al sentir las manos de alguien al que no deseaba encima?

Estaba convencida de que era una situación a la que no querría exponerme. Me recorrió un escalofrío por entero y se me revolvió el estómago de tal forma que creí que llegaría a vomitar en aquel momento. Por muy atractivo que fuera el asaltante, pensar en su lengua paseándose por el cuerpo de Michelle, o de cualquier otra mujer, me producía náuseas.

No, sin duda, era algo que no le desearía a nadie.

Me llevé los dedos al puente de la nariz y me lo apreté. Tenía un horrible dolor de cabeza por el simple hecho de pensar en algo así. ¿Y si le hubiese pasado a alguien de mi familia? Me estremecí con solo imaginarlo. Aquel caso iba terminar por desquiciarme, o bien porque el hecho de tratarse de la ahijada de Ricardo, o bien porque estaba más que involucrada emocionalmente.

No pude evitar sentir empatía con aquella pobre chica en cuanto la vi, estaba tan asustada y tan perdida que no fui capaz de mantenerme al margen. Quería que el hijo de puta que le había hecho eso lo pagara caro. Tan caro que no saliera de la cárcel en toda su maldita juventud. Así no podría aprovecharse de ninguna niña más. Porque de algo estaba cien por cien segura: si lo había hecho una vez, volvería a hacerlo.

Me levanté dispuesta a hacer una fotocopia del informe policial, quería llevármelo a casa y aprendérmelo casi tan perfectamente como el Padre Nuestro. Después de hacerla y de comprar un sándwich en el bar de enfrente a la oficina, me iría a casa, ya poco más podría hacer allí. Hasta que la policía no tuviera algún sospechoso, mi trabajo apenas se movería.

Miré de reojo a Ricardo. Desde la posición en la que estaba era fácil hacerlo. Para evitar que los becarios jugaran con la fotocopidora, habían decidido hacía algún tiempo posicionarla prácticamente en medio de la sala principal. A la vista de todos y, sobre todo, frente al despacho de Ricardo.

Tenía las manos en la cabeza y los codos apoyados sobre la mesa. Cabizbajo. Jamás le había visto mostrar ningún signo de preocupación, ni siquiera cuando demandaron al bufete por mala praxis. Di un brinco y un

sonoro grito al notar algo vibrando en mis pantalones, haciendo que Ricardo levantara la cabeza y dirigiera su mirada hacia mí.

Gracias a los identificadores de Google en las llamadas, pude comprobar que se trataba de la Comisaría del Centro. Al notar que Ricardo no me quitaba los ojos de encima le hice un gesto para que se acercara antes de descolgar el aparato.

—¿Diga? —Ricardo había llegado a mi lado tan rápido que apenas había tenido tiempo de coger la llamada.

—...

—Sí, soy yo.

—... —Mi socio tenía la oreja pegada al teléfono mientras me hablaba el Inspector Torres.

—De acuerdo, Inspector. Allí estaremos. —Colgué.

Tras finalizar la llamada, Ricardo y yo nos quedamos mirándonos el uno al otro. En dos días tendría lugar la rueda de reconocimiento.

Pronto encerraríamos al hijo de puta que le había hecho eso a Michelle.

Me sudaban las manos, no podía dormir y encima estaba engullendo napolitanas como si la vida me fuera en ello. Le pedí a Lissy que se quedara aquella noche conmigo, estaba tan nerviosa que no quería quedarme sola. Luis había ido a casa de unos amigos a pasar la noche. Necesitaba a mi amiga y no a su perfecto y mordisqueado —por mí— culo.

—Mía, para de una vez —me pidió Lissandra—. Me tienes mareada.

—No lo puedo evitar —me disculpé sin dejar de ir de un lado para otro por la cocina. Miré el reloj de la pared. Eran las once de la noche—. Mañana es la rueda de reconocimiento y habrá un acusado, por lo que tendré que empezar a preparar el juicio. Conoceré al fiscal con el que trabajaré también. —No paraba de parlotear—. Ricardo estará allí, juzgándome. Señalándome con el dedo y pensando en su morbosa cabecita que soy una incompetente. ¿Qué diablos voy a hacer, Lissy? —Noté que mientras hablaba comencé a hiperventilar.

—En primer lugar —enumeró mientras se bajaba de la encimera de la cocina, costumbre que siempre había tenido—. Vas a tranquilizarte, tan solo es la rueda de reconocimiento. No sabes si el agresor estará entre los citados realmente. Y, en segundo lugar. —Me frenó poniéndome las manos sobre los

hombros—. Vas a irte a la cama. Ahora. —Me quitó de las manos la napolitana a medio comer—. Tienes que descansar, Mía.

—No voy a poder —admití.

—¿Dormir? ¿O con el juicio? —Enarcó una ceja al hablarme.

Mi amiga me conocía bien. Sabía que estaba preocupada y, a decir verdad, estaba tremendamente asustada. Me gustaba mi trabajo, a pesar de que mi socio fuera un sociópata, petulante y engreído. No quería perder aquel empleo.

—Mía —me atrajo a la realidad—. Lo harás bien.

—No estoy tan segura.

—Pero ¿dónde coño está mi amiga?

—¿Perdona? —Me soltó de golpe, sorprendiéndome.

—Que no entiendo en qué momento perdiste la confianza en ti misma. — Parecía realmente enfadada—. Siempre has sido una persona que hace todo lo posible por conseguir lo que se propone. Has sido una luchadora toda tu vida, ¡maldita sea! ¿Por qué te estás rindiendo ahora sin apenas pelear?

Abrí los ojos completamente sorprendida. Lissandra nunca me había hablado de aquella manera, pero sabía que solo lo hacía para hacerme reaccionar. Y tenía razón. No sabía en qué momento me había perdido por el camino. Recordé la universidad, el entusiasmo con el que iba a clase y la forma en la que me decía a mí misma que sería una gran abogada.

¿Cuándo había dejado de creer en mí?

—Esa es mi chica. —Lissandra sonreía satisfecha—. Tienes el mundo a tus pies, Mía.



Capítulo 5

«**M**aldito niño, caprichoso y estúpido. ¿Por qué coño ha tenido que meterse en este puto lío?». Menos mal que su padre me iba a pagar una buena suma de dinero por sacarlo de él.

Nunca entendería por qué los niños ricos no sabían mantener la polla metida entre los pantalones cuando deben tenerla bien guardadita. A mí también me gustaban las mujeres, de eso no cabía duda, pero no entendía la necesidad de tener que perder el tiempo con una que no quiere absolutamente nada contigo, teniendo todo un mar lleno de pececillos que están más que dispuestos a picar.

—Me tengo que ir —le dije a la rubia que tenía puesta la mano sobre mi entrepierna, de la que no recordaba siquiera el nombre

—¿Tan pronto? —se quejó su amiga la pelirroja—. Si apenas hemos empezado la fiesta.

Ambas mujeres se pegaron más a mí en aquel sofá del reservado en el que estábamos. La tenía tan dura que me planteé por un segundo quedarme y satisfacer los deseos de aquellas dos preciosidades, pero tenía que coger un vuelo hasta España si quería llegar a tiempo para la rueda de reconocimiento de mi cliente.

—Nada me gustaría más que poder quedarme. —La rubia comenzó a mordisquearme la oreja, haciendo que mi polla palpitase ante sus atenciones —. Pero tengo un viaje importante de negocios y no puedo retrasarme.

—¿Y si somos malas y no te dejamos ir? —añadió la pelirroja mientras me desabrochaba con lentitud el botón de los pantalones, liberando así mi dura erección—. ¿Qué pasaría entonces?

Estiré los brazos y los dejé descansar sobre el largo respaldo del sofá. La mujer de cabellos rojos sonrió satisfecha, con la mirada llena de deseo y provocación, fue descendiendo hasta quedar junto a mi miembro. Lo sujetó fuertemente con la mano y se lo llevó hasta la boca. El contacto de su lengua húmeda y juguetona me produjo tanto placer que no pude sino dejar escapar toda la poca voluntad que me quedaba.

Noté como la punta de mi glande llegaba hasta el final de su garganta y como ella, empecinada en abarcarla por completo, la llevaba hasta lo más hondo. No pude sino disfrutar de la vista. Llevé una de mis manos hasta su llamativa cabellera y la ayudé a hundirme más en ella, empujándola con suavidad para que se la tragara entera, si es que podía.

La otra, celosa de que todas mis atenciones estuvieran centradas en la explosiva mujer que me llenaba de placer, se inclinó y me besó con ardor. Llevé la mano que me quedaba libre a su voluminoso y apetecible pecho y ella, ansiosa por sentir que la tocaba, me agarró y pellizcó su pezón con mis dedos. Un gutural sonido salió de mi garganta al rozar la piel de aquella preciosa mujer.

Me encantaba aquel sitio. La intimidad que te daban en el reservado del club era, sin duda, lo que más me gustaba. Al principio acudía a él únicamente por negocios, pero las señoritas que había allí terminaron por convencerme para volver.

A por ellas. Todas y cada una de ellas.

Estaba lleno de exóticas y encantadoras mujeres. Rosa, una cubana a la que le había echado el ojo, era el principal motivo por el que me incliné a volver. Pero ella era únicamente para ejecutivos y no para abogados como yo, por muy bueno que fuera.

Porque era jodidamente bueno. Yo lo sabía y todos lo sabían.

En los años que llevaba en Estado Unidos había logrado amasar una importante cantidad de dinero. Ganar casos te otorgaba prestigio y, por tanto, pasta y con ella, respeto.

Adoraba Nueva York.

La cabeza de la pelirroja subía y bajaba a un ritmo que, pronto haría que me corriera. La idea de llenarle la boca con mi semen se me metió en la

cabeza, pero justo cuando creí que eso pasaría, cesó de chupármela, dejándome más cachondo de lo que ya podía soportar.

Despacio, ambas mujeres se pusieron de pie, frente a mí y comenzaron a quitarse la una a la otra el vestido que llevaban puesto, dejando ver las delicadas prendas femeninas. Era un club sí, pero con mucha clase. Estaba siendo testigo de un buen espectáculo y les dejaría una generosísima propina por ello.

La rubia acariciaba sensualmente el brazo de la pelirroja y, con sutileza, le bajó la tira del sujetador negro por él. Aún sin quitárselo, hizo que uno de sus pechos quedara al descubierto, mostrando el rosáceo pezón. Como si supiera que mi deseo en aquel momento era poder mordisquearlo hasta hartarme, la rubia se lo llevó a la boca. Vi cómo su lengua jugueteaba con el pezón de la pelirroja y cómo esta, dejaba escapar un sonoro gemido.

Me la agarré fuertemente, dispuesto a divertirme con el *show*. No pensarían que iban a dejarme fuera del juego, ¿no? Se besaron con pasión mientras que, con la rodilla, se frotaban los sexos, encendiéndose hasta que se volvieran locas. Una vez cesaron de devorarse la una a la otra, sonrieron y se giraron para quedar mirándome de frente.

—Entonces, ¿te tienes que ir? —preguntó la pelirroja, a sabiendas de que era mi favorita. Miré mi reloj de pulsera: la una de la madrugada del sábado.

—Creo que puedo permitirme un pequeño retraso —sentenció—. Así que, ¿qué pensáis hacer con esto? —les pregunté señalándome la polla que estaba tan tiesa como el mástil de un barco.

El aeropuerto de Barajas. Me había olvidado de él.

Desde que murió mi padre no había vuelto a España, ¿para qué? Si ya no me quedaba nada en aquel país corrupto, lleno de mentirosos —como yo— y ladrones.

No, no quería volver a pisar su suelo si no era estrictamente necesario.

Eran las cuatro de la tarde del domingo, por lo que el aeropuerto estaba atestado de personas. Familias que volvían de unas vacaciones, parejas que regresaban de una escapada romántica. Caras tristes al dejar atrás a personas que echarían de menos o, gente que, como yo, estaba de viaje de negocios. Odiaba los aeropuertos, sobre todo desde que tuve que viajar muchas veces por culpa del trabajo.

Por suerte, ya era rara la vez que tenía que hacerlo. Siempre iba mi ayudante en mi lugar, salvo cuando el caso era realmente importante, como en esa ocasión, en la que era de vital importancia que fuese yo quien lo resolviera. Por eso estaba en España. Iría al Hotel Wellington en el barrio de Salamanca y, una vez que me hubiera atiborrado a café, comida y una buena ducha, llamaría a Carl para que me enseñara la citación policial para la rueda de reconocimiento. Dudaba que encontrara alguna negligencia en ella, pero debía revisarla por si cabía la posibilidad de apelarla y, así olvidarnos de todo.

Salí del aeropuerto tras esperar cerca de veinte minutos a que la maldita cinta trajese mi equipaje. Había venido a Madrid con tan solo una maleta, ya que me gustaba viajar ligero. Jack se encargaría de mandarme el resto de mi ropa por correo. No tenía ni idea de cuánto tiempo tendría que estar en aquel podrido país, pero esperaba que fuese el menor posible.

Nueva York era mucho más interesante que aquella triste ciudad.

El taxi me dejó en la puerta del Wellington en veinticinco minutos. Tiempo que se me hizo condenadamente largo. Tenía hambre y ganas de darme una buena ducha tras las largas horas de vuelo que había tenido. Viajar era agotador en cualquier circunstancia, pero hacerlo durante casi nueve horas era todo un sufrimiento.

Sentía los músculos de la espalda tan agarrotados que era incapaz de ponerme del todo derecho, y eso que viajé en primera clase. No quería ni imaginarme cómo podrían estar los que lo habían hecho en turista.

En la puerta me recibió un botones del hotel que se hizo cargo rápidamente de mi equipaje, antes incluso de que hubiese llegado a la recepción.

—Buenas tardes, señor. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó el hombre que estaba a cargo de recibir a los huéspedes.

—Tengo reservada una habitación a nombre de Spinster & Case —informé.

El hombre miró rápidamente en el libro de reservas del hotel mientras yo me dejaba caer sobre el mostrador de la recepción, exasperado por tener que esperar y mientras veía como sus ojos se movían ávidos por el documento. Se giró y cogió una de las llaves de las habitaciones que tenía colgadas en la parte trasera para volver a dirigirse a mí.

—Aquí tiene, señor. —Me tendió las llaves con una amplia sonrisa—. Su habitación es la doscientos cuatro. Raúl llevará su equipaje. Si necesita cualquier cosa, no dude en llamarme y se la proporcionaré encantado.

—Muchas gracias —respondí y me giré dispuesto a encaminarme a los ascensores del hotel. Estaba deseando llegar a la habitación y poder descansar.

Abrí la puerta y la suite no estaba tan mal, no al menos cómo yo me lo había imaginado. Era consciente de que no podían competir con los grandes hoteles de Nueva York, pero no me era del todo desagradable a la vista. Parecía incluso, hasta confortable.

El recibidor era espacioso, moqueta de color gris y un estampado único de flores blancas en él, que le daba un aire bastante victoriano. Los sofás eran clásicos y estaban tapizados también en colores grises, con reposabrazos muy bien labrados. Paredes limpias, blancas y grises. La cama, a la derecha de la entrada, parecía bastante cómoda, aunque tampoco me importaba demasiado, aunque me llamó poderosamente la atención que el cabecero fuese moderno, cabía esperar un cabecero de hierro forjado, pero en su lugar era uno de madera minimalista pintado en color crema. Moderno, pero sin romper la armonía de la estancia.

Dejé mi maletín sobre la cómoda de madera de caoba que estaba junto a la cama. El botones, que venía detrás de mí, colocó mi equipaje sobre la banqueta frente a la cama. Saqué un billete y se lo tendí. Al comprobar que se trataba de uno de cincuenta euros mostró una amplia sonrisa que, más que sincera, denotaba su más absoluto interés por convertirse de ahora en adelante, en mi fiel servidor.

—Si necesita cualquier cosa, llámeme. —Me tendió una tarjeta de visita con un número de teléfono y un nombre, los de él, supuse.

—Puede retirarse. Gracias.

—Por supuesto, señor.

Cuando escuché que la puerta de la entrada se había cerrado me permití relajarme. Por fin estaba en el maldito hotel.

—*Hi, Spinster* —respondí al móvil, pues comenzó a sonar.

—...

—Acabo de llegar^[1]. No he tenido tiempo ni de deshacer la maleta —le dije—. ¿Qué haces despierto? Allí, aún son las once de la mañana. ¿No tuviste juerga anoche? ¿Acaso no hubo ninguna mujer que quisiera acabar la noche contigo? —Me burlé.

—...

—Tranquilo. No es más que un crío que la ha cagado. Todo se arreglará, créeme. —Caminé hacia el cuarto de baño mientras hablaba—. No creo que tengan nada sólido contra él.

—...

—Aunque lo haya hecho, Charles —traté de convencerlo—. Sabes que no pierdo ningún caso en Nueva York. ¿Por qué iba a hacerlo aquí?

—...

—Claro que sí, socio. Confía en mí. —Colgué.

Miré mi reloj de pulsera. Aún tenía tiempo para darme una ducha y comer algo antes de llamar al estúpido sobrino de Charles para saber con exactitud qué era lo que había pasado y por qué narices lo citaba la policía. Él aseguraba no haber hecho nada, pero yo sabía que alguna prueba debían tener contra él, sino la policía no le habría dado la citación. Todos sabíamos que la inmensa mayoría de los que acudían a una rueda de reconocimiento no eran más que meros figurantes y no verdaderos sospechosos. Las personas suelen acudir de forma voluntaria y no citándolas. Eso era indicativo de que tenían algo para hacerlo.

Llamé al servicio de habitaciones y les pedí que me trajeran algo de comida en media hora, tiempo que me tomaría para darme la tan deseada ducha que necesitaba.

El baño era lo suficientemente espacioso como para permitirme caminar unos pasos en su interior. Tenía una bañera de hidromasaje, tal y como cabría esperar de un lugar así. Cada vez eran más los hoteles que se decantaban por ese tipo de baños.

Sobre el lavamanos había una cestita donde encontré, champú, acondicionador, un jaboncillo de manos y algunos utensilios de higiene tales como, cepillo y pasta de dientes, toallitas y colonia. «Todo un detalle por parte del hotel», pensé irónico. Ni siquiera había un albornoz con el que justificar lo que cobraban a sus huéspedes.

Sin duda, Nueva York era otra cosa.

Me tomé un poco más de tiempo del necesario bajo los chorros, pues no me había dado cuenta de lo cansado que estaba hasta ese momento. El pasado viernes noche había sido una completa locura, con aquellas dos preciosas mujeres. Sonreí para mí mismo al recordar lo vivido y la forma en la que ambas habían gozado de mis encantos. ¿Cómo habían dicho que se llamaban?

Ni idea, pero tampoco me importaba, aunque el pensar en ellas había logrado ponérmela dura de nuevo. Tendría que hacer algo pronto para remediar aquel «asuntillo».

Hacía mucho tiempo que no venía a Madrid, pero encontrar a alguna mujer dispuesta a satisfacerme no creía que fuera demasiado complicado. Justo cuando estaba secándome el pelo, llamaron a la puerta. Me enrollé la toalla a la cintura y me encaminé hacia la entrada, ya que probablemente se trataría del servicio de habitaciones que venía a traerme lo que había pedido.

Una preciosa morena ataviada con una camisa blanca, chaleco y pantalones negros y el pelo recogido perfectamente asomó a través del marco de la puerta cuando la abrí. En cuanto me vio, pude notar cómo se ruborizaba y bajaba la mirada, avergonzada. pues sabía perfectamente que lo que veía ante ella, le gustaba.

Era mi día de suerte. Tal vez ella pudiera ocuparse de mi «asunto» y no solo de saciar mi apetito con comida.

Entró cabizbaja y evitando mirarme directamente, aunque yo sabía que se moría por hacerlo, su respiración nerviosa me lo indicaba. Me encantaba causar esa sensación de «quiero y no debo» en las mujeres. Sobre todo, en las que tenían cara de ángel, como aquella que estaba frente a mí. Pervertir a las más puritanas era algo que me gustaba sobremanera. Cerré la puerta y me acerqué a la mesa, donde la chica comenzó a servir la comida.

—¿Necesita algo más, señor? —preguntó, aún sin ser capaz de mirarme.

—¿Cómo te llamas?

Aquella pregunta logró por fin que me mirase a la cara. Tenía los ojos marrones y me arriesgaría a decir que no pasaría de los veinticinco años. «Mejor, las menores están más que prohibidas».

—Cristina, señor.

—Bien, Cristina. ¿Quieres un poco de café? —Abrió completamente los ojos por el asombro.

—No puedo, señor. No es correcto.

—¿Y quién lo iba a saber? —«Estoy deseando echarle la mano encima a ese cuerpo».

Comprobé cómo su expresión cambiaba con mis palabras. Me resultaba muy divertido jugar con los principios de la gente. Involuntariamente, se le escapó una sonrisa ligeramente traviesa. Quiso abrir la boca para hablar, pero fue incapaz de hacerlo. En su lugar, el rubor de sus mejillas aumentó hasta

convertirse en un rojo encendido. Cogí el café y vertí un poco de su contenido en una de las tazas que había en la mesa. La agarré y se la ofrecí a Cristina.

—Solo será un café. ¿Qué tiene eso de malo? —pregunté con una sonrisa perversa en los labios.

—Bueno, no pasará nada por un par de minutos —finalizó, tomando entre las manos la taza que le di.

«Que empiece el juego».



Capítulo 6

A penas había logrado dormir algo durante la noche. Me sentía agotada de tantas vueltas que le daba a la cabeza sobre Michelle, el caso y cómo iba a resolverlo.

«Está ocurriendo de verdad».

Sabía que desde que Michelle señalara con el dedo al agresor, no habría vuelta atrás. Todavía no lograba entender por qué estaba tan nerviosa. Había pisado el juzgado incontables veces, como para sentirme como una novata. Tal y como me estaba sintiendo en ese momento. Claro que, en temas del Código Penal, aunque lo había estudiado —hacía ya mucho tiempo—, era prácticamente una novata.

El único juicio penal que había tenido fue durante la carrera, y la presión que sentí entonces era muy diferente a la que estaba sintiendo. Por aquella época no dependían de un juicio ni mi trabajo, ni mi futuro, ni, por supuesto, mi reputación, pues si perdía aquel caso estaba segura de que Ricardo se encargaría de que no volviera a ejercer jamás.

La charla con Lissandra por la noche me ayudó, en parte, pero con cada minuto que pasaba, la seguridad se iba alejando de mi ser cada vez más y más. Tanto que apenas la podía sentir conmigo. Caminé —por inercia— hacia el

baño, dispuesta a lavarme los dientes y asearme un poco. Lissandra estaba despierta, lo supe porque un agradable olor a café recién hecho me llegaba desde fuera.

—¿Lista para enfrentarte al mundo? —me preguntó mi amiga cuando llegué a la cocina—. No estarás dudando de ti, otra vez, ¿no?

—Un poco, sí, la verdad —reconocí.

—¿Por qué?

—Me da miedo con lo que me pueda encontrar —admití—. Sé que tendré el apoyo del fiscal, que trabajará conmigo. Eso en cierta medida me tranquiliza, pero no puedo evitar pensar que, tal vez, no estoy a la altura.

—Pero, ¿qué coño dices, Mía? —dijo al mismo tiempo que dejaba la tostada que estaba untando con mantequilla sobre el plato—. Claro que estarás a la altura. —rio.

—¿De qué te ríes?

—De ti.

—Pues muy bien —dije molesta, agarrando la taza de café y marchándome al salón para desayunar—. Te dejo para que te burles de mis problemas a gusto.

—No seas melodramática. Fuiste la mejor de tu promoción. Lo harás bien. —Mordió un trozo de tostada mientras me seguía.

—La segunda de mi promoción —corregí.

—La mejor de las mujeres.

—Tengo que irme —dije al mirar el reloj y mientras me ponía en pie, pues tenía que ir a buscar a Ricardo e ir a la comisaría para la rueda de reconocimiento.

—¡Mucha suerte! —me gritó desde el sofá—. Aunque no la necesitas.

Llegué a la Comisaría del Centro más rápido de lo que me esperaba. El tráfico no era demasiado, cosa que me sorprendió bastante para ser hora punta. Busqué con la mirada al Inspector Torres, pero no lograba encontrarlo por los alrededores de la comisaría.

—Buenos días, ¿puedo ayudarla? —me preguntó un joven policía que me había visto buscarlo.

—Soy Mía Foissard. Busco al Inspector Torres. —Debía de estar con Ricardo, pues cuando fui a buscarlo a la oficina ya se había marchado hacia

allí.

—¿Para qué lo busca? —preguntó—. Tal vez, pueda ayudarle yo. ¿Quería poner una denuncia, señora?

«¿Señora? ¿De qué va el niñato? Podríamos ser hermanos».

—Soy abogada y estoy preparando un caso. ¿Puede decirle que estoy aquí?

Torció el gesto ante mi cambio de actitud, pues sin poder remediarlo mi tono amigable había desaparecido al escuchar la palabra *señora*. «Ni que pareciera una mujer mayor». Pero, sin añadir nada en absoluto, se dio la vuelta y fue a buscar al Inspector. Pocos minutos después volvía al mismo lugar desde el que había partido, junto al Inspector Torres.

—Buenos días, señorita Foissard. —Me tendió la mano y se la estreché—. Si hace el favor de seguirme.

Hice caso y seguí a Torres a través de la comisaría. Abrió una puerta y descendimos unas escaleras hacia una especie de sótano. Sabía que en aquel lugar era dónde realizaban las ruedas de reconocimiento. Espacios con poca luz, personas de rasgos y facciones similares para no poner mucha facilidad a la identificación, pues la testigo —o en este caso la víctima—, debía tener clara su elección, sin nada que pudiera indicarle cuál era el culpable.

—Ricardo ya está en la sala de reconocimiento con la chica —me informó y aquel dato hizo que tragase saliva, nerviosa. «Fantástico, Mía, eres la última persona en llegar»—. Tranquila. Aún faltan por venir tanto el fiscal como el abogado de la defensa —me dijo al notar mi nerviosismo y como si supiera exactamente lo que estaba pensando.

—¿Quién es el fiscal? —quise saber, pues eran muchos los nombres que podrían sonarme de escuchárselos a Ricardo.

—Se llama Daniel Rodríguez. Es buen tío —dijo guiñándome el ojo. Había oído hablar de él, pero no recordaba qué cosas se decían—. Y muy bueno. Puede estar segura de que hará todo lo posible por encerrar a los malos. Es su especialidad.

Se paró frente a una puerta gris algo descolorida, extendió el brazo y la abrió, invitándome a entrar en primer lugar.

—Señor, Rodríguez, le presentó a la señorita Foissard. Será la abogada que colabore con usted en la acusación —me presentó Ricardo nada más verme aparecer. Extendí la mano para estrechársela antes de hablar.

—Es un placer poder trabajar con usted, señor.

—El placer es mío —respondió el fiscal, al parecer ya había llegado.

—¿Dónde están Michelle y Eduardo?

—Están en una sala adyacente, no queríamos que estuviera demasiado nerviosa, por lo que, hemos dejado que se relaje estando solo en compañía de su padre.

—Era lo más apropiado —estuvo de acuerdo Ricardo ante las palabras del Inspector Torres.

—Tenemos un sospechoso que encaja con la descripción que nos dio la víctima —informaba el Inspector al fiscal—. Estaba en el concierto la misma noche en la que ocurrió la violación y varios testigos afirman haberle visto marcharse con ella. Estamos esperando a su abogado, porque ha pedido que esté presente durante la rueda de reconocimiento.

Daniel miró su reloj de pulsera y frunció el ceño, por lo que sentí curiosidad y comprobé por mí misma que el abogado de la defensa llegaba con algo más que un pequeño retraso.

—Me parece una falta de respeto retrasar el reconocimiento. ¿Quién es el abogado que se toma tales licencias? ¿Se trata de Calderón o, tal vez, esa insufrible de Martínez? —se quejó el fiscal.

La puerta de la sala se abrió de repente, llamando la atención de todos los presentes por la intrusión. Me quedé completamente paralizada y un sudor frío me recorrió el cuerpo al ver de quién se trataba.

—Buenos días. Soy Kevin Morales. El abogado defensor —habló—. Lamento el retraso. Llegué ayer de Nueva York y aún no me he acostumbrado al horario español.

Entró en la estancia como si el mundo fuera suyo, sin mirar directamente a ninguno de los presentes y con una pose que dejaba claro que veía todo aquello como un juego. ¿De verdad se trataba de Kevin? ¿El mismo Kevin de la universidad?

Se notaban los años que habían pasado en sus facciones, pero seguía teniendo la misma mirada de pillo que cuando éramos jóvenes. Parecía incluso más alto de lo que recordaba. Vestía de forma impoluta y llevaba puestas las gafas de pasta que tanto me habían gustado en nuestra juventud. Revisó con la mirada la estancia hasta que sus ojos se encontraron con los míos. Fue entonces cuando se detuvo y dejó de inspeccionar. Entrecerró los párpados cuando me miró.

—¿Mía? ¿Eres tú? —Le sonreí a modo de respuesta y estiró los brazos entusiasmado—. ¡Vaya! ¿Qué haces aquí? Me alegro de verte —añadió al

mismo tiempo que me daba un abrazo.

Notaba como todos los presentes nos miraban incrédulos, además de incómodos. Podía sentir la mirada de Ricardo clavándoseme en la nuca incluso sin estar observándolo. Era como si un bicho estuviera mordisqueándome el cuello y no pudiera hacer nada al respecto.

—Eso mismo me preguntaba yo —respondí—. No te veía desde la universidad —añadí tratando de explicar aquella situación en la que me estaba sintiendo tan incómoda.

—Señor Morales, siento interrumpir, pero debemos empezar —intervino el fiscal.

—Claro, por supuesto. Acabemos cuanto antes. Así mi cliente podrá volver a sus cosas y todos veremos que esto no es más que un malentendido —comentó—. Y así podremos tomarnos un café —me susurró—. Estás muy guapa.

Esperamos a que el Inspector Torres viniera acompañado de Michelle y de su padre. Ricardo charlaba con Daniel y Kevin ojeaba su teléfono móvil, además de enviar varios mensajes.

Me permití observar la situación. Era surrealista, ¿por qué diablos tenía que ser Kevin el abogado defensor? Habría preferido cien mil veces enfrentarme al diablo antes que con él. Siempre fue el mejor de la clase, el más rápido, el más suspicaz y, ¿por qué no admitirlo? El que más me había dejado tocada.

Dios..., había mejorado con los años, al menos su aspecto físico. Su espalda era más ancha, su pelo más rubio, sus ojos, a pesar de estar escondidos tras aquellas gafas, más verdes todavía.

Mis ojos, de manera involuntaria y sin hacerle caso alguno a mi cerebro, bajaron hasta su esculpido y perfecto trasero. Lo recorrí de arriba abajo con la mirada y me pregunté de repente, qué habría sido de él. ¿Dónde había estado? ¿Qué había cambiado de su vida?

El Inspector volvió a entrar en la sala, seguido de Eduardo de la mano de la joven Michelle. Kevin miró a la asustada chica sin mostrar ningún cambio en su semblante, sin embargo, Eduardo le devolvió la mirada llena de odio. Suponía que en el fondo era consciente de que el abogado de la defensa no era el responsable del crimen, aunque entendía que no estuviera de acuerdo en que lo representara.

«Todos tienen derecho a ser defendidos. ¿Sería Kevin un abogado de

oficio?».

Con aquella pregunta en mente estudié su aspecto más detenidamente, y no precisamente el de su perfecto culo, sino más bien, el de su ropa. No, no creía que se tratara de un abogado de oficio. Se notaba que aquel traje era de alta costura, claramente se podía apreciar que estaba confeccionado a medida y que, la lana era de muy buena calidad, por no hablar de los cortes, que prácticamente eran perfectos. No podía estar completamente segura, pero podía jurar que sus mocasines eran unos Estefano Bemer y, si mis sospechas eran ciertas, no solo no era un abogado de oficio, sino que se trataba de uno de los caros.

Tras el cristal aparecieron uno a uno todos los sospechosos para la rueda de reconocimiento, hasta sumar una totalidad de seis personas tras aquella cristalera. Me sobresalté al notar que mi móvil vibraba en mis pantalones, lo saqué y en la pantalla aparecía el nombre de Luis, que me estaba llamando. Ricardo me fulminó con la mirada, por lo que no tuve más remedio que cortar. Ya le devolvería la llamada después.

Michelle señaló al sospechoso número tres y tanto el Inspector Torres como el fiscal Daniel Rodríguez le preguntaron si estaba completamente segura.

—Muy bien, puedes marcharte, pequeña —le dijo Torres.

Estaba en la estancia como mera espectadora hasta que vi que el semblante de Kevin cambiaba de repente. Estaba más que claro que el joven al que había señalado Michelle era su cliente. Habría sido muy buen estudiante, pero jamás supo ocultar su frustración.

—Bueno, señor Morales, ¿quiere unos minutos para hablar con su cliente antes de que comencemos el interrogatorio? —preguntó Torres.

Había algo siniestro en aquella pregunta, era cómo si estuviera disfrutando con todo aquello, como si se tratara de algo personal. Las reacciones de ambos me hacían pensar que se habían tratado con anterioridad y, que no había sido precisamente una buena experiencia. Kevin, bastante molesto, se colocó la chaqueta del traje y asintió. Desapareciendo ambos por la puerta, dejándonos a todos con la boca abierta.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Toca reunir pruebas.

Ricardo y yo acompañamos a Michelle y su padre a la consulta de la psicóloga, Miriam Ortiz. Mi socio afirmaba que era la mejor para tratar los traumas generados por una violación.

Nos había costado mucho trabajo convencer a Eduardo para que dejara ir a Michelle, pero era de vital importancia lograr que se hiciera una valoración psicológica que determinara la inestabilidad emocional que podía estar sufriendo la joven.

Sentía lástima por ella, pasar por todo aquel procedimiento le debía suponer un auténtico infierno, pero estábamos haciendo todo eso por su bien. Para encerrar al hijo de puta que estaba siendo interrogado en aquel momento.

Me encontraba fuera del despacho de Miriam mientras Eduardo y Ricardo hablaban con ella, y, sin duda, era testigo del nerviosismo que sentía Michelle. Le sudaban las manos, era incapaz de estar quieta, a pesar de estar sentada sobre el sofá de piel marrón de la sala de espera. Balanceaba el pie hacia adelante y hacia detrás, una y otra vez.

—¿Estás nerviosa, cielo? —pregunté, tratando de crear un vínculo entre ambas y así poder relajarla, aunque fuera un poco.

—Un poco —respondió frotándose las manos sobre las rodillas.

—Todo va a ir bien. Solo tienes que hablar con ella.

—Yo... solo quiero olvidar lo que ha pasado.

—Y podrás hacerlo. Te lo prometo —la animé—. Tienes que ser fuerte, Michelle. Te prometo que encerraremos al que te hizo esto. Tu... solo desahógate con Miriam. Habla de lo que quieras. Sin presión. —Me miró y me dedicó una sonrisa bastante forzada.

La puerta del despacho se abrió y Eduardo y Ricardo salieron. Miriam, agarrada aún al borde de la puerta, sonrió a Michelle. Ella, temerosa, me miró a mí y la animé a entrar con una amplia sonrisa. Debía de ser muy duro tener que pasar aquel mal rato.

—¿Me esperará? —preguntó una vez en el linde de la puerta. Todos los presentes me miraron, aguardando una respuesta.

—Claro que sí, cielo. Si tú quieres que te espere, aquí estaré. —La puerta se cerró cuando la atravesó.

—Agradezco todo el apoyo que le está dando a mi hija —me comentó de repente Eduardo.

—Es lo menos que puedo hacer.

—Mía es una excelente abogada, Eduardo. Verás que todo sale bien —le

dijo mi socio, sorprendiéndome con sus halagos—. Vamos a tomarnos un café, así no estarás pensando en nada más que en un buen capuchino. ¿Quieres algo de la cafetería? —me preguntó directamente.

—No, gracias. Estoy bien. Me quedaré aquí y repasaré el informe del médico forense.

Ambos hombres se alejaron, uno cabizbajo y el otro brindándole su apoyo, depositándole una mano sobre el hombro y animándole con palabras de consuelo. Era una imagen pintoresca la de Ricardo. Hasta hacía unos días no era más que el cabrón de mi superior, pero ahora, se había convertido en una buena persona que se preocupaba por sus seres queridos.

La sala de espera no distaba mucho de todas las demás, ya fuera la de un médico, un despacho o, ¿por qué no?, nuestro bufete. Se trataba de una sala rectangular o cuadrada, llena de sillones pegados a la pared y una pequeña mesa en medio con varias revistas para hacer la espera algo más amena.

La hora de consulta se me pasó bastante deprisa, leí y releí el informe del médico, que dejaba bastante claro que Michelle presentaba heridas propias de una violación. Aunque en el informe no se hacía alusión a ello, ya que no podían decantarse por una acusación de ese tipo, pues simplemente podría tratarse de un desgarramiento por estar... tensa. Eso no significaba que se tratara de sexo no consentido, pensé.

Michelle salió del despacho de Miriam bastante más relajada de lo que había entrado y, por primera vez desde que la vi, mostraba una sincera sonrisa. Me alegraba enormemente verla de aquella forma, tal y como debería de estar una chica de su edad y no como la había encontrado en la Comisaría del Centro.

—¿Qué tal, cielo? —le pregunté en cuanto llegó a mi lado—. Parece que algo mejor. Te dije que Miriam no mordía.

—La sesión ha ido muy bien —comentó la psicóloga—. Como ya te dije, Michelle, me gustaría que volvieras.

—Lo hablaré con mi padre —comentó ella algo vergonzosa.

Miriam se despidió con la mano y Michelle y yo comenzamos a andar para salir del edificio. Había quedado en reunirme con Ricardo en la cafetería que estaba frente a la consulta cuando Michelle hubiese salido.

—Me ha gustado poder hablar con ella —me dijo cuando esperábamos el ascensor—. Ha sido muy comprensiva.

—Te dije que todo iría bien. Es bueno poder hablar con alguien de vez en

cuando.

—¿Crees que mi padre me dejará volver?

—Claro que sí. Sobre todo, si tú se lo pides. No puede resistirse a nada de lo que tú le digas —comenté guiñándole un ojo con camaradería.



Capítulo 7

Mierda. Estaba despistado en la mesa de interrogatorios. Por fortuna, no habían empezado a formular las preguntas y aún tenía tiempo de serenarme antes de comenzar.

No esperaba encontrarme con nadie conocido, y mucho menos con la única mujer que se me había resistido antes de irme de España. Mía siempre fue una espina clavada que no había logrado quitarme.

Cuando estaba en la universidad, era un pobre muchacho inocente, carente de cualquier experiencia con las féminas, pero eso había cambiado. Tal vez, era mi oportunidad para arrancar por fin aquella espina y lograr que se entregara a mí de una vez por todas.

Estaba guapa. Muy guapa.

Ataviada con los pantalones de pinza, tan ajustados a su cuerpo, y la americana a juego, me resultaba de lo más apetecible. Tenía unas curvas de lo más seductoras y aquel conjunto las realzaba a la perfección. Por suerte, acabaría con la acusación rápido y podría irme con ella a tomar café y así seducirla hasta tenerla abierta de piernas entre mis sábanas.

Por la puerta de la sala de interrogatorios apareció el que se había presentado como el Inspector Torres, acompañado de aquel fiscal pequeño e irritante. Sin embargo, no entró junto con el inspector, sino que se despidieron en la puerta para, a continuación, cerrar tras de sí.

—Bien, soy el Inspector Torres —relató al mismo tiempo que tomaba

asiento frente a mi cliente—. ¿Sabe cuáles son los cargos de los que se le acusa?

—Yo no he hecho nada —respondió mi defendido.

—Tome. —Le entregó el acta donde se mencionan los derechos del acusado para así notificar al mismo de cuáles eran—. Firme.

Agarré el documento y le eché un rápido vistazo. Todo parecía estar en orden, pero el semblante malhumorado y las formas en las que el agente de policía le hablaba a mi cliente no me estaban gustando lo más mínimo. Comenzaba a sospechar que tenían algo más que una mera acusación contra Carl y que guardaban algún as bajo la manga. Le entregué la hoja a mi cliente sin que notara que estaba alerta. Debía pensar que todo marchaba bien, o aquel interrogatorio sería un absoluto desastre.

—¿Puedes explicarme por qué cojones te has negado a hacerte la prueba de ADN? —pregunté con rabia, aunque en un tono lo suficientemente bajo como para que los policías que dejábamos atrás no nos escucharan.

—Porque eso me haría parecer culpable. —Paré un taxi y tanto Carl como yo nos subimos en él.

—Negándote sí que lo pareces —afirmé.

—¿Y si al hacerlo hubiesen encontrado alguna coincidencia? —parecía preocupado más que asustado por la acusación.

En ese momento supe con total seguridad que lo había hecho. Era culpable de cometer aquel crimen. Resultaba bastante fácil averiguar la verdad en el fondo de sus ojos y, si yo era capaz de encontrarla, un jurado también lo haría.

—Podríamos haber conseguido que la prueba no fuera válida de cara a un juicio, algo podríamos haber hecho —le dije—, pero ahora te has encabezado tu solito en la lista de sospechosos. Enhorabuena, te has situado en el primer puesto. —Aplaudí—. Te lo voy a preguntar, y lo haré tan solo una vez. ¿Lo hiciste? ¿Fuiste tú quién la violó? —pregunté siendo consciente de que el taxista no podía oírnos.

Se formó un silencio en el taxi que dejaba clara la respuesta. A veces la falta de palabras era la más valiosa información que podían darte.

—No —mintió, a sabiendas de que conocía la verdad.

No dijimos nada más durante el trayecto. Llevamos a Carl hasta la casa de su madre, que, curiosamente, estaba cerca del hotel, así que una vez lo

dejamos allí continuamos hasta el Wellington.

Llegué hasta mi habitación de bastante mal humor. Tenía que llamar a Charles y, estaba cien por cien seguro de que no iba a ser una llamada agradable. ¿Quién quería escuchar que tu sobrino ha cometido un delito grave?

No, nadie querría escuchar algo así. El muy imbécil había cometido la mayor de las estupideces que podría haber hecho en toda su maldita vida. Sabía que la conversación no iba a ser agradable porque iba a tener que pedirle, no, exigirle a Charles que se mantuviera al margen. No quería que sus sentimientos interfiriesen durante el pleito.

Iba a tener que hablar con el fiscal y ver con mis propios ojos cuál era la pena que quería para mi cliente, y así saber con qué estábamos jugando. E iba a tener que pensar en una estrategia de defensa cuanto antes.

De pronto, recordé que la abogada de la acusación era nada más y nada menos que Mía. A pesar de estar tan cansado como lo estaba, tenía ganas de llamarla para establecer un trato beneficioso para ambos, tanto en el caso como fuera de él.

Saqué mi portátil de la funda y lo abrí sobre el escritorio dispuesto a dar con ella. Por fortuna para mí, tenía un apellido poco común por lo que no se me había olvidado —aunque no lo habría olvidado de ser común—, y pude buscarla por internet. Tras revisar dos o tres páginas y cerrar otras tantas de publicidad, di con el bufete de abogados para el que trabajaba.

Gómez y Medina.

Ni siquiera me sonaba. Claro que había perdido todo el interés en los bufetes de España hacía tiempo. Nunca estuve interesado realmente en ejercer en mi país, pues no quería que me tacharan de favoritismos cuando lo hiciera. Mi padre había sido un gran juez, de los pocos que quedaban íntegros y de moral firme. Marqué el número que me aparecía en la pantalla y esperé a que alguien respondiera.

—Buenas tardes, estoy buscando a la señorita Foissard —dije cuando una mujer respondió—. ¿Podría pasarme con ella?

—...

—Entiendo. ¿Y no podría darme su número personal? —probé.

—...

—Verá, es que soy un amigo de la universidad y no voy a estar demasiado tiempo en la ciudad —relaté no siendo del todo sincero—. Me hacía ilusión darle una sorpresa. —Se hizo un silencio al otro lado de la línea.

—...

—Muchísimas gracias.

—...

Apunté el número que la mujer me fue dictando en una hoja de papel que tenía cerca del escritorio y, tras volver a agradecerle el facilitarme su número, colgué.

Sonreí para mis adentros y me dispuse a ponerme algo más cómodo con lo que acudir a la cita que tendría, a ser posible, ese mismo día. Opté por una camiseta de Chewbacca —muy de moda últimamente— bastante informal y unos vaqueros. Los puse sobre la tapa del inodoro y me metí en la ducha antes de hacer la llamada a Charles, esa que estaba evitando.

Cuando salí por fin del agua me di cuenta de que mi teléfono estaba parpadeando, tenía dos llamadas perdidas de Charles y una de un número desconocido. Decidí que en ese momento era mucho más importante ponerme en contacto con Charles, debía de estar preocupado por su sobrino. Por muy gilipollas que este fuera, y a pesar de haber cometido el delito, era su sobrino y yo su maldito abogado. Tenía que hacer mi trabajo.

—¿Qué hay Spinster? —dije cuando me cogió la llamada.

—...

—Sí, acabo de llegar de la comisaría —respondí—. No pinta bien.

—... —Ahí estaba la pregunta que tanto me había temido responder.

—Creo que lo hizo, Charles.

—¡...! —Tuve que separar el móvil de mi oreja, pues los gritos que comenzó a dar casi me dejan sin tímpano.

—Tranquilo, Charles. Como te dije antes, aunque lo haya hecho se pueden hacer cosas. Parece mentira que no sepas cómo va esto —me burlé—. Todavía podemos intentar no llegar a juicio. Quería reunirme con la abogada de la acusación y el fiscal para ver qué es lo que tienen y si puedo desestimar las pruebas. Sabes que no todo siempre se puede presentar en una denuncia, todavía tenemos tiempo de hacer que parezca inocente.

—...

—De acuerdo, Charles. Déjalo en mis manos.

Tendría que reunirme con Carl para ver qué fue lo que pasó y para preparar su testimonio, porque estaba seguro de que no tardarían en solicitar la prueba de ADN, y eso iba a ser su carta de admisión al juzgado. En cuanto comprobaran que el ADN coincidía, habría juicio. Tenía que buscar la forma,

en primer lugar, de evitar el juicio y, en segundo lugar, de hacer que pareciera inocente.

Cogí el papelito donde había apuntado en número de Mía, y me quedé mirándolo. Dudé si llamarla o no. Tal vez, podría quedar con ella antes de que hubiera una acusación formal contra mi cliente y se celebrara el juicio. A fin de cuentas, estudiamos juntos, no tendría por qué parecer nada raro, ¿no?

Marqué su número con decisión y esperé. Los tonos sonaban, pero nadie lo cogía. El final de la llamada me sorprendió cuando llegó.

Nada.

Dejé el móvil sobre la mesilla de noche pensando en qué podría emplear mi tiempo ahora que no iba a poder salir con ella. Tal vez la secretaria me había dado un número que no era el correcto, o yo podría haberme equivocado apuntándolo. No, eso no era. Igual estaba ocupada, tal vez, estaría con alguien y por eso no podía responder en ese momento.

No había pensado en esa posibilidad y, a decir verdad, parecía bastante plausible. Era una mujer hermosa y, por lo que recordaba de ella, muy inteligente. No era de sorprender que tuviera alguna relación, aunque, fuese la que fuese, no estaría a mi nivel, eso por supuesto. Habían pasado muchos años y no sabía absolutamente nada de esa mujer que, de pronto, no quería salir de mi cabeza. No podía desperdiciar la segunda oportunidad que me daba la vida. Tenía que ser mía.

«Mía, Mía, Mía. Siempre fuiste todo un reto».

A pesar de los años que habían pasado, todavía podía recordar con total claridad aquella vez que le había robado un beso en la cafetería de la facultad cuando menos lo esperaba. Ella se había enfadado sobremanera conmigo, pero no me importó. Hubiera vuelto a hacerlo, pues no solo me había parecido divertido, sino que además había sido un placer exquisito probar el sabor de sus labios.

La vibración del teléfono contra la madera de la mesilla me sobresaltó. Reconocí con facilidad el número que aparecía en la pantalla, así que sonreí antes de cogerlo y me senté sobre la cama.

—Hola, preciosa —dije nada más responder a la llamada.

—...

—Me parece increíble que no reconozcas esta voz tan sexy.

—...

—¿Quién crees que puedo ser? —Me resultaba tremendamente divertido

confundirla, sobre todo porque comenzaba a ponerse de mal humor y eso hacía que me resultara aún más gracioso.

—...

—No te enfades, Mía. —Me reí—. Siempre fue divertido tomarte el pelo. Al menos en la universidad lo era.

—... —No pude evitar carcajearme de ella—. ...

—Pedí tu número en tu oficina. Me preguntaba si tenías tiempo para tomar un café. —Me recosté sobre la cama, disfrutando del momento.

Al otro lado de la línea se hizo un claro silencio que me alarmó. No había pensado en la posibilidad de que me dijera que no, y esperaba fervientemente que no lo hiciera.

—...

Me sentí aliviado cuando accedió a que nos viéramos para tomar un «inocente» café. No estaba acostumbrado a recibir negativas y que hubiese dudado, aunque fuera solo por unos segundos, me resultó excitante.

No me lo iba a poner fácil, eso estaba claro.

Mía siempre fue una mujer de armas tomar, al menos lo había sido en la universidad, y esperaba que ese rasgo tan atractivo de su carácter no hubiese desaparecido con los años. Me gustaban las mujeres que me lo ponían difícil, hacía el cortejo mucho más entretenido y más gratificante el premio final.

—...

—Muy bien. Allí estaré. —Colgué.

Me sentía lleno de energía. Un buen reto era como gasolina para mí, ya habría tiempo de dormir más adelante, o no, si la cosa iba bien. Que ganas tenía de sentirla retozar bajo mis sabanas, de acariciar su piel suavemente y perderme por todas las curvas de su cuerpo. Casi podía saborearlo. Salí de la habitación y le pedí al recepcionista que llamara a un taxi.

Mi presa me esperaba.

Habíamos quedado en el Museo Chicote, en el centro, hacía cerca de media hora. Se estaba retrasando algo más de lo que esperaba.

Llamé a uno de los camareros para indicarle que podía llenarme la copa de nuevo con otro gin-tonic. Esperaría un poco más por ella, sentado al lado de la barra, porque en el fondo esperaba que valiera la pena, pero si en quince minutos no aparecía, me iría con la cabeza bien alta y el orgullo herido.

Removí distraídamente la ramita de canela que decoraba la copa, pensando que, tal vez, debería buscar a otra con la que pasar la noche. Me jodería mucho tener que cambiar de objetivo, pero empezaba a sospechar que Mía iba a darme plantón.

—Perdona por el retraso —escuché a mi espalda—. No pude salir antes de la oficina.

—¿Trabajando en el caso hasta tan tarde? —respondí sonriente—. ¿Y cómo lo llevas? —añadí cuando me giré en el asiento para darle dos besos de bienvenida.

—¿Hemos quedado para charlar de los viejos tiempos o por el caso? —preguntó precavida.

Por un momento dudé, pues sacarle información sobre lo que tenían me vendría bastante bien, pero me apetecía mucho más meterla en mi cama y divertirme con ella que averiguar qué era lo que podían tener contra mi cliente. Ya habría tiempo para eso después del sexo.

—Muy bien —contesté alzando las manos sobre la cabeza a modo de rendición—. Solo unas copas y charlas superficiales. Lo prometo —le dije mirándola con picardía—. ¿Te apetece que nos sentemos en una mesa?

—Aquí está bien.

Charlamos sobre los años de universidad mientras nos traían platos y platos de entrantes. Queríamos una pequeña degustación de todo lo que tenían para ofrecernos. Mía se mostraba abierta y cercana. Me había olvidado de su sonrisa, de su mirada risueña y la manera en la que se movía.

Todo su entusiasmo se contagiaba sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo. Era como una ráfaga de aire fresco en una calurosa tarde de verano. De pronto, era como si hubiese vuelto a la universidad y volviéramos a estar tan unidos como lo habíamos estado antes de los finales. Lástima que las cosas cambiaran tras aquel beso.

—¿Sales con alguien? —le pregunté directamente, pues llevaba tiempo con aquella incógnita en la cabeza.

Su rostro se tornó confuso, como si no estuviera dispuesta o, tal vez, preparada para responder a esa pregunta concreta. No sabía si se debía a que mantenía una relación y no pretendía admitirlo o a que no la tenía, pero no quería que malinterpretara aquella información. Fuera cual fuera la razón, me traía sin cuidado, con o sin pareja estaba dispuesto a seducirla.

—No tienes por qué responder. Lo siento si me he pasado de atrevido, no

quería incomodarte —me disculpé.

—Es complicado —respondió al final.

—¿Por qué? ¿Algún ex tormentoso que no te deja en paz?

—No, no es eso.

—¿Entonces? —insistí.

—Bueno, no hablemos más de mí —dijo evitando responderme y dejó que sus manos se apoyaran en mis rodillas antes de continuar—: ¿Qué es de tu vida? ¿Dónde estás metido que no te he visto antes por los juzgados? —Miré sus manos en mis rodillas, deseando que subieran más arriba.

—Vivo en Nueva York. Puede que sea por eso —me reí al ver su confusión.

—¡Venga ya! ¿En serio? —Parecía realmente sorprendida. Yo asentí—. ¿Y cómo es vivir en la gran ciudad?

—Estresante. Hay días que son excesivamente largos, pero tiene su recompensa —relaté—. Allí sí se premia el trabajo duro. No entiendo por qué te quedaste en España. Hasta donde yo recuerdo, siempre quisiste vivir en otro lugar. —Ella agachó la mirada, como si aquel recuerdo, además de lejano, fuera doloroso para ella—. ¿He dicho algo malo? —pregunté mientras llevaba los dedos hasta su mentón y lo alzaba para que me mirara.

—No, es solo que aquello era un sueño de juventud. No era tan fácil al final.

—Todavía podrías intentarlo.

Se rio con sarcasmo y en su timbre percibí una nota de amargura que me hizo compadecerme por ella.

—No sabía que había contado un chiste —me quejé.

—No es eso, Kevin. Vamos a dejarlo, ¿vale? —me pidió—. No quiero estropear la noche. —Me agarró la mano.

—No podrías hacer nada para que eso pasase, Mía —respondí, al mismo tiempo que me llevaba sus nudillos a los labios y se los besaba con delicadeza.

Comprobé que sus mejillas se tornaban rojizas con el contacto de mis labios. La miraba intensamente, no veía la hora de que nos fuéramos de allí y nos fundiéramos el uno con el otro. Poder saborear no solo la piel de sus dedos, sino la de todo su cuerpo.

—Te sorprendería.

—No me cabe la menor duda.

Un aura de sensualidad se instaló entre nosotros. Podía notarlo y ella sabía

con exactitud lo que yo quería. Soltó su mano de la mía y se colocó, nerviosa, el pelo por detrás de la oreja.

Reconocía perfectamente aquel gesto de la universidad, era algo que hacía habitualmente cuando alguien le parecía interesante. Haber estado en la sombra todos aquellos años me había servido para observar a las personas. Uno de los motivos por los que me hice abogado era precisamente porque aquel hecho se me daba bien. Analizar las expresiones y los gestos de las personas.

En aquellos años, aunque ligaba lo suficiente como para no sentirme un paria, no dejaba de ser un friki que sacaba las mejores notas, eso me ayudó con muchas de las chicas —por interés te quiero Andrés—, pero nunca me sirvió con ella.

Pero era otra persona totalmente diferente a la que era por aquel entonces. No había nada que se me resistiera, ni encajes que no pudiera tener a mi disposición, y la quería a ella.

—¿Te apetece que demos un paseo? Hace un poco de calor aquí —me dijo. «Perfecto».

—Claro, lo que tú quieras.

Caminamos despacio por la Gran Vía. La mayoría de las tiendas ya estaban cerradas y, al ser un día entre semana, la afluencia de personas era considerablemente menos significativa de la que sería de ser fin de semana.

Mía me habló de sus amigas y de cómo la relación con su madre se había distanciado desde que ella se había marchado a Barcelona. Me habló de su trabajo en el bufete y me di cuenta de que no solo no era feliz con lo que hacía, sino que además la menospreciaban como abogada. Mucho tenían que haber cambiado las cosas para que Mía no fuese una gran profesional, por lo que me costaba entender por qué no le daban la oportunidad de brillar.

Pensé para mis adentros que sus socios eran simplemente gilipollas, que no sabían ver el talento cuando lo tenían delante y que ella merecía estar en un lugar en el que se la valorase más de lo que estaban haciendo.

—Me lo estoy pasando muy bien, pero debería irme a casa —me dijo.

Miré el reloj y me di cuenta de que eran las once y media. El aire en la calle era bastante fresco y el cielo estaba encapotado, anunciando que de un momento a otro se pondría a llover, pero al mirarla nada de eso me importaba. Solo quería estar con ella un poco más de tiempo.

—Una última copa —le pedí.

—¿Acaso quieres aprovecharte de mí? —bromeó.

—Solo si te dejas.

En la forma en la que torció los labios, descubrí que no estaba del todo segura de si bromeaba o no, y lo cierto era que no lo hacía. Llegaría hasta donde me lo permitiera, pero deseaba que me dejara conocer lugares que hasta ahora no eran más que producto de mis más deseadas imaginaciones.

—¿Y dónde sugieres que nos tomemos esa copa? —preguntó mientras miraba a los alrededores.

—¿Qué tal si vamos al casino? —dije al darme cuenta de que estábamos frente uno al que mi padre me hizo socio. Me miró sorprendida—. Podríamos comprobar cómo de buena eres jugando al póker. Pagaría por ver tu cara pegándote un farol —me reí.

—¿Acaso no crees que pueda ser buena? —Se hizo la ofendida.

—Solo hay una forma de que me lo demuestres —la piqué—. ¿Qué me dices? ¿Te atreves?

Río con aquella risa que tanto me gustaba ver, con total naturalidad y espontaneidad, como si nada más fuera importante.

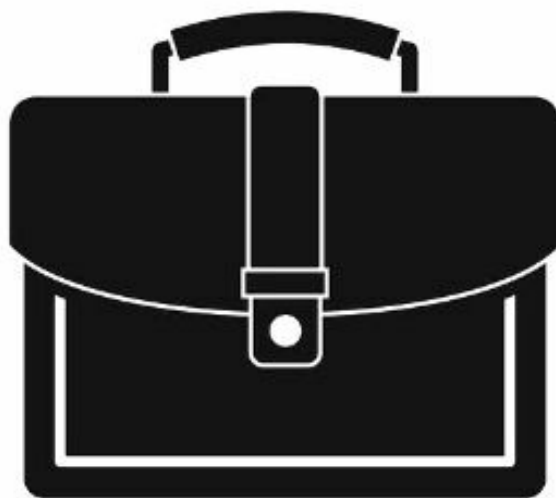
—Solo una copa —accedió finalmente.

—Perfecto.

—Pero solo una —insistió.

—Prometo ser bueno.

—En ese caso, ¿a qué esperas? —dijo con una sonrisa traviesa—. Vamos allá.



Capítulo 8

Entré al interior del casino junto con Kevin. Me lo estaba pasando realmente bien con él, aunque tenía la extraña sensación de ser devorada por sus ojos cuando creía que no estaba mirando y, hasta cierto punto, eso me gustaba.

Encontré parte de los rasgos del joven que había estudiado conmigo en la universidad, pero su rostro había cambiado considerablemente con el paso de los años. Era más maduro, más curtido, aunque que siguiera llevando aquellas gafas de pasta le daba un aire desenfadado que lo hacían parecer más juvenil.

Dios, habían pasado cerca de diez años. Quizá tanto no, pero por ahí rondaba el número.

El tiempo había sido bueno con él, la mayoría de mis antiguos amigos, o simplemente conocidos, se habían quedado calvos, habían engordado o, simplemente se habían vuelto... menos agradables a la vista que cuando eran más jóvenes.

Sin embargo, Kevin estaba incluso mejor que antes. No es que no fuera atractivo en la universidad, de hecho, lo era, pero ... se había vuelto mucho más atrayente.

El recibidor del casino estaba sumamente iluminado. Un joven ataviado con chaleco negro y camisa blanca se nos acercó, pidiendo amablemente que le diéramos nuestras chaquetas para guardarlas. Yo decidí dejarme la mía puesta

para acostumbrarme a la temperatura ambiente primero.

—Vamos al bar y pedimos una copa —me dijo.

Al fondo, en una sala anexa, se encontraba el bar. El sonido de las máquinas tragaperras se escuchaba desde allí, pero al entrar en el interior dejamos de escucharlas y, en su lugar, la música inundó nuestros oídos. Era una melodía suave que permitía perfectamente mantener una conversación sin necesidad de alzar la voz.

—Y bien, ¿qué te apetece primero? —preguntó—. ¿Blackjack? ¿La ruleta, tal vez?

Miré mi bolso con disimulo, ¿cuánto dinero tenía encima? Y, lo más importante, ¿cuánto estaba dispuesta a gastarme en el casino? Por la apariencia de Kevin, el dinero no parecía ser un problema para él, pero para mí sí que podía serlo.

—Disculpa un momento. Necesito ir al servicio —se disculpó y acto seguido desapareció.

Me quedé sola en la barra del bar, a pesar de la cantidad de personas que se encontraban a mi alrededor, me sentí bastante incómoda por verme sin compañía. El camarero trajo consigo dos copas de ginebra y las depositó frente a mí cuando yo estaba comprobando cuáles eran los fondos totales de los que disponía.

—Perdone, no he pedido esto —le aclaré antes de que pudiera marcharse.

—Ha sido su acompañante.

¿En qué momento las había pedido?

Me senté sobre el taburete y removí la copa distraídamente con la ramita de canela que la decoraba. A mi izquierda, dos caballeros entrados en años me miraban con una sonrisa maliciosa en los labios. Decidí darles la espalda, deseando que Kevin no tardara más de lo necesario, pues, aunque no los estaba mirando, podía sentirlos en mi nuca.

—Ya estoy aquí —escuché decir a Kevin por detrás de mí. Colocó la mano en mi cintura en cuanto llegó a mi lado—. He cambiado algunas fichas. —Dejó caer una pequeña bolsita de terciopelo negro sobre la barra—. No te preocupes —me interrumpió cuando vio que iba a decir algo—, solo quiero que nos divirtamos y he sido yo quien dijo de entrar en el casino. Deja que te invite —me dijo al verme algo reticente.

Kevin me dedicó una sonrisa que me cortó la respiración y derrumbó todas mis defensas. De repente, me sentí como si no hubieran pasado los años para

nosotros, solo éramos dos amigos que se habían reencontrado después de mucho tiempo, pero como si este no hubiese pasado para ellos. Me sentía cómoda a su lado y me resultaba fácil relajarme con él. Noté cómo el móvil me vibraba dentro del bolso y lo saqué ciertamente confundida. ¿Quién podría escribirme a esas horas?



OJAZOS

«¿Qué haces? ¿Te apetece una peli con palomitas mientras te meto mano?».

Era un mensaje de Luis, me había olvidado por completo de él. Me esperaba en casa. Guardé de nuevo el teléfono, sintiéndome un poco culpable por no responderle y, sobre todo, por no tener ganas de correr a su lado en ese momento, pero no había nada de malo en que estuviera allí con un viejo amigo. Aunque pronto habría cierto conflicto de intereses entre nosotros. Desde que la policía presentase una denuncia formal y llegase al juez de primera instancia, ya no sería un rato agradable entre viejos amigos, sino que seríamos rivales que estaban dispuestos a cualquier cosa con tal de ganar.

—¿Quién era? ¿Tienes que irte? —me preguntó Kevin al notar el cambio en mi estado de ánimo.

—No, no te preocupes —dije forzando una sonrisa.

Kevin me miraba con algo en los ojos que no supe descifrar, pero que logró que me subiera la temperatura como si hubiese sufrido una insolación de repente. Sus ojos verdes podían hacer que cualquier mujer se derritiera. El comienzo de una barba oscurecía ligeramente su mentón, dándole un aire de lo más varonil y que hacía que sintieras deseos de pasar la palma de la mano por ella. Evité mirarlo directamente, pues si lo hacía mi pulso se veía notablemente afectado.

Me di cuenta de que todavía no se había sentado, sin embargo, estaba colocado junto a mí y su mano seguía puesta en mi cintura, provocándome más calor del que podía hacer allí. Cogió la copa de ginebra y se la bebió prácticamente de una sola vez.

—¿Vamos a apostar? —preguntó.

Subimos al piso superior y entramos en una de las salas de juego, varias mesas de ruletas se encontraban situadas en medio de la habitación. Había una concentración de personas más que considerable en una de ellas, un grupo de jóvenes, enchaquetados, con las corbatas deshechas y bebiendo; gritaban como locos frente a una de las mesas.

—Parece que se lo están pasando realmente bien allí —comenté señalando a los chicos.

—Sin duda, aunque yo que tú, no me acercaría demasiado a ellos.

—¿Por qué? —pregunté confusa.

—Fíjate bien, están colocados de algo más que alcohol —me dijo por lo bajo—. La excitación del juego, el desenfreno de las drogas y lo arrebatadora que eres, podría dar lugar a que trataran de pasarse contigo. —Volvió a tomarme de la cintura para que siguiera sus movimientos—. Ven, vamos a ponernos en esa.

Acompañé a Kevin hasta una de las ruletas dónde un crupier con aspecto de adolescente en plena pubertad nos dio la bienvenida. Más nerviosa y excitada de lo que me esperaba, me acerqué a la mesa. Ahí estaban las casillas negras y rojas con treinta y siete números, como si fuera la primera vez que iban a ser utilizadas, tan relucientes y bonitas. La madera brillaba y los números eran tremendamente nítidos.

—¿Van a apostar los señores? —preguntó el crupier.

—Di un número, reina, ¿cuál te gusta? —me preguntó Kevin.

Observé con excitación el tapete que tenía delante, miraba con rapidez todos y cada uno de los números que había en él. ¿Cómo decidir a cuál apostar? ¿El día de mi cumpleaños? ¿Al ocho? O, tal vez, ¿el día que me gradué? Comenzaba a impacientarme conmigo misma, era incapaz de tomar una decisión.

—No sé por cuál decantarme —justifiqué mi silencio.

—¿Qué te parece si ponemos el día de hoy? —dijo mientras sacaba un montón de fichas de la bolsita de terciopelo—. El diecisiete parece un buen número. —Colocó el montón sobre el espacio mencionado.

—Vale... Pues, como estamos en octubre, yo pondré... —Miré las fichas que tenía en la mano antes de continuar—: Veinte euros en la casilla número diez.

El resto de las personas que estaban alrededor hicieron sus apuestas. Era la primera vez que entraba en un casino y no tenía ni idea de cómo era el funcionamiento de la ruleta. Kevin me explicó que las apuestas no solo se podían hacer a un único número, sino que se podía abarcar una amplitud de ellos, tanto en filas como en colores.

—Parece que conozcas bien el juego —le comenté sugerentemente.

—En Estados Unidos es más común de lo que te imaginas.

El crupier hizo rodar la bola en el interior de la ruleta giratoria. Todo el mundo se quedó de pronto en silencio, observando como aquella pequeña pelotita blanca, daba vueltas y vueltas por los bordes mientras que el cilindro giraba en la dirección contraria. Algunas expresiones eran tensas, otras desesperadas y otras totalmente distraídas.

A medida que la velocidad iba disminuyendo, me daba cuenta de que mi corazón se aceleraba. Era divertido, quería que salieran nuestros números e, inconscientemente, miraba con deseo la casilla. Aunque me costaba trabajo diferenciar el hueco de mi número en la ruleta, tenía la vista fija en ella. Escuché el sonido al encajar la bola en uno de los huecos y miré con la esperanza de que fuera el del número diez.

—Treinta y tres, negra e impar —dijo rápidamente el crupier mientras retiraba con maestría todas las fichas que habían perdido del tapete.

—¡Mierda! —me quejé. Kevin se rio.

—No pasa nada, guapísima.

—Quería ganar —admití..

—En ese caso, probemos al Blackjack. La probabilidad es más alta.

Fuimos hasta una de las salas contiguas y divisamos con facilidad las mesas de Blackjack. Eran las más utilizadas de todas las que había allí, nos costó algo de tiempo poder hacernos con dos sitios para poder jugar.

Cuando lo conseguimos, nos sentamos frente al crupier, que estaba de pie con la baraja de cartas en las manos. Un camarero se nos acercó para tomarnos nota sobre lo íbamos a tomar. Pensé en que las facilidades y comodidades que te daban podían hacer que perdieras la noción del tiempo sin apenas darte cuenta. Sonreí y le hice un gesto al crupier para que repartiera.

—No sabía que tuvieras un lado viciosillo —me dijo Kevin con los ojos entornados, como si hubiese descubierto el mayor de los secretos y no estuviera seguro de compartirlo con nadie—. Resulta... curioso.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —dije mientras me llevaba la copa de vodka a los labios—. Ya no soy la cría que conociste.

—Ya lo veo —añadió, dejando que sus ojos me recorrieran de arriba abajo.

Sabía que el alcohol era el culpable de mi reciente pérdida de la inhibición, pero tenía ganas de provocarle, jugar un poco con él y comprobar que, a pesar de los años, aún podía seducirlo.

—¿Te apetece apostar? —pregunté.

—Ya lo estoy haciendo —respondió haciéndose el inocente.

—Digo entre nosotros, ¿no te gustaría?

—¿Qué quieres apostar? —dijo mientras se inclinaba despacio hacia a mí.

Su voz sonaba increíblemente sexi y la forma en la que sugería las cosas hacía que, automáticamente, me humedeciera, como si solo con imaginarme lo que podía hacer con él fuera más que suficiente para tener un orgasmo. Tenía calor y comenzaba a sentir que el pulso me latía desbocado. Me quité lentamente la chaqueta antes de responder, siendo consciente de que Kevin estaba disfrutando de las vistas.

—Si gano, me dirás lo que sabes de tu cliente —dije, queriendo aprovechar la oportunidad.

—¿Y si gano yo? —preguntó sonriendo.

—¿Qué quieres tú? —le dije, apoyando los codos sobre la mesa e inclinándome ligeramente hacia la izquierda para quedar más cerca de él, mientras dejaba descansar la barbilla sobre mis manos.

—Si gano yo... —Tomó despacio la copa entre las manos, alargando aquel momento lo justo como para que me desesperara por saber—. Vendrás conmigo a mi hotel.

—¿A hacer qué?

—Eso ya se verá.

Se hizo un extraño e intenso silencio que fue roto por el crupier al preguntarme si quería otra carta. Dejé atrás la vista de Kevin para fijar la mirada en las cartas que tenía frente a mí y las de mis contrincantes. La primera mujer de la mesa tenía un total de dieciocho, la segunda se había pasado en su apuesta y le retiraron la mano junto a la tercera. Tenía delante de mí una reina y un nueve y Kevin un rey con un cinco. Me mordí el labio inferior, nerviosa, mientras miraba de reojo a Kevin, que me sonreía con picardía.

—¿Qué decides, Mía? —me preguntó.

—¿Quiere otra carta, señorita? —Era la voz del crupier.

Yo sabía que aquella pregunta por parte de Kevin tenía un doble sentido. Giré el rostro para mirarlo directamente y le sonreí con descaro antes de decir:

—Quiero.

El crupier cogió una carta y la volteó delante de las mías, depositando un tres de tréboles encima de la reina.

—Veintidós —dijo antes de retirar mis cartas de la mesa.

Solté un grito, frustrada por haber sido tan estúpida. Sabía que tenía que haberme plantado con lo que tenía, que pedir otra carta era demasiado arriesgado, pero una parte de mí quería perder, aunque me negara a reconocerlo.

El crupier realizó la misma pregunta para Kevin y este, le hizo un gesto para que le diera carta. Miraba nerviosa el mazo del que sacó la mano. Fue como mirar a cámara lenta todos los movimientos desde que la cogió del mazo y la depositó frente a él. Al comprobar lo que le había tocado, sonrió de manera satisfecha.

Tenía un seis de corazones. Un total de veintiuno.

Fue como si se me parase el corazón.

Supuse que el resto de la mesa protestó, no lo sabía. Tampoco supe cuándo el crupier retiró las cartas y entregó las ganancias al vencedor. Ni siquiera fui consciente de la música que había en la sala.

Solo estaba él.

Ambos nos mirábamos sin decir absolutamente nada, sabiendo que él había ganado y yo había perdido. ¿Me alegraba de haberlo hecho? No estaba segura, una parte de mí tenía ganas de descubrir al hombre en el que se había convertido Kevin, y otra me decía que estaba cometiendo un terrible error.

Y de alguna forma sabía que era una equivocación.

Era un error porque se trataba del abogado de la defensa, porque no sabía absolutamente nada de él, porque no quería que me hicieran daño y, sobre todo, porque no quería hacerle daño a Luis.

No habíamos hablado nunca de tener una relación en exclusiva, pero era Luis. Siempre había sido bueno conmigo y siempre estaba ahí cuando lo necesitaba. Era un buen hombre que no merecía que le hicieran eso, porque, aunque no se tratara de una relación afianzada, era una relación.

Me terminé el vodka con una sensación agrিদulce en los labios. ¿Y ahora qué? ¿Me levantaba y nos íbamos sin más? ¿O seguiríamos en el casino un poco más de tiempo?

Tenía mil y una incógnitas en la cabeza y no entendía por qué me estaba poniendo tan nerviosa. No era la primera vez que me acostaba con alguien, ¡por el amor de Dios! Pero nunca había... planeado que eso pasaría. Siempre había sido algo espontáneo, algo que no se ideaba, simplemente surgía.

—No te pongas nerviosa, reina —rompió el silencio Kevin. Silencio que se

había formado solo en mi cabeza, pues el mundo seguía girando a pesar de que yo estuviera paralizada—. Sigamos divirtiéndonos.

—Sí...

«Dios, necesito relajarme. No es un lobo que vaya a comerme, ¿o sí?».



Capítulo 9

No me di cuenta de en qué momento habíamos entrado por la puerta del Wellington, o cuándo nos habíamos metido dentro del ascensor. No sentía los pies y, cuando cerraba los ojos, todo me daba vueltas.

Kevin tenía la cabeza hundida en mi cuello y mordisqueaba suavemente mi yugular, consiguiendo con ello que se me erizaran todos los pelos del cuerpo. Lo aparté y traté torpemente de deshacer el nudo de su corbata mientras, sin poder evitarlo mis caderas se mecían hacia adelante y hacia atrás, tratando de evitar y mantener a su misma vez el contacto con su cuerpo.

Tenía una sonrisa ladeada y antes de que la puerta del ascensor se abriera, me ayudó a aflojar su corbata. Lo miré con deseo, el pelo despeinado y las gafas de pasta que llevaba me ponían mucho. Desinhibida como me sentía, era incapaz de tener las manos quietas, por eso, cuando la puerta se abrió, las tenía puestas sobre la cinturilla de su pantalón, tratando de quitárselos sin llegar a desabrocharlos.

Se giró y salió del ascensor, escurriéndose rápidamente de mi agarre. Caminó hacia la habitación y lo seguí. No se iba a escapar tan fácilmente. Una vez dentro los dos, Kevin tiró la llave encima del primer mueble que encontró y se dio la vuelta para enfrentarse a mi mirada. Se hizo el silencio y fue como si el mundo se hubiese detenido para nosotros unos minutos; hasta que corrí y

me lancé sobre él.

Me agarró con fuerza mientras lo envolvía con las piernas y le enredaba los dedos en el cabello. Tiré de ellos hacia atrás para sellar mis labios con los suyos. Sentía arder todo mi cuerpo y me invadía una sensación de urgencia que me desgarraba por dentro. Aun conmigo en brazos, Kevin avanzó hacia la gran cama de la habitación. Me lanzó sobre el colchón y me miró como un auténtico depredador a punto de abalanzarse sobre su presa.

Me sentía tan impaciente que no pude sino deslizar la mano por el torso, empezando por el pecho hasta llegar a la parte baja del pantalón, mientras mi cuerpo se movía incontrolablemente, deseoso por ser acariciado por aquellas manos masculinas.

Kevin se dejó caer en la cama y se puso encima de mí, abarcando mi cuerpo por completo y llevando los labios a los míos para devorarme con pasión.

—Quítate la ropa —le dije, introduciendo las manos debajo de su chaqueta para tratar de quitársela.

—No —me respondió entre jadeos—. Quítamela tú.

Se tumbó de espaldas sobre el colchón y con un ágil movimiento me colocó encima de él, pudiendo entonces notar su dura erección entre mis piernas. Llevo las manos hasta mis nalgas y las apretó con fuerza antes de trasladar una de ellas hasta mi entrepierna. Me frotó con el dedo por encima del pantalón y el roce de la tela me excitó tanto que sentí la necesidad de arquear la espalda, queriendo que no parase de tocarme.

Apoyé las manos sobre su pecho y dejé que me invadiera el placer que me daban sus dedos que, de pronto, dejaron de tocarme. Kevin se llevó las palmas de las manos a la parte trasera de la cabeza y esperó a que yo tomara la iniciativa.

—Soy todo tuyo.

Me mordí el labio al contener la oleada de placer que me generaban aquellas palabras y llevé con rapidez las manos al primer botón de la camisa, para, lentamente, desabrochárselo y uno a uno todos los demás.

Cuando, por fin, su pecho quedó al descubierto, me di cuenta de lo bien definido que estaba, sin un solo vello adornándolo, pero con un tatuaje en latín bajo uno de los pectorales hacia las costillas, que decía: *Non sum qualis eran*. Recordé de mis clases de latín del instituto lo que significaban aquellas palabras: no soy la persona que solía ser.

Me llamó ligeramente la atención, pero decidí que en aquel momento no era importante, lo único que anhelaba en ese instante era dejar ese cuerpo de escándalo tal y como Dios lo había traído al mundo. Con torpeza debido a la desesperación o, tal vez, a la borrachera, traté de desabrocharle el cinturón. Kevin llevó las manos hasta las mías y me interrumpió. Me las llevó hasta la parta baja de la espalda y me incitó a que las dejara allí sin decir ni una sola palabra.

Era el silencio más erótico de mi vida.

Se desabrochó él mismo el cinturón y entonces asomó la punta de su erección, abultando la bragueta hasta el punto de verse obligada a bajarse y ceder sin ayuda. Quise tocarlo, pero Kevin volvió a ponerme las manos en la misma posición en la que estaban.

Se tomó un minuto para contemplarme antes de coger el dobladillo de mi blusa y tirar de ella hacia arriba. Se despojó de la prenda con rapidez, la tiró a un lado y se quedó mirándome los pechos. Llevó la mano hacia la curvatura de mi cuello y, muy lentamente fue trazando una línea con el dedo índice hasta mi ombligo mientras lo seguía con la mirada.

—Eres suave, Mía.... —Traté de inclinarme hacia adelante para besarlo, pero me lo impidió—. Tienes una piel tan perfecta.

Introdujo la mano a través del sujetador de encaje y con los dedos retorció uno de mis pezones. Sentí una punzada seguida de un escalofrío que me recorrió por entero. Cerré los ojos para disfrutar al máximo de sus atenciones cuando me tumbó sobre el colchón y volvió a posicionarse sobre mí.

Kevin se estiró para sacar algo de la mesilla de noche de al lado de la cama, vi que se trataba de unos calcetines en lugar de un preservativo, como me había imaginado.

—¿Qué haces? —pregunté divertida—. Creía que la idea era desvestirse y no al revés.

—La ropa puede servir para más cosas —dijo—. No solo para cubrir nuestra desnudez.

Me cogió una de las manos y la llevó hasta el cabecero de la cama, me enrolló el calcetín por la muñeca y lo ató a él, repitiendo el mismo proceso con la otra mano.

—¿Quieres jugar? —pregunté más excitada de lo que podía imaginarme.

Cada roce era como una corriente eléctrica por mi cuerpo, el olor de su colonia, mezclado con el que desprendían nuestros cuerpos, me resultaba

tremendamente embriagador. Sus ojos entornados me miraban llenos de perversidad, de lujuria.

Kevin parecía tener un absoluto control sobre sus impulsos, no como yo, que estaba ansiosa y desesperada por sentirlo, por besarlo y por dejar que se hundiera dentro de mí.

Cogió entre las manos la corbata de seda malva, que minutos atrás se había quitado, y la llevó hasta mis ojos. Me los cubrió con ella y me sumió en la más absoluta oscuridad, aunque si forzaba un poco la vista hacia abajo, era capaz de ver una ranura de luz.

El roce de la tela contra mi rostro era suave y excitante. Me sentía completamente a su merced, imposibilitada de movimiento, sintiendo su cuerpo pesado y caliente encima de mí. Su mano por mi abdomen me sorprendió, que se desplazaba desmesuradamente despacio hacia la pretina de mi pantalón, dejando un hilo de calor por donde quiera que pasaba.

Sentí cómo desabrochaba el botón y bajaba lentamente la bragueta. Inconscientemente, levanté las caderas para ponerle más fácil la tarea de desprenderse de ellos, y así lo hizo. Sus labios húmedos se posaron sobre la tela de encaje de mis braguitas, logrando que un hormigueo intenso acudiera a mi entrepierna.

Jadeaba.

Lo hacía de impaciencia.

Quería moverme, quitarme la venda y abalanzarme sobre él y no ofrecerle escapatoria alguna, pero era suya y me lo estaba dejando claro. Aún con sus labios sobre la tela, sentí que uno de sus dedos se escurría por el interior de las braguitas, por la zona de la ingle, y me acariciaba despacio. Lo llevó con lentitud hasta aquella zona palpitante y descubrió lo mojada que estaba. Me mordí el labio, deseando que se hundiera dentro de mí, aunque solo fuera con uno de sus dedos, sin embargo, retiró la mano, en contra de mis deseos.

Su lengua me lamió desde el abdomen hasta el cuello y notaba el calor que emanaba de su cuerpo a medida que se iba acoplando al mío. Noté entre las piernas su abultada erección, que presionaba, tan impaciente como yo, sobre mi hendidura.

Solo podía pensar en que rajara la tela que nos separaba y me penetrara de una sola vez.

—¿Quieres que te folle? —escuché que me preguntaba junto al oído. No supe qué me había excitado más, su voz, el aliento cálido sobre mi piel o lo

sugere que era no poder verlo—. Pídemelo.

—Folláme —respondí.

—Suplícamelo.

—¿Qué? —Con rapidez, separó la tela de mis braguitas y hundió dos de sus dedos en mi interior, arrancándome de inmediato un más que sonoro gemido de placer—. Oh, Dios..., sí... Folláme —pedí esta vez.

—Suplícamelo —exigió, moviendo con maestría los dedos que tenía dentro de mi humedad—. Quiero oírtelo gritar.

—Kevin...

—Pídemelo, Mía.

—Folláme... —quise gritar, pero no fue más que un susurro.

—¡Pídemelo!

—¡Folláme, joder! —dije a punto de explotar.

Los dedos de Kevin salieron de mi interior como un rayo y mi cuerpo sintió el vacío que estos dejaron. Una extraña sensación de anhelo me invadió, aunque no duró mucho, pues sentí como su miembro se hundía y se abría paso ferozmente sobre la carne que lo envolvía. Ambos soltamos brutalmente el aire que estábamos conteniendo en un gemido liberador.

No podía verlo, pero estaba segura de que aquella polla no era normal, no podía serlo, pues me llenaba mucho más de lo que había esperado.

Sentía la presión que hacía entre las paredes de mi vagina, proporcionándome más placer del que jamás me había imaginado con cada fricción que hacía. Su mano agarró la parte baja de mi cintura y me obligó a alzar las caderas, hundiéndose aún más en mi interior. Llenándome por completo.

Quería tocarlo, pero no pude, ya que mis manos seguían atadas al cabecero, forcejeé un poco tratando de soltar su amarre, pero fue en vano. Sin embargo, Kevin seguía embistiendo cada vez más rápido. Salió de mí y me agarró por la nuca, la alzó y colocó una almohada bajo mi cabeza, elevándola.

—Abre la boca —ordenó.

—¿Cómo? —Noté sus dedos sobre mis labios, presionándolos levemente.

—Abre la boca para mí, Mía —pidió, esta vez con un tono más sensual. Yo obedecí, aún con sus dedos sobre ella.

Introdujo uno de los dedos por la apertura de mi boca. Lo succioné haciendo movimientos circulares con la lengua en la punta. Aquel juego en el que él mandaba y yo no veía, me excitaba de una forma que no habría sido

capaz de entender en circunstancias normales.

Sustituyó aquello que estaba lamiendo por su miembro humedecido. Sentía su punta redondeada chocar con las paredes de mi boca, llenándola tanto que creía que no sería capaz de respirar. No obstante, en un acto involuntario, abrí aún más los labios y traté de que se hundiera aún más en ella. Noté cómo Kevin me sostenía la cabeza con una de las manos y se ayudaba con ella a entrar más a través de mi garganta, produciéndome leves arcadas.

Bombeó en mi boca poco menos de un minuto y llevó sus labios a los míos para poder morderlos, haciendo que me doliera y me ardiera la entrepierna. Kevin se separó de mí, lo supe porque escuché cómo se alejaba, podía escuchar sus pasos por encima de la moqueta.

—¿A dónde vas? —pregunté—. ¡Vuelve a la cama!

—Valdrá la pena. —Fue todo lo que dijo antes de volver y dejarse caer sobre el colchón, hundiéndolo con su cuerpo.

—¿Y por qué valdrá la pena?

—Shhh... No me obligues a darte unos azotes.

Kevin tiró de mis braguitas de encaje, despojándome de ellas con rapidez. Me abrió las piernas con decisión y sin sutilezas, sorprendiéndome por aquella manera tan tosca de tratarme, pero haciendo el juego mucho más interesante.

Lamió con descaro mi clítoris y abrió con la lengua mis pliegues arrancándome un rugido de la garganta. En ese momento me di cuenta de que estaba completamente a su merced. El sonido de algo vibrando me alarmó.

—¿Qué es eso? —pregunté—. ¿Te está sonando el móvil?

Algo frío, liso y suave vibrando me rozó en el centro de mi humedad, haciendo que diera un brinco debido a la sorpresa. Posó aquella cosa que vibraba sobre mi hinchado clítoris, provocándome, haciendo que quisiera agarrarme con fuerza a las sábanas, sin poder hacerlo.

Me retorcí bajo su agarre, que no me permitía moverme. Era fuerte al sostenerme con una de sus manos, mientras que con la otra movía lo que, sin duda, sabía que era un vibrador.

Lo introdujo por la apertura y a su vez me lamía, jugando con mi paciencia y mi cordura. Sentía en la punta de los pies unas cosquillas que me pedían que los retorciera, un hormigueo se instaló en mi bajo vientre con cada movimiento de muñeca de Kevin, que no cesaba en devorarme y mordisquearme.

—Oh, Dios... —jadeé al sentir que estaba a punto de correrme.

Kevin intensificó sus placenteros lengüetazos, moviendo ágilmente la lengua por mis pliegues. La cabeza comenzó a darme vueltas, sentía el cuerpo tan ligero que creí que en cualquier momento me pondría a flotar.

Y así fue cuando estallé.

Fue como si cada molécula de mi cuerpo se desprendiera de mí y se escapara sin control a través de mis pies. Me pesaba todo el cuerpo, no quería moverme y deseaba que aquel momento durase para siempre. Agradecí tener la corbata puesta sobre los ojos, ya que una lágrima se me escapó de forma involuntaria.

Hacía mucho tiempo que no me sentía así.

Noté cómo el cuerpo de Kevin se dejaba caer hacia a un lado, pues el colchón se hundió por uno de los laterales. Quería decir algo, pero no era capaz de articular palabra, solo podía tratar de llenar mis pulmones con el aire que tanto necesitaba. Las piernas me temblaban por lo que decidí estirarlas sobre la cama.

—¿Puedes desatarme? —le pedí a Kevin.

—No lo sé, tal vez te deje así un poco más de tiempo —me dijo—. Me gustan las vistas que tengo desde aquí.

—Kevin... —me quejé—. Tengo las manos dormidas.

—Está bien.

Deshizo primero el nudo de la corbata que estaba cubriendo mis ojos y sentí cómo dejaba de presionarme el puente de la nariz. Me costó acostumbrarme a la poca luz de la habitación, tuve que parpadear varias veces antes de poder abrir por completo los ojos.

Me soltó por completo de mis amarres y tuve que frotarme con esmero las muñecas, pues, sin darme cuenta había ejercido tanta presión sobre ellas al tratar de soltarme que me había hecho más daño del que pensaba. Kevin me agarró una de las manos y se llevó la muñeca lastimada a los labios para depositar un suave beso sobre la cara interna de esta.

—Estoy dándote algo de tiempo para que te recuperes —me dijo.

Me incorporé despacio sobre el colchón hasta quedarme sentada frente a él. Kevin permanecía tumbado, apoyando el codo y sosteniendo la cabeza con la mano mientras me miraba. Comenzó a trazar pequeños círculos con la mano que tenía libre sobre una de mis rodillas.

—Es tarde —le dije mirando mi reloj de pulsera—. Debería irme.

—Ni de coña —respondió, llevando la mano hasta mi cintura y tirando de

ella hacia él—. No he terminado contigo.

Llevó sus labios a los míos con la promesa de no dejar que me fuera en toda la noche.

Me desperté con la melodía del despertador sonando sin parar, llevé la mano hasta la mesilla para pararla, pero me di de lleno contra ella. Recordé entonces que no estaba en mi casa, sino en la habitación de un hotel junto a Kevin.

Desnudos.

Desvíe la mirada hacia la izquierda para comprobar que lo que había sucedido la noche anterior no había sido producto de mi imaginación. Aunque deseaba con toda mi alma que así fuera. Y, efectivamente, allí estaba, cubierto apenas por las sábanas, totalmente desnudo.

«Dios mío, ¿qué he hecho?».

Kevin estaba completamente dormido, así que aproveché para quitarme con cuidado las sábanas que me cubrían y buscar silenciosamente toda mi ropa. Me sentía tan estúpida por lo que había hecho, tan avergonzada, que no iba a ser capaz de mirarme al espejo durante semanas.

Me vestí vigilando que Kevin no se despertase con mis movimientos. Cogí entre las manos los tacones y salí con ellos por la puerta lo más rápido que pude.

Una vez fuera, apoyé la espalda sobre la pared y dejé que todo el aire que estaba conteniendo en los pulmones saliera de forma apresurada. Los recuerdos que tenía en la memoria sobre lo ocurrido por la noche eran confusos, abstractos incluso. Sabía que habíamos entrado en el casino y que bebimos más de la cuenta, o, al menos, yo había bebido más de la cuenta.

Caminé por el pasillo de la vergüenza hasta el ascensor, pulsé el botón y esperé a que llegara mientras me ponía los tacones. ¿Por qué diablos me había acostado con Kevin? ¿Qué pasaba con Luis? ¿Cómo podía haber sido tan estúpida?

«Pobre Luis...».

Me llevé la mano a la frente al pensar en él, dejando que todo el peso del remordimiento me arrollara. ¿Debía contárselo? Realmente no teníamos una relación formal y tenía la absoluta certeza de que no volvería a acostarme con Kevin, pero no sabía si la culpa me rondaría la cabeza cada vez que lo viera,

ni si sería capaz de mirarlo a la cara después de lo que había hecho.

Llegó el ascensor, me subí a él y me marché por el recibidor del hotel, cabizbaja y llena vergüenza. Me sentía como una prostituta que se escabullía de su cliente a la mañana siguiente del servicio. Al salir, la luz del pleno día me golpeó en la cara. Paré un taxi dispuesta a ir a mi casa a ducharme y arreglarme para marcharme después a la oficina. Miré una vez más el reloj de pulsera, como había hecho las diez mil veces anteriores durante los últimos cinco minutos.

«Voy a llegar tarde. ¡Mierda! Ricardo me va a matar».

Cogí el móvil y marqué el número de la oficina.

—Laura. Buenos días, estoy en un atasco, dile a Ricardo que me retrasaré un poco —dije en cuanto contestaron.

—...

—Gracias, Laura. —Colgué.

Miraba por la ventanilla, distraída, pensando que jamás en toda mi existencia había sido tan irresponsable. Estaba poniendo en riesgo una... ¿relación? bastante sana y, no conforme con eso, iba a echar por la borda todo lo que había luchado para que me respetaran en el bufete.

¿Qué diablos me había pasado?

Había perdido el control de mí misma. Kevin era como una serpiente de cascabel, que te embauca y te idiotiza con sus truquitos para después hincarte el diente. Por fortuna, solo tendría que verlo en el juzgado y no tendría que llegar a tratar demasiado con él, para eso estaba el fiscal.

Llegamos a la puerta de mi edificio y corrí hasta mi apartamento tras pagar al taxista. Con demasiada torpeza, chocando con los muebles y tirando por ahí la ropa que me iba quitando, me metí en la ducha. Me froté con fuerza el cuerpo al enjabonarme; a pesar de estar limpiándome, me sentía sucia.

Luis no estaba en casa, debía de haberse ido al curso temprano y, en el fondo, lo agradecía. No sabía con qué cara lo habría mirado llegando, con el maquillaje corrido, la ropa del día anterior y despeinada como una fulana. Dios, había llegado con una pinta horrible y habría sabido de inmediato lo que había estado haciendo.

Salí de la ducha y, aún desnuda, fui hasta la cocina para poner la cafetera, necesitaba urgentemente cafeína en mi sistema o no aguantaría más de dos horas. Me di cuenta de que, en la nevera sujeta por un imán tenía una nota de Luis.

«Te he preparado un sándwich de pavo para que te lo lleves a la oficina, me imagino que llegarás tarde».

Me sentí horriblemente mal al leerla. Había sido estúpido pensar que no iba a notar mi ausencia. Luis era un santo, aun sabiendo que había pasado la noche fuera se había tomado la molestia de prepararme el desayuno. Yo, sin embargo, era una persona horrible, un ser despreciable que se merecía estar solo.

Con una sensación desagradable en el cuerpo, cogí el sándwich, me vestí, me peiné, me lavé los dientes y me marché rumbo a la oficina, deseando que aquel fatídico día acabase pronto. Todavía me quedaba enfrentarme a Ricardo.

Por suerte, cuando llegué al despacho, Laura me dijo que Ricardo había llamado a primera hora a su secretaria para decirle que anulara todas sus citas. No iba a ir a trabajar hasta que fuera la vista de su ahijada.

Al menos eso me daba un poco de tranquilidad y podría investigar para el juicio con calma, sin presiones.

Menos mal.

No todo iba a ser una mierda ese día.



Capítulo 10

Hacía un calor espantoso que no me dejaba dormir. Me desperté cabreado, y más cabreado me puse al darme cuenta de que Mía se había escabullido antes de que me hubiese despertado. No sabía por qué me ofuscaba tanto que lo hubiera hecho, tendría que agradecerle el gesto, en todo caso. Me había ahorrado la incomodidad de tener que echarla, como normalmente me pasaba.

Llamé al servicio de habitaciones para que me subieran el desayuno, nunca me había gustado ir a los comedores de los hoteles con el resto de los huéspedes. Prefería desayunar con calma y tranquilidad en mi propio dormitorio, viendo las noticias o leyendo el periódico, y no teniendo que aguantar los gritos y parloteos de los demás.

Me metí en la ducha recordando la noche que había pasado junto a Mía, una noche que había resultado ser bastante curiosa. Por fin, después de tantos años, había logrado seducir a aquella mujer que tanto me había gustado en la universidad y que tan imposible se me había hecho. La realidad superó con creces a lo que me había imaginado durante tantos años.

Sabía que era una mujer con mucho carácter, siempre lo había sido, era uno de los rasgos que más me gustaba de ella, pero nunca me imaginé que fuera tan fogosa y dispuesta en la cama como lo había sido.

Le gustaba lo duro.

Se me ponía dura solo con pensar en todo lo que quería hacerle y no había podido hacer por falta de tiempo. Recordé cómo mordía la almohada con cada embestida que le daba estando a cuatro patas, azotando deliberadamente sus

nalgas mientras lo hacía.

Me hubiera encantado volver a tenerla desnuda entre mis sábanas y tirarle del pelo mientras la llenaba con mi polla.

Me la miré, estaba tan dura al pensar en todo aquello que incluso podría batear con ella, sabía de sobra que solo con rozarla sería capaz de correrme. Me llevé la mano hasta el miembro y lo apreté mientras friccionaba hacia atrás para calmar mis deseos. Tuve que apoyarme con la otra mano sobre la pared de la ducha para no perder el equilibrio.

Pensé en cómo me había hundido en su garganta, cómo le había ordenado que abriera la boca para chupármela y cómo ella había obedecido gustosa de hacerlo. El agua que caía por mi espalda podría haber sido la más fría de todo el Ártico que no me habría importado, yo estaba lo suficientemente caliente como para evaporarla.

Salí de la ducha tras aliviar mis deseos más primarios y saqué el portátil de su funda para leer la prensa electrónica. Quería saber qué estaba pasando en Nueva York en mi ausencia y esperaba regresar pronto, España no era un país que me resultase atractivo como para quedarme demasiado tiempo.

La Bolsa, como siempre, había subido y bajado sus acciones con rapidez: revisé las mías y, por suerte, de donde tenía hecha la mayor inversión, seguía obteniendo beneficios, otras acciones, sin embargo, habían caído estrepitosamente. Cerré el portátil al escuchar que llamaban a la puerta. Al abrir, me encontré con la joven de la primera noche, que me sonrió tras ella. ¿Cómo se llamaba?

—Servicio de habitaciones.

—Buenos días, puede dejarlo ahí. —Le señalé el lugar junto a la mesa.

La chica llevó la comida hasta el lugar en el que le había indicado y, tras colocar todo, se giró y me miró de frente. No entendía a qué estaba esperando o qué narices quería, pues estaba parada en medio de la habitación en absoluto silencio, únicamente con aquella sonrisa que me hacía sentir que se estaba burlando de mí. Y no me gustaba lo más mínimo.

Despacio, se llevó las manos hasta los botones del chaleco y comenzó a desabrocharlos. Yo la miraba con curiosidad y preguntándome hasta dónde estaba dispuesta a llegar sin que yo le dijera nada. Tras desprenderse de la prenda fue a repetir el procedimiento con la camisa blanca, pero cuando ya podía ver su ropa interior tuve que preguntar:

—¿Qué haces? —Pude ver el desconcierto en su rostro.

—Esto... Creí... —balbuceó—. Creí que podríamos repetir...

—¿Y por qué creíste tal cosa?

—Porque... soy idiota...

La muchacha, colorada como un tomate, comenzó a abrocharse de nuevo los botones con torpeza debido a los nervios. Tenía la vista baja, evitando mirarme y moviéndose de forma apresurada, se notaba a kilómetros que quería salir corriendo de la habitación.

—No he dicho que pares.

—¿Cómo? —Se detuvo, con el chaleco cubriendo sus pechos.

—Sigue desnudándote —le dije mientras cerraba la puerta con el cartel de no molestar en ella—. Y, cuando lo hayas hecho, ponte de rodillas.

Iba camino del Juzgado de Primera Instancia. Tanto Carl como yo, —al ser el abogado defensor— habíamos recibido el requerimiento del juez para que se realizara cuanto antes la prueba de ADN. La citación era para las once y media de esa misma mañana y, cuando miré el reloj dentro del taxi, las agujas marcaban las once y cuarto.

Me impacientaba la lentitud con la que el taxista había decidido viajar, si no se daba algo más de prisa no iba a llegar a tiempo para la revisión de pruebas. Tenía que saber qué era lo que tenían contra mi cliente, a parte del testimonio de la demandante, pues, a mi parecer, bien podría ser una mujer interesada en sacarle el dinero a la familia de Carl. No sería la primera vez que me encontraba con algo semejante y, probablemente, no sería la última.

—¿Puede darse algo de prisa? —le pedí al taxista. Este, en lugar de darme una respuesta, se limitó a mirarme malhumorado a través del espejo retrovisor.

No podía evitar zapatear dentro del vehículo pensando que, en el mejor de los casos, el médico forense se hubiese retrasado también. Rogaba que así fuera, ya que eso me garantizaba un poco más de tiempo, pero era bastante improbable. Los malditos forenses tenían fama de puntuales.

El reloj marcaba las once y veintiocho cuando el condenado taxista se detuvo frente a la puerta de los juzgados, le pagué sin molestarme en recibir el cambio y salí corriendo a la sala donde llevarían a cabo la extracción. Pasé por el dichoso control de seguridad y avancé lo más rápido que pude. Cuando me abrieron la puerta de la sala, la primera persona a la que vi fue a ella.

—¿Tiene por costumbre llegar siempre tarde? —preguntó sarcástico el

fiscal.

Mía bajó la mirada en cuanto me vio, y noté cómo sus mejillas se tornaban rojizas. Se frotaba las manos y, de haber sido posible, se habría echado a correr.

Curioso, mostraba todos los síntomas de incomodidad y arrepentimiento.

Con el orgullo algo herido, me acerqué hasta Carl, que estaba a un lado de la sala, sentado en una silla, tan asustado como un cerdo al que van a llevar al matadero.

—Tranquilo, es un procedimiento rutinario —le dije tratando de tranquilizarlo.

Me acerqué hasta el estrado con la firme intención de hacerme con toda la documentación que tenían contra mi cliente, pues, hasta el momento, solo contaba con el testimonio del interrogatorio. Me di cuenta de que, cuando pasé junto a Mía, ella se apartó bruscamente.

—¿Qué pruebas tienen contra mi representado? —pregunté una vez estuve lo suficientemente cerca, mirando furioso al fiscal—. ¿Qué es eso tan relevante que han encontrado cómo para solicitar una prueba de ADN?

El fiscal me sonrió, con una de esas sonrisas ladeadas que se hacían cuando te crees superior a los demás. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, como si todo aquel procedimiento no fuera más que una mera pérdida de tiempo para él, pues tenía claro que mi cliente era el responsable del delito.

Lo quería entre rejas a toda costa y mi deber era impedir que eso ocurriera.

—La fiscalía ha aportado un video de la cámara de vigilancia de un banco en la que se grabó a su cliente paseando con la víctima cerca del lugar del asalto y a pocos minutos de la hora que figura en la demanda —relató el juez—. ¿Le parece suficientemente relevante, letrado? ¿O va a seguir cuestionando mis decisiones?

A sabiendas de que contradecir al juez no era precisamente una buena idea, agaché la cabeza y asentí como si fuera un niño pequeño al que acababan de reprender y estaba asimilando lo que sería su castigo.

Esperé a que la fiscalía entregara todas las pruebas que tenía y a que el juez me diera una copia de ellas, las guardé en el maletín y me acerqué hasta Carl.

—Van a realizarte la prueba —le dije bajito—, pero, si quieres, podemos hablar antes de que la hagan en una sala aparte.

—¿Hablar de qué? —preguntó, extrañado y sin dejar de frotarse las manos.

—De todo lo que sucedió.

—Ya te he contado a ti y a la policía todo, ¿qué más quieres de mí? —respondió molesto.

—Carl —hablé despacio—, si lo hiciste, necesito saberlo. —Me miró como si hubiese dicho un absoluto disparate—. Tengo que saber a qué me enfrento. No soy yo quien te juzga, así que, no me mires así.

—De acuerdo —accedió—. Hablemos primero.

Satisfecho de haberlo convencido para que me contara toda la verdad, me acerqué de nuevo al juez y le pedí amablemente poder hablar con mi cliente en una sala privada. Por fortuna, me brindó la oportunidad de hacerlo y logré disponer de la sala anexa a la que nos encontrábamos.

—¿Y bien? —dije en cuanto cerré la puerta una vez ambos ya estábamos dentro—. Cuéntamelo todo, y no te dejes ni el más mínimo detalle, cualquier detalle que recuerdes será beneficioso para ambos.

—Lo hice —simplificó con la mirada puesta en el suelo.

—Joder, Carl.

—Dijiste que tu no me juzgabas.

—Eso dije —respondí—, pero me lo estás poniendo muy difícil.

—¿Podemos ganar? —Parecía que eso era lo realmente importante.

Me quedé mirándolo por un momento, observando con atención su expresión. No era más que un crío asustado que se había pasado de la raya y que ahora comenzaba a ver el problema de sus actos. Solté el aire, resignado, iba a tener que esforzarme más de lo que me gustaba hacerlo. Maldita sea, ¿por qué cojones no se pudo quedar quieto?

—Claro que ganaremos —afirmé—. Yo nunca pierdo.



Capítulo 11

Joder, mierda, joder.

No tenía ni idea de adónde mirar para no tener que verlo directamente. Me moría de la vergüenza, me sentía como una cría estúpida y, lo más importante, estaba segura de ser la persona menos profesional de todo el Planeta Tierra, lo que había hecho tenía que ser digno de entrar en el *Libro Guinness de los récords* como la mayor metedura de pata.

¿Cómo podía haber sido tan idiota como para acostarme con Kevin? ¡Sobre todo trabajando en el mismo caso! ¡En lados contrarios! Dios, si mi madre me viera... ¡Me mataría! ¡Y con razón!

Tenía lagunas sobre lo que había sucedido la pasada noche, por lo que no podía estar segura de que no le hubiese contado nada relevante del caso que pudiese inclinar la balanza en su favor.

Puto alcohol. Ha sido mi maldita ruina desde que me tomé la primera copa.

Mi madre siempre me decía que cuando bebía se me iba mucho la lengua, y estaba en lo cierto. El alcohol me desinhibía de una forma casi surrealista. Cuando era más joven, ninguna de mis amigas quiso confiarme sus secretos, pues a la primera copa, los contaba todos sin ningún tipo de problema. Claro que, cuando querían averiguar algo que les interesase, ellas mismas me servían los chupitos.

No volveré a beber nunca más.

«Que te lo has creído, bonita», me dijo la voz de mi cabeza, esa que me recuerda que siempre puedo caer un poquito más bajo de lo que ya lo he hecho.

«Deberías de fijarte en lo que pasa a tu alrededor», volvió a hablarme mi voz interna y, como si de un acto reflejo se tratase, levanté la mirada del suelo y, *voilà*, ahí estaba la imagen de Kevin.

Estaba de espaldas, lo que no hacía que la visión fuese menos agradable. De hecho, mis ojos, desobedientes a mis deseos, vagaron por su espalda hasta llegar a su trasero, haciendo que ese primer plano se grabara en mi memoria como si quisiera retenerlo sin que yo le diera permiso. Cerré los ojos con fuerza, tratando de borrar ese maravilloso y tonificado culo de mi mente, pero resultó una tarea inútil, pues, al tenerlos cerrados, esa imagen —ahora con ropa— pasó a ser completamente desnudo, tal y cómo había estado la pasada noche.

Mi mente tenía una forma curiosa de recordarme las cosas, y lo hacía en los momentos más inoportunos que encontraba. No recordaba cómo había llegado al hotel, en qué momento nos fuimos, o cómo diablos llegué a liarme con él, pero la imagen de su culo era algo que había decidido no olvidar.

«Como para olvidarse de semejante monumento», de nuevo la maldita voz. Nunca en mi vida había deseado sufrir una aneurisma, hasta ese momento.

—¿Te encuentras bien, Mía? —escuché que me decía Daniel, que, sin darme cuenta, se había situado a mi lado—. Tienes mala cara, te has quedado pálida. —Parecía preocupado, ¿o me lo parecía a mí?

—Esto... No lo sé.

«¿Qué clase de respuesta es esa?».

—Tengo mucho calor —dije sin ser consciente realmente de que hablaba. Había sido más un pensamiento interno que la verdadera intención de decir algo.

—¿Por qué no sales y tomas un poco de agua? Puedo traértela yo si quieres. —Se ofreció.

—Sí..., creo que será lo mejor. Saldré unos minutos.

Aprovechando la oportunidad que me brindaban de salir escabullida de aquella sala sin que Kevin me viera, me fui del lugar tan rápido que parecía el Correcaminos huyendo del Coyote. Tras marcharme por la puerta, me encontré con los dos policías que la escoltaban y con un guardia de seguridad que no

parecía prestarle mayor atención a su trabajo, más bien bastante concentrado en lo que sucedía en la pantalla de su Smartphone mientras sonreía.

Me dirigí rápidamente a una máquina expendedora y rebusqué en mi bolso torpemente, tratando de encontrar una dichosa moneda con la que sacar una botella de agua.

«Joder, siempre que buscas algo en el bolso, encuentras de todo menos lo que estás buscando», se quejó la voz.

De pronto escuché cómo caía una botella en el interior de la máquina y vi que una mano sacaba a través de la apertura el agua que tanto necesitaba. Cuando fui a cogerla de manos del extraño que me la ofrecía, me di cuenta de que no se trataba de un desconocido.

—Parecía que la necesitabas con urgencia —me dijo Kevin con total indiferencia.

—Gracias—respondí quitándole la botella de entre las manos—. Podía haberla sacado yo misma.

—Tal vez, pero creo que, al ritmo al que ibas, te habrías quedado deshidratada antes de poder hacerlo.

Su actitud chulesca y los aires de suficiencia que demostraba me sacaban de quicio. Desde luego, era mucho más fácil sentirme furiosa con él que conmigo misma. Bueno, en realidad era más cómodo.

Me alejé rápidamente de él, no me importaba la dirección, ni si me estaba mirando mientras lo hacía, lo único que tenía claro era que necesitaba poner distancia entre nosotros. Al parecer, Kevin no estaba dispuesto a darme ese espacio, pues pude escuchar el sonido de unos pasos que se acercaban a mí con la misma rapidez con la que yo me alejaba.

«Mierda, ¿por qué no me deja en paz?».

—¿Se puede saber que diablos te pasa, Mía? —me preguntó agarrándome del brazo y así impidiendo que pudiera alejarme aún más—. ¿Por qué huyes de mí? —Me giré furiosa y lo fulminé con la mirada, deseando que se desintegrara con todas mis fuerzas.

—Suéltame —le ordené conteniéndome.

—No hasta que me digas por qué te alejas de mí.

—No me interesas.

—No te creo —respondió con soberbia—. Sabes tan bien como yo que te encantó lo que paso anoche.

—He dicho que me sueltes. —Me zafé de su agarre con brusquedad—. Lo

de anoche fue una mierda y no se va a repetir nunca más, señor Morales.

Noté como su semblante cambiaba, como flaqueaba tras mis palabras, aunque, aquella expresión se esfumó con la misma facilidad con la que había aparecido. Kevin se irguió, se arregló la chaqueta desde las solapas y me miró con seriedad. Aquella expresión casi logró ponerme los pelos de punta, pues fui testigo de su transformación.

¿Qué había sido del chico que había conocido en la universidad? ¿Qué quedaba del friki que me hacía reír todo el tiempo?

Me giré sobre mis talones y puse rumbo a la sala donde estaban haciéndole la prueba de ADN al sospechoso. Esperaba con todas mis fuerzas que todo pasase deprisa. La prueba, la acusación y el juicio.

No quería verlo más.

—Te digo que soy idiota —le decía a Lissy con la cabeza apoyada sobre las manos—. No sé cómo he podido ser tan estúpida.

Lissandra no podía parar de reír frente a mí, lo hacía con tantas ganas que sus carcajadas rebotaban en el ambiente, haciendo que aquel sonido se me clavase en la memoria, recordándome en todo momento lo tonta que había sido.

—Mía, no te mortifiques —decía aún entre risas—. No creo que seas la primera ni la última que se acuesta con la persona menos indicada.

—Pero es el abogado contrario.

—¿Era guapo? —preguntó enarcando una ceja.

—¿Y qué más da eso?

—Quiero saber si valía la pena irse con el abogado del diablo —se burló.

—En serio, Lissy. No te rías más —le pedí—. Si no se hubiese tratado de un viejo compañero de la universidad, esto nunca habría pasado.

—¿Compañero de la uni? —preguntó con asombro—. ¿Quién era? Tu apenas hablabas con nadie en la facultad —seguía hablando—. Espera, ¿no será...? —Abrió los ojos por completo al darse cuenta de qué persona estábamos hablando—. ¡No fastidies! ¿Kevin? ¿En serio? —Volví a hundir el rostro en mis manos, tratando de ocultar la vergüenza que me atosigaba—. Tía, pero si era un friki.

—No era tan friki —traté de convencerla, ¿o tal vez trataba de convencerme a mí misma? —Además, está bastante cambiado.

—Por lo que me has contado, debe ser cierto. No parece en absoluto el chico que me presentaste en la universidad.

Lo cierto era que apenas se parecía a aquel chico al que yo recordaba, tanto en aspecto físico como en su actitud. Me habían confundido sus gafas de pasta, que siempre hicieron de él a una persona sumamente atractiva, pero bajo aquella montura se escondía un verdadero gilipollas, o al menos, eso había visto ese día.

Seguía sin comprender qué era aquello que tanto me había seducido como para ser tan inconsciente de irme a la cama con él. Tenía que admitir que había sido el mejor polvo de toda mi vida, pero eso no era motivo como para haber sucumbido. Sobre todo, porque no podía saber que iba a ser así cuando decidí caer en sus redes.

No lo recordaba tan seductor, tan embaucador... y mucho menos tan enigmático.

Recordaba a un chico algo tímido, con el que se podía mantener una conversación agradable y con el cual podías sentirte cómoda. Salvo aquella vez en la que decidió perder la vergüenza y se me abalanzó como un lince.

Me reconocí a mí misma que, si las circunstancias hubiesen sido diferentes, probablemente me habría permitido el lujo de repetir. Sentía curiosidad por descubrir cómo sería Kevin sin estar bebido, o al menos sin estarlo yo.

¿Había disfrutado? Sí. ¿Podría haber sido mejor estando sobria? Sin duda. Pero, por desgracia, era algo que no iba a suceder.

Escuché cómo la puerta de la entrada se abría y aparecía por ella el rostro sonriente de Luis. Sin poder evitarlo, bajé la mirada al suelo, avergonzada.

—¿Qué tal, Lissandra? —le preguntó mientras se acercaba hasta nosotras.

—Bien. Aquí de cháchara.

—Hola, preciosa —dijo, y se inclinó para depositar un beso en mis labios.

Sabía que mi respuesta ante aquel contacto había sido de lo más seca y que él lo había notado, pero no podía evitar sentirme como una miserable con lo que había hecho. Luis era buena persona, era guapo y estaba realmente interesado en mí, lo sabía, aunque no hubiésemos hablado del tema.

Y yo era una cobarde que no se atrevía a comprometerse.

—¿Qué tal por los juzgados? —continuó, yendo hacia la nevera. La abrió y sacó un Brik de leche—. No me di cuenta de si llegaste tarde anoche o saliste temprano esta mañana.

—Se quedó en mi casa —mintió Lissandra cuando fui a abrir la boca—.

Necesitaba hablar con ella y se nos hizo tarde.

Noté como los hombros de Luis se relajaban considerablemente, los había tenido tensos sin apenas darme cuenta de ello y la sensación de angustia que tenía acumulada en mi garganta creció con aquella mentira. Sabía que Lissandra, con aquel embuste, solo había pretendido ayudarme, pero me había arrebatado la posibilidad de ser sincera con Luis, cosa que sabía que era lo correcto.

—¿Hasta cuándo dura el curso de coctelería? —preguntó Lissandra. La conversación se había vuelto unilateral entre ellos, pues yo me sentía incapaz de abrir la boca—. ¿Está siendo de provecho?

—Pues me quedan un par de días más por delante. ¿Café? —nos preguntó a ambas.

Lissy negó con la cabeza, por lo que se me quedó mirando, esperando una respuesta por mi parte. Tardé al menos un minuto en darme cuenta de ello, ya que tenía la cabeza en otra parte.

—No, gracias.

Sin darle mayor importancia, Luis continuó preparando el café de media tarde. Había llegado del juzgado hacía por lo menos una hora y, por el camino, recogí a Lissandra con el taxi. Necesitaba hablar y contarle todo lo que había sucedido la pasada noche con Kevin. ¿Cómo diablos iba a afrontar lo que se me venía por delante?

Sabía que el juicio no iba a ser cosa de una simple semana, y que tendría que verlo con bastante frecuencia. Podría tratar de evitarlo y no hablar con él absolutamente nada; al fin y al cabo, su mayor preocupación sería el fiscal y no yo, pero algo en mí me decía que no me lo iba a poner tan fácil. No parecía ser la clase de hombre que se rinde con tanta facilidad y, sobre todo, no parecía ser de los que dejaban que hirieran su orgullo sin más, y yo lo había hecho diciéndole que acostarnos había sido una mierda. No solo me había metido en la boca del lobo, sino que había mentido de forma descarada.

—Bueno, cielo, yo me voy a ir marchando —me dijo Lissy—. ¿Estarás bien?

—Sí, no te preocupes. Gracias por venir —respondí con cierta melancolía en la voz.

—Si me necesitas solo tienes que llamarme. Lo sabes, ¿no? —dijo antes de abrazarme con cariño.

Acompañé a Lissandra hasta la puerta y me despedí de ella con dos besos,

agradeciendo a Dios el poder contar con una amiga como ella. Me di la vuelta y vi cómo Luis trasteaba en la cocina. Estaba preparando unos sándwiches mientras se tomaba un café con calma. Hasta hacía tan solo un día me habría gustado esa imagen, verlo desenvolverse en mi casa... y su presencia me gustaba, pero ahora hacía que me sintiera terriblemente incómoda.

—¿Te apetece que demos un paseo? —me preguntó mientras daba un cuantioso bocado a su sándwich—. ¿Ir al cine? O, no sé, lo que te apetezca.

—La verdad que no tengo ganas de ir a ningún sitio. —Luis se quedó en silencio mirándome.

No supe cuánto tiempo permanecimos en silencio, ni si estaba siendo igual de incómodo para él como lo estaba siendo para mí. Me removí en mi asiento sin saber qué hacer o qué decir, pero necesitaba urgentemente romper con aquel silencio que se había instalado entre nosotros. Me sentía como si, de repente, nos hubiésemos convertido en dos completos desconocidos.

—¿Me vas a contar qué es lo que te pasa? —interrumpió mis pensamientos Luis con aquella pregunta—. Estás muy rara, Mía.

—¿Qué? ¡No! —dije—. No me pasa nada.

—¿Seguro? —cuestionó—. Entonces, ¿por qué no me miras?

Tratando de disipar sus dudas, alcé la vista y lo miré directamente a los ojos. Fue entonces cuando me derrumbé. Su mirada era como un puñal que se me clavaba en el corazón. Era como mirar a los ojos a un cachorrito desvalido y ser tan insensible de dejarlo abandonado. Luis corrió hacia dónde me encontraba y me abrazó con fuerza antes de hablar.

—Mía, ¿por qué lloras? —preguntó—. Cuéntame qué es lo que te pasa. Déjame ayudarte.

No podía responderle, únicamente me limitaba a sollozar sobre su hombro como si fuera una quinceañera a la que acababa de dejarle su novio y se consideraba a sí misma la persona más desgraciada de todo el planeta.

No sabía cómo afrontar aquella situación, necesitaba contarle lo que había sucedido para poder aliviar mi conciencia, pero, sin embargo, me daba muchísimo miedo perderlo, por muy egoísta que eso me hiciera.

Luis me obligó a mirarlo alzándome suavemente el mentón. La visión de su rostro se me mostró borrosa a causa de las lágrimas que había derramado, pero podía ver auténtica preocupación en su mirada.

—Dime qué te pasa —volvió a pedirme.

—No puedo —balbuceé—. No quiero que me odies.

—Mía, no creo que nada de lo que hagas pueda lograr que eso ocurra. — Volví a sollozar sin poder remediarlo mientras Luis me acariciaba con calma la cabellera—. Sea lo que sea, puedes contármelo. —Al ver que no decía nada, me tomó entre sus brazos y me depositó con cuidado sobre sus rodillas—. Lissandra me ha mentido ahora, ¿no? Anoche no estabas con ella, ¿verdad? —preguntó con cautela.

Negué con la cabeza y, a pesar, de que ambos conocíamos la respuesta a la siguiente pregunta, Luis quiso saber:

—¿Estuviste con alguien?

Me llevé las manos a los ojos y rompí a llorar, sintiéndome la mujer más deplorable del mundo.

Le había hecho daño.

Estaba segura de que mis no palabras le habían herido profundamente, aunque no diera señales de ello en el rostro.

Luis estaba en absoluto silencio, además de inmóvil en su sitio, con la mirada fija en el suelo. Notaba que todos los músculos de su espalda estaban tensos y que, posiblemente, estaría agarrotado.

—Dime algo, por favor —le supliqué. Él seguía sumido en el más absoluto mutismo—. Por favor... Lo que sea, di cualquier cosa, pero no me odies, Luis... —sollocé.

—No te odio, Mía —se apresuró a responder—. No puedo odiarte ni, aunque quiera hacerlo. —Sus palabras me aliviaron, aunque sabía que no debería ser así—. De hecho, no puedo reprocharte nada.

—¿Por qué? —pregunté confusa—. Tienes todo del derecho del mundo a no querer volver a saber nada más de mí. —Miré hacia otro lado antes de seguir—: Entendería que lo hicieras.

Luis se acercó hacia mí, acortando la distancia que nos separaba, al menos, físicamente hablando. Llevó la mano hasta un mechón de pelo y me lo colocó por detrás de la oreja, haciendo que aquel contacto me erizara por completo, como si fuera la primera vez que sus manos me tocaban.

—No puedo alejarme de ti, Mía —dijo, mirándome directamente a los ojos—. La única forma de que eso pasase sería que tú me lo pidieras.

Me tomó por el mentón y lo alzó hasta dejar mis labios a escasos centímetros de los suyos. Notaba su aliento en mis labios y la intensidad de su mirada me estremecía de una forma que me daba miedo.

—No entiendo por qué —comenté, pensando que no me merecía a un

hombre como Luis—. ¿Por qué eres tan bueno conmigo?

—Porque te quiero, preciosa —soltó, dejándome paralizada por completo—. Llámame loco, pero me he enamorado de ti, así que no creas que te vas a librar de mí tan fácilmente. —Sonreí sin poder evitarlo y me abracé a él con fuerza.

Sentía la fuerza de sus brazos alrededor de mi cuerpo, y cómo se aferraban a mí, temblorosos por miedo a que aquel abrazo se terminase. Yo también tenía miedo. Miedo a separarme de él, miedo a que todo lo que me había dicho fuera producto de mi imaginación, miedo a perderlo e incluso miedo a no merecerlo.

Cuando se separó finalmente de mi lado, me agarró el rostro con la misma fuerza con la que me había abrazado y estampó sus labios contra los míos, devorándome con un beso atronador que dejaba clara la necesidad que teníamos el uno del otro en ese mismo instante.

Luis enredó los dedos en mis cabellos mientras que, a su vez deslizaba la otra mano despacio por mi espalda. La calidez de su palma hacía que me ardiera el cuerpo. Sintiendo aún más necesidad de su contacto, me puse en pie para poder colocarme encima de él en la silla en la que estaba sentado. Abrí las piernas y lo envolví con ellas mientras volvía a besarlo una y otra vez.

Sentía los pechos hinchados con cada roce contra su tórax. Sus manos se colocaron en mis nalgas y las apretaron contra sí, con ganas, haciéndome mecer el cuerpo hacia adelante y hacia atrás. Notaba su erección por debajo de mí. Dura y palpitante, queriendo liberarse de los pantalones que la mantenían cautiva.

Llevé mis manos hasta la hebilla de su cinturón y, con gran rapidez, se la desabroché junto con el pantalón, dejando que su miembro saliera hacia afuera como un capullo que se abre en la primavera. Lo agarré con una de mis manos y lo masturbé, queriendo que mi piel se quedara grabada en su piel.

Luis cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás y yo, aproveché aquel movimiento para hundirme en su cuello y morderlo con suavidad, sin cesar de tocarlo en ningún momento. Un gruñido placentero salió de su garganta y su polla palpité entre mis manos a modo de respuesta.

Me deshice de su camiseta y fui descendiendo con los labios por todo su cuerpo hasta que me quedé de rodillas frente a él. Le abrí las piernas y liberé por completo su verga. Luis me miraba con ojos libidinosos y me acarició la mejilla con los nudillos. Sin dejar de mirarlo, me acerqué hasta su polla y me

la introduje en la boca, llevándola hasta lo más hondo de mi garganta.

Luis gimió, preso de placer mientras mi lengua jugaba con él.

Se la chupé, la succioné y la lamí por entero hasta que estuvo a punto de correrse. Pensé por un momento en dejar que terminara dentro de mi boca, pero cuando había estado a punto de hacerlo, me obligó a detenerme.

—Vamos a la cama —me dijo—. Voy a hacerte el amor hasta que ya no puedas más.

—Dudo que no pueda aguantarte el ritmo —respondí con picardía.

—Créeme, preciosa. —Me levantó y se aferró a mis nalgas—. Me suplicarás que pare.



Capítulo 12

La maldita farmacia estaba llena a esa hora de la tarde. Miré el número que había cogido del Turnomatic y todavía me quedaban cinco personas por delante para que pudieran atenderme.

Me dolía la cabeza y por eso había decidido ir a la farmacia. Las malditas pastillas contra el dolor se me habían acabado en el vuelo de Nueva York hacia Madrid y no había pensado en la posibilidad de que me hicieran falta en algún momento.

En el interior de la farmacia había tan solo dos dependientes atendiendo en el mostrador, además de una chica que promocionaba no sé qué crema hidratante. Al menos me entretenía mirándola. Ella también lo hacía, y cuando se daba cuenta de que la observaba, me sonreía tímidamente, como si al hacerlo fuera a llamar un poco más mi atención.

Jamás se me ocurriría acercarme a ella de una manera sexual ya que, aunque estaba lo suficientemente maquillada como para aparentar más edad de la que realmente tenía, estaba completamente convencido de que no rebasaba los veinte años. Y las mujeres a esa edad solían ser un problema que era mejor evitar.

Siempre era mejor no acostarse con críos, sino que querías amanecer meado por la mañana.

Miré de nuevo el número que tenía con exasperación, pues parecía que la cola no avanzaba absolutamente nada. Pasados unos minutos, solo me quedaba

una persona por delante.

Me crucé de piernas y ojeé la distribución de la farmacia. La mayoría de las cosas que estaban al alcance no eran más que cremas, pastillas para adelgazar, tintes y diferentes potingues para el cuidado estético, por los cuales no estaba interesado.

—¡Veintisiete! —gritó la farmacéutica desde el mostrador.

Por fin era mi turno.

Me levanté y fui hasta el mostrador donde me esperaba la vendedora. Mientras lo hacía, escuché la campanita de la entrada, indicativo de que seguían llegando personas al lugar, dispuestos a comprar.

Tal vez, fuera un buen negocio rentar una farmacia.

—Buenas tardes, ¿qué puedo hacer por usted? —me preguntó amablemente la mujer del mostrador.

—Necesito analgésicos.

Tan rápido como se los había pedido, la mujer se dio la vuelta y desapareció por un lateral de la farmacia. En menos de lo que cantaba un gallo volvió con los analgésicos en la mano—. ¿Alguna cosita más?

—Una caja de preservativos —pedí al recordar que se me habían agotado la pasada noche junto a Mía.

—¿Alguna preferencia? —preguntó.

—Los invisibles —respondí sin pensarlo mucho y la mujer volvió a desaparecer con la misma rapidez de la anterior vez.

—¿Kevin? —escuché a mi izquierda—. ¿Eres tú?

Al girarme me encontré con una mujer rubia, de mi edad aproximadamente, aunque parecía más joven, alta y de ojos vivaces de color marrón que me miraban con curiosidad en ese momento.

—Perdona, ¿te conozco? —pregunté tras echarle un vistazo y darme cuenta de que no la reconocía.

—Soy Lissandra —respondió con una sonrisa—. Nos conocimos en una fiesta de la Facultad de Derecho. Soy amiga de Mía.

—Aquí tiene, señor —intervino la farmacéutica, que había regresado sin que nos diéramos cuenta de ello—. ¿Va a querer bolsa?

—Claro —afirmé.

Vi como Lissandra, la amiga de Mía, que había sido tan inoportuna como inesperada, miraba de reojo lo que había pedido. Al percatarse de que entre esas cosas había preservativos, dirigió su mirada hacia otra parte, como si no

quisiera que nadie se diese cuenta de su curiosidad.

—¿Te acuerdas de mí? —continuó. Pagué a la dependienta antes de responder—. Hace muchísimo tiempo que no nos vemos así que...

—Sí que me acuerdo. Esa noche acabaste vomitando toda la cerveza que bebiste. —Se llevó la mano a la nuca y se la frotó, sintiéndose avergonzada o, al menos, eso parecía.

—Sí..., en esa fiesta decidí que no volvería a beber jamás.

—¿Y lo cumpliste? —pregunté con una sonrisa. Había escuchado tantas veces aquella frase que me parecía prácticamente imposible que alguien la hubiese cumplido.

—Totalmente.

—Pues te felicito, eres la primera persona que conozco que ha cumplido esa promesa. —Cogí la bolsa que me ofrecía la dependienta y me apoyé sobre el mostrador.

—¿Puedo invitarte a tomar algo? —le dije. Pensé para mí mismo que, tal vez, sería una posible fuente de información muy valiosa en cuanto a Mía se refería.

—Claro.

Salimos de la farmacia y caminamos unos escasos metros hasta que nos encontramos con una cafetería a la que podíamos ir sin necesidad de alejarnos demasiado de la zona.

—¿Prefieres dentro o terraza? —le pregunté.

—Me es indiferente. —Se encogió de hombros—. Aún hay buen tiempo, podemos sentarnos fuera si quieres.

Estiré el brazo, invitándola a que caminara por delante. Ella se encabezó y fue hasta una de las mesitas de la terraza que estaba más cubierta por el toldo de la cafetería. Arrastró una de las sillas y se sentó de forma que hacía tiempo que no veía hacer en una mujer. Prácticamente había parecido de protocolo. Tomé asiento a su lado y llamé a uno de los camareros para que nos tomaran nota.

—¿Qué te apetece tomar?

—Una cola light —pidió. El camarero apuntó lo que ella había pedido.

—Yo tomaré una cerveza.

El chico se marchó, dispuesto a servirnos las bebidas que habíamos pedido, y Lissandra y yo nos quedamos sentados en la mesa sin decir ni una sola palabra. En su cara se veía que quería comenzar a hablar, pero debía de

haber algo que le impedía hacerlo, lo que supuse que sería vergüenza, porque no parecía ser de las mujeres que carecían de iniciativa. Al fin y al cabo, había sido ella la que me abordó en la farmacia.

—¿Qué estudiaste tú? —rompí el silencio—. No recuerdo haberte visto por las clases de Derecho Financiero. —Ella se rio.

—No, no estudié Derecho, gracias a Dios. —Seguía sonriendo y al hacerlo se le achicaban los ojos, convirtiéndolos prácticamente en dos finas ranuras—. Hice carrera en Literatura y me especialicé en edición. Soy editora.

—Interesante.

—Tampoco lo es tanto —le restó importancia—. Leo mucho y durante mucho tiempo. —Rio por lo bajo.

—¿Y tú qué? ¿Estás en algún bufete, vas por libre o qué es lo que haces? —Apoyó los codos sobre la mesa y dejó descansar la barbilla sobre las palmas de las manos. El camarero regresó con nuestras bebidas y las puso sobre la mesa.

—Trabajo... —Mi teléfono comenzó a sonar a todo volumen. Era un número español—. Disculpa, tengo que responder —dije antes de ponerme en pie y alejarme unos pasos.

»Kevin Morales, ¿quién habla? —respondí de manera automática, tal y como hacía en Nueva York.

—...

—Cálmate, Carl —hablé—. Cuéntame qué ha pasado.

—...

—¿Pero tú eres gilipollas?! —le grité al auricular, haciendo que varias personas se girasen para mirar en mi dirección—. Sabes que la policía te tenía en el punto de mira, ¿cómo cojones se te ocurre subirte a una moto robada?

—...

—¿Te han dicho algo de la fianza? —Miré hacia la mesa para comprobar si Lissandra se estaba dando cuenta de la conversación que estaba manteniendo. Era amiga de la abogada de la acusación, por lo que no quería que Mía jugara con ventaja—. En cuanto pueda voy a la comisaría, mientras tanto, procura no meterte en más líos —le pedí antes de colgar.

»Perdona, Lissandra —me disculpé tras llegar a la mesa en la que estábamos—. Era una llamada importante.

—No te preocupes, si tienes que irte, lo entenderé.

—No, no tengo prisa —respondí. Le vendría bien a Carl pasar unas horas

en el calabozo, así aprendería a hacerme caso la próxima vez—. ¿Por dónde íbamos?

—Me decías dónde trabajas.

—Cierto. Trabajo en Spinster & Case, es uno de los mejores bufetes de Nueva York.

—Suena importante. —Su tono de voz sonaba en cierta medida a burlón, como si creyera que había exagerado en lo que decía—. ¿Hace cuánto que estás allí? En Nueva York, me refiero.

La miré con curiosidad, de no haber sido porque Mía me había dejado bastante claro que no íbamos a repetir lo que había sucedido entre nosotros, habría jurado que su amiga me estaba sometiendo al tercer grado y que se estaba cerciorando de que no era una mala compañía para ella. Pero no podía tratarse de eso, seguramente sería solo curiosidad, ¿no?

—Me marché prácticamente en cuanto acabé la carrera. Siempre me pareció que España te brinda pocas oportunidades para brillar, por lo que, quise probar suerte —respondí mientras le daba un trago a mi cerveza.

Ella se quedó en silencio, almacenando la información que le estaba dando. Mirarla era como mirar a través de un libro que te revela todo lo que quieras saber de él. Fruncía ligeramente el ceño, como si no estuviera realmente satisfecha con lo que escuchaba. Notaba claramente que no le caía bien, por mucho que tratase de esforzarse en hacer parecer lo contrario, por lo que supuse que ella y Mía habían mantenido una conversación en la que habría aparecido mi nombre en algún momento.

Eso era buena señal.

—¿Y tienes pareja allí? —preguntó.

«Ahí está lo que realmente te interesa».

—En absoluto.

—¿Porque no te interesa o porque eres un picaflor? —Su tono de voz me dejaba entrever que se divertía con aquellas preguntas—. ¿O quizá eres gay?

Sabía que aquella última incógnita la había lanzado únicamente para molestarme, pues debía de estar al tanto de lo que Mía y yo habíamos estado haciendo la pasada noche. Así que tomé aire despacio y la miré con ojos burlones.

—No soy gay —respondí—. Ni tampoco soy un monje. —Me llevé el vaso de cerveza a los labios y bebí con calma—. No tengo pareja porque no tengo tiempo como para iniciar una relación y esperar que funcione sin cuidarla. —

Hasta cierto punto, se podría decir que había sido una respuesta sincera, pues en Nueva York no disponía de tiempo libre del que disfrutar.

¿—No tienes ninguna afición— ?preguntó con asombro¿ .—Nada de tiempo para ti?

—Alguna tengo, pero rara vez puedo practicarla— .De pronto, decidí que iba a ser algo más directo en cuanto a la conversación, andarme con sondeos y preguntas superficiales no formaba parte de mi estilo, por lo que me incliné por ir al grano¿ .—Qué te ha contado Mía?

¿—Sobre qué— ?Enarqué una ceja¿ .—Te refieres a sobre la universidad?

—Ambos sabemos a qué me refiero, no hay necesidad de hacernos los tontos— .Lissandra abrió la boca con sorpresa.— Quiero saber lo que te ha contado de lo que ha pasado entre nosotros.

Tal vez, había sido muy brusco con ella, pero andarme con tonterías de quinceañeros me sacaba de quicio. Quería saber qué le había dicho su amiga para así poder averiguar si podría volver a llevármela a la cama o, por lo contrario, debía mantenerme alejado de ella para evitarme conflictos mayores y situaciones desagradables que no estaba dispuesto a vivir.

—No me ha contado nada que te interese —respondió con el ceño fruncido, como si lo que le hubiese dicho fuese la mayor de las ofensas.— Muchas gracias por el refresco, pero me voy a ir yendo.

¿—De veras te has ofendido por ser directo contigo— ?pregunté con sorpresa.— Esperaba que, a estas alturas de nuestras vidas, fuéramos más maduros que cuando estábamos en la universidad.

—Algunos sí que lo somos —espetó con ironía.

Contemplé cómo su silueta se alejaba y me dejaba allí plantado, rodeado de personas que charlaban y bebían sin percatarse de lo que a su alrededor estaba sucediendo. Me había ganado el odio de la amiga de Mía, algo que seguramente iba a jugar en mi contra, pero no me importaba, eso solo podía hacer que el juego fuera mucho más divertido a partir de aquel momento. Contar con todas las cartas en mi contra me hacía más interesante el arte de la seducción.

A fin de cuentas, si te lo ponían demasiado fácil, no tenía ninguna gracia.

¿—Desea algo más, señor— ?me preguntó el camarero, retirando el vaso que había dejado Lissandra.

¿—Qué *whisky* tienen— ?pregunté¿ .—Alguno escocés?

—Claro, disponemos de Glenfiddich, Johnnie Walker y Lagavulin— ...me

informó.

—Póngame una copa de Lagavulin, por favor. Sin hielo.

—En seguida, señor.

El barman desapareció rápidamente a servir la comanda que le había pedido. Necesitaba pensar antes de ir a la comisaría a buscar a Carl y, sobre todo, necesitaba pensar sobre Mía. ¿Cómo iba a llevar la relación entre nosotros?

Aunque estuviéramos en bandos opuestos, quería estrechar lazos con ella y, eso iba a resultarme bastante complicado, por no decir imposible. Pero ¿dónde estaba la gracia si no?

El camarero trajo hasta la mesa mi bebida y se marchó. La alcé y miré el líquido ambarino con fascinación, tratando de idear la forma de acercarme a ella. Tal vez, la respuesta estuviera en el fondo de aquel vaso, o tal vez la tuviera delante de mis narices y no era capaz de verla.

Tendría que empezar a jugar para ver cómo se desarrollaba la partida.

No iba a tener otro remedio.

Me bebí el contenido del vaso y me levanté para ir a la comisaría.

Hora de empezar.



Capítulo 13

Luis me acariciaba el brazo mientras estábamos tumbados sobre el colchón. Me hacía sentir en paz, y me miraba de una forma que hacía que se me estremeciera todo el cuerpo, como si mi simple imagen fuera lo más grandioso que hubiesen vistos sus ojos jamás.

Era como sentirse en las nubes, suave, ligera y llena de esperanzas. La calefacción hacía que nuestros cuerpos, sudorosos por el sexo, se sintieran aún más calientes. El calor del ambiente estaba consiguiendo que se me cerraran los ojos, ya que me sentía en un estado de relajación que hacía mucho tiempo que no tenía.

—Duérmete si quieres —me dijo Luis, al darse cuenta de que estaba luchando conmigo misma para mantener los ojos abiertos—. Necesitas descansar.

—No quiero dormir —dije acurrucándome aún más junto a él y con los ojos completamente cerrados—. Quiero estar contigo.

Aunque no podía verle, estaba segura de que sonreía, podía sentirlo en su cuerpo, en su pecho, que estaba junto al mío, ofreciéndome calor y protección. Me sentía completamente arropada por él.

—Estaré aquí cuando despiertes, Mía. —Depositó los labios sobre mi sien tras apartar un mechón de cabello que me caía y me besó con ternura—. Estaré

aquí siempre.

Un suspiro se escapó de mis labios, liberando la poca tensión que le quedaba a mi cuerpo con él. Luis era maravilloso, olía a masculinidad y nuestros cuerpos encajaban como dos piezas de puzle que están diseñadas para unirse entre ellas. Me envolvió entre sus brazos y me dejé acariciar por sus manos, sintiendo su aliento cálido sobre el rostro y dejando que mi cara se hundiera en su cuello hasta llevarme al más profundo de los sueños.

Me desperté aún entre esos brazos, y cuando mis ojos se abrieron por completo, me di cuenta de que se había hecho de noche. ¿Qué hora sería? ¿Cuánto había dormido? Nada de eso me importaba, pues sentía la respiración del hombre al que tenía abrazado y notaba cómo su corazón bombeaba contra mi pecho.

Aquel sonido era como un sedante para mí, como una droga que me relajaba y tranquilizaba de tal manera que nada más en el mundo tenía importancia. Solo existíamos él y yo, y todo lo demás pasaba a ser insignificante.

Por la forma en la que su pecho se movía hacia arriba y hacia abajo y por su respiración acompasada, me di cuenta de que Luis debía de estar completamente dormido. Agradecía que no fuese un hombre de sonoros ronquidos, pues hacía bastante tiempo que había pasado a tener el sueño bastante ligero.

El estrés, las preocupaciones y la vida en el bufete me habían empezado a pasar factura mucho antes de que me hubiese dado cuenta y me estaba costando mucho trabajo acostumbrarme a ello. Si es que alguna vez lograba acostumbrarme.

Muchas veces me había planteado romper con todo, dejar atrás todo por lo que había luchado y marcharme a un lugar lejos de Madrid, lejos del estrés y de la vida caótica de la ciudad. Pero siempre que pensaba en hacer algo así me sentía afligida por tener que dejar atrás todo lo que había construido en ella: mis amigas, mi familia y todo lo que me rodeaba.

Me separé de Luis con cuidado, tratando de no hacer movimientos bruscos para no despertarlo. Me puse por encima la camiseta de él, pues quería seguir arropada por su aroma, y salí de la habitación cerrando la puerta tras de mí.

Llegué hasta la cocina y me detuve para mirar el reloj de pared, que marcaba la una y media de la madrugada. Había dormido toda la tarde y ahora, que ya era de noche, estaba completamente despierta.

Abrí mi portátil y revisé todo lo que tenía para el caso. La prueba de ADN contra el sospechoso aún tardaría al menos un par de días en llegar, aunque estaba completamente segura de que era culpable. Pude verlo en sus ojos en la sala del juzgado y, aunque eran sus delatores, no dejaban ver ni un rastro de arrepentimiento en ellos, cosa que no hizo sino ponerme aún más furiosa de lo que estaba.

Teníamos las suficientes pruebas como para poder encerrarlo, pero necesitábamos cerciorarnos de que su ADN era el que estaba en la escena del crimen. Por fortuna, Michelle había acudido a la policía lo suficientemente pronto como para que aún quedaran restos de semen en su cuerpo cuando le realizaron el examen médico.

Sentía lastima por aquella chica que se había visto obligada a vivir una escena tan traumática. Aquel asqueroso hombre le había arrebatado de golpe su inocencia y la había convertido en un objeto, en un despojo al que le costaría mucho tiempo recuperar su autoestima.

Dudaba incluso que lograra confiar en un hombre plenamente alguna vez, y estaba segura de que pasarían muchos años antes de que se atreviera a entablar una relación sana con otro individuo. Todo por culpa de aquel miserable malnacido que se había tomado las licencias de tomar lo que no le pertenecía por la fuerza.

Me sentía tan impotente y sentía tanta rabia que me costaba trabajo quedarme quieta en un mismo sitio. Toda aquella situación me revolvió las tripas. Estaban tan harta de ver las injusticias que había en el mundo. La violencia y la maldad. La sociedad había perdido por completo sus principios y ya nada importaba ni se respetaba.

Ya nadie cedía el asiento a sus mayores en los autobuses, veían a un mendigo y pasaban de largo como si se tratara de una estatua que estaba en medio de la calle. Llevaba mucho tiempo viendo cómo, cada vez más, la sociedad se sumía en el egoísmo, el consumismo y el egocentrismo. Nos creíamos dueños y señores de todo lo que había a nuestro alrededor.

Y yo estaba harta.

Me llevé los dedos al puente de la nariz y lo apreté con cuidado, tratando de aliviar la sensación que me producían todos aquellos pensamientos.

Había estudiado Derecho con la ferviente idea de cambiar el mundo. Los ideales que un día tuve poco a poco fueron desapareciendo por el camino laboral que había mantenido. Nada quedaba de aquella persona que quería

luchar contra las injusticias y que quería representar al indefenso, al inocente contra todo aquel que quería abusar de él.

Cerré el portátil, abrumada por todo lo que me rondaba en la cabeza. No entendía qué me había llevado a recordar aquellos momentos en los que era joven y estaba llena de sueños y esperanzas. Tal vez, me había visto reflejada en cierta medida en la joven Michelle. Una chica que tenía toda una vida por delante y que había sufrido un incidente que la cambiaría por completo.

Fui directa al cuarto de baño, necesitaba despejarme y salir a la calle siendo las horas que eran, me parecía una pésima idea, por lo que decidí darme un baño caliente y relajarme con las sales que Lissandra me había regalado para mi cumpleaños.

Abrí el grifo y me miré en el espejo. Habían pasado diez años desde que salí de la facultad. Diez años de experiencias, unas más enriquecedoras que otras, pero de experiencias, al fin y al cabo. La vida era algo que se te escapaba sin darte cuenta, y que, si no la vivías cómo querías, no volverías a recuperarla para hacerlo.

De pronto, sentí como si hubiese estado dejando escapar mi vida, como si los años que había vivido hubieran pasado sin dejar ni una sola huella que recordar. Estaba insatisfecha. Quería más y no sabía exactamente de qué.

No estaba segura de si quería escapar, huir de la vida que tenía, o simplemente estaba atravesando un momento difícil que no era capaz de asimilar. Me sentía incompleta sin saber muy bien el por qué.

Esparcí las sales por el interior de la bañera una vez estuvo llena por completo. Metí despacio una de las piernas, dejando que el agua caliente me la envolviera por completo. Tardaron en empañarse los cristales del baño apenas unos segundos, por el vapor que el agua caliente desprendía. Entré por completo en la bañera y dejé que mi cuerpo se relajara en el interior, cubierto casi por completo por el agua aromática.

Cogí el móvil y puse música de fondo, algo suave, que me ayudara a no pensar en nada que no fuera estar en aquella bañera. Necesitaba un momento de paz y no quería que nada ni nadie me lo impidiera. Opté por un poco de música celta, escuchar aquellas gaitas me transportaba automáticamente a prados verdes de dimensiones enormes y un cielo tan azul como el de una suave tarde de verano.

Cuerpo y mente viajaban cuando la escuchaba, e incluso mis sentidos se creían en aquellas tierras altas, pues mi olfato era capaz de imaginar el aroma

de la hierba mojada, o las flores que la brisa llevaba consigo. Sentía la corriente de aire de la primavera de los montes escoceses, tanto que incluso se me ponían los vellos de punta.

Había dejado la puerta abierta sin darme cuenta, sin acordarme siquiera de que Luis dormía en la habitación de al lado. Me percaté de ello cuando escuché que la puerta del dormitorio se abría y salía por ella un somnoliento Luis, frotándose los ojos con las manos y buscándome por todas partes.

Sonrió al verme plácidamente bajo las aguas de la bañera, casi ronroneando como un gato que tiene el estómago lleno. Se quedó en el marco de la puerta observándome, sin decir absolutamente nada, solo mirando cómo mi cuerpo se relajaba más y más con la música y el baño.

Pasados algunos segundos, o tal vez minutos, se acercó hasta el borde de la bañera y se sentó en la tapa del inodoro. Metió la mano en el agua por mi espalda y dejó caer unas gotas sobre mi cuello cuando la sacó. Me masajéo con cuidado los hombros, ayudando a que mi cuerpo llegara a la más absoluta relajación posible.

Con lentitud, me deshizo la coleta que me mantenía el pelo fuera del agua y dejó que este cayera por mis hombros, mojándose en sus puntas. Ahuecando la mano como si fuera una cuchara, llevó un poco de agua hasta mis cabellos y comenzó a mojarlos hasta que quedaran completamente empapados.

Luis agarró un bote de champú y se vertió un poco del contenido en la palma de la mano para poco después, comenzar a lavar mis cabellos con cuidado de no enredarlos y de no dañarme al hacerlo. Jamás en toda mi existencia me habían aseado, y mucho menos me había imaginado que, si alguien llegaba a hacerlo alguna vez, sería con tanto mimo y cariño.

Me resultaba excitante y muy erótico, ambos en silencio, escuchando únicamente nuestras respiraciones y la música de fondo, que se mezclaba con el sonido del agua al moverla, sin que nada más importara, exactamente como yo quería que fuese.

—¿Te gusta? —me preguntó de pronto Luis, rompiendo por completo nuestro silencio.

Lo único que pude hacer para responderle fue emitir un pequeño sonido con los labios, presa del más exquisito placer. No quería que se detuviera, no quería que aquel momento acabase, quería quedarme así para siempre y olvidarme de todo lo demás.

—Me tomaré eso como un sí —respondió y, aunque yo mantenía los ojos

cerrados, era consciente de que sonreía.

Un pensamiento fugaz vino hasta mi mente, recordándome que, en tan solo unos pocos días, Luis tendría que volver a Gran Canaria y dejarme de nuevo sola en Madrid, una ciudad en donde a nadie le importaba lo que le pasaba a los demás. Aparté aquel pensamiento de mi mente, pues no quería enturbiar el momento tan maravilloso que estábamos viviendo.

Me limitaría a vivir el día a día con Luis, a aprovechar los instantes que nos quedaban juntos, a fundirme con él tanto que fuera imposible separarnos. Hasta que nuestro olor se quedara impregnado en la piel del otro para así no echarnos de menos.

Luis se levantó de su asiento y poco a poco se fue despojando de cada una de sus prendas. Cuando estuvo totalmente desnudo, se abrió hueco detrás de mi espalda para meterse en la bañera conmigo. Noté que sus piernas me envolvían y sus brazos me abrazaban por detrás.

Luis hundió el rostro en mi cuello, aspirando el olor de las sales mezcladas con el champú que caía lentamente por mi cuerpo. Me besó lentamente en la curvatura de la nuca, haciendo que mis vellos se erizaran aún por debajo del agua. Allí donde sus labios descansaban era como tener una corriente eléctrica que me mantenía con vida.

Su mano se deslizó lentamente por mi muslo, deteniéndose en la cara interna de este. Inconscientemente me abrí para él, ofreciéndole de buena gana aquello que sabía que quería tocar y que tan deseosa estaba yo de que lo hiciera.

Cumpliendo con mis deseos más involuntarios, Luis llevó la mano hasta mi sexo, hundiendo tímidamente uno de sus dedos en mi cavidad. Su intrusión en mi cuerpo fue recibida con agrado y parte del agua caliente lo acompañó, envolviéndome en un placer exquisito que me abrumaba por completo y haciendo que se me escapara un gemido desde lo más hondo de mi ser.

Me mordisqueó la oreja, produciéndome un leve cosquilleo al mismo tiempo que me tocaba y llevaba su mano libre hasta mi vientre, apretándolo ligeramente.

—Me encanta tu cuerpo... —me susurró contra el oído.

Me recosté sobre él, dejando que me mimara con sus atenciones y que hiciera conmigo lo que le placiera. Lo único que quería era sentir sus manos sobre mi cuerpo y su aliento en mi cuello.

Cuando me dejé vencer y Luis llevó la mano, la que tenía en mi estómago,

hacia mi pecho y lo acarició, pellizcando suavemente uno de mis pezones hasta que quedó totalmente duro, mi mente, queriendo jugarme una mala pasada, se imaginó que aquella mano no era la de su legítimo dueño.

La imagen de Kevin acudió a mí como el agua de un río desemboca en el mar.

Mi cuerpo dio un brinco al imaginarme que esas eran las manos que estaban puestas sobre él. Cuando se introdujo un segundo dedo en mi interior, me recorrió una oleada de placer y, aunque sabía que era Luis quien me estaba tocando, era Kevin el que me proporcionaba tal placer que a punto estuve de correrme.

Noté que mis mejillas se tornaban rosadas, o tal vez, ya lo estaban por el calor que desprendía el agua, no lo sabía con exactitud. Lo único que sabía a ciencia cierta era que mi mente había vuelto con Kevin porque era el hombre que me había hecho retorcerme de placer entre sus sabanas.

Me sentía culpable por mis pensamientos, pero no podía hacer nada por evitarlos. Mi cuerpo se retorció ante el contacto de las manos de Luis, que se movían con maestría en mi interior. Sentía que estaba a punto de explotar cuando, por pura casualidad, recordé las ordenes de Kevin la pasada noche, cuando, con voz firme, me exigió que le pidiera que me follase.

Entonces tuve el tan ansiado orgasmo que estaba esperándome.

Luis me besó una y otra vez, dejando que mi cuerpo terminara de tener las convulsiones que estaba experimentando debido al clímax y, cuando finalmente se relajó y se dejó caer sobre su torso, me abrazó con fuerza. Hundí el rostro en el hueco de su musculoso brazo, más que por la mera cercanía de tenerlo, por la vergüenza que sentía por haber llegado al orgasmo pensando en otro.

A pesar de estar cubierta de agua, llena de sales aromáticas y enjabonada por completo, me sentía sucia. Sentía que era una mentirosa que estaba jugando a un juego muy peligroso en el que alguien, ya fuera Luis o yo misma, iba a terminar herido.

—Deberíamos salir del agua —me dijo, atrayéndome de nuevo a la realidad, una realidad de la que quería escapar en ese momento—. Está empezando a quedarse fría.

—Sí, tienes razón. —Estuve de acuerdo con él.

Fui la primera en levantarme y me envolví con la toalla que había dispuesto junto al lavamanos. Una vez estuve cubierta por completo, busqué en la

estantería de la izquierda una toalla que ofrecerle a Luis, que se había puesto en pie justo después de que yo hubiese salido de la bañera.

Salí del cuarto de baño tan pronto como le di la toalla a Luis, deseando estar a solas, aunque fuera tan solo por unos pocos segundos. No podía verle, pero estaba segura de que Luis me miraba cuando me marchaba, podía sentir su mirada clavada en la nuca.

Llegué hasta la habitación y me dejé caer sobre el colchón, haciendo que la toalla se cayera y dejara al descubierto mi desnudez. Una lágrima, caprichosa y ajena a mis deseos, se me escapó de los ojos, cayéndome rápidamente sobre el muslo.

¿Por qué diablos pensaba en él en un momento tan íntimo con Luis?

¿Por qué no lograba quitármelo de la cabeza? ¿Y cómo se había abierto hueco tan fácilmente en mi memoria?

Quería que desapareciera, su imagen y el mismísimo Kevin. Quería que volviera a esconderse en el agujero del que había salido y me dejara en paz, y que así no pudiera perturbar mis pensamientos ni mi vida.

Todo iba bien hasta que apareció por aquella puerta, con aquellos aires de grandeza como si el mundo debiera postrarse a sus pies. Como si el mundo no estuviera lleno de abogados y el destino, malévolos y caprichosos, me lo había enviado para torturarme, para burlarse de mí y de mis principios, haciendo que me cuestionara todo lo que sucedía a mi alrededor.

—¿Estás bien? —me preguntó Luis cuando llegó al marco de la puerta y me vio, aun sentada sobre la toalla en el colchón con la mirada perdida.

—Sí, solo estoy cansada —mentí una vez más. Una habilidad que estaba mejorando conforme pasaba el tiempo.

—¿Seguro que es solo eso? —ahondó, como si fuera plenamente consciente de que estaba mintiéndole—. Sabes que puedes contarme lo que quieras.

—Sí, es solo eso —respondí, abriendo la puerta del armario para coger ropa limpia y enjugándome las lágrimas bajo la protección que me brindaban sus puertas—. ¿Puedes traerme mi teléfono, por favor? —le pedí con la esperanza de que se alejara de la habitación y así poder recomponerme por completo, antes de que pudiera darse cuenta de que estaba llorando.

Luis accedió y salió de la habitación, dejándome por fin sola. Así pude soltar el aire que estaba reteniendo en los pulmones.

¿Por qué diablos me sentía así?

«Maldito Kevin».



Capítulo 14

—Maldita sea Carl, ¿en qué demonios estabas pensando? —le dije en el calabozo, viendo desde fuera cómo estaba encerrado entre los barrotes con unos pocos delincuentes más, alguno de ellos pendiente de la conversación que estábamos teniendo—. ¿De quién fue la idea de robar la moto?

—¡Yo no sabía que era robada! —gritó dese el otro lado de la celda—. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo?

El sobrino de Spinster me lo estaba poniendo realmente difícil. Cada vez me parecía más odioso y me costaba mucho más representarlo, pero no dejaba de ser el sobrino de mi socio y no me quedaba otro remedio que soportarlo, así fuera un maldito niñato, malcriado y desobediente.

—¿Quieres pasar la noche aquí? —le dije con rabia, sin poder evitarlo.

—¿Qué? —preguntó confundido.

—Que, o empiezas a hacerme caso, o terminarás encerrado en el calabozo algo más de dos días —informé.

Su semblante cambió, irguió la espalda y dio un paso hacia atrás, mirándome fijamente. Era como si lo que le hubiese dicho lo hubiese decepcionado, aunque esa expresión se disipó con rapidez para ser sustituida por una posición desafiante.

—¿Te has olvidado de quién soy? —amenazó—. Eres mi abogado y trabajas para mi tío. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Si no me sacas de aquí, no volverás a trabajar jamás, me encargaré de que mi tío te hunda —dijo con el rostro pegado a los barrotes, queriendo estar lo más cerca posible de

mí.

Imité sus movimientos y me acerqué despacio hasta los barrotes, hasta que nuestros rostros quedaron a un par de centímetros el uno del otro, mirándonos desafiantes, dejando claro con la mirada que era una cuestión de poder.

—Bueno..., pero tendrás que contárselo mañana —le dije. Vi cómo parpadeaba con confusión—. Has gastado tu llamada para llamar a tu abogado. Me voy a casa.

—¿Qué cojones te crees que haces?! —gritó mientras me alejaba—. ¡Vuelve y sácame de aquí, imbécil!

Ignoré por completo los gritos que Carl estaba dando y seguí caminando. Cuando comencé a escuchar el retumbar de los barrotes, como si hubiesen sido golpeados, fue cuando los policías hicieron acto de presencia. Corrieron hacia la zona para calmar los ánimos de los retenidos, el retenido en este caso.

Salí de la comisaría con una sonrisa en los labios. Me sentía bien por haber dejado allí a Carl, por no haberme molestado ni en preguntar de cuánto sería su fianza. Le venía bien quedarse allí para reflexionar sobre sus palabras. Ningún niño me había hablado así jamás y no iba a permitir que fuera el primero en hacerlo.

«No muerdas la mano que te da de comer», me dije a mí mismo.

Quería que supiera que era él quien dependía de mí y no al revés. Me gustaría ver cómo se las arreglaría con un abogado de oficio, al que no le importaba una mierda si iba a la cárcel o no.

Iría al hotel y dormiría todo lo que pudiera, desde que había llegado a España apenas había dormido una noche completa, sin distracciones ni trasnoches. Necesitaba descansar para que mi cerebro volviera a funcionar con normalidad. Paré un taxi y fui hasta el Wellington. Eran las dos de la madrugada, ya iba siendo hora de que me acostara.

Llegué a mi habitación y me deshice la corbata, era una prenda que consideraba repulsiva y que me hacía sentir como un perro con correa. La odiaba y odiaba que fuera algo obligatorio en el aspecto formal. Tras liberar por fin mi cuello, me dispuse a hacer lo mismo con los zapatos y los pantalones.

Me dejé caer sobre el colchón bastante cansado. No es que hubiesen sido días especialmente duros, pero el viaje y el insufrible niño de Carl, sumado a lo que había pasado con Mía, me tenían realmente agotado.

Cuando miré a la derecha me di cuenta de que se me había caído el teléfono

del bolsillo de la chaqueta, la cual había dejado tirada sobre el colchón. Fui a cogerlo y vi que la lucecita que indicaba que tenía notificaciones estaba parpadeando. Abrí la aplicación de WhatsApp y comprobé que tenía uno de un número que no tenía registrado.



NÚMERO DESCONOCIDO

«No vuelvas a llamarme, nos veremos únicamente en el juicio».

Miré la foto que tenía de perfil aquel número pues, aunque suponía de quién se trataba, quería estar cien por cien seguro de que era ella.

Efectivamente, se trataba de Mía.

Me sorprendía no solo que estuviera despierta siendo la hora que era, sino que además no entendía porque me pedía que no volviera a llamarla. Solamente lo había hecho una vez y ella parecía estar de acuerdo en ello, por no decir que ni siquiera había guardado su número en el listín telefónico.

Sonriendo por el hecho de que se acordara de mí a semejantes horas, guardé su número y me paré un segundo para pensar qué le iba a responder. Seguía en línea, por lo que se veía en la parte superior del WhatsApp.

¿Qué estaría pensando? Bueno, en realidad lo sabía. A esa hora solo podía estar pensando en una cosa y era que, aunque se negara a reconocerlo, acostarse conmigo le había gustado y seguramente sentiría vergüenza por querer repetir.



YO

«Perdona, ¿quién eres?».

Opté por hacerme el tonto, sería divertido ver hasta dónde me llevaría aquello. Me acomodé en el colchón, dejando la espalda apoyada sobre el cabecero de la cama y estirando los pies en su totalidad, cruzándolos por los tobillos. No tardé ni medio minuto en obtener una respuesta.



MÍA

«¿A cuántas has llamado últimamente que no sabes con cuál tienes que ir a juicios?»



YO

«Mía, ¿por qué no quieres que te llame?»

Pregunté, sabiendo que no iba a ser sincera conmigo y queriendo ponerla en

un ligero compromiso.

El siguiente minuto lo pase viendo como la cabecera de la App pasaba de en línea a escribiendo como unas diez veces seguidas, debía de estar pensando mucho qué era lo que me quería responder o, tal vez, no tenía realmente claro lo que quería de mí.

¿Verme o no verme? Era una dulce tentación.

Sabía que la ponía nerviosa desde la universidad y eso me gustaba. Me encantaba ver cómo se frotaba las manos, nerviosa, o cómo desviaba la mirada a otra parte cuando sabía perfectamente que estaba mirándola al escote.

Lo único que lamentaba de mi época universitaria había sido no tener el valor suficiente como para lanzarme. Cuando, finalmente, lo obtuve había sido demasiado tarde, pues estábamos en los exámenes finales y a la semana de aquello no volví a verla más.

Hasta ahora.



MÍA

«Simplemente no lo hagas».

Fue lo último que me escribió antes de desconectarse.

¿De qué tenía miedo? ¿De mí o de ella misma?



Capítulo 15

Luis se había marchado temprano por la mañana y yo había llamado a Ricardo para tomarme el día libre. Necesitaba quedarme en casa en pijama con pantuflas y con una buena taza de chocolate caliente entre las manos.

Me sentía tan tremendamente confusa..., no sabía qué me había llevado a enviarle un mensaje a Kevin por la noche, pidiéndole que no volviera a llamarme. Habría sido mucho más fácil y menos llamativo no haberle dicho nada y dejar que el tiempo hiciera su trabajo, pero una parte de mí, que estaba bien enterrada en el subconsciente, había enviado ese mensaje a sabiendas de que haría exactamente lo contrario.

No sabía a qué estaba jugando, pero lo que sí que tenía claro era que estaba entrando en un terreno sumamente pantanoso, y que era muy probable que terminara hundida en sus arenas movedizas.

Miraba a través de la ventana el movimiento de las personas al pasar por la calle. Era una mañana cualquiera de un día cualquiera, pero yo me sentía diferente. La noche anterior tuve pensamientos que había creído olvidados. Sabía que mi trabajo no era exactamente para tirar cohetes, pero hacía mucho tiempo que había dejado de ser inconformista.

Sentía que aquel no era mi sitio, que no estaba dónde debía estar y que estaba haciendo lo que no debía hacer. Algo me faltaba y no lograba descifrar

qué era, si se trataba del trabajo, la carencia de una pareja estable, cosa que dudaba o, sin embargo, necesitaba mudarme a otra parte. Pero ¿cómo hacerlo?

La sola idea de abandonar todo y marcharme sin mirar atrás me aterraba, me producía un nerviosismo ensordecedor. Era como el inicio de un ataque de pánico que te amenazaba con hacer presencia si no cambiabas de parecer. Cogí el teléfono y marqué el número de Tali. Ella había sufrido un cambio en su vida y, tal vez, sabría aconsejarme.

—... —me saludó por el otro lado de la línea.

—Hola, amiga —saludé.

—...

—Días difíciles, mucha presión en el trabajo.

—... —Se había dado cuenta de mi tono de voz y estaba preocupada o, al menos, así sonaba.

—No sé realmente lo que me pasa, Tali —le dije soltando un largo y sonoro suspiro—. Siento que estoy atravesando una crisis existencial y no me gusta ni un pelo. Es una mierda.

—... —Se rio—....

—¿Si te cuento algo prometes no enfadarte? —le pregunté.

Estaba dispuesta a sincerarme con ella, quería contarle lo que me había sucedido con Kevin y lo confusa que estaba porque me hubiese alterado de la forma en la que lo había hecho. Sabía que Luis se había convertido en un buen amigo para ella, y si le contaba lo que había hecho y cómo lo había traicionado no le iba a gustar ni un pelo.

Comenzaba a dudar lo que iba a decirle, pues no quería que nadie me juzgara, y mucho menos ella. Tal vez no fuese una buena idea liberar mis temores con Tali, quizá debía callarme y dejar que se quedaran dónde estaban.

—¿Qué tal con Óscar? —dije, tratando de hacerla olvidar lo que acababa de decirle.

—...

—No da igual, era una tontería.

—...

—Está bien —me rendí al ver que insistía.

Le conté con exactitud todo lo que había pasado tanto entre Kevin y yo, como lo que había acontecido después con Luis. Traté de no dejarme ningún detalle por contar, por muy morboso que me pareciera o por mucha vergüenza que me diera admitir lo que había disfrutado.

Recordé aquella noche con total claridad al contarla. Me resultó curioso pues, aunque estaba borracha como una cuba, aquel encuentro con Kevin lo recordaba con una nitidez estricta. Cuando había acabado de relatarle mi noche de pasión desenfrenada, se hizo un silencio al otro lado del auricular que hizo que me preocupase.

—Dime algo, Tali. Odio cuando te quedas tan callada.

—...

—¿No... No te enfadas conmigo? —quise saber, extrañada al ver que su reacción había sido muy distinta a la que me esperaba.

—...

—No es lo mismo —la corregí—. Óscar y tú teníais una historia.

—...

—Ya..., pero jamás tuvimos una relación como la que tú tuviste. Kevin y yo no éramos sino compañeros de universidad. Nos llevábamos bien y salíamos de vez en cuando, pero no llegamos a tener ese grado de intimidad como tú y Óscar, por mucho que me joda reconocerlo. —Mi amiga se rio, pues, a pesar de que Óscar había demostrado ser un tío decente y que estaba loco por ella, yo no me llevaba especialmente bien con él.

—...

—No lo sé, Tali —dudé—. Me da miedo probar y que después sufra.

—...

—Qué te gusta ese dicho. No me gusta el agua, no sé si quiero lanzarme a la piscina —me burlé.

—...

—Está bien. Te quiero. Un beso —me despedí.

Estaba concentrada. Tenía la mirada fija y trataba de controlar el pulso y la respiración para no desviarme. El objetivo era claro y parecía bastante fácil de cumplir. Di dos zancadas y lancé la bola en la pista mientras observaba su indiscutible trayectoria.

El impacto contra los bolos generó un estruendo que llegó hasta mis oídos como si se tratase de música. Era como un chute de endorfinas que me subía el ánimo hasta lo más alto. Siempre que quería dejar la mente en blanco o simplemente quería evadirme, acudía a la bolera.

—¡Toma esa! —le dije a Lissandra—. Trata de superarme si puedes. —

Caminé hasta la mesa donde estaban nuestras bebidas y me senté llena de satisfacción.

—No tiene ningún mérito ganarme a los bolos y lo sabes —respondió poniéndose en pie—. Sabes que esto para mí es como si tuviera dos pies izquierdos e intentase bailar.

Aunque Lissandra tenía razón y era una pésima jugadora de bolos, me gustaba ir con ella. Tenía la habilidad innata de hacerme olvidar las cosas que no quería recordar con su sola presencia y necesitaba salir de mi apartamento, que, de pronto, me olía por entero a Luis.

Cuando Lissandra lanzó la bola, esta se desplazó hacia la derecha, cayendo en el canal y rodando sin remedio hasta el foso de recepción. Se dio la vuelta y sonrió como una niña pequeña, encogiéndose de hombros y volviendo hacia donde me encontraba.

—Puede que algún día acierte —comentó.

—Mira, ven —le dije—, no es tan difícil.

Traté de explicarle qué posición era mejor adoptar a la hora de lanzar y cómo debía escoger la bola que mejor se ajustara a su fuerza y mano, pero por mucho que le explicara, era como hablarle a una pared. Llegado el momento de lanzar, volvía a hacerlo como si estuviera lanzándole una salchicha a un perro.

Terminamos la partida con una diferencia de puntos considerable, pero riéndonos a carcajadas, cosa que, sin duda, era la mejor terapia del mundo. Lissy fue a por unos refrescos y nos sentamos en una de las mesas que no estaban destinadas para jugar, ya que íbamos a dejar de hacerlo. Una partida estaba bien, dos eran puro vicio.

—¿Me vas a contar qué te pasa? —me preguntó cuando llegó con los refrigerios—. ¿O hacemos como que no pasa nada durante el resto de la tarde?

—¿Tanto se me nota? —dije, sorbiendo por la pajita de mi refresco de naranja.

—En realidad no, pero te conozco, Mía.

—Estoy confundida, Lissy —admití.

—¿Con qué exactamente?

Desvié la mirada, queriendo evitar responderle. Sabía que Lissandra era bastante estricta en cuanto sus opiniones y no me apetecía que me dieran un sermón sobre lo que, sin lugar a duda, ya sabía: Kevin era una mala idea y Luis lo mejor que me había ocurrido en la vida.

Suspiré al darme cuenta de que, aunque quisiera evitar el tema, no iba a poder hacerlo con ella. No iba a parar de preguntarme o de buscar señales en mi rostro en busca de una respuesta que la convenciera. Lissandra, cuando quería, podía ser como un perro con un hueso que no iba a soltar por nada del mundo.

—No dejo de pensar en lo que pasó con Kevin —solté sin más—. Por mucho que me esfuerce, su recuerdo..., el recuerdo de aquella noche viene a mi mente una y otra vez para mortificarme.

—Kevin es un gilipollas, Mía —respondió, sorprendiéndome por completo—. No deberías volver a verlo. Sé que no podrás evitarlo en el juzgado, pero, si pudieras, hazlo.

—No lo entiendes, Lissy —le dije frustrada—. He pensado en... eso... estando con Luis.

Se instaló un silencio sepulcral entre nosotras, asimilando ambas aquellas palabras. Ella por ser la primera vez que las escuchaba y yo por ser la primera vez que las admitía en voz alta.

—Pero... ¿y Luis? —preguntó con un hilo de tristeza—. Es buen chico, al menos a mí me lo parece.

—Es un buen chico —me apresuré a decir—, pero no sé por qué no dejo de pensar en Kevin. —Me llevé la mano a la frente, agotada por todo aquel remolino de pensamientos—. Debo de estar mal de la cabeza —sentenció.

—No estás mal de la cabeza, Mía —me consoló—. Solo estás desentrenada, supongo.

—Le dijo la sartén al cazo —respondí con ironía—. ¿Cuánto hace que no sales con nadie?

—¡Buf! —resopló—. Ni me acuerdo ya. Tengo que tener eso de ahí debajo... —Se señaló a sus partes— Lleno de telarañas por la cantidad de tiempo que hace que no le da la luz del día. —Me reí.

Antes de que me hubiese liado con Luis, hacía demasiado tiempo que Lissandra y yo no compartíamos cama con ningún hombre. Hubo un momento de nuestras vidas en las que el trabajo, las responsabilidades y la falta de buenos hombres hicieron que sintiéramos que era mejor estar solas.

Y ahora casi creía que era la mejor opción.

—Deberías de decirle a Ricardo que te deje unos días de vacaciones —me atrajo de nuevo a la realidad—. Así podrías aclararte un poco. Luis se irá en... ¿Cuánto?, ¿dos días? No sé, tal vez te venga bien.

—Quizá sea buena idea.

Tras pasar la tarde con Lissy y sintiéndome mucho más aliviada por haber compartido mi carga con ella, me dispuse a marcharme a casa. Estaba cansada y lo único que me apetecía era tirarme en el sofá a ver la tele, comiéndome un helado de chocolate recubierto de sirope, de esos que van directos a las cartucheras.

No estábamos demasiado lejos de mi casa así que decidí ir andando. Me gustaba ir por las calles y descubrir las copas de los árboles cada vez más marrones, cayéndose las hojas y siendo arrastradas por el viento. El aire fresco del otoño me suavizaba las mejillas y traía consigo olores muy característicos que me hacían entrar en un estado de ensoñación muy agradable.

Me paré a pensar que, tal vez, el otoño era mi estación favorita. El olor a castañas, boniatos y mazorcas de maíz asadas se me antojaba como la mejor cosa del mundo. Era el olor del hogar y la tranquilidad.

Metí las manos en los bolsillos del abrigo y me eché a caminar por las calles de Madrid, contemplando a mi paso a centenares de personas que seguían con sus vidas sin darse cuenta de que los estaba observando. Aceleré ligeramente el paso al mirar al cielo y darme cuenta de que era muy probable que en poco tiempo comenzara a llover. El cielo estaba totalmente encapotado y podía sentir en mis huesos la condensación de agua.

Cuando doblé la esquina que daba a mi portal me tropecé y choqué con algo o alguien. Al alzar la mirada para ver quién era la persona a la que había estado a punto de arroyar, me quedé sin palabras.

Kevin...

Me quedé mirándolo tontamente, con las manos apoyadas sobre sus duros pectorales y con la boca abierta, incluso preguntándome si era una maldita casualidad del destino que estuviera parado justo delante de la puerta de mi casa, o una broma macabra de mi subconsciente, que quería que me volviera loca. Él me sostenía con fuerza, de no haberlo hecho habría acabado de bruces contra el suelo. Cuando me di cuenta de que aquella imagen no era un producto de mi imaginación, me aparté bruscamente.

—¿Qué demonios haces aquí? —pregunté con más rabia de la que me habría gustado aparentar—. Creí haber sido muy explícita en mi último mensaje.

—Lo fuiste —respondió.

—¿Entonces?

—Me pediste que no te llamara y no lo he hecho. —Fruncí el ceño con extrañeza—. Aparecer aquí no es llamarte.

—Pero... ¿qué coño? —Sabía que no era la expresión más acertada y que mi lenguaje dejaba mucho que desear, pero era lo único que pude decir en ese momento.

Kevin parecía disfrutar sobremanera de mi confusión, que más que confusión era una mezcla entre desconcierto y rabia. ¿Cómo podía ser tan descarado?

—¿Cómo sabes mi dirección? —le dije al darme cuenta de que era un dato que no recordaba haberle facilitado.

—Vaya —dijo, llevándose la mano hacia la barbilla y frotándosela con los dedos, como queriendo darle dramatismo a lo que iba a decir—, sí que debías de estar borracha la otra noche.

—Yo no te dije dónde vivía —negué—. No te atrevas a mentirme.

—Deberías de tener más cuidado si no sabes beber, Mía.

Mi rabia llegó hasta un nivel que creí que sería peligroso, pues lo único que me apetecía en aquel momento era darle una patada en los huevos y hacerlo desaparecer a golpes. Sin embargo, respiré hondo y traté de serenarme. No iba darle el placer de verme furiosa por sus palabras, aquello era un juego de niños del que no pensaba ser partícipe.

Ignorándole por completo, comencé a andar hacia el portal, pero rápidamente el cuerpo de Kevin me impidió el paso, haciendo que el acceso hasta mi casa se viera por completo imposibilitado.

—¿Qué haces?! —le grité—. Quítate de en medio.

—No —respondió sin más, cruzándose de brazos.

—He dicho que te apartes. —Las palabras vibraron por mi garganta al salir, pues estaba conteniendo la rabia que se me acumulaba en el estómago—. Si no te apartas, te obligaré yo misma a hacerlo.

Kevin comenzó a reírse a carcajada limpia, como si lo que le hubiese dicho fuese un mero chiste y no una amenaza. Llena de frustración, traté de empujarlo, pero no conseguí moverlo ni siquiera un mísero centímetro. Sin embargo, había logrado hacerme daño en las muñecas al intentarlo.

Cabreada, más conmigo misma que con él, me di la vuelta y comencé a andar en dirección contraria y, como queriendo burlarse de mí el destino, comenzó a llover. No tenía ni idea de a dónde iba a ir ni de qué iba a hacer

para poder volver a mi casa, pero no estaba dispuesta a dejar que ese maldito hombre me viera comportarme como una niña pequeña con un berrinche.

La lluvia se hizo bastante fuerte y en cuestión de pocos segundos estaba completamente mojada, hasta el punto de que mi ropa comenzaba a pesarme de lo húmeda que estaba.

—¿A dónde vas? —me dijo Kevin, que me había alcanzado en tan solo dos zancadas—. Tu casa es en la otra dirección.

—He decidido que no quiero ir ahora.

—¿Y a dónde quieres ir? —me preguntó divertido.

—A cualquier sitio donde pueda perderte de vista.

Seguí caminando, cada vez más deprisa, tratando de darle esquinazo cuando, de repente, un maldito coche pasó por mi lado, creando una ola al pasar con las ruedas que me cubrió de agua y porquería por completo.

—¡Joder! —grité—. ¡Me cago en la puta!

Todo estaba saliendo de pena y lo único que quería era que aquel día de mierda terminase cuanto antes. Y, por supuesto, que acabara con Kevin acosándome y conmigo empapada y llena de porquería no entraba precisamente en mis planes, aquellos en los que solo quería comer chocolate y ver la tele.

—Vaya lenguaje —escuché decir a Kevin por detrás de mí. Aquello no hizo sino ponerme más furiosa de lo que ya estaba.

Me giré y lo fulminé con la mirada. Todo era por su maldita culpa, si se hubiese quedado en el agujero del que había salido nada de aquello habría pasado. Llena de rabia, tensando la mandíbula, chirriando los dientes y con los puños apretados corrí hacia él para embestirlo. No sabía qué me había impulsado hacerlo, pero una fuerza mayor a mi voluntad me obligaba a ello.

El impacto contra su cuerpo nos hizo caer a ambos al suelo. Pude escuchar el sonido de su espalda chocando con el pavimento. Al no haber controlado en absoluto la manera en la que me impulsé, terminé encima de su cuerpo mientras él me sostenía.

Nuestras narices casi se rozaban y el pulso se me había acelerado no solo por la rabieta, sino por la cercanía del cuerpo de Kevin. De sus manos, ahora puestas sobre mi cintura, emanaba un calor sobrecogedor que me envolvía hacia él. Era como un imán que me atraía sin control.

—Aunque me gusta mucho esta postura, deberíamos levantarnos. La gente nos mira —me dijo, rompiendo por completo el magnetismo que me retenía.

Traté de incorporarme con torpeza, sacudiendo de mi blusa las hojas que se habían quedado pegadas por la humedad. Una brisa helada me caló hasta los huesos, haciendo que me castañearan los dientes casi de inmediato. Kevin se apresuró a quitarse el fino abrigo para ponérmelo por encima de los hombros, pero yo se lo impedí.

Lo último que quería era que mi cuerpo se quedara oliendo a él.

—No seas cabezona, Mía —me regañó—. Estás tiritando.

—No tendría por qué estarlo si me dejaras llegar hasta mi casa —espeté.

—Vale, si es lo que quieres, te dejaré en paz —dijo—. Pero deja que te ponga el abrigo antes de que enfermes por una pulmonía.

—Está bien —accedí con los brazos rodeándome, tratando de brindarme algo de calor, pero siendo inútil el intento.

Kevin se posicionó justo detrás de mí y con sumo cuidado me colocó su abrigo sobre los hombros. El calor que me proporcionó la prenda llegó a mí de inmediato, logrando que mis músculos se relajaran y pudieran volver a su posición normal. Sentía como las gotas de lluvia que me mojaban el pelo caían por mi cara, rodando rápidamente hasta el suelo.

Me di cuenta en aquel momento, en el que estaba junto a mí, de que era un hombre alto. Mi cabeza prácticamente le llegaba al pecho y no lo había notado hasta ese preciso instante. Comencé a andar hacia el portal, agarrándome con fuerza a las solapas del abrigo para evitar que entrase el aire helado a través de él, y Kevin me acompañó en silencio. Una vez abrí la puerta y me encontré en la protección del interior del edificio y en su calidez, me despojé del abrigo para poder devolvérselo a su dueño.

—¿Por qué no quieres verme, Mía? —me preguntó sin más, apoyado sobre el marco de la puerta.

—Porque no es profesional —respondí apresuradamente.

—No sería profesional si compartiéramos información sobre el caso —respondió acercándose hacia mí, entrando poco a poco en el portal—. Pero eso no lo hemos hecho, que yo sepa.

Estaba muy cerca, demasiado cerca y prácticamente se había metido dentro del todo. Miré hacia atrás, en la dirección al hueco del ascensor, como si mi subconsciente estuviera buscando una vía de escape, pero mis piernas se resistían a moverse.

Con sumo cuidado, Kevin me apartó un mechón de pelo que me caía en la mejilla y me lo colocó detrás de la oreja. Aquel simple contacto hacía que me

ardieran las mejillas.

Sin darme cuenta, inspiré el aire que lo envolvía cuando su mano se alejó de mi rostro, dejando tras de sí una sensación de vacío que me apenó sin saber por qué.

—¿Entonces? —preguntó.

—¿Qué? —respondí sin saber a qué se refería, pues mi mente se había quedado embobada, reteniendo la sensación de aquella caricia por más tiempo en ella.

—¿Por qué no quieres que me acerque a ti?

Dio un paso hacia adelante, acortando la distancia que nos separaba y, como si estuviera ante el mayor de los peligros, el corazón comenzó a bombearme con violencia, la respiración se me hizo cada vez más difícil y noté cómo una creciente tensión apremiaba mi espalda. Llevó los nudillos hacia mi mentón y lo alzó para obligarme a mirarlo.

—¿Acaso me tienes miedo? —Su voz sonaba tan increíblemente seductora, tan hipnótica que no podía sino contemplarlo como una serpiente ante el flautista—. ¿No quieres que te bese?

Mi mente me decía que debía decir algo, más concretamente que debía de negarme, pero mi cabeza y mis labios habían decidido otra cosa, pues ninguno de los dos hizo ademán de obedecer a la razón. Sin embargo, mi ritmo cardíaco había decidido acelerarse como cuando has corrido una maratón y casi no puedes respirar.

No podía respirar.

—Yo creo que sí quieres... —me susurró frente a los labios.

Casi podía rozar los suyos y, de hecho, así lo hizo, pero sin llegar a sellarlos con un beso. La suave piel me acariciaba, produciéndome un cosquilleo en la base de la nuca. Alcé el rostro y abrí ligeramente la boca en una invitación involuntaria para sus labios. Sin embargo, Kevin llevó la mano hasta mi cintura y me atrajo hacia él, sin llegar a besarme como realmente quería que lo hiciera.

Mi pecho impactó contra el suyo, notándolo duro y firme bajo mi piel. Notaba su erección, no había duda sobre ella. Sabía que me deseaba tanto como lo hacía yo, pero no estaba dispuesto a darme lo que quería.

—Pídeme que lo haga —me dijo con voz ronca junto al oído, rozándome con los labios el lóbulo y haciendo que su aliento cálido me cortara la respiración por completo—. Pídeme que te bese.

Sabía que estaba jugando conmigo y que debía poner fin a todo aquello, pero nada más escuchar aquellas palabras noté como me humedecía por completo. Lentamente su mano, por dentro de mi blusa, fue ascendiendo por mi espalda. Rozándome con la yema de los dedos, casi de manera efímera, la piel.

—Solo tienes que pedírmelo —me dijo tras darse cuenta de que seguía sin decir nada—. Si no... me iré por donde mismo he venido. —Poco a poco se fue alejando, dejando una sensación de urgencia en mi cuerpo al quedarse sin sus caricias.

—Bésame —pedí de forma involuntaria, pues mis labios se movieron sin yo saber qué lo hacían.

Los labios de Kevin se posaron en los míos, sellándolos con un beso apasionado. Su lengua, ágil y vigorosa se movía por el interior de mi boca con un frenesí devastador. Tiró de mi cuerpo hacía sí y me presionó las nalgas con las manos, mientras me devoraba ardientemente. Su muslo se rozaba contra mi entrepierna, excitándola y frotándose contra ella.

Estaba tan mojada y tan caliente que, con tan solo un poco más alcanzaría el éxtasis. Traté de aferrarme a él, pero entonces sus labios se separaron de los míos, dejándome ligeramente aturdida y confusa, como cuando estás saliendo de una anestesia y no sabes dónde estás.

—Hasta mañana, Mía —me dijo, dándose la vuelta y desapareciendo tras la intensa lluvia.

Miré cómo se alejaba con la boca abierta y las piernas temblorosas.

«Maldito cabrón».



Capítulo 16

Daba gracias a Dios porque Luis hubiese decidido quedarse esa noche en casa de su amigo. Después de lo que habíamos pasado, pensó que sería mejor dejarme un poco de espacio, y me alegraba que así fuera, pues cuando llegué a mi apartamento, lo había hecho furiosa, excitada y desconcertada a la vez.

Siempre había presumido de tener una fuerza de voluntad de hierro, pero Kevin me había demostrado que la suya era mucho más fuerte que la mía. Jamás me imaginé que alguien pudiera ser capaz de alejarse de una persona después de un beso como el que habíamos experimentado hacia tan solo unos minutos.

¡Maldito Kevin!

Apreté los puños llena de rabia y me dirigí hacia la cocina a por una tarrina de helado, al menos eso disiparía mi enfado. O eso esperaba, ya que la ducha de agua caliente no había tenido el efecto que ansiaba. Saqué el de chocolate, era el único que me quedaba, pero, cuando fui a abrirlo me di cuenta de que tan solo quedaba el fondo.

«Fantástico, encima no podré saciarme con esto».

Miré en la despensa en busca de cualquier cosa que tuviera chocolate, mi cuerpo necesitaba azúcar para poder calmarse, sino bien podría matar a alguien. Rebusqué por todos los estantes y no encontraba nada. Cuando ya

estaba a punto de darme por vencida, encontré una napolitana. No sabía cuánto tiempo llevaba allí y no iba a perder tiempo en averiguarlo.

Abrí el envoltorio y devoré su contenido como una auténtica depredadora, sin miramientos, tratando de calmar la ansiedad que sentía por culpa del desgraciado de Kevin. ¿Cómo podía haberse marchado sin más?

Tras comerme la napolitana no me sentí mejor. De hecho, sentía muchas más ganas de arrasar con todo lo que tuviera en la despensa, así que volví al lugar en el que había encontrado mi casi consuelo y rebusqué con más ímpetu.

Pero nada.

Estaba furiosa, demasiado furiosa como para quedarme quieta. Daba vueltas una y otra vez por toda la casa. No podía estar parada en un mismo lugar más de medio minutos. ¿Qué podía hacer?

Cogí un paño húmedo y un poco de espray multiusos y empecé a limpiar las estanterías del salón. Si no podía estarme quieta, aprovecharía toda esa energía para poner un poco de orden en mi caótica casa.

Pensé en lo idiota que me sentía cuando estaba cerca de Kevin. Me quedaba paralizada ante cualquier cosa que dijera. Era un maldito seductor y yo me dejaba embelesar como una niña estúpida. ¿Qué superpoder tenía para idiotizarme? Me sentía como un ratoncillo indefenso que se queda paralizado al ver al gato que quiere comérselo.

Sí, esa era una buena comparación: Kevin era el gato hambriento y yo el ratón asustado.

Vaya mierda.

Tocaron al timbre y como un acto reflejo viré el rostro en dirección a la puerta, con los ojos completamente abiertos por la sorpresa y con una sensación alarmante en el cuerpo. ¿Sería Kevin que había vuelto? No, eso no podía ser posible, ¿o sí?

Solté la bayeta, el espray y me deshice del moño que me había hecho, solo por si acaso, antes de ir a abrir y comprobar quién era la persona que estaba tras la puerta. A cada paso que daba en su dirección, más nerviosa me sentía. Mi subconsciente me decía que no se trataba de Kevin, pero una pequeña parte de mí deseaba que sí fuera él quien me esperaba tras aquella puerta de madera.

Me paré frente al picaporte, indecisa sobre si debía abrir la puerta o no. Tal vez solo se tratara de un vendedor comercial. El timbre volvió a sonar, retumbando en mis oídos, y entonces giré el picaporte sin pensarlo demasiado.

—¿Es que estás sorda o qué te pasa? —me dijo Lissandra al otro lado.

—¿Qué haces aquí? —pregunté confundida. Lissandra, que ya había entrado en mi apartamento, se giró para mirarme igual de confusa que lo estaba yo—. Te dejaste el móvil en la bolera, ¿de verdad no lo habías echado de menos? —preguntó arqueando una ceja de manera inquisidora.

—No... No me había dado cuenta.

—Pues sí que estás mal, entonces —dijo encogiéndose de hombros—. Ese chisme es prácticamente una extensión de tu cuerpo.

Cogí el aparato y revisé mis mensajes y correos electrónicos. Ricardo, había accedido a dejarme un par de días de descanso para que cogiera las fuerzas suficientes para afrontar el juicio de Michelle. También tenía un par de mensaje de Luis, en los que me decía que iba a salir con unos amigos para celebrar que por fin habían acabado el aburrido curso de coctelería. Pero, sin duda, el mensaje que más me llamó la atención fue uno que me había escrito el hombre al que acababa de ver.



KEVIN

«Aún puedo saborearte».

Era un mensaje corto, sin ningún tipo de adorno, pero me puso los pelos de punta y, casi como una orden, mi entrepierna volvió a encontrarse humedecida al recordar lo que había pasado en mi portal.

—Mía, ¿estás bien? —me distrajo Lissy—. Parece que hubieses visto un fantasma.

—Ojalá —respondí de manera inconsciente.

Sin querer preguntar quién me había escrito —o al menos eso supuse—, Lissandra fue hasta la cocina, abrió los muebles y entonces se dio cuenta de que mi despensa estaba completamente vacía.

—Cenar eso no creo que sea lo más sano que puedas hacer —dijo mirando el envoltorio de la napolitana que estaba sobre la mesita de la cocina.

—No tenía mucho más —dije sin darle importancia.

—¿Qué te parece si vamos a cenar por ahí? Yo invito.

—Y ese despliegue de generosidad, ¿a qué es debido? —pregunté con ironía.

No es que Lissandra fuese una persona egoísta, pero era rara la vez que sugería ir a cenar fuera de casa. Era de esas personas que prefieren cocinar ella misma, o en su defecto, comer en casa lo que quiera que comprase

preparado. Fuese como fuese, en casa.

No la culpaba, su trabajo se realiza mayoritariamente frente a un ordenador y ella siempre se había encontrado mucho más cómoda trabajando en casa que en cualquier otra parte. Entonces, terminas por crearte ese tipo de hábitos.

—Estoy de buen humor —respondió sonriendo.

—¿Y eso? —curioseé.

—¿No puedo estar de buen humor sin más?

—Sí, supongo que sí —reconocí—. Solo me sorprende.

—Pues no entiendo por qué.

Lissandra terminó de entrar a mi casa y cerró la puerta tras hacerlo. Se dirigió hacia mi armario y rebuscó en su interior con efusividad. No entendía qué diablos estaba buscando en mi ropero.

—Toma, esto estará bien —dijo tirando un vestido azul marino sobre la cama—. Me gusta mucho como te queda ese color.

—Hace frío para ponerme ese vestido, Lissandra —me quejé.

—Pues ponte medias.

Salió de la habitación sin darme oportunidad a poder replicar, así que cogí el vestido de la cama y me encaminé al baño para arreglarme. Sabía que no disponía de mucho tiempo, pues Lissandra odiaba esperar y, si salíamos demasiado tarde, no nos daría tiempo de cenar nada decente.

Salimos por la puerta del apartamento exactamente a las diez y treinta y siete, Lissandra hacía media hora que estaba metiéndome prisa. Por más que tratara de darme brío en arreglarme, era algo que jamás lograría mejorar.

Estar perfecta requería tiempo. Y punto.

Fuimos a un restaurante italiano que habían abierto en Gran Vía y que varias personas nos lo habían recomendado. Bueno, en realidad, se lo habían recomendado a ella y si algo se le metía en la cabeza, era prácticamente imposible hacerla cambiar de parecer.

Le eché un vistazo a la carta del restaurante y me di cuenta de que no se trataba de uno que fuera especialmente barato, aunque al mirar para Lissandra, esta no parecía preocupada en absoluto con los precios.

Tras estudiarlo con detenimiento, me decanté por unos tortellini rellenos de queso con salsa de boletus y Lissandra quiso pedir una lasaña de verduras, algo sencillo para no arriesgarse a que no le gustase después.

—Bueno, ¿me vas a contar a qué se debe este derroche? —Lissandra dejó la carta encima de la mesa y colocó las manos sobre su regazo antes de

dignarse a mirarme.

—Me han hecho socia de la editorial.

—¿Qué dices?! —grité emocionada—. ¿Me lo estás diciendo en serio? — quise cerciorarme antes de levantarme de la mesa como un resorte. Lissandra asintió con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

—Reyes se ha dignado por fin a verme como su igual —me dijo mientras aún la abrazaba.

—Me alegro tanto por ti, Lissy. —La miré emocionada—. Ya era hora de que tu trabajo fuera reconocido. Llevas mereciéndolo años. —Llamé al camarero—. Por favor, pónganos una botella de vino blanco. Esto hay que celebrarlo.

Volvimos a quedarnos solas en la mesa. Nos habían sentado en una del fondo que daba a una pequeña ventana donde se podía ver la calle. En el centro de esta había una pequeña velita encendida que le daba un toque romántico al ambiente. La decoración del local era de estilo veneciano, suelos y sillas de diferentes tonos de madera, manteles rojos y espesas cortinas de terciopelo.

Del techo colgaba una bonita y brillante lámpara de araña que emitía ligeros destellos sobre el lugar, además de haber una pequeña cantidad de góndolas como adornos. En la barra descansaba el sombrero del típico gondolero.

Miré entretenida todo lo que había a mi alrededor. La noticia de Lissandra me había servido de distracción y me alegraba de que así fuera, pues no me sentía con fuerzas para enfrentarme a lo que sucedía en mi mente, y... mucho menos a lo que se estaba tejiendo en mi corazón.

Estaba confusa, tanto que no lograba entender cómo podía sentirme atraída por un hombre tan soberbio y descarado como Kevin, pero así era. Me gustase aquel hecho o no, me sentía atraída por él.

Nunca había sido una chica que se sintiera fascinada por los chicos malos y, tal vez, era por eso por lo que me sentía tan extraña con respecto al tema. Pensé que realmente no lo conocía, hacía muchos años desde la última vez que habíamos estado juntos, por lo que podría ser una persona completamente diferente.

El recuerdo que mantenía de él era totalmente distinto a lo que me había enfrentado estos últimos días. Era como si se hubiese transformado por completo en otra persona. En la universidad siempre fue un chico muy

simpático, abierto, al que le gustaban los juegos de rol y los súper héroes. ¿Qué había cambiado? ¿Quedaba algo de aquel chico en su interior?

—Mía, ¿en qué piensas? —me distrajo Lissy—. Estás en Babia.

—No, en nada, —Ella enarcó la ceja—. Pensaba en cosas del trabajo —mentí.

—¿En cosas o en personas?

Siempre había sido una mujer extremadamente inteligente, y si a eso se le sumaba el hecho de que me conocía desde que éramos unas niñas, me hacía muy difícil la tarea de mentirle, por no decir completamente imposible.

Quise empezar a hablar, pero no me atreví a hacerlo. ¿Cómo iba a contarle lo que me rondaba por la cabeza si ni yo misma sabía exactamente lo que era? Ya me sentía lo suficientemente mal conmigo misma como para exponerme ante los demás de forma abierta.

—¿Has vuelto a verlo? —me preguntó.

—Sí solo fuera eso...

—¿Qué más ha pasado? —La miré con recelo, no estaba segura de si compartir el encuentro tan frustrante que había tenido lugar en mi portal—. ¿Has vuelto a acostarte con él?

—¡No! —me apresuré a responder—. Aunque me habría gustado hacerlo —reconocí.

El camarero acudió a nuestra mesa con los platos que habíamos pedido y se instaló el silencio entre nosotras. Ambas nos mirábamos, pues ambas sabíamos que lo que estaba haciendo era una mala idea, aunque a Lissandra no le había dado tiempo de expresarlo y así hacérmelo saber.

Los olores que llegaron hasta nuestras fosas nasales hicieron que, automáticamente, mi estómago rugiera con violencia. El aroma de la bechamel mezclado con la salsa de boletus me pareció la cosa más apetecible del mundo.

—Estoy esperando a que me sermonees —dije mientras pinchaba uno de los tortellini con el tenedor—. Adelante, no te cortes.

—No creo que ningún sermón que yo pueda darte tenga mejor efecto que lo que tú misma te estás diciendo en la cabeza.

«¡Zasca!».

Lissandra siempre tenía ese maldito don, era capaz de decir lo que más podía dolerte en el momento en el que menos lo necesitabas, pero tenía razón. Siempre la tenía.

—Mía, creo que deberías hablar con Luis —me dijo, haciendo que me sintiera aún peor de lo que ya lo hacía—. Sabes tan bien como yo que lo que estás haciendo no está bien. Habla con él y tómate tu tiempo para pensar en qué es lo que quieres.

—Sé que tienes razón —admití—. Y sé que eso es lo que debería de hacer.

—¿Pero?

—Me da miedo.

Una vez más nos quedamos en silencio. Sabía que estaba siendo egoísta y que estaba jugando con los sentimientos de una persona maravillosa que no se merecía que le hicieran lo que yo le estaba haciendo.

Jamás me imaginé que me vería envuelta en una situación similar, siempre tuve la absoluta certeza de que sería incapaz de estar con dos personas al mismo tiempo. Si es que se podía llamar de aquella forma a lo que yo tenía con ambos, sobre todo con Kevin.

Me daba miedo ser simplemente una muesca más en su revólver que, cuando Kevin se cansara de mí, desapareciera y me dejase hecha polvo. Tenía miedo de engancharme a él y acabar sufriendo. No estaba preparada para eso.

—Mía, ¿exactamente de qué tienes miedo? —preguntó tomando mi mano entre las suyas.

—A equivocarme —respondí a punto de llorar—. Me produce pavor pensar que pueda cometer un error.

—Solo arriesgándote consigues las mejores cosas. Y tú lo sabes.

«Otra como Tali».

La cena estuvo exquisita. No volvimos a sacar el tema de la relación entre Kevin, Luis y yo durante el resto de la noche y me sentí agradecida por ello. Tras reconocer en voz alta que me habría gustado acostarme nuevamente con él, nos costó un poco relajarnos, pero finalmente lo conseguimos.

Me despedí de Lissandra en la puerta del restaurante, ya que teníamos que tomar direcciones opuestas. Ella cogió un taxi y yo tomaría el siguiente. La noche era bastante fría para la época en la que estábamos, se podía apreciar la casi inminente llegada del invierno, aunque quedara aún un mes para su entrada.

Me subí en el taxi bastante mejor que cuando había salido de casa, al menos, mucho más tranquila. Las calles estaban prácticamente vacías y eso me resultaba extraño. Era rara la vez que se podía apreciar que las calles de

Madrid estuvieran solitarias.

Cuando me bajé del taxi me quedé completamente quieta en medio del asfalto, paralizada ante el recuerdo de lo que hacía pocas horas había sucedido allí. Miré hacia la puerta del portal y algo en mi interior se removió, no supe exactamente qué fue: rabia, deseo o nostalgia. Era difícil distinguir las emociones con todo lo que me estaba ocurriendo en los últimos días. Había sentido y padecido tanto, que me resultaba imposible diferenciar cuándo me sentía bien y cuándo no.

Me acerqué despacio hacia la entrada y, sin darme cuenta, un pequeño suspiro se me escapó de los labios. ¿Qué diablos me pasaba? Nunca había sido de esas mujeres que suspiran por cualquier cosa, mucho menos por un hombre.

Metí la llave en la cerradura y abrí la puerta. Cuando llegué al ascensor volvieron las dudas a mi mente y, como cuando enciendes una máquina y está a toda potencia, comencé a pensar en lo que debía hacer con mi vida. Tenía que hablar con Luis, de eso no había ninguna duda, y tenía que hacerlo lo antes posible para evitarle más sufrimiento del que ya debía de estar padeciendo. Aunque no manteníamos una relación estable, sabía que me quería. No podía obviar aquello.

Por eso nunca me gustaron las relaciones informales, los rolletes o amigos con derecho a roce, según como quisieran llamarlos. Siempre había alguien que terminaba sintiendo algo más profundo por el otro, y era en ese momento cuando la cosa se torcía y uno de los dos terminaba sufriendo. Normalmente era yo la que había padecido de aquella manera, por lo que estar en el otro lado me resultaba extraño y me di cuenta de que, a pesar de ser la persona en la que no habían cambiado sus sentimientos, no hacía más fácil la situación.

Cuando las puertas se abrieron, estaba sumergida en mis pensamientos, por eso no me di cuenta cuando me choqué con alguien. Miré tanto sorprendida como asustada a la persona que me sujetaba. Era Kevin.

—¿Pero qué coño...? —solté sin pensar.

—Me preocupa que no tengas más repertorio en tu vocabulario —me soltó con una sonrisa.

Me separé de él, sobresaltada, y confusa, a decir verdad. ¿Qué hacía allí? ¿Y cómo había averiguado en qué piso vivía? ¿No me había humillado bastante la última vez que nos vimos? Lo noté sorprendido porque hubiese marcado las distancias entre nosotros, pero tenía pensado mantenerme lo

suficientemente lejos de él como para que no me viera tentada a dejar que hiciera conmigo lo que quisiera.

—Mía, he venido a disculparme —me dijo alzando las manos en señal de rendición—. Tenías razón, no he sido profesional contigo.

No sabía si estaba más confusa porque estuviera en el rellano de mi casa o porque estuviera allí para pedirme disculpas. Parpadeé un par de veces, más de la cuenta, pensando que, tal vez, era todo un producto de mi imaginación. Quizá era como Bitelchús y lo había nombrado demasiadas veces.

—¿Podemos empezar de cero? —preguntó, tendiéndome la mano como si quisiera sellar aquella pregunta—. Por favor.

Miraba su palma boca arriba llena de confusión, ¿debía fiarme de él? ¿Estaría diciendo la verdad? Parecía realmente arrepentido, pero todo lo que había sucedido entre nosotros me hacía dudar. No estaba segura de que fuese capaz de olvidarlo todo y comenzar de cero, pero tal vez debía hacer un esfuerzo.

Extendí el brazo y nos dimos un ligero y breve apretón de manos, después noté como su pulgar acariciaba inconscientemente —o eso quise pensar— el dorso de la mía. Aquel gesto, breve y fuera de lugar volvió a encender cada molécula de mi cuerpo. Era como si su piel hiciera que tuviese lugar una reacción química cuando entraba en contacto con la mía.

Nos quedamos en silencio mirándonos a los ojos, haciendo de aquel momento uno de los más tensos e intensos de toda mi vida. Ni siquiera cuando me subí sobre el escenario para ir en busca de mi diploma universitario me había sentido tan nerviosa como en aquel instante.

Era puro fuego lo que veía en sus ojos, tenía una forma de mirarme un tanto tenebrosa, como si quiera abalanzarse sobre mí y hacer con mi cuerpo las cosas más obscenas que se le ocurrieran, y eso me gustaba. Sus ojos verdes ocasionaban en mi interior un estallido que me hacía arder por completo.

Kevin dio un paso hacia a mí y mi corazón comenzó a bombear con violencia. Su mano, que sostenía la mía, me fue recorriendo suavemente todo el antebrazo hasta llegar al codo, lugar en el que se detuvo para agarrarlo y llevarse la mía hasta su hombro para que le rodeara el cuello.

Sentía su cuerpo cerca, tan cerca que con solo un paso más su pecho quedó prácticamente pegado a mi rostro. Hizo que lo mirase a la cara llevando los nudillos hasta mi mentón y haciendo que alzara el rostro. Apoyé involuntariamente la mano que me quedaba libre sobre su musculoso pectoral

y me di cuenta de que su corazón iba tan rápido como el mío.

Se me escapó un suspiro y él cerró los ojos y frunció el ceño.

—Sé que no es profesional, pero tengo muchas ganas de besarte. —Sus labios se acercaron despacio a mi boca, deteniéndose a escasos centímetros—. Si quieres que pare, dímelo ahora.

—No quiero que lo hagas.

Sus labios rozaron los míos, primero despacio, con suavidad, proporcionándoles el calor suficiente como para ansiar mucho más de ellos. Tímidamente, mi lengua se deslizó por su labio inferior y sentí junto a mi boca como se lo mordía tras mi paso, degustando el sabor que se había quedado en ellos. Me rendí ante lo que quería hacer y llevé la mano hasta su nuca, atrayéndolo hacia a mí.

Lo que antes había sido un beso cauteloso se convirtió rápidamente en un beso desenfrenado, dando rienda suelta a nuestras lenguas, queriendo saciar la necesidad que teníamos el uno del otro.

Llevó la mano hasta mi cintura y se restregó contra mi cuerpo, queriendo cubrir cada centímetro de mi piel con la suya, tratando de no dejar ni un solo espacio libre entre nosotros. Con dificultad saqué las llaves del bolso y traté de abrir la puerta de mi piso sin llegar a despegar mis labios de la boca de Kevin.

Me temblaban las manos, tanto que las llaves se cayeron al suelo por no poder controlar las convulsiones que sentía. Me agaché para recogerlas y al hacerlo sentí las manos de Kevin depositadas en mi trasero, que lo estrujaron sin miramientos, al mismo tiempo que de su garganta salía un rugido hambriento, haciendo que diera un pequeño respingo.

Abrí la puerta sintiendo el miembro de Kevin en la parte baja de mi espalda. Estaba tan duro que era como sentir una vara metálica sobre el cuerpo. Entramos atropelladamente en el interior y, una vez dentro, lancé el bolso sobre la mesilla de la entrada, este cayó de mala manera y la mitad del contenido se desperdigó por el suelo, pero no me importó.

Sin perder tiempo, las manos de Kevin me bajaron la parte superior del vestido con facilidad y en cuanto mi piel quedó al descubierto, posó los labios en la redondez de mi pecho. Llevó la mano hasta la copa del sujetador y la apartó bruscamente para poder llenarse la boca con mi pezón, el cual mordió con suavidad hasta que estuvo completamente duro.

Su lengua jugaba con él, sin soltarlo de entre sus dientes, sumiéndome en la

más dulce agonía. Cuando me liberó el pecho se postró ante mí, dejándome completamente anonadada. Traté de inclinarme para que volviera a ponerse en pie, pero me lo impidió.

Mirándome a los ojos, me agarró por el talón y me hizo levantar el pie, para así poder quitarme el zapato de tacón, rozándome la pierna con una de las manos al mismo tiempo que me liberaba de ellos. Imitó el mismo procedimiento con el otro pie y cuando apoyé la planta sobre el suelo noté cómo se alejaba toda la tensión que había estado acumulando.

Se puso lentamente en pie sin despegar las manos de mis piernas, recorriéndolas despacio por encima de las medias e introduciéndolas por el interior de la falda del vestido. La prenda quedó totalmente doblada en mi cintura, dejando ver por debajo de las medias, mi ropa interior. Agarró la cinturilla de las medias y tiró despacio de ellas hacia abajo hasta que se deshizo de ellas por completo.

Cuando estuvo de nuevo en pie, me alzó por las piernas hasta colocarme en su cintura, sosteniéndome por el trasero. Quería comérmelo a besos, pero sus labios apenas se habían acercado a los míos, simplemente me miraba sin decir ni una sola palabra mientras caminaba conmigo rodeándome con las piernas. Me colocó sobre la encimera de la cocina y tuve que arquearme ligeramente para no chocar con los muebles.

Me abrió las piernas, exponiéndome por completo a él, mientras yo me agarraba al borde de la encimera para no caerme. Una creciente humedad apareció en mi entrepierna, mostrándome con ella el enorme poder que ejercía Kevin sobre mí, que, sin apenas haberme tocado, había conseguido encenderme por completo. Sus manos me recorrían por entero los muslos, erizando cada uno de mis vellos al pasar.

—Tienes una piel perfecta —dijo contemplando el lugar por donde pasaban sus manos—. Tan suave y delicada. Volverías loco a cualquier hombre.

Lo miré con una mezcla entre curiosidad y desesperación, pues quería que hundiera sus manos en mi sexo, pero, del mismo modo, quería saber en qué estaba pensando. Como si supiera que estaba observándolo, alzó la mirada y sus ojos se encontraron con los míos, logrando con aquella mirada que me palpitase aún más la entrepierna.

¿Qué me había hecho aquel hombre que con solo mirarme me encendía?

Se acercó despacio hasta mí, colocándose entre mis piernas y me besó. Aquel beso me puso los pelos de punta, pues lo había sentido diferente. De

haber sido posible, habría creído que estaba cargado de ternura, de nostalgia en lugar de connotaciones sexuales. Enredó las manos en mi cabello y me sostuvo por la base de la nuca, llevando la lengua a lo más hondo de mi boca, arrancándome un suspiro entrecortado junto a sus labios. Cerró los ojos y aspiró profundamente, reteniendo mi aroma por más tiempo.

—Vamos a mi cuarto —le dije y él asintió.

Me bajé de la encimera y lo agarré de la mano para llevarlo conmigo a mi dormitorio, el cual estaba con la cama sin hacer. No me molesté en cerrar la puerta antes de sentarme sobre el colchón, ¿para qué?

Kevin observaba con detenimiento todo lo que había alrededor, como si quisiera memorizar cada rincón de la estancia hasta que se detuvo en una de las esquinas. Miré en la dirección en la que lo hacía para ver qué era aquello que le había hecho detenerse. Unas zapatillas deportivas de Luis descansaban junto al armario.

Pensé en la posibilidad de mentirle y decirle que eran de mi hermano Thierry, pero no quería insultar a su inteligencia con algo tan absurdo, por lo que me limité a observar su reacción sin decir ni una sola palabra. Cuando Kevin volvió a mirarme algo había cambiado en su expresión. Parecía... decepcionado.

Volví a mirar aquellas deportivas, pensando que tal vez, se trataba de una señal del destino, que me recordaba que estaba cometiendo un grave error, pero entonces Kevin ya se había sentado sobre la cama y me había girado el rostro para que lo mirase a los ojos.

Antes de que mi mente pudiera pensar o decir cualquier cosa, sus labios acallaron a los míos con un beso apasionado.



Capítulo 17

Nunca se me había pasado por la cabeza que Mía pudiera estar con alguien, pero ahí estaba la prueba. Aquellas zapatillas eran la demostración de que me estaba metiendo en el terreno de otra persona. Pero me daba igual, y no porque no tuviera una moralidad demasiado alta, sino porque las ganas de estar con ella eran mayores que todo lo demás.

Me sentía atraído por su cuerpo como las moscas a la miel, sin ningún control sobre mi mente o mis deseos, simplemente necesitaba sentirla. Y eso era una sensación extraña para mí.

El sexo había sido muy bueno entre nosotros, demasiado bueno, pero algo dentro de mí me decía que no se trataba solo de eso. Es más, sabía que no era simplemente por ese motivo, y eso me hacía preguntarme cuál sería la razón de aquella extraña adicción que padecía.

Parecía nerviosa, lo noté desde que me vio mirando aquellas zapatillas, pero no le diría nada sobre ello. Yo no era nadie para juzgarla y, siendo honestos, no me importaba quién pudiera ser el hombre que la hacía suya cada noche. No sabía si estaba de viaje o simplemente esa noche no estaba en casa, pero me alegraba que no estuviera.

Le acaricié despacio la mejilla con los nudillos. Estaba tensa, demasiado tensa y yo solo quería que se relajara. Besé el lugar que había tocado y, sin parar de darle pequeños besos, me fui acercando hasta su boca, Noté bajo mis labios cómo la piel se tensaba en una sonrisa a medida que avanzaba, hasta que finalmente la atrapé entre mis labios.

Dios..., su sabor era como el más exquisito manjar.

La sentía temblar bajo mis brazos y no supe si se debía al frío o a mis caricias. Poco a poco, fuimos tumbándonos en la cama, con sincronía, sin parar de saborearnos el uno al otro. Metió la mano por mi camisa y tocó con desenfadada pasión mi cuerpo, parándose en mi espalda y hundiendo sus uñas en la carne.

Deseaba estar dentro de ella, pero esta vez me lo iba a tomar con calma. Quería que disfrutara, que se retorciera debajo de mí y que sintiera el mayor placer de su vida. Iba a hacer que mi olor se quedara impregnado en su piel, que mi recuerdo fuera tan intenso que llegase a hacer que se olvidara de su nombre.

Maldito hombre afortunado, nunca en mi vida quise ser otra persona, pero en aquel momento lo deseaba. Deseaba ser él para así poder hacerla mía cada noche, cada día y en cada momento.

Al principio había sido todo un juego, un pasatiempo divertido en el que me vengaría por los años de universidad que había estado enamorado de ella y en los que nunca pude tenerla. Pero no sabía en qué momento se había torcido el plan.

Cuando recordé en el hotel todo lo que habíamos vivido, todo lo que la había querido y todo lo que sufrí al no verla más, fue como volver a la universidad, en donde mi barrera cayó, donde volvíamos a ser solo nosotros dos.

Sabía que seguía sin ser mía, que no era el hombre por el que suspiraba, pero aquella dulce mentira en la que nuestros cuerpos se envolvían era lo más cerca que había estado jamás de tenerla.

Nos deshicimos de la ropa en cuestión de pocos minutos, y ambos nos encontrábamos en su dormitorio completamente desnudos. Me separé ligeramente para contemplar su cuerpo y ella trató de hacerme volver hasta sus brazos.

—Quiero mirarte —le pedí.

Aunque un notable rubor le cubrió las mejillas, no hizo ademán de cubrir su desnudez. Me quedé mirando su cuerpo fascinado. Era preciosa, absolutamente perfecta. Su piel blanca, sin apenas una sola mancha o una sola cicatriz, contrastaba de manera sublime con sus cabellos negros y aquellos ojos verdes que me volvían loco y que ahora me miraban vidriosos por el deseo.

—¿Por qué me miras así? —me preguntó con voz traviesa.

—¿Así cómo? —le seguí la corriente mientras la acariciaba y tiraba ligeramente de ella hacia a mí.

—Como si no me hubieses visto desnuda nunca.

Me coloqué encima de ella, con cuidado de no aplastarla, y su calor corporal me envolvió. Entrelazó las piernas con las mías y me colocó automáticamente las manos sobre la espalda.

—Te miro así, porque eres preciosa —le dije antes de intentar besarla, pero me lo impidió para seguir hablando.

—Seguro que eso se lo dices a todas —soltó mirándome de reojo, queriendo comprobar cuál era mi reacción.

—Es posible.

—¡Serás capullo! —me insultó entre risas y dándome un ligero tortazo en el hombro.

—Es posible que se lo haya dicho a todas —seguí—, pero a ninguna de ellas le decía la verdad.

—¿Y por qué tengo que creer que conmigo estás siendo sincero?

—Porque lo estoy siendo.

—¿Y si no te creo? —me retó.

—Tendré que hacer que me creas —respondí hundiéndome en su cuello y mordisqueándolo suavemente.

Un sonoro gemido se le escapó de la garganta, haciendo que su cuerpo se relajara y el mío se tensara por completo. Sentía como la polla me palpitaba sobre su muslo, abriéndose hueco para llegar hasta el lugar en el que deseaba estar, pero tendría que esperar, pues primero quería que ella se corriera.

Descendí por su cuerpo, dejando un rastro de besos por donde quiera que pasaba, hasta detenerme en su cintura, volviendo a morderla esta vez en la curvatura de la cadera. Llevé la mano desde su rodilla hasta su entrepierna y cuando mis dedos le tocaron los pliegues, húmedos y calientes, la polla volvió a palpitarme con violencia, exigiendo hundirse en aquella cavidad que la reclamaba.

Hundí los dedos por su carne y la sensación al pasar por ella, tan mojada y dispuesta, fue como una bendición. Me movía en su interior y notaba cómo Mía se retorció ante mis atenciones, haciendo que se me pusiera aún más dura.

Estaba deseando entrar dentro de ella, bombear hasta saciarnos o hasta caer extenuados, pero quería verla disfrutar, quería mirarla a la cara cuando

alcanzara el orgasmo, cuando llegara al clímax con mis dedos dentro. Quería que gritara mi nombre para así poder borrar el rastro del hombre que estaba con ella. Quería ser yo el que le arrancara los gritos de placer.

Llevé la lengua al lugar donde estaban mis dedos, y lamí y relamí el clítoris, que estaba hinchado por el placer. Vi cómo se mordía el labio y cómo se aferraba a las sábanas por lo que intensifiqué los movimientos tanto de la lengua como de los dedos en su interior, formando pequeños círculos dentro de ella, tocando sus paredes con las yemas.

Apretó las piernas contra mí y tuve que abrírse las con la mano que me quedaba libre. Alcé la mirada hacia su cara, la cual mantenía con los ojos cerrados, y no paraba de gemir, quería estar atento para cuando llegara el orgasmo.

Estaba seguro de que explotaría en cualquier momento, pues notaba cómo se convulsionaba y cómo su sexo se apretaba contra mis dedos. Me hundí profundamente y absorbí su orgasmo en cuanto llegó.

Fue intenso y sus gritos me llenaron de júbilo.

Me separé de ella y le dejé un minuto para que se recompusiera, ya que su cuerpo se había relajado tras el frenesí sobre la cama. Observé que de sus ojos se habían escapado dos rebeldes lágrimas, señal de que la sensación de placer había sido muy intensa.

Me tumbé a su lado y le acaricié el abdomen para así ayudarla a que su cuerpo, poco a poco, fuera volviendo a la normalidad. Verla sobre la almohada, despeinada y con los labios ligeramente hinchados por los besos, me resultó la imagen más bella del mundo.

Sabía que estaba siendo un imbécil y que me estaba dejando llevar por el recuerdo que tenía de ella en la universidad, aquel en el que estaba absurdamente enamorado de ella, pero no podía evitarlo.

Verla desnuda a mi lado había sido todo lo que quise en aquel momento. Había querido que fuera mía, y... ¡maldita sea! ¡Aún quería que lo fuera!

Volví a mirar a aquellas zapatillas que me recordaban el hecho de que no lo era, que me decían una y otra vez en mi cabeza que yo era el otro, el amante, al que le entrega los orgasmos, pero no su corazón.

—¿Estás bien? —me distrajo Mía, que me miraba con el ceño ligeramente fruncido—. Pareces enfadado. ¿He hecho algo que te moles...?

—No. —La corté—. No es nada.

Apoyé el codo sobre el colchón y dejé descansar la cabeza sobre la mano

mientras la miraba sonriente. No estaba dispuesto a que averiguara lo que me pasaba por la cabeza, ni tenía ninguna intención de estropear aquel momento. Solo quería disfrutarlo durante el tiempo que durase.

—Kevin...

—No es nada, Mía —traté de calmarla, pues no parecía estar dispuesta a conformarse con lo que le decía—. ¿Por dónde íbamos? —quise distraerla.

—Creo que ahora me toca a mí. —Y, como un acto reflejo, mi polla se puso rígida.

Prácticamente había amanecido cuando por fin nos saciamos el uno del otro. Había explorado tanto su cuerpo que fácilmente había memorizado cada uno de los lunares que tenía sobre su hermosa piel.

Estaba medio dormida, exhausta tras la noche intensa de sexo, y durante esta había descubierto la maravillosa sorpresa de tener ante mí a una mujer multiorgásmica. Tenía los ojos cerrados y su respiración era pesada, como si estuviera luchando por no dormirse, pero perdiendo en aquella lucha.

Yo no podía dormir, por más que quisiera, desde que el primer rayo de sol cruzó por la ventana no podía hacerlo. Mía abrió los ojos con dificultad y me miró directamente mientras aún seguía tumbada y desnuda en la cama. Llevó la mano somnolienta hacia mi mentón y me lo acarició.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó.

—Pues... tú deberías dormir, pequeña.

—Me refiero... —Bostezó—. A cómo vamos a mirarnos en el juzgado.

—Pues... —Le di un corto beso en los labios—. Yo te miraré con deseo, porque cuando lo haga estaré imaginándote desnuda. —Sonrió con los ojos cerrados—. No hay por qué pensar en eso ahora.

—Es verdad... —Emitió un pequeño ronquido al terminar.

Me pareció adorable verla tan agotada y somnolienta, era como una niña pequeña e indefensa. Le besé su mejilla antes de levantarme de la cama y cubrirla con el edredón. Me puse los calzoncillos y salí de la habitación con una amplia sonrisa hacia la cocina.

Sabía que estaba perdido con ella. Era mi talón de Aquiles, mi debilidad, mi condena. Siempre lo había sido, por mucho tiempo que hubiese pasado, siempre estaba ahí para torturarme.

Rebusqué entre los muebles de la cocina para ver dónde guardaba Mía el

café y, cuando finalmente me hice con él, repetí la misma maniobra para encontrar la cafetera. Tardé un poco en dar con todas las cosas que me hacían falta, pues aquella cocina no seguía ningún orden. Coloqué la cafetera una vez la tuve preparada encima de la vitrocerámica y esperé a que se hiciera el café.

Me senté sobre un taburete que había junto a una mesa para esperar cuando, de pronto, escuché como una llave se introducía en la cerradura de la entrada. Me puse en pie de un solo salto y todos mis músculos se tensaron de inmediato.

Debía de ser la pareja de Mía.

Miré hacia el dormitorio. No me iba a dar tiempo de recoger mi ropa del suelo y esconderme, y quedarme donde mismo estaba era todavía más descarado que intentar disimularlo. Mientras mi mente daba vueltas sin parar, escuché que la llave giraba en la cerradura.

Todo ocurría a cámara lenta, pero sumamente deprisa. Sabía que debía esconderme, pero una parte de mí quería que me encontrara, que viera con sus propios ojos que había sido mía, aunque solo fuera por unas horas. Finalmente, la puerta se abrió y tras ella apareció un chico de aspecto jovial, pelo negro y ojos azules.

¿Qué edad tenía ese crío?

Algo dentro de mí se encendió, haciéndome sentir furioso, pues me costaba trabajo entender qué demonios había visto Mía en un crío como aquel.

Los ojos del niño se encontraron con los míos y su semblante se tornó sombrío. Yo no pude sino sostenerle la mirada, sorprendido por su aspecto y molesto al mismo tiempo.

Entró en la casa y cerró la puerta tras de sí.

De pronto, el sonido del vapor saliendo de la cafetera me sobresaltó e hizo que me girase de inmediato para mirarla. Cogí un trapo y la aparté del fuego, mientras me sentía observado por aquel niño, que pude escuchar cómo se acercaba hacia mi posición.

Se hizo un silencio de lo más incómodo entre los dos y por la expresión de su cara pude darme cuenta de que sabía con exactitud quién era yo. Me imaginaba que lo único que querría hacer el pobre desgraciado sería darme de puñetazos hasta dejarme inconsciente, y no lo culpaba. Yo no habría esperado tanto tiempo para comenzar a dar golpes si me encontrara en su papel.

Me froté la nuca algo nervioso, pues aquel silencio se estaba alargando demasiado para mi gusto, pero no se me ocurría absolutamente nada que

podiera decir para romperlo.

—¿Dónde está? —preguntó quebrando el silencio sepulcral al fin.

—Dormida —respondí sin saber muy bien a qué atenerme con él.

Se acercó hasta donde estaba y pasó de largo. Me aparté por si lo que andaba buscando era algún tipo de enfrentamiento, pero, en su lugar, sacó de uno de los muebles dos tazas y vertió el contenido de la cafetera en ellas. Sin duda había pasado mucho tiempo en aquella casa, pues no tardó en dar con el lugar en el que Mía guardaba las cosas.

Miré extrañado lo que hacía, ya que no me parecía en absoluto la reacción normal de una persona que está en la misma habitación que el amante de su pareja. Comenzaba a temer que aquello fuera como una bomba de relojería y fuese a estallar en cualquier momento y, sobre todo, que me fuese a estallar en la cara.

Me mantenía alerta por si acaso.

Me tendió una de las tazas mientras se quedaba apoyado ligeramente sobre la encimera. Observé su brazo extendido, sosteniendo el recipiente de porcelana, y dudé en aceptarla, aunque, finalmente, opté por hacerlo. Bebió de su café al mismo tiempo que me miraba fijamente, haciendo que me sintiera bastante más confuso de lo que ya estaba.

—Voy a serte sincero —comenzó a decirme—. No pienso retirarme.

—¿Cómo dices? —Si ya antes de que hablara estaba confuso, ahora lo estaba aún más.

—No pienso rendirme con Mía —continuó—. Así que me importa una mierda que estés aquí. —Volvió a tomar otro sorbo de la taza—. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que me elija a mí —finalizó, mirándome de arriba abajo.

La actitud que estaba manteniendo conmigo comenzó a exasperarme. Que me hablaran como si fuera un despojo cualquiera, aunque fuera con los motivos más justificados, lograba sacar lo peor de mí, Me recordaba a aquellos tiempos en los que, por tener unos gustos diferentes, por ser un “friki”, como nos llamaban, se permitían el lujo de tratarte como a una escoria.

Y eso me hinchaba las pelotas.

—Te estás confundiendo conmigo —respondí. No quería ningún enfrentamiento con aquel crío, ni tenía la más mínima intención de montar una competición—. No estoy buscando competir con nadie.

—Mejor, así no perderás el tiempo.

«Din, din, din, din».

Aquellas palabras sonaron en mi cabeza como las campanas de un cuadrilátero, las que daban el pistoletazo de salida a los boxeadores. No es que tuviera especial interés en batirme en duelo, ni mucho menos, pero nadie me decía lo que podía o no hacer.

Además, no tenía intenciones de dejar correr la oportunidad de conquistar a Mía ahora que por fin había podido disfrutar de su compañía. No tenía ni idea de qué palo iba aquel niño, ni tampoco sabía si sería un contrincante digno o jugaría limpio, pero había una cosa que tenía absolutamente clara: no pensaba dejar que ganara. No ahora que sabía que me veía como una amenaza.

Escuchamos un ruido que provenía de la habitación en la que Mía estaba durmiendo y ambos miramos en su dirección con una posición un tanto rígida. La situación en general ya resultaba lo suficientemente violenta como para añadirle que Mía estuviera en medio de ella, aunque fuera el principal tema de conversación.

—Creo que será mejor que te vayas —me dijo de pronto dejándome fuera de juego.

—¿Perdona? —Su actitud me tocó las narices.

—No creo que sea la primera vez que te vas de una casa antes de que la mujer se despierte —me soltó sin adornos.

—Mira... —Comencé a decir sin saber muy bien cómo dirigirme a él—. No sé quién cojones eres, ni por qué te tomas las licencias para hablarme como lo estás haciendo, pero te advierto que mi paciencia tiene un límite.

—Me llamo Luis —se presentó—. Y llevo mucho más tiempo en la vida de Mía que tú, por eso quiero que te vayas.

—No lo voy a hacer —zanjé.

Lo miré desafiante mientras sorbía de la taza de café que él mismo me había ofrecido pocos minutos antes. En mis planes, no entraba la posibilidad de marcharme, ni tampoco tenía intenciones de hacerlo simplemente porque me lo exigiera un niño como el que tenía delante. Coloqué despacio la taza en el fregadero, observando cómo se tensaba la mandíbula del que se había autoproclamado mi contrincante.

Estaba completamente convencido de que, si Mía no estuviera a unos escasos metros, me habría propinado un buen golpe. En su rostro se veía claramente que deseaba pegarme con todas sus fuerzas e iba a aprovecharme de esa rabia. La provocación siempre había sido uno de mis mayores fuertes.

—Ahora mismo la persona que sobra en esta casa eres tú —le dije al mismo tiempo que me acercaba hasta él, erguido completamente y mirándole directamente a los ojos—. Y, si me disculpas... —Lo aparté con el brazo, notando como su cuerpo estaba totalmente rígido—. Voy a volver a la cama.

No quise quedarme a comprobar si captaba la *directa*, pero de algo estaba seguro: si hubiera sido posible, en ese mismo momento le estaría saliendo humo por las orejas. Cuando estaba llegando al dormitorio escuché cerrarse de un portazo la puerta de la entrada al piso.

«Perfecto, se ha ido».

Mía seguía profundamente dormida, ni siquiera el portazo logró despertarla, ya que sus ronquidos me indicaban que estaba sumida en el más profundo de los sueños. Recogí mi ropa del suelo y la coloqué sobre la mesilla de noche, e hice lo mismo con la ropa de Mía, que se había quedado esparcida por todos lados.

Me puse los pantalones para no andar semidesnudo, ya que se empezaba a notar un poco de frío por las mañanas dentro de las casas. Miré a mis alrededores sin saber muy bien qué podía hacer. ¿Ver un poco la tele? Descarté esa posibilidad y finalmente decidí que me tumbaría junto a ella.

En cuando me posicioné a su lado me envolvió el calor de su cuerpo y la tibieza de su piel. Olía a flores frescas, así que aspiré profundamente el aroma que salía de su cabello y me acomodé junto a ella, queriendo sentirla todo lo cerca que me fuera posible.

«No voy a dejar que te me escapes».



Capítulo 18

Me desperté con una sensación muy extraña. Había tenido un sueño rarísimo en el que Luis nos encontraba a Kevin y a mí y eso me había hecho sentir como un monstruo.

Había tomado una decisión antes de volver a acostarme con Kevin, y era que iba a hablar con él. Necesitaba algo de tiempo para poder aclararme, ya que, aunque era consciente de que con Kevin no iba a terminar de una manera aceptable, Luis no se merecía que jugara con él.

Miré hacia mi abdomen una vez abrí los ojos y me vi arropada por el brazo fuerte de Kevin. Podía sentirlo a mi espalda, con el pecho desnudo junto a mi piel, emanando un calor corporal de lo más agradable. Tenerlo al lado era como estar pegada a una pequeña estufa.

Era una sensación agridulce aquella estampa pues, aunque me gustaba notar lo cerca, me sentía como una bruja por cómo estaba haciendo las cosas, y más aún, después del sueño tan extraño que había tenido. ¿Qué habría hecho Luis si se llegara a enterar de lo que estaba haciendo?

Sentía la respiración de Kevin en la nuca, como su aliento me recorría la espalda, produciéndome unas ligeras cosquillas. Me acomodé un poco para alargar aquella sensación algo más de tiempo. Aunque era consciente de que lo estaba haciendo mal, quería disfrutar del momento.

—Buenos días, dormilona —escuché que me decía desde mi retaguardia—.

¿Has dormido bien?

—¿Cómo sabías que estaba despierta? —pregunté con curiosidad al mismo tiempo que me daba la vuelta para quedar de frente a él.

—Porque la respiración suena diferente cuando estás dormida —me respondió, apartándome un mechón de pelo del rostro—. ¿Te apetece que vayamos a desayunar, casi que almorzar a mi hotel?

Miré hacia la mesilla de noche, donde estaba colocado mi despertador para comprobar qué hora sería, ya que lo que me había dicho Kevin me hizo preguntarme cómo de avanzada estaba la tarde. El reloj marcaba las cuatro y media de la tarde.

—He dormido durante toda la mañana —afirmé con asombro.

—Así es. —Kevin llevó los labios hasta mi nariz y depositó un suave beso sobre ella—. ¿Qué dices, te apetece?

Lo cierto era que no tenía nada que hacer. Me había tomado un par de días libres en la oficina, por lo que mis planes se reducían, hasta hacía unas horas, a comer helado en cantidades industriales, dormir y ver la tele.

Noté la mano de Kevin tirarme de la cintura para atraerme hacia él, juntando automáticamente nuestras pelvis sobre el colchón y, al hacerlo, noté la dureza que había dentro de sus pantalones. Como un acto reflejo, mi cuerpo reaccionó ante aquel contacto, humedeciéndome la entrepierna de manera automática. No entendía el poder que tenía sobre mi cuerpo, la fuerza con la que me hacía sentir las cosas y el poco control que tenía cuando se trataba de él.

Kevin me daba suaves caricias por la espalda y, a pesar de estar totalmente empalmado, no parecía tener intenciones de abordarme en aquel momento. Simplemente seguía a la espera de mi respuesta.

—¿No suelen haber horarios en los bufés de los hoteles? —pregunté al pensar fríamente en ello.

—También hay servicio de habitaciones —me respondió socarrón, besándome una y otra vez la curvatura del cuello.

Aquella forma de comunicarnos estaba haciendo que mi cuerpo se encendiera por completo. Su cercanía, su contacto y su aliento sobre mi piel lograban que ardiera de deseo, como si no hubiese bastado la noche de sexo que habíamos vivido. Era como si nunca fuera a ser suficiente.

—¿Y no sería lo mismo pedir comida para llevar? —Kevin detuvo la ristra de besos que estaba dándome para mirarme—. Podemos pedir comida y

quedarnos aquí también, ¿no?

—Podríamos... —comenzó a decir, hundiendo de nuevo el rostro en mi cuello y mordisqueándomelo suavemente—. Pero, aquí no tenemos una bañera de hidromasajes. —Gemí al sentir su lengua sobre mi garganta.

—¿Estás intentando distraerme? —pregunté, apartándolo ligeramente de mí—. Eso no es jugar limpio. —Sonrió divertido.

—Muy bien —dijo, alzando las manos por encima de la cabeza—. Sin trucos.

No pude sino reírme ante su actitud infantil. Por un momento me recordó al Kevin que conocía de la universidad, aquel con el que me reía durante horas y con el que podía hablar de cualquier cosa.

—Con una condición —dije—. Quiero cualquier cosa que lleve queso.

—Cómo se nota que eres francesa —se burló.

—Soy más española que francesa —repliqué—. Tan solo me gusta el queso tanto como a cualquier otro.

Kevin estalló en carcajadas ante mi respuesta. Era cierto que mi ascendencia era francesa, pero había pasado la mayor parte de mi vida en España; tras el divorcio de mis padres en el que tenía, si no recordaba mal, catorce años, me quedé junto a mi madre en el país. Thierry, sin embargo, decidió marcharse con nuestro padre, a pesar de que tan solo tenía dos años más que yo. Desde entonces nos turnábamos para pasar las fiestas y las vacaciones en un país o en otro, aunque, cada vez eran menos las veces que nos reuníamos.

—¿He dicho algo malo? —preguntó Kevin, sacándome de mis recuerdos—. Te ha cambiado la cara.

—No, no es eso. Recordaba cosas de Francia —expliqué—. Y me he dado cuenta de que echo mucho de menos a mi hermano —concluí, incorporándome sobre la cama.

—¿Por qué no vas a verle? —Se incorporó él también—. Podrías aprovechar estos días para hacer una escapada a la *siudad* del *amog* —dijo, imitando vagamente el acento francés y haciendo que sonriera.

—No vive en París —le corregí riendo—. Está en Toulouse.

—Ni idea —dijo encogiéndose de hombros—. De todos modos, eso no responde a mi pregunta.

—Hace bastante tiempo que no hablamos. No quiero molestarlo. —Me puse en pie, dando por finalizada aquella conversación, pues no quería

entristecerme—. ¡Vamos, vístete! No vamos a llegar para comer, a este ritmo será la cena lo que pidamos.

Si Kevin tenía algo más que decir, no lo hizo. Sin embargo, se puso en pie y comenzó a ponerse los calcetines en lo que yo buscaba algo que ponerme.

—¿Te importa si me doy una ducha antes? —le pregunté.

—Coge ropa y date un baño allí —respondió calzándose—. Habrá que aprovechar que tiene hidromasaje.

Totalmente convencida por sus palabras, saqué de la parte superior del ropero un pequeño bolso neceser, donde metí una muda limpia de ropa interior y todos los productos de higiene personal que tenía en el baño.

El trayecto hasta su hotel no fue demasiado largo, el tráfico a aquella hora estaba bastante fluido y, a decir verdad, no estaba tan lejos de dónde estábamos.

El Wellington.

Lo había visto innumerables veces por fuera, su fachada era espectacular, con grandes ventanales y su estructura de piedra de color beis. No es que fuera especialmente vistoso, aunque contaba con una extensión bastante amplia, pero era la idea preconcebida que tenía sobre él.

Cuando entramos en el interior me di cuenta de que la realidad superaba con creces a la imaginación. El recibidor era casi tan grande como mi casa multiplicada por dos. En cuanto entramos por la puerta un chico, bastante joven, corrió hacia a mí para quitarme la pequeña maletita que traía.

Desprendía tanta luz que parecía que estuviéramos entrando en el mismísimo cielo y todos y cada uno de los empleados del hotel estaban a nuestra absoluta disposición. Era como sentirse princesa, aunque fuera solo de pega.

Recordé la última vez que había estado en aquel lugar. Tenía tantas ganas de salir corriendo que no tuve tiempo de fijarme en los detalles, en lo hermoso que era por dentro el hotel. Quise huir del hombre con el que ahora estaba entrando de manera voluntaria.

Era curioso pensar en las vueltas que daba la vida y cómo podíamos cambiar de parecer en cuestión de segundos: lo que antes nos parecía un horror, podía pasar a parecernos lo más maravilloso del mundo.

Subimos hasta la habitación, donde Kevin encendió la televisión nada más entrar. Era una estancia amplia, una suite, me atrevería decir, ya que tenía un sofá para él solo y se veía claramente que la habitación estaba separada del

recibidor. El botones, que llevaba mis cosas, las dejó encima de un mueblecito que había a la entrada y Kevin no tardó ni un solo segundo en sacar un billete de su cartera para dárselo al muchacho, el cual salió de la habitación con una enorme sonrisa en los labios.

—¿Siempre eres tan generoso? —le pregunté al ver que lo que le había dado era un billete de veinte euros.

—Solo cuando hacen bien su trabajo —dijo de manera arrogante, como si solo él conociera la verdad absoluta—. ¿Llegaste a ver el cuarto de baño el otro día? —Negué con la cabeza—. Ven, sígueme. Te lo enseñaré.

Avanzamos a lo largo de la habitación hasta dar con una puerta que estaba frente a la cama; cuando Kevin la abrió para enseñármelo, me quedé petrificada. El baño era jodidamente perfecto.

Un enorme espejo cubría la pared de la derecha. Debajo de este, dos lavabos sobre una superficie de mármol blanco que le daban una amplitud maravillosa al cuarto. Al fondo se podía ver la majestuosa bañera en la que podíamos entrar Kevin y yo sin ningún problema y apenas un metro encontrabas en inodoro.

Todo aquel mobiliario de lujo, sumado a la decoración ostentosa, lo hacían parecer de revista. Casi sentía reparo de usarlo por miedo a estropear aquella imagen.

—¿Qué te apetece que comamos? —me preguntó desde la puerta Kevin, que se había quedado allí en medio parado, observándome—. ¿Carne o pescado? O marisco, lo que te apetezca.

—Un poco de pescado va bien —respondí tímidamente, pues no quería ni imaginarme lo que podría llegar a costar la comida. Sentía que tenía que pagar solo por respirar el oxígeno que allí había.

—Vale. —Kevin se acercó hasta mi posición—. Tómame el tiempo que quieras para bañarte, yo iré pidiendo la comida —me dijo, y tras sus palabras me besó.

Ví cómo salía por la puerta y la cerraba tras de sí, dejándome intimidad para asearme como quisiera. Solté el neceser, que había cogido de la entrada, sobre la encimera de mármol y me miré en el espejo, costándome trabajo creer que estuviera allí con Kevin.

Abrí el grifo de la bañera y dejé que poco a poco se fuera llenando; en cuestión de minutos el baño se vio envuelto por el vapor que desprendía el agua caliente, empañando los espejos automáticamente. Eché un poco de jabón

al agua con el deseo de que formara un poco de espuma y así imaginarme que estaba en las nubes.

Me deshice de mi ropa poco a poco, no tenía ninguna prisa por terminar. Metí un pie en el interior del agua para comprobar su temperatura y estaba bastante caliente, aunque no demasiado como para meterme dentro.

Una vez me sumergí, dejé que mi cuerpo se relajara ante el calor que desprendía el agua y que el aroma que se respiraba a través del vapor me envolviera. Automáticamente, mi mente desconectó, tan pronto como los músculos de mi espalda dejaron de contraerse, todo lo demás dejó de importarme. No existía el bufete, no había problemas en mi vida, solo estaba ese fantástico baño que me transportaba a un mundo lleno de paz y tranquilidad.

Cerré los ojos y me dejé embaucar por las sensaciones que me invadían sin pensar en nada más. No quería pensar en que acabaría, que tarde o temprano tendría que salir de aquella bañera para enfrentarme al mundo, pero ¿y si esperaba a que se me arrugaran los dedos, al menos?

Siempre había sido una persona que se adelantaba a los acontecimientos, que pensaba en todo lo que podría llegar a pasar o lo que no, la clase de persona que se leía el final de un libro antes de empezarlo. Pero esa vez quería empezar por el principio.

Tal vez, un poco de música fuese la guinda que reinase en el pastel, por lo que busqué con la mirada el lugar en el que había dejado mi móvil. Por fortuna, solo tuve que levantarme, dejando que el frío del exterior del agua me pusiera los pelos de punta y estirarme ligeramente hasta el mármol del lavabo para cogerlo. Lo coloqué lo suficientemente cerca como para volver a sumergirme en el agua sin problemas, y dejar que una vez más, el calor de la bañera me acogiera entre su seno.

Cuando comencé a navegar en internet para buscar alguna canción que valiera la pena, saltó una notificación de WhatsApp y, aunque no la llegué a abrir, pude ver el principio del mensaje.



OJAZOS

«Te echo de menos».

Leerlo me partió el corazón en dos y pensé en responder, pero Luis no era tonto e iba a saber que me ocurría algo, y él se merecía que le diera una explicación en persona. Hablar por WhatsApp me parecía una forma fría e

impersonal de hacer las cosas y él no se merecía que lo trataran así.

Queriendo volver al punto en el que estaba antes de recibir aquel mensaje, busqué desesperada alguna melodía que volviera a llevarme al estado de paz mental que parecía estar desapareciendo.

Había pasado media hora cuando llamaron a la puerta. No me percaté de lo rápido que había pasado el tiempo, y ni siquiera noté que el agua comenzaba a quedarse fría. Tras los golpes de la puerta, apareció el rostro de Kevin, que me avisaba de que el servicio de habitaciones había traído nuestra comida. Salí de la bañera y me envolví en una toalla tan suave como la misma seda.

En cuanto puse un pie fuera del cuarto de baño tuve que pararme en seco, pues darme cuenta del festín que tenía Kevin organizado en la mesa me dejó sin aliento. En el centro, se encontraba una fuente de cristal llena de fruta, de todos los colores y tamaños, dos platos situados uno enfrente del otro estaban cubiertos por dos tapas metálicas que impedían ver su contenido, además de una cesta con pan y una gran fuente de ensalada. Kevin estaba sonriendo mientras miraba cómo me había quedado con la boca abierta, y en su mano sostenía una copa de vino. Se acercó hasta a mí y me la ofreció con amabilidad.

—Toma, bebe.

Agarré la copa sin pensarlo dos veces, pero sin ser plenamente consciente de que lo hacía. Anduve guiada por la mano de Kevin hasta la mesa, donde este arrastró la silla para que yo pudiera tomar asiento. Me sorprendía sobremanera aquel cambio de actitud en él, era como haber conocido a dos personas diferentes y no estaba muy segura de cuándo volvería a aparecer el Kevin arrogante y creído.

—Como no sabía que te gustaba he pedido lubina —me dijo mientras se sentaba en su silla—. Espero que te guste, si no, podemos pedir otra cosa.

—La lubina está bien —me apresuré a responder—. Esto es demasiada comida —añadí al darme cuenta de que también había pedido varios entrantes, tales como una tabla de quesos o un plato de jamón.

—Siempre podemos dejarlo para más tarde. —Me sonrió.

Quitó las tapas de los platos, comenzando con el mío primero, y el aroma de la lubina con patatas panaderas me impregnó las fosas nasales, haciendo que el estómago me rugiera con violencia y que la boca me comenzara a salivar como un perro hambriento.

Comí sin saber muy bien qué decir o cómo proceder ante el nuevo cambio

en la personalidad de Kevin, y sin saber si las cosas que estaban sucediendo entre nosotros significaban algo para él o simplemente era un pasatiempo sin importancia.

—Has pensado que en unos días no podremos tener este tipo de contacto, ¿verdad? —le dije llevándome un trozo de pescado a la boca—. Ambos sabemos que las pruebas de ADN van a dar positivo.

Su semblante cambió durante unos breves segundos, pero rápidamente trató de disimular aquel cambio. No sabía muy bien por qué, si era porque en el fondo sabía que lo que le decía era cierto y su cliente era culpable, o porque no había reparado en que lo que quiera que fuera lo que teníamos, no iba a poder ser.

—No deberíamos adelantarnos a los acontecimientos —me respondió, imitando mis gestos y llevándose un pedazo de su comida hasta la boca también.

—Pero eso va a pasar —insistí—, de una forma u otra. Lo que quiera que sea esto... —dije señalándonos a ambos con el tenedor— no durará.

Se formó un intenso silencio entre nosotros. Intenté mantener la mirada puesta sobre él, aguantando el tipo, sin que pudiera darse cuenta de que el simple hecho de pensar en ello me afectaba más de lo que me gustaría admitir.

Kevin dejó los cubiertos despacio sobre la mesa, con una lentitud desquiciante, sosteniéndome la mirada sin mostrar el más mínimo cambio en su semblante. Toda aquella tensión que se formaba ante la extraña situación que estábamos viviendo me afectaba a mí mucho más de lo que lo hacía a él porque, de lo contrario, lo habría visto flaquear, aunque solo fuera por un breve instante.

«Eres una estúpida por pensar que podrías importarle lo más mínimo».

—Mía... —comenzó a decir, y por un momento, pareció que en sus ojos había cierto grado de pesadumbre, pero desapareció con suma facilidad, como una mota de polvo que es transportada por el viento—. No te desharás de mí con tanta facilidad. —Se puso en pie y caminó despacio hasta posicionarse justo tras mi espalda—. Además, los dos deseamos esto. No solo yo.

Llevo la mano hasta mi cuello y me apartó el cabello, dejándolo libre. Permanecí inmóvil por miedo a romper aquel momento e inconscientemente alejarlo de mí. El roce de sus dedos me puso la piel de gallina y, como un susurro, sentí su aliento sobre la piel.

Me besó y recorrió despacio la silueta de mi espalda con la yema de los

dedos mientras lo hacía.

—¿Lo deseas? —preguntó con voz ronca y no tuve más remedio que asentir, extasiada por su voz—. Dilo.

—Lo deseo.

No supe por qué aquellas palabras salieron de mis labios, pero así lo hicieron. No entendía cómo cada vez que Kevin me pedía que hiciera algo, lo hacía sin pensarlo dos veces. Ejercía un poder sobre mí que se escapaba a mi entendimiento, pero lo único que sabía en aquel momento, era que lo que dije era verdad.

Lo deseaba.

Lo deseaba y no me importaba nada más, solo quería sentir sus manos sobre mi cuerpo y que sus labios pintaran besos por toda mi piel. Quería sentir su aliento y dejarme seducir por la alocada idea de que estábamos juntos, que queríamos estarlo y que nada iba a poder impedirlo.

Tan solo deseaba un imposible.

Las gotas de lluvia empapaban la ventanilla del taxi, impidiéndome ver las calles otoñales de Madrid mientras volvía a casa. Me costó separarme de Kevin, tanto que tardé cerca de dos horas en poder hacerlo, pero tenía que arreglar lo que estaba sucediendo en mi vida y no iba a poder hacerlo escondida tras un hotel, evadiendo la realidad como si así fuera a desaparecer.

Mi cabeza no paraba de darle vueltas y más vueltas al mismo asunto; ¿cómo iba a hablar con Luis? Y ¿qué le iba a decir exactamente?

Podía escuchar la suspensión del coche sobre el asfalto y, como era un vehículo bastante viejo, rebotaba una y otra vez ante las irregularidades de la carretera. Las gotas que caían sobre el cristal emitían un sonido que te abstraía por completo.

—Ya hemos llegado —me distrajo el taxista, ya que no me había dado cuenta de que nos habíamos detenido.

Pagué al hombre aún con la cabeza en otra parte y me bajé para ir a mi apartamento, tuve que salir corriendo en cuanto puse un pie en la acera para evitar mojarme. Laureano, el portero del edificio, me esperaba con la puerta abierta, ya que debía haberme visto salir del taxi. Gracias a aquel gesto, logré no estar calada hasta los huesos.

No pude evitar dejar un reguero de huellas de agua por el recibidor del

edificio hasta llegar al ascensor. Me miré en el espejo del interior, observando mi reflejo, que se mostraba ante él con el ceño fruncido y un claro gesto de preocupación. Me llevé los dedos al puente de la nariz y lo apreté al sentir aquella punzada de dolor que me daba cada vez que le daba demasiadas vueltas a algo.

Sabía que la conversación con Luis estaba cerca, que no iba a ser breve y, sobre todo, que no sería para nada fácil. Estaba acostumbrada a dar malas noticias en mi trabajo, pero nunca me acostumbraría del todo a no sentir empatía por las personas, mucho menos, por alguien tan cercano como lo era Luis para mí.

Las puertas del ascensor se abrieron y me encaminé cabizbaja a mi piso. Tras abrir la puerta, dejé caer la pequeña maletita sobre el suelo y lancé el bolso a la mesa más cercana. Por pura costumbre más que por querer verdaderamente escucharlos, pulse el botón para oír los mensajes del contestador.

El primero era de Ricardo, que me informaba de que todavía no teníamos los resultados de las pruebas, que Michelle se sentía mucho más confiada ahora que estaba yendo a consulta y que había preguntado por mí. No pude evitar sonreír al escuchar aquello.

El segundo mensaje era de Tali, que más que preguntar me afirmaba el hecho de que todavía no había hablado con Luis. Era de suponer que estaría al tanto de la situación, ya que Óscar era su mejor amigo y se lo contaría todo desde que lo supiera.

Y, por último, tenía un mensaje de Luis.

«Mía... Esto... Yo... No sé cómo decir esto. Lo he visto». Cuando escuché aquella afirmación, se me heló la sangre, ¿Cómo que lo había visto? ¿El qué? ¿A quién? «Estuve esta mañana en tu casa y lo vi. Sé que te dije que te daría espacio, pero quería darte una sorpresa». Tuve que agarrarme a la silla para no caerme. ¿Había estado en mi casa? «Quiero que sepas que no me importa. Te quiero y te echo de menos, preciosa». Se hizo un silencio, «Llámame, por favor».

Nunca me había sentido tan miserable como me sentía en aquel preciso momento. Me imaginé lo que tenía que haber sentido Luis cuando entró en mi piso y nos vio. ¿Cómo nos vería? ¿Estaría durmiendo Kevin a mi lado? ¿Estaba despierto?

«No, eso no es posible, me lo habría dicho, ¿verdad?».

Me dejé caer sobre la silla a la que me había sujetado, pensando en todas las cosas que debía haberse imaginado Luis, lo que debió sentir; la traición, la decepción. No sabía ni cómo podía seguir confiando en mí.

Él me había abierto su corazón y yo lo había pisoteado como si de un insecto se tratara. Y, aun así, seguía queriéndome. Sin poder controlarlo, comencé a llorar, pues nada me habría gustado más en el mundo que corresponderle, pero no lo hacía.

No podía.

Me había negado a admitirlo, pero aquella era la realidad. No lo amaba, no cómo él quería que lo hiciera, como merecía que lo hiciera.

¿Por qué no podía corresponderle?

Me quité los zapatos y me metí en la cama hecha un ovillo, me encogí hasta quedar en posición fetal y me aferré a las rodillas como si pudiera consolarme a mí misma. Era consciente de que estaba dilatando el momento de hablar con Luis, pero, tal y como me sentía, no habría sido una buena idea, ¿o sí?

Armándome de valor, uno que no supe de dónde saqué, salí de la cama y cogí el teléfono fijo, le di a rellamada y esperé a que Luis contestara al otro lado de la línea. No tardó ni medio minuto antes de que lo hiciera.

—...

—Hola, Luis. —Casi se me desquebraja la voz al hablar.

—....

—Espera, déjame a mí —le interrumpí—. Tenemos que hablar. —Se hizo un silencio desmesuradamente largo hasta que escuché cómo soltaba un sonoro suspiro.

—...

—Tenemos que hablar sobre nosotros.



Capítulo 19

Tuve una extraña sensación tras la marcha de Mía de la habitación. Sentía un extraño vacío que no sabía muy bien de qué manera catalogar. Parecía bastante disgustada cuando se fue, aunque trató inútilmente de disimularlo, por lo que me preguntaba a mí mismo si volveríamos a vernos, al menos, de la manera en la que lo habíamos hecho durante el día.

Empezaba a cuestionarme qué era importante y qué dejaba de serlo. Hacía demasiado tiempo que no me tomaba unas vacaciones y dedicaba un poco de tiempo a mi vida; todo siempre era trabajar, trabajar y amasar dinero para poder ser alguien en la gran ciudad. Y ¿para qué? No lo sabía.

No había tenido noticias de Spinster, y eso era buena señal. Carl no habría podido hablar con él o, por el contrario, se había dado cuenta de que hacerlo era un gran error por su parte. Aún lo tendrían retenido al menos veinticuatro horas más si yo no me decidía a ir en su ayuda. Miré el reloj y marcaba las siete y media. Tal vez, en una o dos horas decidiera aparecer por comisaría.

«Así aprenderá».

Pensé en cómo había cambiado mi vida en los últimos años. Había pasado de ser un muchacho que solo sabía de cómics y videojuegos a ser lo que ahora era. En ocasiones echaba de menos a aquel chaval que se reunía todos los fines de semana con sus amigos para jugar a partidas de rol, o aquel que estaba tan interesado en descubrir de qué estaba hecho el traje de los superhéroes que no pensaba en otra cosa. Mi antihéroe favorito siempre fue El

Joker, me iban mucho más los villanos que los buenos.

Echaba de menos ser un crío, sin responsabilidades, sin preocupaciones, pero la vida pasaba para todos, incluso para mí.

Pensé en Mía en la universidad, ella siempre fue muy aplicada y responsable en cuanto a los estudios. No se permitía a sí misma fallar o perder. Se exigía demasiado y por culpa de eso se perdió muchas vivencias de la universidad. Siempre fue amiga de Lissandra y Catalina, las conocí en una fiesta a la que Mía y yo fuimos juntos, aunque no tardó demasiado en darme esquinazo para irse con el que realmente le gustaba.

Yo siempre fui para ella el amigo fiel que estaba a su lado, el compañero de clase con el que podía estudiar o, la persona que la consolaba cuando le partían el corazón, pero nunca algo más que eso. Nunca lo que yo quería.

Si solo hubiese sido un poquito más espabilado por aquel entonces, tal vez, habría podido tener una oportunidad con ella. Aunque, no habría sido la persona que era hoy. Posiblemente no me habría marchado del país y no habría acabado haciendo la fortuna que había hecho. Mi vida habría sido muy distinta.

Me había ido bien en Nueva York. Había logrado almacenar el suficiente dinero como para vivir holgadamente en España si me lo planteaba. Aunque mi estilo de vida era bastante caro en Nueva York, podía permitírmelo sin ningún problema.

Madrid no había cambiado tanto desde la última vez que había estado en comparación a los cambios que sufría La Gran Manzana a diario, donde los edificios era demolidos tan rápido que no te daba tiempo a acostumbrarte a ellos. Algo que sí echaba de menos era la tortilla de patatas, nada ni nadie era capaz de igualar a las que se preparaban en España, o una buena paella. Eran platos que no se estilaban demasiado en Estados Unidos, sin incluir el añadido de que la mayoría del tiempo andaba con prisas y no tenía tiempo para comer un buen plato de comida casera.

Estados Unidos y España eran tan diferentes entre ellos, no solo a nivel gastronómico sino cultural, estilo de vida... Todo. La filosofía de vida de un americano consistía en trabajar duro para poder escalar en la vida, mientras que, en España, lamentablemente, muchos buscaban la vía fácil y cómoda para ello, donde reinaban los enchufismos y el coleguismo mucho más que el esfuerzo y la capacidad.

Me había desencantado hacía años, pues no quería verme en un lugar en el

que, por mucho que trabajase, no llegaría a avanzar nada. Sin embargo, había algo en España que hacía que no me pareciera tan mal lugar, y no sabía exactamente de qué se trataba. Siempre volvía, por mucho que no quisiera hacerlo, o por mucho que me dijese a mí mismo que no quería.

Dejé de pensar en lo que me hacía sentir el país y me dirigí al armario para vestirme e ir a la comisaría a sacar al inútil del sobrino de Spinster, que, aunque, me parecía un crío petulante y repulsivo, seguía siendo mi cliente, a parte del sobrino de mi socio.

Llegué a la comisaría poco antes de las nueve y cuando pasé a la zona de los calabozos me encontré a Carl en una esquina, sentado sobre el muro que hacía de asiento, mirando hacia la nada.

—¡Villalba! —gritó el policía—. ¡Te largas!

Carl levantó la vista y me vio, pero no parecía tener intención de levantarse del sitio en el que estaba. Me saludó con un gesto de la cabeza y tras un rato, algo más largo de lo normal, se dispuso a ponerse en pie.

El policía abrió la puerta del calabozo y Carl salió en completo silencio y sin dedicarme una mirada en absoluto. Ambos recorrimos la comisaría sin decirnos ni una palabra, como si estuviera enfadado conmigo por alguna extraña razón, aunque era plenamente consciente de cuál era el motivo por el que no lo hacía.

—¿Tienes hambre? —le pregunté y su respuesta se limitó a una especie de quejido—. Entenderé eso como un sí.

Me metí en una hamburguesería que estaba cerca y Carl me acompañó aun en silencio, con el ceño fruncido y un claro y notable mal humor. Nos sentamos en una de las mesas del fondo y, tras venir un camarero a tomarnos nota de las bebidas y darnos la carta, la cual cogí para ojear los platos, por fin, Carl se dignó a hablarme.

—¿Por qué has tardado tanto en venir a sacarme de ese agujero? —me soltó mientras me miraba con los ojos llenos de odio.

—Necesitabas reflexionar sobre lo que habías hecho —respondí con la vista puesta sobre la carta—. ¿Has tenido suficiente? ¿O vuelvo a marcharme?

Otro gruñido a modo de respuesta. Sabía que mi actitud le exasperaba casi tanto como la suya a mí, pero no iba a dejar que un niño me sacara de mis casillas, y mucho menos estaba dispuesto a que se diera cuenta de ello.

—Creo que voy a pedirme una Times Square —añadí—. Veamos si se parece mínimamente a las de allí. ¿Tú que vas a querer?

—Me da igual.

—Esa no aparece en la carta. —Volvió a mirarme con odio, con más, si es que eso era posible—. Mira, Carl, me da lo mismo si me odias o no, no tienes más remedio que soportarme y —dije mientras cruzaba las manos por encima de la mesa antes de seguir—: te recomendaría encarecidamente que trataras de llevarte mínimamente bien conmigo. No querrás tener a tu abogado enfadado, ¿verdad?

—Pienso decírselo a mi tío —amenazó.

—¿Y a quién va a creer? —respondí—. ¿A su socio que le ha hecho ganar millones de dólares, o a su sobrino que hasta ahora solo se ha metido en problemas? —Llamé con la mano alzada al camarero para que se acercara hasta nuestra mesa—. Yo me lo pensaría dos veces antes de hacer eso.

—Cuando esto termine...

—Me iré a Nueva York y por fin podré perderte de vista —le corté—. Tomaré una Times Square y para él ponga lo que le apetezca, está un poquito indeciso, comerá lo que sea —le pedí al camarero, devolviéndole las cartas para que pudiera marcharse a pedir nuestra comida—. Y ahora vamos a hablar de la estrategia que vamos a seguir, porque está claro que la prueba de ADN tan solo va a retrasar lo inevitable.

Llegué al hotel cerca de la una de la madrugada y me sentía exhausto, no solo por haber estado tantos días durmiendo escasas horas, sino por tener que escuchar las aberraciones que Carl había hecho. Tenía suerte de que lo protegiera el privilegio abogado-cliente, porque, de lo contrario, habría ido a denunciarlo sin pensármelo dos veces.

No solo era el responsable de la violación por la que iba a ser imputado, sino que, además, esa misma noche había cometido otra serie de delitos. Estaba seguro de que me los había confesado únicamente por si se llegaban a descubrir durante la investigación y eso me hacía preguntarme cuántas cosas más habría hecho durante su vida.

Me asqueaban las personas como él. Cierto era que mis litigios en Nueva York, en su mayoría, eran defender a los malos, pero hablábamos de multinacionales que querían ahorrarse dinerales en indemnizaciones y no de un perturbado que se creía que podía hacer lo que quisiera con la vida de los demás.

Eso sin contar el hecho que, de todos los crímenes que se podían llegar a cometer, ese, la violación, era uno de los que más asco me generaba. Abusar de una persona indefensa, o tal vez no tan indefensa, pero usar la fuerza bruta para conseguir algo y que eso te proporcionara placer me parecía repulsivo.

Adoraba los juegos sexuales en los que llevaba la dominación a niveles quizá un poco más elevados que el resto, pero siempre con el consentimiento de la otra persona. Jamás se me ocurriría forzar a una mujer a hacer algo que no quisiera hacer.

Por un momento sentí lastima por la pobre chica y por aquellos padres que debían de estar sufriendo un infierno por culpa de Carl. Pero no podía permitirme pensar en ellos, no siendo la defensa de ese niño. Ante todo, tenía que ser imparcial, por mucho que me hubiese confesado que lo había hecho. Pero eso no lo hacía más fácil, de hecho, lo hacía mucho más complicado.

La cercanía inmediata que había entre Carl y yo era un factor de peso que me llevaba a tener que dar todo de mí en aquel caso. Aunque estuviera en contra de mis principios, mi futuro en el bufete dependía de que hiciera todo lo que estuviera en mi mano por librarlo de la cárcel.

Me aflojé la corbata y me encaminé hacia la bañera para darme una ducha antes de meterme en la cama cuando, de pronto, me encontré con el champú de Mía en el borde de la bañera. Al parecer, se lo había olvidado esa tarde. Abrí la tapa y lo olí. Tuve que cerrar los ojos al hacerlo, ya que, de inmediato, aquel olor me trajo la imagen de Mía a la memoria.

Reviví al instante la sensación de tenerla junto a mi cuerpo y su cabello haciéndome cosquillas en la nariz. La eché de menos casi al instante y no era algo habitual en mí. Solía aburrirme con facilidad de las mujeres, pero con Mía era diferente, con ella me sentía muy a gusto, me sentía yo mismo y me hacía recordar aquellos tiempos en los que lo único que importaba era aprobar el examen de Derecho Mercantil.

Miré el móvil, indeciso. Quería llamarla, pero no me atrevía a hacerlo por miedo a molestar o a que pensara que era un pesado que no era capaz de estar dos minutos separado de ella que, aunque me gustaba su compañía, tampoco estaba dispuesto a darle ese poder sobre mí.

Descartando la loca idea de hablar con ella, me metí en la ducha y calmé mis dudas con el agua tibia. Tenía el balcón de la habitación abierto por completo y no se escuchaba absolutamente nada del exterior. Cuando acabé de

ducharme, me metí en la cama y encendí la televisión.

No tenía nada de sueño, pero sí que estaba lo suficientemente cansado como para no tardar en quedarme dormido. Miré al lado de la cama donde horas antes había estado durmiendo Mía, en los momentos que la dejaba descansar, pues me resultaba bastante difícil hacerlo cuando la tenía cerca. Quería tocarla y sentirla en todo momento, por lo que eran pocas las veces que lograba quedarse dormida sin que yo posara mis manos sobre su cuerpo.

Lo que ponían en la televisión era una auténtica mierda. La teletienda, tarotistas y casas de apuestas era todo lo que había en su mayoría, por no incluir las cadenas de televisión en diferentes idiomas, pensadas sobre todo para los extranjeros que visitaban la ciudad.

Apagué la tele y traté de dormir sin éxito alguno, por lo que salí de la cama y me dirigí al balcón a fumarme un cigarrillo. No solía fumar, ni lo hacía todos los días, pero cuando algo que no sabía lo que era me rondaba la cabeza, lo hacía. Había adquirido aquella costumbre por mi padre, que cada vez que quería aclarar sus ideas se asomaba a la ventana y se fumaba un cigarrillo.

Prendí la punta del cigarro y le di una fuerte calada, notando como el humo caliente me recorría la garganta, produciéndole una suave quemazón en el interior. No es que me gustara especialmente fumar, pero era un hábito que no me había planteado erradicar.

Me preguntaba qué estaría haciendo Mía, ya que dudaba que estuviera durmiendo tras haberlo hecho durante casi toda la mañana y parte de la tarde. Me hubiera gustado estar con ella, y no estaba seguro de si eso era algo bueno o algo malo. Pero estaba seguro de que, fuera lo que fuera, era un peligro para mí.



Capítulo 20

La conversación con Luis había sido la más dura que había mantenido durante toda mi vida. Nunca me había sentido tan cruel y despiadada como en esa ocasión. Se me desgarró el alma cuando vi que Luis comenzaba a lagrimear, aunque se resistía a hacerlo, mientras le decía que no podíamos seguir juntos.

Fue increíblemente doloroso mantenerme firme ante la decisión que había tomado, pues lo único que quería era correr hacia a él, abrazarlo y consolarlo, pero eso no iba a facilitarnos las cosas. Mientras rompía la única relación más o menos sana que había tenido durante toda mi vida, Luis me miraba en silencio, dejándome hablar y terminar de decir todo lo que tenía que decir. Agradecí que no me interrumpiera, pues, si lo hubiera hecho, no habría sido capaz de terminar.

No había logrado pegar ojo durante toda la noche. Me dolía el pecho de tanto llorar en la cama, pensando que era la peor persona del planeta. Aún podía recordar con total claridad la mirada de decepción en los ojos de Luis, cómo poco a poco su mundo se venía abajo como cuando un espejo se cae al suelo y se rompe en mil pedazos, esparciéndose por el suelo en diminutos trozos, al caer de una gran altura.

Los ojos me escocían por las lágrimas cuando me levanté de la cama para

prepararme un café que, más que para despertarme, me tomaba por pura costumbre. Envuelta en una manta y caminando como un zombi, fui hasta la cocina. Cogí la cafetera y la preparé.

Me senté en el taburete a la espera de que saliera el líquido oscuro que tanto necesitaba cuando sonó el teléfono de la casa. Me levanté y fui hasta el lugar en el que estaba para poder contestar.

—¿Diga? —dije nada más descolgar con voz fangosa.

—...

—De acuerdo, Ricardo. Voy para allá. —Colgué.

Habían recibido los resultados del laboratorio y, como era de suponer, el resultado era positivo. El cliente de Kevin era culpable y eso era innegable. Ricardo estaba con el juez de primera instancia redactando la orden para que ingresara en prisión hasta que tuviera lugar el juicio. Teníamos que argumentar la innumerable lista de delitos que había cometido el acusado para que no pudiera salir bajo fianza o, en caso de que se le pusiera una, que fuera lo más elevada posible.

No creía que fuera algo difícil de conseguir, de hecho, estaba segura de que el juez estaba de nuestra parte, a pesar de que tenía que mostrarse imparcial. Nadie quería a un violador suelto en las calles y haríamos todo lo humanamente posible para que estuviera entre rejas el mayor número de años posibles.

Me serví el café, que me tomaría mientras me vestía para ir al juzgado. Sabía que me encontraría con Kevin allí, aunque no era precisamente lo que más quería en aquel momento, pues él era la razón por la que había roto con Luis.

Me había hecho dudar.

No es que le echara directamente la culpa de la ruptura, pues nadie influye en nadie si ese no quiere y, a decir verdad, no me pidió que lo hiciera, aun sabiendo de la existencia de Luis.

Miré mi armario en busca de algo decente que ponerme y, aunque no era la pieza más cómoda que tenía, me puse una falda de tubo gris con la chaqueta a juego. Ricardo insistía en que era la mejor forma de acudir al juzgado. «Somos lo que vestimos», me decía una y otra vez.

Para la blusa, me decanté por una de color crema, y los zapatos de tacón serían negros, que irían a juego con el maletín donde llevaba todos los documentos necesarios para el caso, al menos los que teníamos hasta ese

momento.

Le di el último sorbo a mi café y, tras echarme un último vistazo en el espejo y comprobar que no se me notaba que había estado llorando, salí de mi casa camino al juzgado.

Tras pasar el tedioso control de seguridad de la puerta de los juzgados y de saludar al guardia de seguridad al que le tocaba la puerta esa semana, recorrí con cierto grado de prisa los pasillos para llegar a tiempo a la sala donde estaban el fiscal y Ricardo.

Para mi poca fortuna, el tráfico aquella mañana había sido de locos, y me había hecho retrasarme más de lo que esperaba. Ricardo debía de estar de los nervios y eso era algo a lo que no quería enfrentarme, pues si llegaba después de que la orden estuviera vigente, toda esa frustración iría a parar directamente hacia mí.

Ser el punto de mira de ese hombre era lo peor que podía pasarte en el mundo, de eso no cabía duda. Cuando Ricardo explotaba era como estar presente en una demolición siendo tú el edificio que se vendría abajo. No era para nada agradable. Bastante difícil se hacía estar simplemente presente cuando les pasaba a otros, como para ser el objetivo de su ira.

Irrumpí en el despacho del juez justo en el momento en el que este le entregaba la orden de arresto a los policías. Ricardo me miró con desaprobación por mi retraso y, aunque no dijo nada al respecto, sabía que me echaría un buen sermón en cuanto saliéramos de allí.

Kevin estaba ahí.

Tenía los brazos cruzado, apoyados sobre el pecho, asumiendo lo que allí estaba ocurriendo. Se me paró el corazón cuando posó sus ojos verdes sobre mí, y mi cuerpo tembló como respuesta.

—Si me disculpan, tengo que ir a un juicio —se despidió el juez.

Ricardo y el fiscal salieron de la habitación, sin molestarse en pedirnos a ambos que los siguiéramos. Nos quedamos solos en el despacho Kevin y yo. Nuestras miradas se encontraron en la distancia y, por un tiempo, se sostuvieron, como si ninguno de los dos quisiera apartarla antes que el otro. Dándome por vencida, fui la primera en retirarla y, queriendo huir de él, me giré para salir por la puerta que en ese momento se encontraba cerrada.

—No te vayas —me dijo, agarrándome del brazo y haciendo que me detuviera en seco—. No huyas de mí.

No pude responder, me mantuve quieta con la vista fijada en la única salida que había en aquella habitación, sin poder decir o hacer nada. Incluso sin poder pensar en nada más que la mano que me sostenía.

Aquella mano bajó tímidamente y me rozó despacio el muslo, haciéndome terriblemente complicado mantenerme en pie. Mi mente se quedó en blanco, por un momento, olvidé que quería salir de aquella habitación a toda prisa.

No podía verle, pero, al sentir su aliento cálido en el cuello, supe que se había posicionado justo detrás de mí y una sensación de calor me abrazó por detrás.

—Hueles a frutas dulces, Mía —me susurró al oído, erizando cada vello de mi nuca, mientras depositaba ambas manos en mis caderas y su cuerpo se frotaba contra el mío—. Y quiero probar las partes que también son dulces.

Cerré los ojos presa de su magnetismo, sentía las palmas de sus manos deslizándose por mis piernas hasta apresar el dobladillo de la falda mientras que su erección se hacía latente en mi trasero.

Lentamente, me levantó el borde de la falda hasta colocarlo por encima de mis caderas. Sus dedos se movían con pericia por mis muslos, rozándolos con las yemas casi sin llegar a tocarlos, dejando un hilo de fuego por donde pasaban y haciendo que toda mi piel ardiera de deseo. Colocó las manos en la apertura de mis muslos.

—Ábrete para mí, Mía —me pidió con voz ronca, sonando tan erótica que casi me hace enloquecer—. Déjame tocarte.

Obedientes, mis piernas se abrieron sin importar lo que pudiera ordenarle mi cerebro. No importaba, había perdido todo el control de mi cuerpo o de mi voluntad. Le pertenecía a él, era completamente suya.

Llevó la mano hasta mi entrepierna y, apartando con facilidad las braguitas, me acarició el clítoris, para así no dilatar lo que tanto estábamos ansiando los dos.

—Me encanta que me recibas siempre tan caliente, tan húmeda —me dijo antes de darme la vuelta y posicionarme de frente a él.

Sus ojos verdes, ahora vidriosos por el deseo, se me clavaban en lo más profundo del alma, tenía la mirada de un auténtico cazador, y eso me excitaba sobremanera. Un gemido se escapó de mis labios cuando volvió a llevar la mano hasta mi entrepierna y hundió uno de sus dedos en mi interior.

Aún tocándome como lo estaba haciendo, su boca arremetió contra la mía en un beso tan exigente como lleno de necesidad. Su lengua se movía por el

interior de mi boca como si fuera la última vez que fuera a estar en ella, hasta que sus labios se separaron de los míos al mismo tiempo que su mano salía de mi cuerpo, dejándome una sensación de vacío que me sobrecogió.

Mirándome directamente a los ojos y con una sonrisa pícaro en los labios, me colocó las braguitas en su lugar y deslizó la falda hacia abajo para dejarla en la posición inicial. Yo lo observaba hacer, jadeante, excitada y desconcertada a partes iguales.

—Vamos, se preguntarán dónde estamos —me dijo, dejándome aún más desconcertada de lo que estaba. Y tras aquellas palabras, me colocó la falda, abrió la puerta y salió.

El corazón me latía a mil por hora y mis ojos se quedaron clavados en el lugar por el que habían visto partir a Kevin. Cuando mi mente recobró la cordura, maldije por lo bajo por haberme dejado embaucar de aquella manera.

¿Siempre iba a ser así? ¿Iba a hacer de mí una completa estúpida?

Dispuesta a no dejarme engatusar ni una sola vez más, salí del despacho con la cabeza alta y con la firme convicción de ser una persona fuerte, aunque en aquel momento me sentía todo lo contrario. Me di cuenta de que fuera ya no había nadie, no había rastro ni de Ricardo, ni del fiscal, ni de Kevin. Nadie.

Confusa, saqué el móvil dispuesta a llamar a mi socio, cuando escuché que me llamaban desde mi derecha. Al girar la cabeza en la dirección en la que escuchaba la voz, vi a Ricardo, que me esperaba en la esquina. Corrí hacia aquel lugar, pero él ya había comenzado a andar sin mí.

—Tenemos que prepararnos para la vista —me dijo nada más llegar hasta su lado.

—¿Tenemos? —pregunté al notar que se había incluido en el caso—. Creía que no ibas a llevarlo.

—Es una forma de hablar —respondió sin mirarme—. Daniel y tú tenéis que preparar las pruebas que tenemos, no vaya a ser que al imbécil del abogado de la defensa le dé por hacer que desestimen la prueba de ADN.

Me impactó escucharlo hablar así de Kevin. Estaba acostumbrada a que Ricardo tratara así a las personas y a que se refiriera a sus contrincantes de aquella manera. Pero, tras haber pasado los últimos días en los brazos de aquel hombre, se me hacía bastante difícil compartir aquel sentimiento.

Sabía que tenía que convertirlo en mi enemigo en los juzgados, pero me resultaba prácticamente imposible sentir que lo fuera cuando recordaba sus manos sobre mi piel, algo que acudía mi mente con más frecuencia de la que

me gustaría.

Kevin era como una droga, adictiva y de la cuál siempre quieres más, y yo era una drogadicta que nunca tenía suficiente. Jamás me imaginé que necesitaría sentir las manos de otra persona sobre mi cuerpo como necesitaba las de Kevin, y eso me frustraba, pues no estaba acostumbrada a no tener el control sobre las cosas de mi alrededor.

—Voy a prepararme, entonces. No creo que tarden demasiado en decidir qué día será —dijo de pronto Daniel, al pararse en medio del pasillo—. Te pasaré lo que tenga por correo, Mía. Cualquier cosa que encuentres será de ayuda, yo ya tengo de los archivos de la policía la ficha de Carl Villalba.

—De acuerdo. —Respondí y nos despedimos con un apretón de manos.

Ricardo y yo salimos juntos de los juzgados, pero cada uno tomó una dirección diferente después, ya que él volvió a la oficina y yo fui hasta mi casa, pues consideraba que podría trabajar mucho más tranquila desde allí. Sin contar que tenía que esperar a que Daniel me mandara todo lo que tenía sobre el caso, incluida la ficha policial de Carl, el acusado. Cuando llegué a la puerta de mi apartamento, me encontré a Kevin sentado en el rellano de las escaleras.

—Tienes que dejar de hacer esto —le solté nada más verlo—. Si quieres venir a mi casa deberías de llamarme primero.

—¿Me habrías cogido el teléfono? —preguntó con sorna.

—No —admití mientras introducía las llaves en la cerradura de la puerta.

—¿Por qué has estado llorando? —me preguntó desde atrás.

Me detuve un segundo, meditando si quería responder a aquella pregunta o si quería ignorarla por completo. La cerradura cedió, quedando así ligeramente abierta la puerta.

—No sé por qué crees que he estado llorando —dije mientras abría por completo y entraba en mi casa—, porque no lo he hecho —finalicé, y mi intención tras decir aquello era cerrar la puerta dejando a Kevin fuera, pero su mano se interpuso en mis planes y me impidió cerrar como había querido hacer.

—No te creo —me respondió metiendo un pie en el interior de la casa.

—Vete —le pedí.

—No —me respondió, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Sueles hacer siempre lo que te sale de las pelotas? —le dije con ironía.

—Tengo la costumbre, sí.

—No te soporto —solté dándome la vuelta y encaminándome hacia la cocina, sin importarme que estuviera o no en mi casa.

—Mía, cuéntame qué te ocurre —insistió, siguiéndome hasta la cocina—. Háblame.

—No tengo nada que decirte.

Kevin se quedó en el marco de la puerta esperando, mirando qué era lo que yo iba a hacer. Yo no podía pensar en nada, lo único que quería era tomarme un café, comer algo con chocolate y olvidarme de que el mundo existía. Me odiaba a mí misma por haberle roto el corazón a Luis, por sentir lo que sentía por otro, aunque no tenía muy claro qué era realmente, y más lo odiaba a él por no dejarme en paz, por estar donde estaba, sin respetar mis deseos, porque le había pedido que se marchara y no me había hecho maldito caso.

Furiosa con él, pero más conmigo misma por no poder quitármelo de la cabeza, me giré y lo miré con rabia. Él parecía impasible ante mi mirada, que nunca había deseado tanto que pudiera desintegrar a alguien como lo deseaba en aquel momento. Por un momento me imaginé que de mis ojos salían rayos que lo convertían en cenizas molestas que después tendría que barrer de mi suelo, pero me habría librado de él. Por desgracia, allí seguía.

—¿Qué haces aquí, Kevin? —pregunté.

—Quería ver cómo estabas —respondió—. Me pareció que no estabas bien cuando te vi en el juzgado.

—Pues ya ves que estoy perfectamente —le dije, alzando el mentón para quedarme a su altura.

Alzó la mano, dispuesto a acariciarme la mejilla, pero se la aparté con brusquedad de un manotazo. Kevin me miró como quien mira a un niño pequeño que se ha portado mal y volvió a llevar la mano hasta mi mejilla, acariciándomela suavemente con los nudillos.

—Mía, te conozco.

—No..., no me conoces —balbuceé, pues era entrar en contacto con su piel y volverme una completa idiota que no era capaz de pensar con claridad.

—Claro que te conozco —dijo mientras pegaba el cuerpo al mío, envolviéndolo prácticamente por completo—. Sigues siendo la misma chica que conocí en la universidad. Mucho más sexi, si puedo decirlo. —Sonreí—. Y, aunque me muero de ganas por hacerte saber cómo de sexi me pareces —comentó, haciéndome saber ante su roce lo que se escondía bajo sus pantalones, que había aumentado de tamaño considerablemente—, quiero

saber qué te pasa.

—Salía con alguien —admití finalmente—, aunque, creo que eso ya lo sabías. —Él asintió.

—Mantuvimos una charla justo aquí —me dijo, aclarando mis dudas sobre si nos había visto en la cama aquel día.

Me imaginé que Luis habría entrado en casa y, por algún casual, Kevin estaba en la cocina cuando llegó. Me preguntaba que le había dicho o cómo habría reaccionado Luis al verlo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunté, con los ojos cuajados al pensar en lo que habría sentido Luis al verlo.

—No lo creí necesario.

Analiqué con cuidado su expresión. Parecía sincero y no noté que ocultara nada tras sus palabras. Realmente creía lo que decía, sin más.

—No quise pensar ni preguntar si me estaba convirtiendo en tu amante —prosiguió—. No me importaba serlo, siempre que fuera eso lo que querías tú. —Me llevé la mano a la frente y me la froté al escucharlo.

—He roto con él —confesé finalmente—. ¿Por qué sonríes?

Verlo sonreír me molestó ligeramente, pues aquello era un tema que me había afectado bastante y no me hacía ninguna gracia haber jugado con los sentimientos de otra persona y que no solo no le importase, sino que encima le causara satisfacción, me irritó. Kevin borró la sonrisa de la cara en cuánto se percató de que estaba molesta.

—Entiéndeme, Mía —me pidió, agarrándome de la cintura—. No me alegro de tu sufrimiento y entiendo que acabar con una relación, fuera la que fuera, nunca es fácil.

—¿Entonces por qué te alegras?

—Porque así puedo tenerte solo para mí —me respondió mirándome intensamente—. No querría compartirme con nadie.

Sus labios se acercaron hasta los míos y, sin oponer resistencia alguna, me dejé besar por él. El contacto de sus labios me consoló e hizo que me olvidara del mundo, aunque solo fuera por unos segundos. A pesar de que hacía muchos años que no nos veíamos, de que apenas sabíamos nada el uno del otro, me sentía cómoda en su presencia, como si él llenara el vacío que había en mi vida, y eso me asustaba.

Me aterraba aquel sentimiento que me invadió por sorpresa, y me hacía sentir pavor la sola idea de que todo aquello fuera un error y me estuviera

metiendo en un terreno que, al final, solo me traería dolor.

—¿Cómo lo haces? —pregunté una vez sus labios se hubieron separado de los míos—. ¿Cómo consigues que me olvide de todo?

—Me alegra causar ese efecto en ti.

—¿Qué estamos haciendo, Kevin?

—¿A qué te refieres? —me preguntó, cambiando la expresión de su rostro como si supiera exactamente a qué me refería, pero sin querer admitirlo.

—Me refiero a qué va a pasar con nosotros.

Era consciente de que estaba buscando una respuesta a algo que ni siquiera yo misma sabía y que, tal vez, no me gustase lo que Kevin me fuera a responder.

—No lo sé —dijo soltando un sonoro suspiro—. No tengo ni la más remota idea.

Ninguno de los dos quiso ahondar en profundidad en aquella pregunta para la cual no teníamos respuesta. Sin embargo, nos abrazamos mutuamente como si quisiéramos acallar a nuestros pensamientos con ese gesto.

Me alzó el mentón y me besó con delicadeza, una delicadeza con la que no me había besado en todo ese tiempo. Nuestros cuerpos temblaban ante la intensidad de aquel mágico momento en el que ambos nos habíamos convertido en una única persona.

La mano de Kevin se introdujo a través de mi blusa y desabrochó el enganche del sujetador, liberando así mis pechos y dejando que los pulmones se me llenaran de aire sin nada que los oprimiera.

Me acarició lentamente la espalda, aún con la ropa puesta, mientras caminábamos torpemente hacia la habitación, donde la cama aún estaba deshecha y las sábanas continuaban revueltas.

Nos dejamos caer sobre el colchón prácticamente sin separarnos el uno del otro, pues, de pronto, mantener el contacto se había vuelto una prioridad, una necesidad imperiosa que nos dominaba por completo.

Me deshice de su chaqueta y él hizo lo mismo con mi blusa. Lentamente, disfrutando de las vistas que nos ofrecíamos, fuimos quedándonos desnudos, al mismo tiempo que contemplábamos nuestros cuerpos y nos tocábamos como si fuera la primera vez que los viéramos.

Los dedos de Kevin jugaban con mi antebrazo, acariciándolo de tal manera que la sensación que me producía era maravillosa, me relajaba y me hacía sentir completa. Cerré los ojos para centrarme en las sensaciones que me

producían sus caricias, y él aprovechó aquel momento para besarme en la frente.

Cuando volví a abrir los ojos, se había puesto sobre mí, me recorrió el brazo con la mano hasta posicionármelo por encima de la cabeza y entrelazó los dedos con los míos. Enredé las piernas con las de él, queriendo retenerlo junto a mí de manera inconsciente.

Hundió el rostro en mi cuello y me lo mordió con suavidad, logrando con ello que todo mi cuerpo vibrase al instante. Con la mano que me quedaba libre, le quité las gafas. Quería verlo, quería mirarlo directamente a los ojos sin un cristal que nos lo impidiera. Tenía los ojos más hermosos que había visto en toda mi vida.

—Quiero sentirte dentro —le dije, y noté a modo de respuesta como su miembro palpitaba en mi entrepierna.

El roce de su polla contra mi sexo era agónico, pues me creaba una ansiedad y una necesidad de él que me abrumaban. Necesitaba tenerlo dentro de mí y calmar aquella angustia que me recorría por entero. Llevé la mano hasta ella, la agarré con fuerza y la coloqué en la entrada de mi vagina, sabiendo que entraría en mí con una facilidad asombrosa.

—Fóllame... —le pedí casi como una súplica.

Y entonces se introdujo en mí de una sola vez, llenándome por completo y llegando hasta lo más hondo. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal al envolverlo en mi interior y, tal y como había supuesto, se deslizó sin ningún esfuerzo.

La sensación que experimenté no sabría describirla, fue como si nuestros cuerpos se hubiesen convertido en moléculas que flotaban por el aire y se mezclaban entre sí, era como si nos hubiésemos convertido en una única persona, como si hubiésemos estado diseñados para estar el uno con el otro.

Una lágrima involuntaria se escapó de mis ojos hacia el colchón, liberando todas aquellas emociones que no quería plantearme y que me daban un miedo atroz. Aún temblorosos por la intensidad del momento, Kevin acercó el rostro al mío y me besó en los labios antes de ponerse un preservativo y comenzar a bombear dentro de mí.

Sus caderas se mecían, entrando y saliendo de mi cuerpo a un ritmo que cada vez me hacía querer más y más. Deslicé las manos por su espalda, maravillándome lentamente en la contracción de todos sus músculos, que se sentían duros y firmes bajo mis palmas. Me detuve en el lugar en el que nacían

sus nalgas, sintiendo como comenzaba su redondez. Antes de que pudiera continuar con mi exploración sobre el cuerpo del hombre que me hacía jadear, sentí como colocaba la mano en mis nalgas y las alzaba para entrar más profundamente en mí.

La fricción que me produjo su miembro al entrar tan hondo me hizo gritar de placer. Un placer que nunca había experimentado. Me embistió con fuerza, arrancando de mis labios más gritos.

—Córrete para mí... —me dijo mientras volvía a embestirme con violencia—. Quiero que te corras teniéndome dentro.

Colocó las manos en mis caderas y me sujetó con fuerza mientras entraba una y otra vez en mi interior, alzándomelas para llegar hasta lo más profundo.

—Dios, sí... —dijo embistiéndome cada vez más fuerte—. Córrete conmigo.

Incapaz de aguantar durante mucho más tiempo en aquella dulce agonía, me aferré a las sábanas y exploté. Sentí cómo todo mi cuerpo se convulsionaba y cómo se aferraba a él mientras lo hacía. Kevin se dejó caer encima de mí y, mientras notaba su aliento en el cuello, su polla palpitaba en mi interior.

Ambos estábamos jadeantes, tratando de recuperar el aire que nos faltaba, pero incapaces de movernos ni de separarnos ni un solo centímetro. No supe cuánto tiempo pasó, si fueron segundos, minutos u horas, hasta que Kevin se apartó y se dejó caer a un lado de la cama, quedando boca arriba y dejando así que los pulmones se me llenaran de aire.

Me sentía exhausta, era como si mi cuerpo hubiese liberado toda la tensión que había estado acumulando durante toda la semana, como si ya no pesara absolutamente nada y todo hubiese quedado en aire.

Estaba cansada.

Rápidamente, los párpados comenzaron a pesarme y no tuve más remedio que cerrar los ojos, aunque trataba de no dormirme y escuchar la respiración agitada de Kevin, que poco a poco fue volviendo a la normalidad. Sentía que me estaba quedando dormida, pero aún era consciente de lo que ocurría a mi alrededor, pues, a pesar de estar sumiéndome en un sueño reparador, noté como Kevin se colocaba de lado y me apartaba un mechón de cabello de la frente.

Era incapaz de moverme, y cada vez me costaba más mantenerme en el mundo de los despiertos, pero la mano de Kevin acariciándome me mantenía en este mundo.

—Eres sumamente graciosa cuando roncas —susurró.

«Yo no ronco», quise decir, pero, sin embargo, de mis labios no salió palabra alguna.

Sentí como me cubrían con la manta, proporcionándome de pronto un calor de lo más agradable. Hacía frío y no me había dado cuenta de ello hasta que me había tapado. Un largo y placentero suspiro se escapó de mis labios.

Noté a Kevin meterse bajo las sábanas a mi lado y colocarse de lado hacia la pared, dándome la espalda, aunque era incapaz de verlo, pues abrir los ojos me parecía una misión imposible.

—No sé cómo has conseguido que me enamore de ti.

Abrí los ojos de golpe.



Capítulo 21

El sonido de varias bocinas me despertó sin saber muy bien dónde estaba, Miré con los ojos medios pegados aún por el sueño hacia la ventana. Se había quedado abierta durante la noche y ahora se escuchaba el tráfico que había en el exterior.

Me incorporé con cuidado de no despertar a Kevin, que seguía durmiendo plácidamente a mi lado. Me detuve tan solo un momento a contemplar su imagen sobre la almohada. Parecía tan inocente, tan bueno y perfecto, que te daban ganas de achucharlo y estrujarle los mofletes.

Pensé en lo que había escuchado antes de quedarme dormida; porque lo había escuchado, ¿no? No era la primera vez que mi mente me jugaba una mala pasada y me hacía recordar cosas que en realidad no habían sucedido. Tal vez, podía ser una de esas veces, ya que tenía ciertas lagunas.

Cuando estaba quedándome dormida, era más que posible que mi mente creyese haber volado y haberlo sentido como si realmente eso hubiese pasado. Sin darle más importancia, me levanté y me dirigí hasta la ventana, dispuesta a cerrarla y así evitar el molesto ruido de la calle.

Miré por el cristal antes de disponerme a cerrarla y me dejé embelesar por las calles mojadas, en las que se formaban pequeños charcos que les daban un aire muy desenfadado.

Me gustaba el olor de la lluvia, el ambiente húmedo que se formaba alrededor dándole frescor, anunciándote la próxima llegada del invierno.

Cuando finalmente cerré la ventana, me di cuenta de lo que habían descendido las temperaturas durante la noche y fue entonces cuando sentí verdaderamente el frío en el cuerpo. Me froté los brazos, tratando de hacerme entrar en calor con la fricción, pero sin demasiado éxito.

Me hice con una muda de ropa limpia sin hacer mucho ruido, pues tenía miedo de que, al hacerlo, pudiera despertar a Kevin. Después de coger las prendas necesarias, fui hasta la puerta del baño con la intención de darme una ducha calentita y, poder así deshacerme del frío que me había invadido. Le eché un vistazo a Kevin justo antes de meterme en el baño y no pude evitar sonreír al verlo sobre la cama, cubierto por el edredón y completamente dormido.

El cuerpo se me calentó rápidamente en cuanto mi piel entró en contacto con el agua de la ducha. Me mantuve durante un largo rato debajo del grifo, deleitándome con la sensación del agua corriéndome por la espalda, y dejando que esta, junto al calor que desprendía, me relajase todos los músculos que habían permanecido tensos durante las últimas horas.

Abrí los ojos con cierto grado de sorpresa, pues me pareció escuchar el sonido de algunas notas de guitarra, pero no estaba segura del todo de haber oído bien. Sin darle mayor importancia, continué enjabonándome el cuerpo, cuando, de pronto, volví a creer que escuchaba aquellas notas. Cerré el grifo con la intención de prestar una mayor atención a lo que se oía, para así comprobar que aquel sonido no era un producto de mi imaginación.

«Sí, sin duda alguien está afinando una guitarra en la habitación. Tal y como se escucha no puede venir de otro lugar».

Me quité rápidamente el resto del jabón que me quedaba en el cuerpo y salí de la ducha envuelta en una toalla. Sentía una enorme curiosidad por ver a Kevin tocando y comprobar cuáles eran sus dotes musicales, pues, a pesar de que sabía que la única guitarra que había en mi casa era de Thierry, no podía ser él quien estuviera tocándola. Solo podía tratarse de Kevin. Y me moría por verlo.

Cuando irrumpí en el dormitorio, dispuesta a dar crédito a lo que en mi mente se había formado, me encontré a Kevin sentado sobre la cama, en calzoncillos como único atuendo, la pierna cruzada sobre la rodilla y con la guitarra de Thierry descansando sobre sus muslos. Movía los dedos por las

cuerdas, haciendo que aquella caja de madera sonara suavemente.

Estaba absorto con el instrumento entre las manos y la melodía que comenzó a tocar, con bastante maestría, me resultó extrañamente familiar. Traté de pensar de qué canción se trataba cuando, de repente, me mira a los ojos y me sorprende cantando:

«Quizá no fue coincidencia encontrarme contigo... Tal vez esto lo hizo el destino... Quiero dormirme de nuevo en tu pecho... y después me despierten tus besos...».

Me quedé maravillada mirándole. Reconocí la canción de inmediato: *Colgando en tus manos* de Carlos Baute y Marta Sánchez.

Me sentí arder cuando sus ojos se encontraron con los míos y sus labios seguían moviéndose en una canción que me ponía los pelos de punta, pues sabía que aquella canción estaba diciéndome mucho más de lo que podría decirme con tan solo palabras. Con ello confirmé que lo que había oído por la noche, no había sido producto de mi imaginación.

Me senté sobre la cama, a su lado, no solo queriendo estar lo más cerca posible de él, sino que lo hacía también porque dudaba de que mis piernas pudieran sostenerme al darme cuenta de que entre Kevin y yo se estaba creando un vínculo muy fuerte. Un vínculo que me aterraba, pero del que no podría alejarme, aunque quisiera hacerlo.

La canción llegó a su fin y con ello dejó de tocar. Reinó el silencio entre nosotros y yo era consciente de que Kevin esperaba a mi reacción. No tenía ni idea de cómo debía reaccionar, o de qué decir. ¿Debía dejar claro que había captado el mensaje, o debía dejarlo correr como si no me hubiese enterado?

Mientras lo pensaba, Kevin dejó a un lado de la cama la guitarra y se acercó un poco más hacia a mí, rozando prácticamente su hombro con el mío. Llevó la mano hasta mi mejilla y la acarició con cuidado con los nudillos. Giré el rostro de manera inconsciente, llevando los labios hasta aquellos dedos, responsables de lo que estaba sintiendo en mi piel, y se los besé con ternura.

Se acercó hasta mí y me depositó un beso en los labios, tan fugaz que sentí anhelo de ellos tan pronto como me rozaron.

—Tengo que irme —me dijo, trayéndome a la realidad, una realidad que no me gustaba y de la que quería huir—. Me encantaría poder quedarme contigo —añadió al ver que desviaba la mirada con desilusión—. Créeme que si de mí dependiera no saldrías de esta cama. —Sonreí.

—¿Quieres un café antes de irte? —pregunté tratando de disimular el nudo que se me formaba en la garganta al pensar en su inevitable marcha.

—Quiero mucho más, pero me conformo con el café.

Me levanté rápidamente de la cama en dirección a la cocina para preparar la cafetera. No quería que Kevin viera el efecto que tenía sobre mí, ni que notara el dolor que se me formaba en el pecho cuando creía que se iría y no volvería más.

No estaba segura de que lo que había sucedido entre nosotros fuera de la misma manera para los dos. Tal vez, me había formado una película en la cabeza y él no estaba declarándome su amor a través de la música, quizá simplemente le apetecía cantar un poco y eligió aquella canción al azar.

No podía dejar de pensar en las cosas que había sentido durante la noche, en cómo me hacía temblar con cada caricia, o la conexión que experimenté al dejarme hacer bajo sus brazos. Kevin era un amante entregado, dispuesto a satisfacer mis deseos y necesidades más primarias, llevándome al éxtasis una y otra vez sin pensar en sí mismo, pero a su vez, era autoritario y firme, y eso era algo a lo que no estaba acostumbrada, pero que me hacía sentir como una niña traviesa que necesita que le den su castigo.

Me descolocaba, rompía todos mis esquemas y no sabía cómo controlarlo.

Comenzó a sonar la salida del vapor de la cafetera y con ello dejé de darle vueltas a todo lo que me rondaba.

No tenía ni idea de qué estaría haciendo Kevin, si seguía en la cama, si se habrá metido en la ducha o si estaba haciendo en pino-puente. No escuchaba absolutamente nada desde la habitación, lo que me hacía pensar, que probablemente seguiría en la cama sin hacer nada.

Para mi sorpresa, cuando entré en el dormitorio con las dos tazas de café, una en cada mano, comprobé que Kevin se había duchado a una velocidad inverosímil y me esperaba frente a la ventana completamente vestido. Para mi pesar, pues contemplar su cuerpo desnudo era la mejor imagen que podían ver mis ojos.

—No están nada mal las vistas desde tu ventana —me dijo con una sonrisa en los labios.

—Dan a parar a una calle con mucho tráfico. No son nada del otro mundo —respondí encogiéndome de hombros.

—Tendrías que ver lo que se ve desde mi piso de Nueva York.

Se hizo un incómodo silencio entre nosotros, pues aquella era otra de las

razones por las que no debía de ilusionarme con él. Vivía en otro país y toda su vida estaba allí. Los cuentos de hadas están bien para cuando eras una niña y todo lo que te queda es soñar, pero una vez de adulta, creer que puedes cambiar el mundo de una persona es ser muy fantasiosa.

Además, ¿quería que se quedara? Jamás se me ocurriría ni siquiera plantearme pedírselo, pues de hacerlo lo estaría obligando a elegir, e hiciese lo que hiciese, siempre pensaría en lo que ha dejado atrás, ya fuera Nueva York, o a mí. Claro que yo llevaría mucho menos tiempo en su vida que todo lo que habría dejado allí.

Las cosas con Kevin no serían fáciles, de eso estaba segura, y no solo porque nos separase un océano, sino porque, además, estaba convencida de que la convivencia entre nosotros no sería sencilla. Él parecía tener muy claro lo que quería en su vida y cómo lo quería, y yo no era una persona que se amoldase a las comodidades de otras.

Nunca dejaría que alguien me dijera lo que podía o no podía hacer, lo que debía o no, y mucho menos cómo hacerlo. Nunca he sido una mujer sencilla, cambio de humor con facilidad y soy como una bomba de relojería si me haces enfadar, y Kevin, parecía de esas personas que disfrutarían viéndome explotar. Pero, sin embargo, no paraba de pensar que la idea de estar juntos no era tan descabellada.

Debía de estar loca, o tal vez, estaba sufriendo un derrame cerebral que me hacía pensar en cosas absurdas.

—Gracias —me dijo Kevin al coger la taza que le ofrecía.

Bebió del brebaje sin decir nada en absoluto, pero mirándome intensamente con aquellos ojos verdes que hacían que me olvidase de todo lo que sucedía a mi alrededor.

No sabía qué decirle y, a su vez, no quería que por mi silencio se marchase antes de mi casa. Si no estaba segura de volverlo a ver, tal y como lo había visto esa noche, por lo menos quería poder disfrutar el tiempo que nos quedara. Kevin hizo un gesto con la mano que tenía libre para que me acercara y automáticamente mis piernas obedecieron, colocándome justo a su lado. Me pasó el brazo sobre los hombros y me llevó hasta la ventana.

—Mira —me dijo.

Yo obedecí y miré la calle sin saber muy bien qué o a quién quería que mirase. Mis ojos vagaron por la longitud del asfalto y los edificios de los alrededores, pero no captaron lo que él quería que observara.

—¿Qué? —le pregunté al no encontrar lo que quisiera mostrarme—. Solo veo coches y personas caminando.

—Eso es porque no estás mirando dónde tienes que hacerlo —se burló y yo lo miré con una ceja enarcada—. Mira allí.

Me agarró del mentón y me guió suavemente hacia donde quería que mirase. Me costó un poco llegar a entender a qué se refería, cuando de pronto, supe lo que era.

En una de las ventanas del edificio de enfrente se veía la cocina de una de las casas, donde una pareja de ancianos bailaba con ternura y se hacían carantoñas, como si fueran adolescentes. El corazón me dio un vuelco al contemplar la escena.

—Me recuerdan a mis padres antes de que el cáncer nos arrebatara a mi madre —confesó, se notó en su voz la nostalgia—. Siempre estaban así. Bailando, riendo y tan unidos que parecía una historia de película.

Observé el rostro de Kevin mientras hablaba, tenía la mirada fija en la pareja, abstraído de cualquier cosa que no fueran ellos dos, aunque era consciente de que su mente había viajado a aquella época en la que su madre aún vivía. Quise acariciarle y tratar de consolar aquella pena que se vislumbraba a través de sus ojos, pero no me atreví. No quería que se alejara de mí ahora que parecía estar más cerca.

—¿Hace cuánto que murió? —le pregunté finalmente, temerosa de que cesara de hablar.

—Harán doce años en febrero —respondió sin apartar la mirada de la ventana—. Unos años más tarde mi padre se suicidó. No pudo soportar vivir en el mundo sin ella y se provocó así mismo una sobredosis, con los ansiolíticos que le recetaron para la depresión.

Me dio un escalofrío al escucharlo y me sorprendió la entereza con la que hablaba. Fue entonces cuando me di cuenta de que la fanfarronería y la forma de ser de Kevin, tan arrogante y distante no era más que una coraza. Un escudo que lo protegía después de todo lo que tenía que haber sufrido.

Me pregunté a mí misma qué habría ocurrido si hubiese sido yo la que ha perdido a algún miembro de la familia de aquella manera. Pensé en lo egoísta que había sido al crearme tan desgraciada tras el divorcio de mis padres, ya que, a fin de cuentas, yo seguía teniéndolos a los dos.

Me besó en la frente y se dio la vuelta para sentarse en el borde de la cama. Dio un sorbo a su café y simplemente se quedó ahí, mirándome. Entendí que,

con aquel gesto mudo, daba por finalizada la conversación y no estaba segura de si debía insistir en mantener aquella charla o, sin embargo, debía dejarlo estar.

—Tengo que irme ya —dijo como si supiera que no quería que parasemos de charlar.

Se puso en pie dejando la taza sobre la mesilla de noche y se ajustó la corbata con precisión.

Lo acompañé hasta la puerta, por pasar los últimos segundos con él, más que por tener la costumbre de despedirme de mis visitas siendo una buena anfitriona.

Ambos nos quedamos parados uno en frente de otro, en el linde de la puerta, como reticentes a separarnos.

Sin decir ni una sola palabra, Kevin llevó la mano hasta la parte trasera de mi cuello y me atrajo hacia él, atrapando mis labios con los suyos en un beso voraz, cargado de anhelo y necesidad.

Su lengua, que ya conocía a mi boca a la perfección, se deslizó en mi interior y me invadió con dulces y ardientes caricias. Me sentí vacía cuando separó los labios de los míos, dejándolos más hambrientos de lo que habían estado nunca.

—Ya nos veremos —dijo antes de volver a besarme brevemente y desaparecer por las escaleras.

Cerré la puerta con un nudo en la garganta y con la vista borrosa por las lágrimas que se agolpaban en mis ojos. Apoyé la espalda contra la madera fría de la puerta y me dejé caer despacio hasta quedar sentada sobre el suelo, dejando que las lágrimas que estaba reteniendo cayeran sin ningún control.

Sentía un dolor en el pecho que amenazaba con desgarrarme por dentro y poco a poco me fui quedando sin aire. Tuve que recordarme a mí misma que estaba teniendo un ataque de pánico y que debía controlar la respiración.

Inspiré una gran cantidad de aire por la nariz y lo expulsé lentamente por la boca, repitiendo una y otra vez el mismo procedimiento hasta que dejaron de pitarme los oídos.

Aunque no lo había dicho de forma explícita, supe que se había acabado, pues fue lo que no dijo lo que hizo que me derrumbara.

Sabía que aquel momento iba a llegar tarde o temprano, que Kevin se marcharía, ya fuese lejos de mi vida, o lejos del país, y que yo sufriría las consecuencias de haber sido tan irresponsable como para dejar que mi

corazón se enamorara de él. Lo que no supe y no fui capaz de predecir era que me iba a doler tanto perderlo.

Perdí la noción del tiempo allí sentada, dejando que las lágrimas salieran a su antojo y sin ser capaz de pensar en otra cosa que no fuera en Kevin.

Lo amaba, por más que me hubiese negado a creerlo posible, así era. Me había enamorado locamente de él, de su fanfarronería, de su descaro y de su corazón ahora que lo había descubierto.

Me enjugué las lágrimas y decidí que debía levantarme del suelo para continuar con mi vida, a fin de cuentas, nadie iba a vivirla por mí. Le mandé un mensaje a Lissandra para que viniera a casa en cuanto terminase de trabajar en la editorial, ahora que era socia pasaba mucho más tiempo allí. Fui hasta la cocina y busqué cualquier cosa que me sirviera para emborracharme. No me quedaba ginebra en casa, tan solo tenía vodka, pero tampoco me importó.

Me serví una copa que mezcle con un poco de zumo de limón, no sería un Martini, pero al menos sería lo que me haría olvidar que estaba tan sola.

La primera copa apenas me duró dos minutos en las manos, por lo que me serví otra antes de sentarme en el sofá y encender la televisión. Miré hacia la cocina y pensé que, tal vez, sería mejor traer la botella conmigo, pues no tenía intenciones de dejar de beber.

Tras haber llorado como una cría y haberme bebido más copas de las que podía recordar, escuché cómo sonaba el timbre de mi apartamento. Me levanté y al hacerlo tuve que volver a sentarme, pues tuve la sensación de estar en un barco en el que no podía mantener el equilibrio. Volví a tratar de ponerme en pie, esta vez, mucho más despacio.

Me acerqué hasta la puerta dando tumbos y notando las paredes de mi pasillo moverse de un lado para otro sin que yo pudiera hacer nada al respecto.

Abrí la puerta y dejé descansar mi cuerpo sobre esta antes de dirigir la mirada a la persona que había tras ella.

Era Lissandra.

Arrugó el entrecejo al verme y agitó una mano delante la nariz a modo de abanico antes de dar un par de pasos hacia atrás para alejarse.

—¡Apesta a licorería barata! —me grito. Me encogí de hombros y me di la vuelta para volver junto a la botella y el sofá—. ¿Se puede saber qué ha pasado aquí? —me preguntó una vez hubo entrado dentro del piso.

Me limité a sentarme y a coger la botella de vodka, volteando su contenido

en el vaso, que se me había quedado vacío. Apenas me quedaba zumo de limón, pero no me importaba, me limitaría a terminar con la botella sin nada para mezclarlo. No iba a parar hasta que viese su fondo.

—Mía, ¿qué te pasa? —quiso saber Lissandra en cuanto llegó a mi lado y vio lo que estaba haciendo—. ¿Por qué estás borracha un viernes, tú sola?

—¿Y por qué no? —respondí, bebiendo un gran trago del vaso que me había servido—. Es un día como otro cualquiera. ¡¿Qué haces?! —le recriminé cuando me quitó de las manos tanto el vaso como lo que quedaba de la botella de vodka.

—No voy a dejar que te autodestruyas. —Se acercó hasta a mí y me obligó a ponerme en pie. Yo traté de resistirme, pero mi fuerza y mi equilibrio en aquellos momentos, no eran precisamente los mejores—. Vamos a la ducha, borracha.

—¿Y por qué no te unes a mí y me dejas en paz? —espeté.

—Yo no bebo.

—Pues deberías. Te ayudaría a quitarte ese palo del culo —le solté.

Sabía que estaba siendo muy injusta con ella y, sobre todo, no pensaba eso, pero la rabia, el despecho y el alcohol, hacían de mí una persona despreciable.

—¿Entonces? —insistí cuando me miró atravesada—. ¿Una copita?

—Que yo no bebo, ¡coño! —me gritó, obligándome a caminar hacia el cuarto de baño.

Entre empujones y algún que otro insulto por parte de mi amiga, llegamos hasta la puerta del baño. Me obligó con bastante brusquedad a quedarme sentada sobre la taza del váter y, una vez allí, me sentí tan mal y tan patética que no pude evitar volver a echarme a llorar.

Lissandra me secó las lágrimas con las yemas de los dedos y se inclinó hasta quedar de cuclillas frente a mí. Continuó quitándome los restos húmedos del rostro, con suavidad, como quien está limpiando la más delicada de las flores.

—¿Qué ha pasado, cielo? —volvió a preguntarme con una ternura que solo ella podía demostrarme—. Cuéntamelo. Estoy aquí.

—La he cagado, Lissy —dije entrecortadamente, entre sollozos—. He metido la pata, pero bien.

—¿Por qué? ¿Por Luis?

—En parte. —Me sentí aún peor al darme cuenta de lo que había jugado

con los sentimientos del pobre Luis y de lo mucho que me habría gustado poder corresponderle—. Pero no es eso.

—¿Entonces?

Me mantuve en silencio, mordiéndome el labio para no hablar de lo que realmente me pasaba. Era una cobarde que aún se negaba a admitir lo que realmente sentía. Y, en cierta medida, me avergonzaba por haberme dejado engañar como lo había hecho, pues solo se trataba de una fantasía adolescente que se nos había ido de las manos.

—Mía...

—Me he enamorado de Kevin. —Y, tras finalmente admitirlo en voz alta, me desplomé y dejé que el llanto me invadiera como quisiese—. ¡Soy una estúpida! Dios... ¿Cómo he podido ser tan idiota?

—No eres idiota, Mía —trató de consolarme.

—Claro que lo soy —me apresuré a responder—. Sabía que estaba haciendo mal yéndome a la cama con él. Que se marcharía y yo terminaría por pagar los platos rotos.

—No sabes lo que puede ocurrir —dijo, apartándome un mechón de cabello de la cara—. Aún es pronto para saber qué pasara entre vosotros.

—Se ha acabado, Lissy.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque lo sé.

Estaba completamente convencida de lo que decía, y mi corazón también era consciente de aquella realidad, por eso, me dolía tanto. Recordé la mirada de Kevin cuando se despidió de mí frente a la puerta, con aquel beso que me decía mucho más de lo que quería esconder. Apenas me miró antes de marcharse, pero cuando lo hizo, vi que sus ojos se estaban despidiendo, y no se trataba de un *hasta luego* o un *nos vemos*, sino de un doloroso y escueto adiós.

De pronto, me sentí terriblemente mal, el estómago me daba vueltas y sabía que en pocos segundos comenzaría a vomitar. Rápidamente, me puse en pie y levanté la tapa del inodoro para dejar salir todo aquello que me estaba matando. Lissandra me sujetaba el pelo y me mojaba con delicadeza la nuca mientras lo hacía.

Hacía muchísimo tiempo que el alcohol no me afectaba de aquella manera, claro que también hacía mucho tiempo que no bebía por un desengaño. Sentía que me ardían las entrañas y, a su vez, no me atrevía a levantar la cabeza de

donde estaba por miedo a ser juzgada por Lissandra, o tal vez, por la vergüenza que me invadía.

—¿Estás bien, cielo? —preguntó Lissandra al comprobar que las arcadas habían cesado.

—No —respondí—. No pienso beber nunca más.

La respuesta de Lissandra consistió en una sonora carcajada, pues ambas sabíamos que había dicho aquella frase en innumerables ocasiones.

—Vamos a la ducha. Te sentirás mejor. —Y me ayudó a ponerme en pie.



Capítulo 22

No me molesté ni en recoger mis cosas del hotel. Me dirigí directamente al aeropuerto en cuanto salí por la puerta de la casa de Mía. No podía soportarlo más. Sabía que estaba siendo un cobarde y que jamás, en toda mi existencia, había abandonado un caso. Pero no podía seguir, no esta vez, no siendo ella mi rival.

Tras comprar el billete que me llevaría de regreso a Nueva York, esperé a que se abrieran las puertas de embarque en una de las cafeterías que había dentro de la terminal. No tenía hambre, ni tampoco sueño, a pesar de todo. Solo quería acabar con todo aquello de una maldita vez.

Una vez que llegara a La Gran Manzana no pensaba detenerme, iría inmediatamente hacia el bufete de Spinster & Case y le diría a Charles que se fuera a tomar por culo. No creía que fuera a sentarle muy bien mi visita, ni que con ella su sobrino se quedara sin defensa, pero me importaba una mierda.

No estaba dispuesto a perder a Mía por un caso y, si por eso tenía que largarme del bufete, lo haría.

Me sentía como un chiquillo de doce años, nervioso por no saber lo que va a ocurrir con la chica que le gusta. Irónicamente, era como si hubiese vuelto a la universidad, cuando no sabía lo que iba a pasar con ella. Era como estar viviendo un *déjà vu*, solo que esta vez no me importaba arriesgarme.

Estaba totalmente seguro de lo que estaba haciendo, aunque no tuviera la certeza de que estaríamos juntos, ni de que la cosa fuera a marchar bien entre

nosotros. No me importaba, el misterio formaba parte del encanto de lo que hacía.

Tal vez estaba haciendo el ridículo y Mía me mandaría a freír espárragos en cuanto pusiese un pie de nuevo en España. Me vería de nuevo en aquel país, solo y sin trabajo, y muy probablemente sin poder volver a ejercer en Nueva York. Charles se encargaría de que así fuera.

¿Quién dijo miedo?!

Estaba cansado de no arriesgarme, de mantenerme en la zona de confort por la incertidumbre de lo que podría pasar si me enamoraba, aunque, siendo realistas, ya lo estaba. Lo estaba desde la maldita universidad, aunque me había empeñado en ocultarlo.

Cuando menos lo esperé, me di cuenta de que estaban llamando para embarcar a mi número de vuelo y me dirigí rápidamente a la puerta. Estaba ansioso por llegar y zanjar todo aquel asunto. Miré el móvil, busqué la imagen de Mía que le había robado mientras dormía antes de apagar el teléfono y entrar por la pasarela de embarque.

Pise el aeropuerto Internacional del John F. Kennedy a las nueve y media de la noche. Sabía de sobra que Charles seguiría aún en el bufete, por lo que no me importó haber llegado de noche. Me paré en uno de los bazares que había en el aeropuerto y me compré un sándwich para cenar antes de salir y coger el primer taxi que se me cruzase en el camino.

No tenía demasiado claro el cómo iba a empezar la conversación con Charles. Todo dependería de cuál fuera su reacción al verme, pues no estaba seguro de si sería cordial o, por el contrario, se transformaría en el Increíble Hulk. Pero algo sí tenía claro: sería mi último día como socio en aquel bufete.

El taxi me dejó en el 277 de la Avenida Park y, en cuanto salí del vehículo, me quedé mirando al edificio de cincuenta plantas que tenía justo delante de mí. La altura de aquellos rascacielos siempre fue algo que me pareció fascinante.

Me encaminé hacia la entrada del edificio, sujetando con fuerza el maletín donde llevaba toda la documentación del caso de Carl. Me iría del bufete, pero le haría entrega de todo lo que tenía hasta el momento, incluyendo las declaraciones grabadas que tenía de su sobrino reconociendo las atrocidades que le había hecho a esa pobre chica.

Se decía de los abogados que no tenían alma, que se la habían vendido al diablo a cambio de fortuna y fama, pero, al parecer, no era cierto. Sino no estaría yo allí, en medio de la avenida a punto de echar por la borda todo por lo que había luchado durante tantos años.

Entré por las puertas de cristal del edificio y George, el portero de noche me saludó en cuanto me vio, sorprendido y contento al mismo tiempo de encontrarme allí. Caminé hacia el ascensor cada vez más nervioso, pues, aunque sabía que estaba haciendo lo correcto, una parte de mí me gritaba que no lo hiciera. Una vez dentro, pulsé el botón de la planta cuarenta y seis y esperé hasta que llegar a mi destino.

Las puertas del ascensor se abrieron pasados unos minutos y llegué hasta el recibidor de las oficinas de Spinster & Case, donde la mayoría de las luces ya estaban apagadas. Caminé, como de costumbre, hacia el final del recibidor para después girar hacia la derecha, donde vi que, al fondo del pasillo, una luz seguía encendida.

Charles seguía en su despacho.

Tragué saliva y tomé una buena bocanada de aire antes de retomar la marcha y dirigirme hasta allí. Cuando llegué hasta su puerta, observé lo que tantas veces había visto, a Charles sumergido entre un montón de papeles, aislado de cualquier cosa que pudiera estar pasando a su alrededor, tan absorto que ni siquiera había reparado en mi presencia.

Toqué ligeramente el cristal con los nudillos para llamarlo, y fue entonces cuando alzó la cabeza para mirarme.

—Kevin, ¿qué diablos haces aquí? —me dijo nada más verme.

«Fantástico, pinta bien la cosa».

—He venido a hablar contigo, Charles —respondí tan serio y tan firmemente como pude, pues, si no me convencía a mí mismo, me temblaría la voz al hablar.

—¿Y no podías llamarme por teléfono? —preguntó, molesto y arqueando una de sus cejas.

—No —respondí tajantemente—. No podía.

Charles retiró la mirada de los documentos que tenía sobre la mesa y cruzó los brazos encima de esta para prestarme la mayor atención posible. Dejó todo lo que estaba haciendo a la espera de que explicara la razón por la que había venido desde España.

Preferí ahorrarme las palabras y basar mi explicación en imágenes. Solté el

maletín encima de su escritorio, sin importarme los papeles que pudieran haber debajo de este y lo abrí, mostrando así todos los documentos que tenía sobre el caso y un pendrive donde había puesto todas las grabaciones.

—¿Y esto qué se supone que es? —espetó.

—Todo lo que tengo sobre el caso de tu sobrino. He venido para dártelo y que se lo entregues a otro abogado. Lo dejo.

Tardó unos segundos en asimilar lo que le estaba diciendo, yo permanecí frente a su escritorio, de pie y a la espera de que desatara su ira contra mí. Pues estaba cien por cien seguro de que sería lo que vendría a continuación.

—Pero... ¡¿qué coño estás diciendo, Morales?!

Ahí estaba. Cada vez que Charles me llamaba por mi apellido se avecinaba unos cuantos gritos.

—Perdona si no me he expresado como es debido, Charles. —En su rostro se vislumbró una sonrisa, pues creería que iba a obtener una rectificación por mi parte—. He dicho que dejo el caso. —Se rio a carcajadas.

—No estarás hablando en serio, ¿no? —preguntó al ver que no me reía.

—Totalmente en serio.

El semblante de Charles se tornó serio, sin mostrar ningún tipo de expresión en su viejo rostro. Se quedó en silencio durante un buen rato, y no estaba muy convencido de que fuera porque estaba meditando lo que iba a decirme o, en otro modo, que esperaba que yo añadiera algo más a lo que había dicho.

—Debí suponer que no habías vuelto para traerme buenas noticias —dijo al fin—. ¿Puedo saber por qué?

Me quedé en silencio. De todas las cosas que podría haberme dicho, aquella pregunta era la que menos me había esperado. Casi hubiese preferido que me gritase y que me hiciera salir del despacho con la ayuda de la seguridad a aquello, pues ya bastante me había costado asimilar que me había enamorado de Mía, como para tener que decirle a Charles, que esa era precisamente la razón.

—Jamás te he visto abandonar un caso, por muy difícil que fuera —continuó—. Merezco al menos saber que ha ocasionado que lo hagas por primera vez.

Evité mirarlo directamente, pues me costaba mucho trabajo reconocer lo que sucedía en mi interior.

—Tu sobrino es culpable, Charles —le informé.

—Ya lo sabía —reconoció para mi asombro—, pero eso nunca te había importado hasta ahora. Entonces, ¿cuál es la verdadera razón? ¿Es por dinero? —cuestionó, observando detenidamente mi reacción. Al ver que no había cambio alguno en mi rostro, prosiguió—: ¿Una mujer, tal vez?

Algo dentro de mí se removió, haciendo que tuviera que apartar la mirada de golpe. Spinster se carcajeó de manera evidente, logrando que el sonido de su risa me exasperase, más aún sabiendo que el motivo de esta era Mía.

Mi Mía.

—Así que se trata de eso —dijo poniéndose en pie—. Me dejas por una mujer.

—Te dejo porque no voy a defender a tu sobrino, Spinster.

—No digas estupideces, Morales. —Se acercó hasta mí lentamente, con las manos cruzadas a la espalda—. Ambos sabemos que no es por eso, no me tomes por estúpido. ¿Tanto vale esa mujer que lo dejarás todo por ella? ¿Merece la pena?

—Sí —admití—. Vale la pena intentarlo.

—Interesante —dijo poniéndose justo detrás de mí—. Ni siquiera estás con ella. Me dejas solo por una posibilidad.

Spinster siempre había sido un zorro muy astuto que analizaba cada una de las palabras que le decían, al detalle. Me importaba una mierda lo que pudiera pensar de mí, me daba igual si creía que estaba loco, que era un irresponsable o un niño soñador que no sabe lo que se le viene encima. Todo eso ya no me importaba, ni siquiera la fortuna que podría haber llegado a tener si me quedaba a su lado. Nada de eso tenía importancia si estaba solo.

—Apártate de mi vista, Kevin —espetó—. El lunes a primera hora me reuniré con los socios mayoritarios y negociaremos el cheque de tu participación en el bufete. —Se dirigió de nuevo a su escritorio y tomó asiento lentamente, sin apenas dirigirme la mirada—. Te recomiendo que estés presente.

Sabiendo que aquella conversación había llegado a su fin y que era mejor no añadir nada más, me di la vuelta y me dispuse a marcharme del despacho.

—Espero que sepas lo que haces, Kevin —me detuvo la voz de Spinster cuando ya tenía un pie fuera de la sala—. Y que sea lo que realmente quieres.

Aún de espaldas, sonreí. Aquella era la manera que tenía Charles de desearme suerte. A su modo.

Lo único que verdaderamente me parecía molesto de aquella situación era

que tendría que estar dos días enteros hasta que los socios se reunieran. Dos días condenado a permanecer lejos de ella, sin poder decirle lo que sentía y sin poder zanjar si estaba cometiendo un error o no.

Más me valía llenarme de paciencia si quería salir vivo de todo aquello, pues Spinster era, sin duda, el más fácil de llevar de los socios. No quería ni imaginarme cómo iba a reaccionar Case en cuanto se enterase de la noticia.

Suspiré y pulsé el botón del ascensor mientras me pasaba la mano por la cabellera.

«Espero que sientas lo mismo que yo, Mía. De lo contrario, estoy acabado».



Capítulo 23

Me desperté sintiendo que alguien estaba golpeándome repetidas veces con un martillo en la cabeza. Era como si estuvieran perforándome la sien con un clavo que se me iba hundiendo poco a poco en el cerebro.

La claridad me dolía en los ojos, se me habían quedado completamente pegados durante la noche y me costaba gran trabajo tratar de abrirlos. Sentía la boca pastosa y tenía un ligero dolor en el cuello. Cuando por fin pude abrir los ojos, me di cuenta de que me había quedado dormida sobre el sofá, en el cual no cabía por completo, y las piernas me colgaban por uno de los laterales.

Ese era el motivo por el que me dolía tanto el cuello.

Miré a mi alrededor confusa, ¿qué hacía durmiendo sobre el caluroso sofá? ¿Y que era ese espantoso sonido que venía de la cocina?

Me llevé la mano a la cabeza en un inútil intento por amortiguar tanto el ruido, como el dolor de cabeza. Me moví y al hacerlo sentí una punzada en el cuello, impidiendo que pudiera moverlo con normalidad. Los canturreos que se escuchaban desde la cocina me indicaron que Lissy se había quedado y era ella quién cantaba.

—¿Nadie te ha dicho que tienes el mismo sentido musical que un chimpancé? —le dije en cuanto llegué hasta la puerta.

—Pues se ha demostrado en estudios que algunos chimpancés sí que tienen

sentido de la música —respondió terminando de fregar los platos que había dejado la noche anterior—. Y muy bueno, además.

—¿Siempre tienes que sacarle el lado lógico a todo?

—Siempre. —Me sonrió.

—Entonces, ¿cómo hago para evitar este dolor de cabeza? —pregunté revolviendo en el cajón donde guardaba los medicamentos—. Te juro que me va a explotar.

—No bebiendo. —La miré con el ceño fruncido—. Es la única manera de no tener resaca.

—Que tú seas una mojígata no quiere decir que las demás lo seamos.

—Lo que has sido es estúpida e irresponsable —me riñó—. Has bebido para evadirte y no para divertirte.

Si hubiese sido posible, la habría fulminado con la mirada, pero en mi fuero interior sabía que tenía toda la razón. No bebía de aquella manera desde que tenía, al menos, quince años.

—¿No tendrías que ir al trabajo? —quise saber al darme cuenta de que la mayoría de los sábados iba a la editorial y estaba en mi casa.

—Le he dicho a Reyes que tenía que tomarme el día libre. —Me sentí culpable porque hubiese hecho tal cosa—. Además, puedo revisar los manuscritos desde el libro electrónico, o desde tu portátil. Ventajas de vivir en el siglo veintiuno.

—No tenías que haberte molestado —le dije, sintiendo remordimientos porque tuviera que hacerlo.

—De nada —me dijo sarcásticamente—. ¿Estás mejor?

—Un poco.

Sabía que su pregunta no iba principalmente relacionada con mi resaca, más bien estaba enfocada a la pataleta que había tenido la pasada noche. Y decía la verdad.

Había necesitado derrumbarme por completo para poder sentirme un poco mejor. No tenía sentido que estuviera llorando por un hombre con el que no tenía ningún futuro. Siempre lo había sabido, aunque me hubiese negado a verlo durante tanto tiempo.

Con un paracetamol en una mano y un vaso de agua en la otra, me disponía a marcharme de nuevo a lo que había sido mi cama durante la noche, pero mis planes se vieron truncados cuando Lissandra me impidió el paso.

—No, señorita. No me he matado durante la mañana preparando la lasaña

para que se quede ahí muerta de risa.

Una arcada amenazó con salir de inmediato en cuanto escuché la palabra “lasaña”.

—Acabo de despertarme —me quejé.

—Pues no haber dormido tanto, ¡gandula!

—Dame al menos tiempo para que me haga efecto el paracetamol —rogué—. Si no te juro que vomitaré cualquier cosa que ingiera. Y no queremos eso, ¿verdad? —Puse mi mejor cara de angelito, rezando para que me dejara volver al mullido sofá, al menos, unos minutos más.

—Te permito quince minutos.

Satisfecha conmigo misma, salí de la cocina con una sonrisa triunfal en el rostro.

—¡Ni un minuto más! —me gritó cuando hube desaparecido.

Miré el móvil que había dejado sobre la mesa del salón. Estaba apagado, ya que suponía que se había quedado sin batería durante la noche. Me preguntaba a mí misma si tendría algún mensaje de Kevin, cosa que consideraba bastante improbable, por no decir, imposible.

Queriendo apaciguar mi curiosidad me levanté y fui en busca del cargador, cuando lo obtuve, volví al salón y lo enchufé a la corriente. Esperé unos minutos antes de encender de nuevo el teléfono.

Sentía un cosquilleo en la nuca, como cuando estás a la espera del resultado de un examen que, aunque sabes perfectamente si lo has hecho bien o mal, no puedes evitar preguntarte qué sería lo que iba a ocurrir.

El logotipo de la marca apareció en la pantalla mientras se encendía y, a su vez, el picor y la sensación de impaciencia se acrecentaban en mi interior. Cuando por fin, el teléfono cogió cobertura, comenzaron a llegarme los mensajes.

Ninguno de Kevin.

Sin embargo, tenía uno de Luis, donde se despedía de mí y me deseaba lo mejor. Volvía a Gran Canaria. Unas lágrimas se derramaron por mis ojos al leerlo y pensé que la vida era muy injusta con las personas buenas. Nada me hubiese gustado más que haberle correspondido en sus sentimientos, pero, por más que lo deseaba, no podía.

—¿A qué viene esa cara tan larga? —me distrajo la voz de Lissandra—. Creí que ya estabas mejor.

—Sí —dije antes de enjuagarme las lágrimas—. No es nada.

Si Lissy pensaba algo al respecto, no me lo hizo saber, pues se quedó en silencio y se dejó caer de manera aparatosa a mi lado en el sofá. Cogió el mando de la televisión con energía y lo encendió.

—¿Qué te apetece que veamos? —preguntó cambiando una y otra vez de canal, sin dejar ninguno en concreto.

—Me da igual —respondí.

Lissy se encogió de hombros y comenzó a buscar entre los canales algo que satisficiera su curiosidad, cosa que parecía imposible, pues no era capaz de dejar un canal puesto más de dos minutos.

—El lunes volveré al bufete —le informé. Ella me miró extrañada, como si le hubiese dicho la mayor de las incoherencias—. Es hora de volver a la rutina. El mundo no se va a detener porque yo esté mal.

—¿Estás segura?

—Completamente —respondí, aun sin ser verdad del todo.

El lunes siguiente me desperté, me metí en la ducha y me vestí de manera automática, sin apenas sentir absolutamente nada. En lo único que podía pensar era en el inminente encuentro con Kevin en la vista. Se iban a exponer todas las pruebas que se habían recopilado sobre el caso y pediríamos la condena correspondiente por los cargos que se le imputaban.

Me preguntaba cómo se sentiría Michelle. Debía de estar asustada, nerviosa y llena de incertidumbre a partes iguales. Iba a ser un día terriblemente duro para ella, en el que tendría que estar cara a cara contra su agresor. Pero no pensaba dejarla sola, estaría ahí para brindarle mi apoyo y darle palabras de aliento cuando las necesitara. Ella iba a ser mi prioridad ahora.

Me serví una taza de café y me senté sobre el taburete de la cocina para tomármela. Sería un día bastante largo e iba a necesitar todas las fuerzas necesarias para soportarlo. Cuando acabé de desayunar, agarré mi maletín y me dispuse a marcharme del apartamento rumbo al juzgado, donde me reuniría con Daniel para concretar la cantidad de años que íbamos a solicitar al juez.

Quería que aquel maldito hijo de puta estuviera entre rejas el mayor número de años posible. Era en aquellos momentos cuando habría deseado que la justicia española contemplara la posibilidad de una cadena perpetua. Una condena de treinta años no era suficiente, y más aún sabiendo que

probablemente no llegaría a cumplirla en su totalidad, aunque era consciente de que por delitos de carácter sexual a una menor con intimidación y violencia la pena máxima era de quince años de prisión.

Me sentía llena de rabia e impotencia.

No sabía por qué, pero simpatizaba muchísimo con aquella niña. Me sentía en la obligación de cuidarla y protegerla bajo cualquier circunstancia.

Llegué a los juzgados un poco antes de que el reloj marcara las ocho de la mañana, la vista no sería hasta las diez, pero Daniel y yo queríamos ponernos de acuerdo con las pruebas que íbamos a presentar y sobre la condena que reclamaríamos al juez para el imputado.

Miré en todas las direcciones y no vi ni rastro de Kevin, por lo que supuse que estaría preparando a su cliente para lo que se aproximaba y posiblemente también estuviera preparando su estrategia de defensa, aunque las pruebas que teníamos contra su cliente eran más que contundentes.

Mi mayor preocupación consistía en que Kevin lograra convencer al juez para que catalogara la sentencia como un mero abuso y no como la agresión que realmente había sido. La justicia era muy caprichosa y no siempre por tener todas las pruebas a tu favor te daban la razón. Pero haría todo lo que estuviera en mi mano para que eso no llegara a pasar nunca.

Entré en el despacho del fiscal y me encontré con Daniel, el cual me saludo amistosamente cuando se percató de mi presencia, pues estaba absorbido por un montón de papeles sobre su escritorio.

—Estoy que no me lo creo —me dijo Daniel.

—¿Por qué? —pregunté.

Parecía animado y no sabía cuál era el motivo. Sabía que teníamos una cantidad de pruebas lo bastante buenas como para que llegáramos al juicio con buen humor, pero en su semblante se dibujaba una sonrisa que no parecía cesar.

—El abogado de la defensa se ha retirado del caso —dijo—. Me lo han comunicado nada más llegar. Le han asignado uno de oficio hasta que sustituyan al que se ha marchado, supongo. Pero ¡es una noticia fantástica!

—Sí que lo es...

Me encontraba atónita, no podía creerme que Kevin hubiese dejado el caso. ¿Tan terrible le parecía estar cerca de mí que tuvo que dejar a su cliente con el culo al aire? Ciertamente era que se trataba de una ventaja para nosotros, pues el caso había avanzado lo suficiente como para que el abogado de oficio

estuviera perdido, pero algo en mi interior me hizo sentir vacía.

Odiaba aquel sentimiento de desasosiego que me nublaba el juicio, la angustia que se me agolpaba en el pecho y que no me dejaba respirar con normalidad. Odiaba a Kevin por haber aparecido en mi vida y por haberse alejado de la manera que lo había hecho y me odiaba a mí misma por haberme enamorado de él, aun sabiendo lo que iba a ocurrir entre nosotros.

—¿Qué te ocurre Mía? —me distrajo la voz de Daniel—. No pareces alegrarte por la noticia.

—Sí, sí, claro que me alegro —me apresuré a decir—. Tan solo me ha sorprendido.

Fingí como pude una sonrisa que llegara a convencerle de que su entusiasmo era compartido. En cierta medida, me alegraba de lo que había ocurrido, pero, por otra parte, no podía evitar sentirme terriblemente traicionada.

Me disculpé con Daniel y me encaminé hacia los servicios de los juzgados con el propósito de tranquilizarme un poco tras el impacto de la noticia. Ciertamente era que debía estar contenta por el transcurso de los acontecimientos, tenía claro que el abogado de oficio iba a estar dando tumbos en la vista, pero no estaba para nada contenta. Estaba herida, confundida y furiosa por cómo habían pasado las cosas.

—Joder, joder, ¡joder! —grité cuando entré en el servicio y vi que estaba sola—. ¡Maldito imbécil!

Me apoyé sobre el mármol de los lavamanos y me miré en el espejo, observando mi reflejo con el pelo despeinado, la respiración agitada y el ceño fruncido. Apenas reconocía la imagen que veía en él.

«No voy a dejar que esto me afecte».

Me llevé las manos a la cabeza y respiré hondo con los ojos cerrados, tratando de controlar los alocados latidos de mi corazón. Jamás me había visto tan inestable como lo estaba en ese instante, y precisamente en el momento en el que debía centrarme para no cagarla. De no haber sido por la pobre Michelle, habría mandado a Ricardo a la mierda, al bufete y a todo lo que se me pusiera por delante.

Abrí el grifo con las manos temblorosas y las metí bajo el agua fría para mojar me después el cuello con ellas. Notaba un calor abrasador subiéndome por todo el cuerpo y centrando todo su ardor en mis mejillas, que se habían puesto coloradas con la rabieta.

Una señora ataviada con grandes galas entró el servicio y me dedicó una mirada desaprobatoria al hacerlo, pues me encontró con el aspecto de una auténtica lunática.

¿Cómo diablos iba a concentrarme? ¿Y por qué leches había dejado que todo se descontrolase de aquella forma?

Salí de los servicios sin estar del todo estabilizada, pero teniendo que hacerlo si no quería que Ricardo mandara a llamar a seguridad a buscarme por no encontrarme en la sala. Crucé mentalmente los dedos y recé todo lo que me habían enseñado en catequesis para que la vista saliera bien.

Las previsiones de cara al futuro juicio eran bastante buenas. Salimos de la vista lo suficientemente satisfechos como para permitirnos relajarnos un poco. El abogado de la defensa, al haber recibido el caso con tan poco margen de tiempo, solo pudo argumentar en cuestiones muy básicas y prácticamente carentes de relevancia.

Se podría decir que todo había ido sobre ruedas, pero no podía evitar que la imagen de Kevin se hubiese instalado en mi mente de forma permanente.

Cuando pensaba en él me invadían un sinfín de sentimientos que se contradecían unos a otros, pues en un momento que recordaba las cosas buenas, como podía ser verlo cantar para mí, suspiraba como una adolescente. Pero, sin embargo, al recordar que se había marchado de mi vida sin una despedida, sin una razón convincente, me invadía la necesidad imperiosa de odiarlo. Y unos instintos asesinos me recorrían por entero, ya que toda esa rabia que estaba conteniendo no podía liberarla.

Me había robado la oportunidad de escupirle a la cara todo lo que sentía.

Era un maldito cobarde.

Había llegado a esa conclusión a mitad de la vista. Kevin no era más que un gallina que no se atrevía a dar la cara por miedo a no poder lidiar con mi reacción. O tal vez, porque ni siquiera él mismo sabía por qué estaba huyendo.

No se merecía ni una sola lágrima más, ni un suspiro, y muchísimo menos se merecía que estuviera sufriendo por su partida. Él lo había elegido y no era consciente de lo que estaba perdiendo.

Paré un taxi frente a la puerta de los juzgados, pues, para no variar, los tacones me estaban matando y no tenía ninguna intención de ir caminando más de lo necesario.

Llegué a casa con tiempo suficiente como para prepararme algo decente de comer y no tener que recurrir una vez más a la comida basura. Paré un momento en el supermercado que estaba al doblar la esquina para comprar las materias primas que me hicieran falta para cocinar. No haría nada pretencioso, pues mis habilidades culinarias no eran precisamente las mejores y me moría de hambre.

Recordé el *magret de canard* que había preparado Thierry para las últimas navidades que estuvimos juntos y se me hizo la boca agua. Tenía un don para la cocina, lograba que todas las carnes fueran tan tiernas y sabrosas, que se deshacían en la boca.

Cuando llegué al apartamento con todos los ingredientes necesarios para cocinarme una merluza con guisantes y patatas asadas, lo hice con un mejor humor. La comida siempre lograba animarme, y eso que todavía no había comenzado a prepararla, pero con el solo hecho de imaginarme el plato frente a mí podía sentirme mejor.

Solté las bolsas sobre la encimera y encendí la televisión que tenía sobre la mesita para poner un poco de música. Comencé a picar los ajos moviendo ligeramente las caderas, animada con el sonido de la guitarra en la canción que había elegido: *Je veux* de ZAZ, me gustaba mucho como cantaba esa chica.

Mientras sacaba los guisantes de las vainas, el recuerdo del innombrable acudió a mi mente. Tan solo había sido un día el que había estado en mi casa, pero todos y cada uno de los rincones de esta me recordaba a él. No lograba evitar imaginármelo sobre la banqueta de la cocina sentado, o sobre el colchón sosteniendo entre sus piernas la guitarra, era cómo si toda mi casa se hubiese impregnado con su aroma y su esencia.

Todo mi buen humor cayó en picado cuando recordé su sonrisa traviesa.

Dejé el cuchillo sobre la encimera, pues las lágrimas brotaron de mis ojos nublándome por completo la vista.

Solo faltaba que me cortara un dedo para que el día fuera perfecto.

Me pregunté a mí misma cuánto tiempo me iba a costar olvidarme de sus ojos verdes aceituna, tan intensos y tan penetrantes que se me habían clavado hasta lo más hondo.

Había sufrido otras veces, en otras relaciones y por otras rupturas, pero algo en mi interior me decía que ninguna de esas veces se iba a semejar a lo que estaba padeciendo en aquel momento.



Capítulo 24

El bullicio en la sala de reuniones era ensordecedor. Los socios, descontrolados entre ellos, se gritaban los unos a los otros cuando no lo hacían directamente hacia mi persona. Apenas se podía diferenciar nada de las distintas conversaciones que había allí.

—¡Me niego a que se lleve parte de las comisiones de este año! —gritó Gilbert—. ¡Si se larga que se quede sin nada!

—Eso no es justo —le contradijo Miller.

Los pocos que habían salido en mi defensa eran prácticamente los mismos que se habían convertido en socios conmigo. Los mismos con los que había luchado codo con codo por estar donde estaba, claro que éramos unos pocos los que logramos que nos hicieran socios.

Spinster estaba a un lado de la sala, casi en una de las esquinas que estaba más próxima a la salida, en absoluto silencio, observando todo lo que sucedía a su alrededor con una extraña expresión en el rostro.

No sabía si estaba de acuerdo o no con mi partida, si quería hacerme participe de las comisiones por las que habíamos luchado durante todo el año o, sin embargo, estaba deseoso de hacerme salir de allí con los de seguridad. O tal vez, él mismo estuviera dispuesto a hacerlo de una patada en el culo.

Case ni siquiera estaba allí. Era un alma libre que hacía más de un año que había decidido vivir la vida viajando y empapándose de todas las experiencias que pudiera. En cierta medida, envidiaba la osadía que había tenido el viejo, el coraje de desprenderse de todo para emprender aventuras.

Pero aquello había conseguido que todas las responsabilidades del bufete recayeran sobre Spinster.

Me llamaba poderosamente la atención encontrarlo tan distante de lo que allí pasaba, pero a la vez atento a todo.

Decidieran lo que decidieran, me era indiferente. Lo único que quería era que toda aquella mierda de hipocresía y falsas amistades terminara de una vez por todas para poder regresar a España.

Volver...

Joder nunca creí que pensaría algo así, jamás creí que sentiría deseos de retornar a aquella tierra de la que había huido hacia tanto tiempo, jurando que no regresaría al hacerlo.

Claro que aquella vez me había marchado de allí despechado y dispuesto a convertirme en todo un tiburón del Derecho, y ahora tenía algo que me importaba mucho más que eso, o al menos creía que tenía algo.

Habían pasado dos días desde la última vez que había hablado con Mía, no le había mandado ningún mensaje por miedo a que no estuviera concentrada en la vista. Quería que ganara aquel caso y esperaba que valorase que me hubiese apartado del asunto.

—Ya basta —interrumpió la disputa Spinster sin llegar a alzar la voz al hacerlo—. Los que estén a favor de que Morales se llevé un porcentaje de lo que se ha ganado durante el año, que levanten la mano. —Diversas manos se alzaron y Spinster comenzó a contarlas. Para mi sorpresa una de aquellas manos levantadas era la de él—. Los que estén en contra, que levanten ahora la mano.

Había estado atento a las votaciones y, para mi fortuna, fueron más las manos alzadas en mi favor que en mi contra, cosa que me sorprendió, pues siempre creí que me odiaban en el bufete por haber llegado a socio con tanta rapidez.

Nunca había cruzado palabra alguna con más de uno de los presentes y había muchos de los que no recordaba siquiera su nombre.

No me esperaba una despedida tan dulce.

—Bueno, en vista de que los asuntos que se vayan a tratar de ahora en adelante son solo referentes al bufete...

—Me marcho —dije antes de que Spinster pudiera terminar la frase, pues lo que iba a decir no era más que una invitación a que lo hiciera.

Salí de la sala de reuniones con el móvil en la mano buscando el vuelo más

próximo para España. Una vez cerrado lo único que me ataba a este país, podía marcharme sin ningún problema. Comprobé las aerolíneas disponibles y había un vuelo que saldría en apenas unas escasas cuatro horas.

Llegaría de madrugada al aeropuerto de Barajas, pero no me importaba estar todo un día de viaje. Lo importante era el destino y la persona que estaba en él.

Salí del rascacielos con la sensación de que la ciudad era tremendamente escandalosa, molesta y estresante. Sentimientos que jamás había experimentado en ella.

Estaba nervioso y desesperado por llegar a España e ir en busca de Mía. Echaba de menos sus labios, su cuerpo y hasta sus desastres. Quería estrecharla entre mis brazos y alzarla para sentir todo su cuerpo junto al mío. Hundirme en su interior cuando estuviera haciéndole el amor y aspirar su aroma hasta que embotara.

Quería hacerla mía.

Fui hasta mi piso y busqué las cosas más imprescindibles con las que viajaría. Aquellos recuerdos que guardaba con tanto celo y que había mantenido conmigo durante toda mi estancia allí.

Fotografías de mi familia cuando apenas tenía quince años, de mi padre y de mi madre antes de que el cáncer acabara con ella. Miré con orgullo el diploma de la Facultad de Derecho y lo descolgué de la pared para llevármelo conmigo. Me haría falta si quería trabajar.

Empezar de cero...

Aquello era algo en lo que no había pensado demasiado, pues si lo hacía era posible que me deprimiera. Pasar de diez a cero era bastante duro y mientras menos tiempo dedicara a pensar en lo que estaba dejando atrás, más tranquila estaría mi cabeza.

Estaba convencido de la decisión que había tomado, pero eso no significaba que su ejecución fuera a ser sencilla; de hecho, no lo era. Cinco años llevaba viviendo en la gran ciudad, luchando y trabajando hasta altas horas de la madrugada para llegar a estar donde había estado, en aquel lugar del que me había marchado apenas hacía una hora.

Puestas con imanes sobre la nevera tenía unas cuantas fotos con algunos de los socios del bufete, aquellos con los que había pasado tantas horas investigando y con los que había estrechado lazos de formas inimaginables. También tenía una foto del día en que me nombraron socio principal, al

europeo. Muchos no estuvieron de acuerdo con hacer socio a alguien que no era estadounidense, pero eso a Spinster le importó un pepino.

Quité el imán que la sostenía y la agarré para observarla de cerca. Me nombraron en la sala de reuniones, sobre la mesa de madera había varias botellas de champán y algún que otro tentempié. Spinster estaba a mi lado, orgulloso de que su pupilo hubiese llegado a estar en la mesa de los grandes, se veía claramente en sus ojos.

Suspiré con nostalgia. Sin duda, de todo el bufete a él sería al que más echaría de menos. Había sido mi mentor, mi maestro, mi Yoda. Sonreí al recordar cómo me miraba cuando hacía alguna referencia a *Star Wars*, era algo que le sacaba de quicio, sobre todo si él tenía que ser aquel enano verde, como lo llamaba.

Decidí que me llevaría aquella foto conmigo para recordar que, gracias a él, me había convertido en el abogado que era.

Tras echar un ligero vistazo al piso, me di cuenta de que, a pesar de llevar cinco años viviendo allí, apenas tenía recuerdos que almacenar. Todo lo que tenía de valor, ya fuera sentimental o material, cabía en una maleta. Eso me ahorra trabajo, pero me hacía cuestionarme qué clase de vida había llevado hasta ese momento.

Todo lo que había hecho durante ese tiempo era trabajar.

No lo consideraba una pérdida de tiempo, pero ahora que tenía a Mía en mi vida y tenía pensado un futuro con ella, me daba cuenta de lo solo que había estado sin percatarme.

Me había comprado aquel piso con las ganancias del primer año que estuve como socio y no tenía demasiado claro si quería venderlo o, por el contrario, lo conservaría solo por el hecho de haberlo considerado mi refugio todo aquel tiempo. No tenía por qué tomar la decisión en ese momento.

Con todo lo que necesitaba o quería llevarme conmigo, salí del piso, no sin antes detenerme unos segundos a contemplar lo que dejaba atrás, pero con la sensación de que todo lo que hacía era por algo mejor.

Era lo que quería.

Llegué al aeropuerto y, para mi mala suerte, se había retrasado el vuelo por mal tiempo. Solté una maldición por el atraso tan innecesario, ya que estaba ansioso por llegar e ir en busca de Mía para decirle lo que sentía. Rezaba todo lo que sabía, que no era demasiado, para que me correspondiera.

En caso de que no lo hiciera, no podría reprochárselo, pues no era

precisamente el tipo de hombre que las madres desearían para sus hijas. Mientras esperaba, busqué su correo electrónico. Tenía cierta información sobre el caso que estaba dispuesto a compartir con ella de manera anónima.

No estaba seguro de que Spinster no me hubiese sustituido en el caso de su sobrino, pero había algo que no sabía y era que me había quedado con una copia de todo lo que tenía en su defensa. Tenía que pensar con calma qué era lo que iba a facilitarle, pues de dar un paso en falso se sabría que habría sido yo y se habría roto el privilegio abogado-cliente, y eso podía ponerme en un buen aprieto.

Me metí en una cafetería, furioso por tener que esperar más tiempo dentro del aeropuerto, para así poder pensar con calma qué documento le haría llegar a Mía. La afluencia de personas en el aeropuerto a aquella hora era desorbitada, entre las personas que viajaban por placer más las que lo hacían por negocios o trabajo, el aeropuerto estaba con el aforo al máximo.

Odiaba viajar a media tarde, pues era cuando lo hacía la infinita mayoría de las personas, pero aquel enfado se me pasaba rápidamente si pensaba en ella.

Decidí que lo mejor sería enviarle el video que el muy gilipollas había grabado de la violación. Carl me había jurado y perjurado que solo él poseía aquel video y que nadie más lo tenía, por lo que no podría llegar a filtrarse a través de las redes, como muchos adolescentes imbéciles solían hacer.

Pero eso no tenía por qué saberlo Mía.

Pensé que podría parecer que alguien más tenía aquella prueba y era lo suficientemente sencillo que hubiese circulado por toda la red. Miré la grabación una vez más antes de enviarla, lo que allí se veía era deleznable y daban ganas de cometer un asesinato.

Carl no solo se había aprovechado de aquella pobre chica, sino que encima había encontrado placer en inmortalizar aquel momento, como si ella hubiese sido un valioso trofeo que había ganado.

Era un maldito sádico y merecía morir en la cárcel.

Envíe el archivo y lo hice de forma que no pudieran averiguar de dónde provenía. Me pregunté a mí mismo cómo aquel perverso sin escrúpulos podía ser familia de alguien tan honorable y honesto como lo era Spinster. Cierto era que en los juzgados la cosa era diferente y que podía convertirse en todo un cabrón, pero yo lo conocía más allá de aquel lugar y pondría la mano en el fuego por él sin pensarlo dos veces.

Más tranquilo y satisfecho con la acción que acababa de llevar a cabo, llamé a la camarera para que me pusiera un café. Cuando esta llegó hasta mi lado, noté claramente su interés personal en mí, pues se contoneaba de manera exagerada y ladeó la cabeza en cuanto estuvo quieta, dando un toque de cadera al hacerlo.

—¿Qué deseas, guapo? —preguntó enfatizando en el verbo.

—Un café —pedí prácticamente sin alzar la vista del periódico que había en la mesa—. Espresso.

Disgustada con mi actitud y mi falta de interés en ella, la camarera se dio la vuelta para servir la comanda. Ojeé el periódico por entretenerme un poco y dejar que el tiempo pasara. La camarera depositó el café en la mesa de mala gana, haciendo que el cristal de la taza resonase contra el platillo en el que iba. Alcé ligeramente la vista al comprobar la poca profesionalidad de la joven.

Poco después, escuché como llamaban a embarcar a los pasajeros de mi vuelo. Con el culo aplastado de estar tanto tiempo sentado, me levanté y puse rumbo al avión.

Estaba deseando llegar a España. A Mía. A casa.

El vuelo resultó ser una completa mierda. Esta vez había viajado en turista, me tocó sentarme en el asiento de pasillo y justo en medio se sentó un hombre lo bastante obeso como para que sintiera que mi asiento se había vuelto mucho más estrecho de lo que ya era.

Para colmo, el hombre se quedó dormido prácticamente desde que el avión despegó y sus ronquidos lo abarcaban casi todo. En el asiento delantero tenía a un par de cotorras que no paraban de hablar de todos los cotilleos de Manhattan y, no siendo suficiente, empezaba a notar que se me revolvía el estómago.

Aquel puto café debía de estar envenenado.

¿Tal vez aquella chica había sido un antiguo ligue al que no reconocí? No podía saberlo, pues habían sido muchas las noches que había pasado en los clubes y no era capaz de recordar a todas las mujeres con las que me había acostado. Aunque todo aquello era cosa del pasado e iba a quedar atrás.

Quedaban al menos dos horas más para que el avión aterrizara en suelo español y yo no había podido pegar ojo en todo el trayecto. Había perdido la

noción del tiempo en los últimos días y tenía la sensación de haber perdido una vida entera entre viaje y viaje.

Me preguntaba cómo estaría Mía, y cómo reaccionaría al verme. Estuve durante el vuelo barajando la posibilidad de ir a su casa nada más llegar a España, pero no estaba seguro de que fuera una buena idea, dada a la hora a la que llegaría. Miré mi reloj de pulsera y marcaba las tres de la madrugada hora española, y calculaba que, entre que aterrizábamos y me ponía en marcha, llegaría al menos a las seis de la mañana a su casa.

¿Sería demasiado osado ir a esa hora? ¿O debía esperar un par de horas a que amaneciera al menos?

Sabía que lo correcto sería ir a cualquier hotel, dejar las cosas y esperar a que fuera una hora más prudente, pero estaba tan emocionado y sentía tantas sensaciones en el estómago que no estaba convencido de que fuera capaz de hacer lo correcto, aunque quisiera hacerlo.

Tamborileé con los dedos sobre el brazo del asiento cuando escuché por megafonía la voz del piloto informándonos del tiempo que faltaba para el aterrizaje. Cuando me quise dar cuenta, faltaban unos pocos minutos para tomar tierra.

A través de la ventanilla todo se veía oscuro, salvo por las luces que iluminaban vagamente la ciudad. Desde lo alto se podían diferenciar los caminos y las carreteras por todas aquellas fuentes de luz que hombre había puesto allí.

Daba gracias a Dios por haber llegado por fin y no solo por el hecho de que el hombre que estaba a mi lado me había hecho levantarme un millón de veces —según se había justificado— para evitar el síndrome de la clase turista, sino porque solo me separaba, como mucho, una hora de ella.

Estaba deseando ver su cara, aquellos ojos vivarachos que te miraban como si fuera la primera vez que contemplan el mundo. Su sonrisa tan blanca como la nieve y aquella expresión de niña traviesa que tanto me gustaba.

Joder... Estaba loco por ella desde la maldita universidad.

Era absolutamente perfecta.

Nunca conocí a una mujer que encajara tan bien conmigo, que su cuerpo junto al mío estuviera en total sintonía, ni tampoco creí que pudiera sentirme tan unido y cómodo con alguien como lo estaba con ella.

Caminé por la pasarela con el resto de los pasajeros que, para mi desesperación, parecían no tener ninguna prisa por llegar. La fila avanzaba a

un ritmo que me exasperaba. Cuando por fin llegamos a la terminal, salí por patas como si me llevara el diablo. Estaba deseando llegar al apartamento de Mía y cada segundo que pasaba me ponía más y más nervioso, y yo no estaba acostumbrado a sentirme así.

Llegué a la zona de recogida de maletas y me coloqué lo más cerca posible del área por la que saldrían para poder hacerme con mi equipaje y salir de allí cuanto antes.

Esperé y esperé, martilleando el suelo con el pie, impaciente porque la cinta no parecía querer moverse. Aliviado, por fin, cuando la maquina comenzó a funcionar, fije la vista.

El equipaje de los pasajeros empezó a salir por el hueco del extremo de la cinta y cada una de las personas correspondientes, se fue acercando para hacerse con sus maletas.

Y la mía parecía ser la última.

«Me cago en la puta».

Finalmente, apareció mi maletón negro y lo agarré ya desesperado por largarme. Noté cómo caía de forma sonora contra el suelo y las ruedas chocaban emitiendo un sonido estridente al hacerlo.

Salí como alma que lleva el diablo por las puertas del aeropuerto y busqué frenéticamente un taxi para que me llevara hasta la casa de Mía.

Para tratarse del centro de Madrid, las calles estaban bastante vacías. Cierta era que la hora no ayudaba a que hubiese una gran afluencia de personas, pero siempre te encontrabas con alguien deambulando por ahí. Esa vez estaba desértico.

El tráfico tampoco era demasiado, por lo que llegamos hasta la calle de Mía mucho más rápido de lo que había previsto. Eso compensaría la tediosa espera que había tenido que soportar en el aeropuerto. Parecía que los astros se hubiesen alineado para hacerme esperar más y más. Primero el retraso del vuelo, después la lentitud de los pasajeros para el trasbordo y, por último, la maldita cinta de recogida de equipaje.

Algo tenía que salirme bien.

Llegué hasta el portal y Laureano, el portero del edificio al que había tenido que camelarme la última vez que estuve allí, me abrió la puerta con una amplia sonrisa.

—Buenas noches, señor —me saludó.

—¡Buenas, amigo! —le respondí.

—¿Cómo está? —preguntó—. Deje que le ayude con esa maleta.

—No se preocupe, Laureano —le respondí—. Tan solo quiero llegar y poder descansar. Ha sido un viaje largo.

Dije todo aquello con la esperanza de que creyera que había sido invitado, a pesar de la hora que era. De lo contrario, ponía en duda que me permitiera el paso, pues, aunque eso no entraba dentro de sus funciones, me había dejado claro durante mi última visita que sentía un gran cariño por la señorita Foissard.

—Claro, claro.

Caminé hacia el ascensor, notando como todo el agotamiento del viaje me venía de pronto. No sabía con exactitud cuánto tiempo llevaba sin dormir o sin descansar, pero estaba seguro de que llevaba más de veinticuatro horas despierto y de que, sin descansar verdaderamente llevaba mucho más tiempo. Pulsé la planta en la que vivía Mía y esperé pacientemente a que el llegara.

Mientras el ascensor subía uno a uno todas las plantas, pensé en lo mucho que había cambiado mi vida la última semana, sin apenas esperármelo o poder preverlo. Nunca creí que dejaría aquel bufete, siempre pensé que llegaría a ver mi nombre en el rótulo, pero ahora me daba cuenta de que eso no era importante. Todo en lo que había creído y todo por lo que había luchado se convirtió, sin más, en algo insignificante si ella no formaba parte de eso. Tal vez, podría haberle sugerido que se viniera conmigo a Nueva York, pero habría sido trastocar su vida sin saber si realmente lo hacía porque lo deseaba.

No. Era mejor así.

Yéndome yo, siendo yo la persona que dejaba todo atrás, no cargaría en mi conciencia el hecho de que, tal vez, aunque solo fuera de manera efímera, pudiera arrepentirse algún día de la decisión que había tomado.

Las puertas se abrieron y observé el rellano vacío y oscuro de la planta de Mía. Salí, le di al interruptor para que la luz se encendiera y me di cuenta de que el pulso se me había acelerado notablemente.

Se estaba haciendo real.

¿Cómo iba a decírselo? ¿Y si de pronto, parecía un mariquita?

Dejé la maleta a un lado y comencé a dar vueltas de un lado para el otro del rellano, meditando y calculando qué diablos era lo que pensaba decirle. No estaba acostumbrado a ese tipo de cosas, por lo que no tenía ni pajolera idea de cómo alguien confiesa sus sentimientos. ¿Por dónde se empezaba? ¿Qué se

decía exactamente? ¿Se empezaba diciendo te quiero? ¿O se dejaba para el final?

«Esto es ridículo».

Me paré en seco delante de la puerta y, sin tener aún claro qué era lo que iba a decir, di unos ligeros toques sobre la madera. Ya improvisaría.

Esperé unos segundos y, al comprobar que nadie me abría al otro lado, pulsé el timbre.

Nada.

Mía no estaba en casa.

Confuso y sorprendido a partes iguales, me quedé frente a la puerta, preguntándome cuál sería la razón por la que Mía no estaba en casa un día entre semana a las —miré mi reloj— seis y dieciséis de la mañana.

Fui hasta las escaleras que subían al piso superior y me senté sobre ellas, diciéndome a mí mismo que, tal vez, aparecer así, había sido una mala idea. Quizá debía irme a un hotel.

No se me había pasado por la cabeza pensar que no estuviera en casa y, al no reparar en ello, mi cabeza comenzó a imaginarse un sinfín de cosas y posibilidades: desde que estuviera durmiendo en casa de alguna amiga, que hubiese salido a tomarse una copa y la cosa se alargase, o... que estuviera con él.

Aquel maldito niño de ojos azules.

Me recorrió un escalofrío por entero y se me revolvió el estómago al pensar en ello. ¿Y si había llegado tarde y se había marchado con él? ¿O si simplemente lo prefería a él en lugar de a mí?

Me encontraba terriblemente mal y todo comenzó a darme vueltas. Fue entonces cuando agradecí estar sentado porque, de no haberlo estado, me habría caído contra el suelo.



Capítulo 25

Me sorprendí enormemente cuando miré la hora. ¡Las seis de la mañana! El tiempo se me había pasado volando y no me había dado ni cuenta.

Había decidido quedarme en el despacho, buscando en la jurisprudencia y, entre sentencia y sentencia, se me había escapado el día. Era increíble la cantidad de sentencias que había habido de violaciones. Un hecho triste y lamentable que llevaba infectando nuestra sociedad mucho tiempo y, por desgracia, cada vez eran más.

Apagué el ordenador y le di al botón del monitor para que no consumiera. Coloqué como pude sobre la mesa todos los documentos que había utilizado y busqué entre los papeles una carpetita, la cual llené con todas las sentencias que no había tenido tiempo de revisar para llevármelas a casa.

No había nadie en el bufete, como era lógico.

Hacía horas que Ricardo se había marchado y eso tendría que haber sido un indicativo de que se había hecho bastante tarde, pues normalmente, él era el último en irse de allí.

Me colgué el bolso al hombro y me dirigí a la salida, apagando todas las luces a mi paso. Se me hacía especialmente raro ser la última y única persona que se estaba marchando, sobre todo a esas horas. Los demás estarían a punto de llegar para trabajar en el nuevo día. De hecho, era probable que lo hicieran

en tan solo media hora. Al menos los más novatos, que van buscando la forma de hacerse un hueco en el bufete.

En aquel momento pensé que, tal vez, debería plantearme comprarme un coche, pues me había gastado una suma considerable en la última semana en taxis.

Era consciente de que me estaba matando a trabajar con tal de no pensar en él y que prefería mil veces estar en el bufete que en mi casa, donde todo me lo recordaba y donde, aunque estuviera en la cama, era incapaz de olvidarlo.

En los últimos días no había parado de soñar con él, ya que ni en mis sueños me dejaba en paz. No sabía cómo se había instalado tan hondo en mi corazón, pero fuera como fuere, se me había metido hasta el fondo y no parecía tener intenciones de marcharse. Por esa razón prefería hundirme entre papeles, porque así no podía pensar en él.

Tomé el primer taxi que pasó, pero tardé al menos unos diez minutos en poder conseguirlo, pues la mayoría de las personas aún no habían comenzado con sus jornadas, salvo por algún panadero que llevaba los panes a los locales y algún que otro proveedor que hacía lo mismo.

Resultaba inquietante ver las calles de aquella manera, siempre estaban en constante movimiento. De hecho, jamás había visto la calle del bufete de esa forma, siempre la había visto llena de personas y con más tráfico del que uno desearía.

Estaba realmente agotada, había conseguido mi objetivo que era precisamente agotar a mi mente de tal forma que en cuanto llegara a casa, no tendría más remedio que dormir.

Atravesé el portal en cuanto el taxista me dejó en la puerta. Me extrañó no ver a Laureano por allí, pues normalmente hacía el turno de noche y no solía moverse de la entrada, donde tenía su mesita y una pequeña televisión para entretenerse. Sin darle mayor importancia o pararme siquiera para buscarlo, continué hasta el ascensor y pulsé el botón para ir hasta mi casa con los hombros caídos por el agotamiento que sentía.

Prácticamente tenía los ojos cerrados cuando las puertas del ascensor se abrieron y me dirigí, sin pensarlo dos veces, a la puerta de mi piso sin pararme a encender las luces del rellano.

—¿Mía? —escuché lo que me pareció ser la voz de Kevin.

—¡Venga ya! —dije en voz alta—. ¿Ahora también tengo que escuchar su voz? —solté con sarcasmo.

—¿Qué dices?

Me giré y vi una silueta oscura en la parte de las escaleras que se ponía en pie y pensé: ¡qué poderosa es la mente! Debía de estar tan cansada que mi cabeza había decidido imaginarse a Kevin de manera real, tanto que casi juraba que podía tocarlo. Ahora ya no solo se conformaba con poner imágenes aleatorias en mi subconsciente, sino que tenía que hacer que pareciera que estaba ahí, manteniendo una conversación conmigo. Como si nunca se hubiese marchado.

Metí la llave dentro de la cerradura y giré el mecanismo hasta que la puerta quedo abierta, ignorando por completo a aquella imagen que no parecía querer irse.

—¡Mía! ¿Por qué coño me ignoras? —me gritó una vez estuve dentro del apartamento. Me giré antes de responder:

—Porque no eres real.

—¿Pero qué cojones estás diciendo? —preguntó asombrado aquel espectro, ilusión o fantasma, como quisieran llamarlo—. ¡Claro que soy real! ¿Acaso estás fumada? ¿Te has drogado? —Se acercó hasta a mí y me agarró por el brazo y me miró detenidamente a los ojos.

—¡Joder! —grité apartándome, pero no cesó en su agarre.

Aquel contacto no pudo ser un producto de mi imaginación, podía sentirlo en la piel, abrasándome con la mano, y podía sentir su respiración junto a mí. Lo miré con los ojos abiertos por el asombro, incrédula de que realmente lo tuviera frente a mí.

—Mía..., me estás acojonando —me dijo.

Sin poder evitarlo y sin ser plenamente consciente de lo que estaba haciendo, me abalancé sobre él y lo abracé con fuerza. Al principio, pareció sorprendido por mi repentino ataque, pero poco a poco fue llevando los brazos hasta mi cintura y me devolvió el abrazo, hundiendo el rostro en mi cuello al hacerlo.

Algunas lágrimas caprichosas y ajenas a mi voluntad se me escaparon. Estaba emocionada porque estuviera allí. Era como una fantasía que se había vuelto realidad, como si todo lo que mi cerebro se hubiese imaginado no fuera sino una manera de prepararme para lo que estaba por venir.

—Te he echado de menos —me dijo al oído.

Entonces, al escuchar aquellas palabras, me vi envuelta en una creciente sensación de ira, de rabia contenida. ¿Por qué no me había mandado un

mensaje si tanto me había echado de menos? ¿Por qué se había marchado del caso de violación? Y lo más importante: ¿por qué coño había desaparecido?

Me separé de él bruscamente, dejándolo confuso y vacilante ante mi cambio de actitud. Lo miré claramente enfadada, con el ceño fruncido y con ganas de golpearlo hasta que llegara el año nuevo. Como si supiera que iba a comenzar a gritar, cerró la puerta despacio, dándonos algo de intimidad para poder charlar.

O al menos, eso sería lo que creería, que íbamos a charlar.

En cuanto nos quedamos solos en mi apartamento, le di un cachete en el brazo que sonó mucho más fuerte de lo que había sido realmente el impacto. Aún así, Kevin se llevó la mano a la zona que había sido golpeada y la se frotó como si le hubiese escocido, dolorido.

—Vale me lo merezco —me dijo.

—¡Te mereces mucho más que eso! —le grité.

—¿Por qué estás tan enfadada?

Lo cierto es que ni siquiera sabía el porqué del nivel de mi enfado. Sabía que me había molestado que se fuera sin despedirse, que no me hubiese llamado durante esos últimos días cuando yo había creído que había algo más que sexo entre nosotros. Claro que eso había sido simplemente una suposición mía. Él no me había prometido nada.

—¡No lo sé! —grité confusa. Kevin, ante mi respuesta, sonrió de tal forma que su perfecta dentadura quedó al descubierto—. ¿De qué te ríes?

No sabía por qué, pero sentía unas ganas terribles de llorar y toda aquella tensión que había estado acumulando, se posicionó de pronto en mi garganta, formándome un nudo que hacía que me costara tragar con normalidad.

Kevin se acercó despacio hasta a mí y me tomó por la cintura, yo traté de zafarme de su agarre, pues su contacto me estremecía y hacía que me olvidara de que estaba enfadada. Me impidió suavemente que me separase de él y se acercó tanto que sus imponentes músculos me rozaban la piel, haciendo que mi cuerpo se encendiera casi de manera automática. Su sola presencia, sumada al aroma masculino que desprendía, lograban excitarme como una adolescente.

Alzó la mano lentamente y me apartó un mechón de cabello mientras me miraba con algo parecido a la ternura. Sus ojos, bajo aquellas gafas de pasta, emitían un brillo que me cautivó e hizo que me olvidara de todo en cuestión de medio segundo. Llevó la mano hasta la base de mi nuca y acercó los labios a los míos hasta que ambos se rozaron de manera sutil, suave, insinuante.

Un suspiro ahogado se me escapó de los labios cuando su lengua los rozó al tratar de humedecerlos.

Me había quedado sin aliento.

Selló mis labios con los suyos y me devoró ávidamente con la lengua, hundiéndose en mi cavidad hasta lo más hondo en un beso lleno de deseo y urgencia. Envolvió mi rostro con ambas manos y continuó besándome apasionadamente, mientras nuestras lenguas luchaban por recorrerse la una a la otra.

Cuando se separó de mí, fue como si se hubiese llevado un pedazo de mi alma, como si nunca más volviera a ser la misma persona sin él.

—Me rio porque yo también te quiero —me soltó dejándome perpleja.

—Yo no te he dicho que te quiera.

«¡Idiota! ¿Cómo dices eso?».

—¿Te digo que te quiero y eso es con lo que te quedas? —preguntó, aún más sonriente que antes.

No pude evitar sonreír, pero por más que le decía a mi cerebro que respondiera, lo único en lo que podía pensar una y otra vez era en esas dos palabras. Esas simples palabras que significaban tanto: te quiero.

—Pero... yo creí... —balbuceé. El rostro de Kevin se tornó serio.

—Sé que te tendría que haber llamado, pero tuve que arreglar unos asuntos antes de volver.

—¿Por qué has dejado el caso? —cuestioné.

—Porque Carl es un hijo de puta que se merece ir a prisión —sentenció.

—¿No creías que pudiera ganar? —quise saber ante su respuesta, era como si porque él hubiese abandonado el caso, me estuviera dando la facilidad de ganarlo. No porque estuviera capacitada para ello sino, porque él me lo cedía.

—Claro que sé que podrías ganarlo —me dijo besándome en la comisura de los labios, cosa que me distrajo notablemente—. Yo no quería representarlo, simplemente. —Me besó fugazmente.

—No me distraigas —le exigí y él sonrió, lo supe porque pude sentirlo junto a mis labios. Me separé ligeramente de él antes de continuar—: ¿A dónde te fuiste?

—A Nueva York —respondió poniéndose firme, como quien está preparándose para un interrogatorio.

—¿Para qué?

Se me hacía tremendamente extraño que hubiese desaparecido de repente

para ir al país en el que vivía sin dar ni una explicación, y tres días más tarde decidiera volver.

—Carl no solo era mi cliente, ni era un cliente cualquiera —comenzó a decir. Ambos empezamos a movernos en dirección al sofá del salón y nos sentamos uno al lado del otro, con el cuerpo girado para poder mirarnos mientras hablábamos—. Es el sobrino de uno de los socios mayoristas del bufete, por lo que tenía que ir hasta allí para poder decirle a la cara que dejaba el caso. Esas cosas son mejor no decir las por teléfono —se explicó.

Me tomé unos minutos para procesar la información que me había facilitado, reparando de pronto en que, si Carl era el sobrino de uno de los socios mayoritarios del bufete, igual que Michelle era la ahijada de Ricardo, negarse a llevar su defensa tendría que haber acarreado graves consecuencias para Kevin. Lo miré incrédula y preocupada a partes iguales.

—¿Pero...? —No tenía ni idea de qué podría haberle supuesto aquella decisión—. Tú... Te habrán... —Kevin tomó una de mis manos entre las suyas.

—He dejado el bufete. —Fui a abrir la boca en señal de protesta, pero antes de poder hacerlo, Kevin continuó—: Ha sido decisión mía.

Me sentí avergonzada por haber pensado lo peor de él, por haberme enfadado cuando estaba tomando la decisión más importante de toda su vida. Por haber dejado lo que, probablemente, le habría costado mucho esfuerzo y sudor conseguir.

—No pasa nada, Mía —añadió al ver que en mi cara seguía la confusión—. Estoy seguro de la decisión que he tomado.

De pronto, reparé en la maleta que Kevin tenía justo a su lado y me quedé mirándola como si fuera algo que no hubiese visto jamás en toda mi vida. Él siguió el recorrido de mi mirada y depositó la suya sobre la maleta.

—Puedo irme a un hotel si quieres.

Lo miré sin decir nada. Todo estaba pasando tan deprisa que apenas me daba cuenta de lo que sucedía a mi alrededor. No sabía qué decir, quería que se quedara conmigo, pero a la vez me daba un miedo espantoso que lo hiciera.

Estaba acostumbrada a estar sola, a mis manías y a mis cambios de humor. Y no sabía si Kevin sería capaz de sobrellevarlos. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, me di cuenta de que habían perdido parte de su brillo y que ahora se mostraban apenados.

—Quiero que te quedes —le dije, queriendo que volvieran a brillar como

lo hacían justo antes de encontrar la maleta.

—¿Estás segura? —preguntó con un hilo de voz más animado, aunque trató de disimularlo—. No me importa quedarme en un hotel. No quiero que te sientas incómoda conmigo, o forzada a dejar que me quede.

—No me incomoda —dije de manera sincera—. Solo me ha pillado de imprevisto. —Miré a mi alrededor—. Hasta hace unos minutos, creí que no te volvería a ver nunca más.

—¿Por qué creías eso?

—Porque te habías ido sin decir adiós.

—¿Te crees que es tan fácil deshacerse de mí? —preguntó socarrón, acercándose hacia él—. Siento decirle, señorita Foissard, que no se librará de mí tan rápido.

Sonreí como una tonta y sentí cómo me ruborizaba rápidamente ante su mirada traviesa y su sonrisa pícaro. Llevó la mano hasta mi mentón y me lo alzó para obligarme a mirarlo directamente a los ojos, sentí entonces que mi rubor se intensificaba, notando así cómo me ardían las mejillas.

Se acercó y me besó, primero despacio, con calma, para después volverse más urgente y rápido. Noté cómo su mano me levantaba la blusa y con las yemas de los dedos fue recorriéndome las caderas hasta llegar a mi espalda.

Adoraba aquel contacto que hacía que se me pusieran los vellos de punta y que me trasportaban a un mundo donde nada más importaba. Con la otra mano terminó el trabajo que había empezado con la primera y se deshizo de mi blusa, consiguiendo que aquellas partes que no estaban envueltas por su cuerpo sintieran el aire frío del otoño.

Lo rodeé con los brazos y entonces llevó las manos hasta mi trasero, alzándolo y obligándome a ponerme de puntillas mientras ambos nos devorábamos con fervor. Kevin me agarró con fuerza y me alzó por el trasero y yo lo envolví con las piernas. Comenzó a andar rumbo a la habitación, aún sin separar los labios de los míos.

Entramos en el dormitorio con los primeros rayos de luz del día iluminándolo ligeramente. Me depositó con suavidad sobre el colchón, se subió conmigo y me envolvió con su cuerpo, abarcando el mío al completo.

Su presencia era arrebatadora, exquisita e imponente. Llevé las manos hasta sus prendas superiores con el fin de quitárselas lo más rápido posible. Ansiaba poder tocar su piel y sentir su calor bajo mis palmas. Sus pectorales quedaron al descubierto y ambos estuvimos desnudos de cintura para arriba,

pues en cuestión de segundos, Kevin había liberado a mis pechos de la opresión del sujetador.

Me acarició uno de ellos con las yemas de los dedos y sentí cómo rápidamente el pezón se me endurecía cuando Kevin decidió pellizcarlo y cómo toda la piel se me ponía de gallina a su paso, Agarró el pecho suavemente y llevó la boca hasta él, succionándolo y lamiendo a su vez con la punta de la lengua el duro pezón.

Me arqueé bajo él, deseando que pusiera fin a la sensación de urgencia que me invadía. Sin embargo, me torturó prologando la espera mientras jugaba con mis pechos.

—Eres tan hermosa —me dijo entre jadeos cuando dejó de lamermelo el pezón.

Antes de que pudiera si quiera responder a lo que me había dicho, puso rumbo hacia mi pantalón con los labios, dejando un reguero de besos y lengüetazos a su paso. Se detuvo en el botón del vaquero y me miró con osadía antes de soltarlo y bajarme lentamente la cremallera. Alcé ligeramente las caderas para facilitarle que pudiera quitármelo y él aprovechó ese momento para hacerlo, sin dudar ni un solo segundo.

Me mordisqueó con descaro la pretina de las braguitas, mientras con uno de sus dedos acariciaba aquella zona palpitante que tanto se moría por su contacto y, aunque lo hacía por encima de la tela, pude sentirlo con precisión.

Estaba tan caliente y tan húmeda que, tan solo con aquel roce sería capaz de alcanzar el orgasmo. Con aquellos dedos que estaban acariciándome deliberadamente, retiró la tela de las braguitas hacia a un lado y deslizó suavemente la yema de uno de sus dedos por mi humedad.

—Me encanta que estés tan empapada —dijo con voz ronca—. ¿Quieres que te haga? ¿Quieres que te coma enterita?

Estremeciéndome por completo al imaginarme cómo hundía su rostro en mi entrepierna, llevé la mano hasta su cabellera y traté de llevarlo hasta esa zona, haciéndole ver que eso era lo que quería que hiciera. Él, sin embargo, opuso cierta resistencia que me hizo dudar.

—Pídemelo —exigió—. Quiero oírte decirlo.

—Cómemelo —le dije obedeciendo sus órdenes.

Entonces él hundió su rostro en mi entrepierna y lamió con descaro mi intimidad, logrando con ello que mi cuerpo se viera envuelto en la más placentera de las agonías. Me aferré a las sábanas mientras él trazaba círculos

en mi clítoris. Estuve al borde del precipicio cuando sentí que hundía uno de sus dedos en mi cavidad con tal facilidad que me sorprendió.

Me acarició desde dentro e introdujo un segundo dedo llevándome hasta el límite. Sentí cómo me deslizaba la mano libre por debajo de las nalgas y se aferraba a ellas para hundir el rostro aún más en mi entrepierna, logrando que sus dedos me llegaran a lo más hondo con ello.

Empecé a sentir un hormigueo en la punta de los pies y todo comenzó a darme vueltas mientras Kevin agilizaba sus lengüetazos. Quería gritar de placer, pero lo único que podía emitir mi voz eran unos acelerados y sonoros síes, y algún que otro “Dios mío”.

Kevin me succionó por completo el clítoris haciéndome llegar al más estrepitoso y acalorado orgasmo que hubiese tenido en toda mi vida. Fue como si una corriente eléctrica me hubiera recorrido por entero y se hubiese marchado a través de los dedos de mis pies, dejándome sumida en el agotamiento más absoluto y la sensación de paz más reconfortante.

El cielo debía de ser algo parecido a eso.

Cuando abrí los ojos de nuevo, lo primero que vieron fue a Kevin encima de mí, mirándome con una ternura y un cariño que me embriagaron. Me acarició con delicadeza la mejilla con la yema de los dedos y, en un acto inconsciente, me giré y le besé el interior de la palma.

Había tenido buen sexo durante mi vida, pero lo que sentía en aquel momento era mucho más que eso, y estaba totalmente convencida de que nunca lo había vivido antes. Era como si estuviéramos en completa sintonía el uno con el otro, como si a pesar de lo poco que sabíamos sobre nosotros, nos conociéramos como nadie más nos conocía.

Cuando me moví para colocarme un poco mejor bajo el cuerpo envolvente de Kevin, sentí entre mis piernas la dura erección de este, preparada para embestir en cualquier instante, y aquello hizo que volviera a humedecerme como si no hubiese tenido suficiente con el orgasmo que acababa de experimentar.

Me besó despacio en una de las mejillas para, a continuación, hacer exactamente lo mismo con la otra y finalizar con un beso en los labios. Llevé las manos hasta el pantalón de él y lo ayudé a desvestirse. Me deshice con rapidez de las braguitas, dispuesta a quedarme completamente desnuda junto a él. Quería sentir su piel junto a la mía, que nuestros cuerpos se unieran hasta que parecieran uno solo.

—Te quiero —le dije en un impulso cuando nuestras miradas se encontraron.

—Yo también te quiero, nena —me dijo burlón, y antes de que pudiera protestar por aquel apelativo, me acalló en un beso cargado de deseo.

Epílogo

DOS MESES DESPUÉS

Llegaba tarde al juicio, estaba de los nervios y Kevin no había hecho más que entretenerme con sus besos, tan adictivos que me dejan como una idiota incapaz de llevar a cabo lo que estaba haciendo o pensando antes de ellos.

Corría por los pasillos del juzgado más nerviosa de lo que lo había estado jamás. Aquellas últimas semanas habían sido completamente agotadoras, entre el caso de Michelle, que al parecer por fin íbamos a poder encerrar a aquel maldito desgraciado, y el bufete que estábamos montando Kevin y yo apenas había tenido tiempo para nada más.

La noticia de mi independencia laboral no le había sentado demasiado bien a Ricardo, al menos no al principio, pero, con el paso de las semanas y tras ver que no había dejado de lado el caso de su ahijada, fue entendiendo que era el momento de tomar rumbos diferentes, alegrándose incluso por mí.

Me deleitaba pensar que podríamos finalmente dejar el caso de Michelle cerrado por completo y que le regalaríamos a esa pobre familia, la justicia de haber encerrado al responsable. Dejando que todo aquel calvario desapareciera en fechas tan señaladas.

Daniel me estaba esperando en la puerta de la sala del juicio, donde se había celebrado por la mañana. El jurado había salido a deliberar y aproveché aquel momento para ir a comer con Kevin, pero no había podido prever que tardarían tan poco en tomar una decisión. Por muy claro que nosotros tuviéramos los hechos, el jurado solía discrepar más de lo que se ponían de acuerdo.

—¿Cómo ha ido? —dije en cuanto llegué a su lado, con la boca seca y jadeando por la carrera—. ¿Han dicho el veredicto?

—Aún no, pero están a punto de hacerlo.

—Ahora toca cruzar los dedos.

—Has hecho un buen trabajo, Mía —me alabó Daniel—. Aquel video que conseguiste fue clave en la investigación, por no decir las conversaciones en las redes sociales en las que se jactaba de lo que había hecho. —Me sentí adulada por sus palabras, aunque no logré averiguar quién me había mandado

aquel video—. Nunca me dijiste cómo lo conseguiste.

—La grabación me la mandó una fuente anónima, y los mensajes de las redes... —Me interrumpieron las puertas de la sala abriéndose, asomando de entre ellas el guarda de seguridad.

—Ya hay veredicto —nos informaron—, pueden pasar letrados.

Nos miramos un instante con complicidad y entramos en la sala dispuestos a escuchar la decisión que había tomado el jurado, rezando para que fuera lo que nosotros tanto deseábamos. Por detrás de nosotros nos siguieron los padres de Michelle y pudimos ver cómo la policía traía esposado al imputado. Todos nos sentamos en nuestros respectivos asientos a espera de que el jurado saliera de la sala de deliberaciones.

Podía sentir cómo el corazón me latía desbocado en el pecho. Habían sido demasiadas las sensaciones que había vivido en las últimas semanas y sentía que en cualquier momento me iba a ver desbordada. Por no decir que aquel caso me había llegado tan hondo que lo había convertido en algo personal. Era como si Michelle fuera ya parte de mi familia también.

Nos pusimos en pie en cuanto vimos que entró en la sala el magistrado, sin el cual no se podía oír el veredicto, ya que finalmente sería él quien dictaminara la sentencia.

—¿Han llegado a un consenso? —preguntó el magistrado.

—Así es señoría —respondió el portavoz del jurado.

—¿Y cuál es?

—En el juicio del estado contra Carl Villalba Spinster... —hubo una pausa que se me hizo desmesuradamente larga—... encontramos al acusado... —Sentía que me iba a desmallar si no hablaba ya—... culpable.

Solté todo el aire que había estado reteniendo en los pulmones en un aliviado y sonoro suspiro.

Por fin toda aquella pesadilla había acabado.

—Muy bien —prosiguió el magistrado—. Teniendo en cuenta el historial delictivo del imputado y de los agravantes del delito en los que se ha llevado a cabo no solo el acto sexual sin consentimiento con una menor, sino que han sido de carácter violento y vejatorio, lo condeno a quince años de prisión, sin posibilidad de libertad condicional.

Cerró la sentencia con un golpe seco del mazo y se dispuso a marcharse sin importarle las protestas del abogado de la defensa.

Daniel y yo nos miramos con una amplia sonrisa en los labios,

emocionados con que se hubiese hecho la máxima justicia posible. A pesar del vínculo que se había formado entre nosotros debido al caso, nos dimos la mano satisfechos en lugar de un abrazo, tal y como nos pedía el cuerpo.

Quien sí se acercó hasta nosotros y nos abrazó con fuerza fue la madre de Michelle, envuelta en un mar de lágrimas. No quería ni imaginarme la tensión que debía de haber pasado aquella pobre mujer.

Me despedí amablemente de todos para salir corriendo al centro, pues había quedado con Kevin para terminar de montar las oficinas del bufete. Si todo marchaba según lo previsto, estaríamos trabajando antes de que finalizara el año.

Thierry me había llamado hacía una semana para confirmarme que vendría a mi casa para las navidades y, a decir verdad, tenía un poco de miedo de cómo se llevarían Kevin y él, pues mi hermano siempre había sido muy exigente en cuanto a mis relaciones. Por muy lejos que estuviera, o por poco que nos comunicáramos, siempre sería su *puce*, por más que odiara que me llamara de aquella forma, pues que te dijeran pulguita, aunque fuera en diminutivo, era repugnante.

Tenía muchas ganas de verle y de abrazarle, hacía demasiado tiempo que no nos juntábamos y ya me iba haciendo falta. Además, tener a un chef en casa siempre era una ventaja.

Mientras recorría los alrededores de El Retiro, pensé en el momento en el que habíamos encontrado aquellas oficinas que ahora pasarían a ser prácticamente nuestra segunda casa. Había sido una tarde de lluvia en la que Kevin y yo habíamos salido a merendar y en la que ambos hicimos en tonto bajo la lluvia, pues solo a mí se me ocurrió decirle que las escenas de las películas en las que los protagonistas se profesan su amor bajo esta me encantaban.

Había terminado empapada de arriba abajo.

Dimos con el local casi por accidente, pero nada más verlo supimos que era el adecuado.

Llegué a la puerta de lo que sería mi bufete y el de Kevin en menos de media hora y me detuve al darme cuenta de que habían colocado el rótulo en la cristalera de la entrada.

Foissard y Morales Asociados.

Me llenaba de orgullo ver aquellos nombres puestos sobre el cristal. Era algo con lo que siempre había soñado y que jamás creí que llegara a suceder.

—Bonito, ¿verdad? —escuché decir a Kevin.

Estaba apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándome con una sonrisa en los labios. Tenía las mangas de la camisa remangadas y estaba arrebatadoramente sexi con el flequillo cayéndole sobre la frente.

—Es precioso —confirmé.

—¿Estás lista para comerte el mundo? —me preguntó acercándose hasta a mí y agarrándome suavemente por la cintura—. ¿Lista para ser tu propia jefa?

—Siempre que sea contigo, sí.

—¿Incluso si te saco de quicio? —preguntó con una sonrisa ladeada y llevando los labios hasta la curvatura de mi cuello.

Las últimas semanas con él habían sido increíbles y, aunque había dejado el caso, trató de ayudarme en todo lo que me hiciera falta. Fue entonces cuando descubrí que me gustaba no solo estar con él como pareja, sino que, además, hacíamos un buen equipo laboral.

—Incluso así —respondí antes de besarlo.

Agradecimientos

En primer lugar, me gustaría darle las gracias a mi familia por ser un pilar fundamental de mi vida, que siempre me han brindado su apoyo, su cariño y su respeto. También quería agradecer especialmente a mi primo Joseph, por darme el asesoramiento policial necesario para no meter la pata.

Asimismo, quería agradecer a Chelo ser tan buena amiga y estar siempre dispuesta a seguirme en las locuras que se me ocurren sin mirar atrás. A Mirna, por ser la inspiración necesaria para la creación de esta novela. Quisiera darle las gracias a Lucía por estar siempre conmigo en todo momento, así como a Yanire, porque todas ellas, son mis mejores amigas y sé que podré contar con ellas siempre que lo necesite.

Me gustaría dar las gracias y dedicarles unas líneas a las personas que me han seguido en esta trayectoria y que han leído *Tequila, sal... ¡y pimienta!* Así como *Callejón sin salida*.

No podría olvidarme jamás de mis queridas RomántiCanarias, un grupo de autoras maravillosas que se han convertido, no solo en compañeras de letras, sino en grandes amigas a las que quiero y que siempre querré.

Y por su supuesto, a ti lector, porque sin ti este sueño que estoy viviendo jamás habría podido suceder.

Martini cocktail

Este cóctel es ideal para tomar antes de las comidas. Es una bebida que representa glamur, clase y nivel. Es muy importante saber que para la preparación de un Martini perfecto no hay que agitar, sino mezclar los ingredientes despacio.

Existen muchas variantes de este cóctel, aunque, una de las más conocidas es el Dry Martini o con vodka, en el que se sustituye la medida de ginebra por el vodka.

No se sabe muy bien cuál es el origen de la receta del cóctel Martini, se dice que deriva de la marca de vermut MARTINI & ROSSI, que exportaba sus productos a EE.UU mucho antes de que el cóctel existiera. Se cree que la fecha de su creación fue alrededor de 1910 en un club de Nueva York, aunque también se cuenta que fue creado por Franklin Delano Roosevelt para celebrar su mandato en la Casa Blanca.

Se sirve con una aceituna verde y en copa de cóctel o clásica. Si desea obtener un Martini más seco, verter menos vermut o vermú.

CURIOSIDADES:

James Bond popularizó el cóctel al pedirlo en sus películas acompañado de la famosa frase: “agitado, no revuelto”.

También se dice que el sucesor de Stalin, al beber este cóctel especialmente fuerte, dijo que era “la más letal de las armas estadounidenses”.

INGREDIENTES:

3 medidas de ginebra o vodka

1 medida de vermut seco

Cubitos de hielo

Aceitunas verdes

1 rodaja o cáscara de limón

CÓMO PREPARAR UN MARTINI CON LIMÓN

En primer lugar, dejar enfriar las bebidas en el congelador durante una hora. Aunque se lo acompaña de suficiente hielo, es importante que el gin/vodka y el vermut se encuentren fríos. Enfriar también la copa donde se servirá el cóctel.

Retirar la copa de cóctel o clásica del congelador y añadir hielo.

A continuación, en una coctelera agregar las ocho medidas de ginebra/vodka y la medida de vermut seco o *dry vermouth*.

Mezclar rápidamente y colar.

Verter el líquido en la copa con hielo.

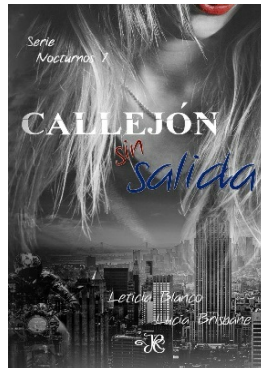
Pinchar con un palillo una aceituna verde y la cáscara de limón. Añadirlo dentro de la copa.

Consejo: para aprovechar el sabor del limón, una excelente opción es mezclar media medida de limón en la coctelera junto al resto de ingredientes. Ello le dará un toque diferente y sumamente refrescante.

Ya has visto lo fácil que es preparar un cóctel de Martini con limón.

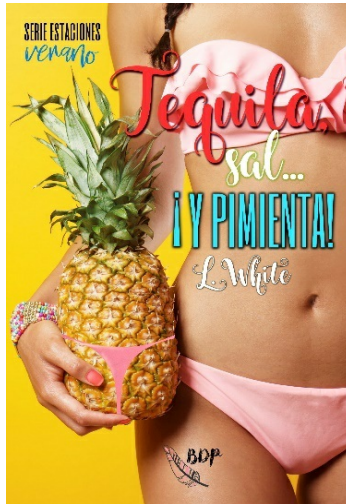
¿Te animas a hacerlo en casa y sorprender a tus invitados?

Otras obras



Natalia y su grupo de alocadas amigas, siempre han soñado con viajar a Nueva York. Tras años de planificación, finalmente ese sueño se hace realidad.

Sin embargo, una vez en la ciudad descubren un local clandestino que hará cambiar todos sus planes, el Dead End. Una serie de acontecimientos llevarán a Natalia y a su mejor amiga, Melisa, a vivir una desagradable situación. Entonces conocerá a Ryan, quien poco a poco se va ganando su corazón. Desde el primer momento, Ryan y Natalia sienten una conexión innegable y una atracción sobrenatural que no serán capaces de evitar. Pronto, Nati descubre algo abrumador sobre Ryan. Es un vampiro y asegura que ella es su *luaidh*: su ser amado.



¿Alguna vez has pensado en él? ¿Habrá pensado él en ti?

Las amigas de Tali tienen una sorpresa para ella, se la llevan de vacaciones a Maspalomas.

Lo que no sabe es que allí se encontrará fortuitamente con Óscar, si gran amor de la adolescencia, con quien perdió la virginidad y del cual nunca más volvió a saber.

Ella no ha podido olvidarlo y él la odia por haberse marchado.

Entre noches de copas y días de playa los dos comenzarán una lucha interna por lo que sienten.

El pasado no será lo único que tengan en contra, una persona del presente no está dispuesta a consentir esta relación y hará todo lo posible por evitarla.

¿Serán capaces de superar la adversidad y dejarse llevar?

[\[1\]](#) A pesar de que el diálogo se escriba en español, la conversación entre los interlocutores transcurre en inglés.